

Comentario sobre

Isaías 1 – 12

Georg Stoeckhardt

Traducción: David y Ruth Haeuser

MSELP 2009

El ciclo de profecía Capítulos 1-6

Capítulo 1 Isaías 1:2-9

V2a: *Oíd, cielos, y escucha tú, tierra, porque habla Jehová:*

El cántico de Moisés en Deuteronomio 32 se inicia en una forma similar. El contenido también es semejante al del primer dicho de Isaías. Éste recuerda a Israel todas las bondades recibidas de Dios, censura la apostasía e ingratitud de Israel, amenaza con el castigo, el destierro, el rechazo, pero luego concluye con una referencia a la gracia y la redención del Nuevo Testamento. Así como Moisés hace una invocación, aquí también Isaías invoca a los cielos y a la tierra como testigos, para que observen con cuidado lo que dice a su pueblo. Los cielos y la tierra han existido desde la antigüedad y han sido testigos de toda la historia de Israel. De este modo están en una situación en que pueden dar testimonio en cuanto a lo que Dios dice en reprensión de su pueblo y lo que ahora quiere contarle. Son testigos de todo lo que Dios ha hecho a su pueblo. También son testigos de todo lo que Israel ha hecho a Dios. Por lo tanto, deben aprobar el juicio severo que Dios pronuncia contra su pueblo. Los cielos y la tierra, que han experimentado y testificado todo lo que ha ocurrido en la tierra y debajo del cielo, se presentan como testigos al lado de Dios cuando él juzga a los seres humanos pecadores.

v. 2b: *Crié hijos y los engrandecí, pero ellos se rebelaron contra mí.*

Esto es exactamente lo que Dios quiere decir a su pueblo. Es una queja grave. Dios no ha hecho sino bien a su pueblo. Israel es el primogénito de Dios. Éxo. 4:22. Los israelitas son hijos de Dios. Deu. 14:1; 32:20. Dios es el Padre de Israel, que lo formó y lo estableció. Deu. 32:6,18. En Egipto la familia de Jacob se convirtió en una nación. Esto se considera el nacimiento de la nación judía. Dios ha engendrado a Israel. Fue obra de Dios que la descendencia de Abraham se haya convertido en una nación en un país extranjero. Y a estos hijos, Dios los multiplicó: גִּדְּלֵתִי. En una forma milagrosa multiplicó a este pueblo y lo dispersó por toda la tierra prometida. El tiempo durante el cual Israel se multiplicó en Egipto en medio de una severa opresión fue como la niñez de Israel. Pasó el tiempo de su juventud en el desierto. Y en Canaán llegó a la madurez. Sin embargo, Dios también dio a este pueblo dignidad: וָרוֹמָתִי, es decir hizo que ascendiera a una posición de poder, gloria y prestigio. Aquí pensamos especialmente en el tiempo de David y Salomón. Todo lo que Dios había hecho desde el principio a su pueblo, todas las bendiciones que Israel había recibido de Dios, incluyendo las espirituales, el hecho de que Dios le había dado la ley y la promesa, había instituido el culto autorizado, todo se incluye bajo estas dos expresiones: “He nutrido y criado a hijos”. ¿Y cómo agradecieron los israelitas a su Dios y Padre por todo lo que le debían? Se rebelaron contra él. El verbo פָּשַׁעַב significa romper con alguien, soltarse con violencia de alguien, tratar

traicioneramente con alguien. La apostasía de Dios: éste es el carácter fundamental de la historia de Israel desde los días de Salomón en adelante.

v. 3: *El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento.*

La apostasía en una abominable falta de gratitud. El buey conoce al que lo compra y es su dueño (קֹנֶהוּ) y el asno conoce su pesebre, y en cierta forma muestra su gratitud al dueño que le llena el pesebre de alimento todos los días. בְּעֵלָיו, un plural de excelencia. Sin embargo, Israel no conoce ni comprende quién es su Señor y proveedor. הַתְּבוּנָה es un conocer que se obtiene por la reflexión. Por lo que Israel había experimentado, por las innumerables bendiciones de Dios, Israel debe haber estado dispuesto a reconocer a su Señor y Dios. Pero no, no conocía a Dios y no quería saber nada de él. Le falta todo conocimiento y aprecio. Es más indiferente e insensible que el buey y el asno. Su comportamiento es inhumano, inferior al de un animal.

El versículo 2b,3 también es una imagen de la apostasía y la ingratitud dentro de la cristiandad.

v. 4: *¡Ay gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malhechores, hijos depravados! ¡Dejaron a Jehová, provocaron a ira al Santo de Israel, se volvieron atrás!*

La amarga lamentación de Dios sobre Israel se ha convertido en una queja contra su pueblo. Y esta queja ahora se describe en detalle. Es un “ay” séptuplo que el Señor pronuncia sobre su pueblo.

1. “Ay de la nación pecadora”. Israel debía ser una nación santa. Pero se ha convertido totalmente en una nación pecadora. Se desvía. Ha abandonado el camino recto y no ha alcanzado la meta. Éste es el significado fundamental de אָח, ἀμαρτάνειν.
2. “Ay del pueblo cargado de iniquidad”. יָג es la clase de gente unida por el linaje, la lengua, las tradiciones, el lugar de residencia, y así casi equivale a “raza, nación”. עַם indica el pueblo unido bajo el mismo gobierno. Según la selección y nombramiento de Dios, Israel es el pueblo de Dios. ¿Pero qué ha sucedido con este pueblo? Es un pueblo cargado de culpa e iniquidad. Ésta es la traducción literal de עֹן כְּבֹד עֹן. עֹן es la perversión de la justicia, de la justicia divina, la iniquidad, e incluye el concepto de la culpa. כְּבֹד es un estado constructo de כָּבַד por כָּבַד. Israel está cargada de culpa, iniquidad, y pesa sobre ella la iniquidad. Al que lleva una carga pesada se le carga más. Compare Cicerón: gravis oneribus.
3. “simiente de malhechores”. ¡Cuánto ha cambiado la “simiente santa” su naturaleza!
4. “Hijos corrompidos” Deben haber sido hijos de Dios, y lo eran. Ahora son hijos que actúan con corrupción y están ellos mismos corrompidos: מְשֻׁחָתִים.

- A estas cuatro interjecciones se adjuntan tres proposiciones afirmativas. Los tiempos perfectos expresan que se ha hecho costumbre en ellos lo que han hecho.
5. “Han abandonado a Jehová”, y así están lejos de Dios. Ésta es la apostasía interna, la pérdida de la convicción.
 6. “Han rechazado al Santo de Israel”. Ahora ésta es su costumbre. Especialmente en Isaías el Señor también tiene el título “el Santo de Israel”. Dios es absolutamente puro y sin mancha, exaltado sobre el pecado y el mundo. Ha escogido a Israel para revelar su santidad a ella, para santificar a este pueblo para sí. Sin embargo, los israelitas desprecian y se burlan del Santo de Israel. Así demuestran su apostasía también con las palabras que dicen.
 7. “Le han vuelto la espalda”. En sus acciones y comportamiento también se han alejado de Dios y ahora siguen su propio camino, un camino equivocado.

Con este “ay” séptuplo podemos censurar la apostasía también en el cristianismo.

De esta manera, en los versículos 2-4 el profeta presenta ante Israel su pecado.

v. 5: *¿Por qué querréis ser castigados aún? ¿Todavía os rebelaréis? Toda cabeza está enferma y todo corazón doliente.*

עַל מָה no significa “¿en qué?” “¿En qué parte?” El significado no es, como piensan muchos expositores: “¿En dónde quisieras ser azotado?”. Todos sus miembros, todo su cuerpo ya está cubierto de heridas. עַל-מָה siempre significa: “¿Con qué fin?”. “¿Por qué?”. En lugar de עַל-מָה, también cuando no sigue ningún gutural, frecuentemente se encuentra עַל-מָה, por ejemplo en el Salmo 10:13. Por tanto, “¿por qué quieres todavía ser azotado?”.

Traducimos la segunda mitad del versículo: “Toda la cabeza está enferma, y todo el corazón desmayado”. No, por ejemplo, como lo hacen Drechsler y Delitzsch: “toda cabeza está enferma, y todo corazón desmayado”.

כָּל a veces significa, excepto cuando no tiene artículo, “*totus*”. Por ejemplo, Is. 9:12: “Y devoraron a Israel”, בְּכָל-פֶּה, “con toda la boca”. Y del v. 6 vemos que el profeta piensa en un cuerpo, un pueblo. En לְחַלִּי , ל, frecuentemente indica la situación en que se encuentra. Todo el cuerpo de Israel como nación se considera enfermo. Todo el cuerpo, toda la nación, cabeza y corazón, externa e internamente, está enfermo, adolorido y desmayado por los muchos golpes que ya ha recibido de Dios a causa de sus pecados.

¿Y qué? ¿Todavía quiere recibir más golpes, puesto que aumenta su rebelión? “El profeta pregunta a sus contemporáneos por qué están tan locos para que amontonen rebelión sobre rebelión provocando que el juicio de Dios los azote cada vez más” (Delitzsch). Porque ya han experimentado profundamente la ira de Dios hasta tal punto que “ya habían recibido suficiente y deberían estar volviendo a su sano juicio”. Es terrible cuando los pecadores, a pesar de todos los golpes y castigos de Dios, siguen

pecando, siguen provocándolo, y así obligan a Dios a tratarlos con más dureza. Esto es el caso también con los pecadores hoy.

v. 6. *Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas ni vendadas ni suavizadas con aceite.*

En el organismo como unidad, de pies a cabeza, no hay nada sano ni saludable; en la nación como unidad sólo se encuentran heridas y azotes y golpes nuevos. Todo el organismo está cubierto con muchas y variadas heridas. פצע es una laceración, una herida abierta, como de una herida de espada que requiere puntadas. חבויה son azotes, heridas que aparecen como resultado del golpe de un puñetazo que debe suavizarse y dispersarse con unguento. מכה טרחה es una herida fresca que supura, que tiene que exprimirse. Como en los golpes anteriores, las heridas describen los castigos divinos que han sido infligidos contra Israel en gran cantidad. Pero estas heridas ahora no han sido exprimidas ni cosidas ni aliviadas con unguento. Los predicados están en el plural porque los sustantivos singulares que preceden se entienden en forma colectiva, y los tres verbos están en orden quiástico, relacionados con los tres sustantivos. זרו, no es poal de זרה, porque el acento está en la penúltima, sino kal med. o del intransitivo זרר, constringere. רבכה es neutro, no ha sucedido alivio. Por tanto, las heridas que Israel sufre no han sanado.

La curación de las heridas es una imagen de la predicación pastoral de los profetas. Ellos habían hecho todo lo posible para curar a Israel de los golpes y las heridas. Han censurado los pecados del pueblo y han presentado la consolación de Dios al pueblo. Han llamado a Israel al arrepentimiento, para que pudiera librarse de los golpes y las heridas, del castigo. Pero no sucedió la curación deseada. Israel lo impidió; no quiso ser sanado. “El pueblo rechazó la ayuda compasiva de su Dios. No quiso las bendiciones que los profetas ofrecían. Es muy lamentable el espectáculo del organismo internamente enfermo y externamente mutilado”. Delitzsch. Es terrible cuando el pecador, a quien Dios está azotando e hiriendo, con desprecio rechaza el remedio que se le ofrece en la palabra divina.

En los versículos 5-6, por tanto, el profeta recuerda al pueblo el castigo que ya está recibiendo por su apostasía.

v. 7: *Vuestra tierra está destruida, vuestras ciudades puestas a fuego, vuestra tierra delante de vosotros comida por extranjeros y assolada como asolamiento de extraños.*

Ahora se describe en términos explícitos el castigo que Judá-Israel ha recibido. La tierra de Judá ha sido devastada y transformada casi en un gran desierto. A las ciudades las queman, literalmente: incineran. La tierra, el producto de sus campos, la han despojado los extranjeros ante ellos, los enemigos la han saqueado. Y la desolación está por todas partes, como la subversión de los extranjeros, lo cual quiere decir, como la derrota ejecutada por pueblos extraños y bárbaros. Consideramos זרים en כמהפכת זרים como un genitivo subjetivo. Porque los extranjeros aparecen ya en la oración anterior como los que

despojan la tierra. Y llevan la situación demasiado lejos, derriban todo, dejan todo en desorden, así como los extranjeros, los bárbaros suelen hacer. La otra explicación, que Hitzig y Delitzsch, por ejemplo, presentan, que toma יְרִים como un genitivo objetivo y piensan en una devastación que acontece a las naciones bárbaras, paganas, no concuerda en el contexto.

v. 8: *Y queda la hija de Sión como enramada en viña, como cabaña en melonar, como ciudad asolada.*

De la tierra de Judá la discusión pasa a la ciudad de Jerusalén. El genitivo de בַּת-צִיּוֹן es el genitivo de aposición. La hija de Sión es equivalente a decir, la hija, Sión. Sión misma se representa como una hija porque es femenina. Así éste es el nombre, primero, de la comunidad urbana alrededor de la fortaleza de Sión y luego el nombre de la ciudad misma, incluyendo su población. La ciudad de Jerusalén sigue siendo: יְרוּשָׁלַיִם. aquí no es realmente el י consecutivo o conversivo, que da al tiempo perfecto el significado del futuro, sino, como muchas veces, una י conjuntiva, “y”, sin un sentido rígido. Toda la tierra es devastada. Y en esta devastación general sólo Jerusalén ha quedado intacta, y así es semejante a una enramada en una viña, o como la choza del vigilante en un campo de pepinos. En la viña y en el campo de pepinos no hay indicios de presencia humana por ninguna parte. Sólo una enramada o una choza que el vigilante ha armado indica que esa persona todavía vive allí. Así Jerusalén queda como el único lugar habitable en medio de un ambiente desolado. Por eso se asemeja también a una ciudad sitiada: כְּעִיר נְצוּרָה.

La antigua versión rabínica y la Vulgata, “como una ciudad desolada” es tan inaceptable lingüísticamente como la traducción moderna, “como una atalaya”. Tampoco traducimos: “como una ciudad bien resguardada”, sino “como una ciudad sitiada”. נָצַר también significa bloquear, sitiar. Por ejemplo, en Jer. 4:16. Los sitiadores vinieron de un país lejano, aullando contra las ciudades de Judá. Ésta es la única explicación verosímil de la calamidad que aquí se describe. Toda la tierra es devastada. Los enemigos viven allí. Así los habitantes de Jerusalén no salen de los muros de la ciudad. Están encerrados dentro de su ciudad como si un ejército hostil ya estuviera a sus puertas.

v. 9: *Si Jehová de los ejércitos no nos hubiera dejado un resto pequeño, seríamos como Sodoma, semejantes a Gomorra.*

Judá casi se había convertido en un Sodoma y Gomorra, lo cual quiere decir, completamente exterminado de la tierra. Pero Jehová de los ejércitos, el verdadero Dios del pacto, que con sus huestes de ángeles guarda y protege la iglesia militante, ha retenido algunos refugiados (שְׁרִיד, colectivo), aunque por cierto, sólo pocos. Hasta el momento ha protegido y preservado la ciudad de Jerusalén, la hija Sión.

El contenido de los versículos 7-9 en resumen es lo siguiente:

El castigo por la apostasía se ve a simple vista, tan claro como el día. La tierra de Judá ha sido devastada. Sólo a la hija Sión la perdonó Dios. La situación aquí descrita recuerda el tiempo del rey impío Acáz, cuando los ejércitos israelitas y sirios habían conquistado y devastado la tierra de Judá y amenazaban a Jerusalén. Devastar y despojar a la tierra, donde primero fluía leche y miel, según Lev. 26 y Deu. 32 es una parte de la maldición con la que Moisés había amenazado al Israel rebelde. Este castigo de Dios ya había comenzado, ya se ejecutaba. Sin embargo, lo peor todavía está por venir. Hay algunos que se han escapado. ¡Esos pecadores, los rebeldes, que ya han recibido bastantes golpes, serían advertidos y harían caso al llamamiento al arrepentimiento antes de ser heridos con el golpe final y mortal.

Resumen de 1:2-9: El profeta condena al pueblo de Judá por apostatarse de Dios y señala el castigo por la apostasía.

Isaías 1:10-17

v. 10: ¡Príncipes de Sodoma, oíd la palabra de Jehová! ¡Escuchad la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra!

El discurso del profeta comienza de nuevo. El profeta aquí habla al pueblo y sus gobernantes. Espiritualmente, se han convertido en un Sodoma y Gomorra. Viven en los mismos pecados que Sodoma y Gomorra, en la arrogancia, la lascivia de la carne, la malevolencia. Deben prestar oídos a la palabra y la ley del Señor. En espíritu, Isaías escucha al pueblo protestar contra su predicación de castigo: Pero todavía cumplimos con la ley de Jehová y traemos abundantes ofrendas. Así el profeta les muestra el verdadero significado y sentido de la ley, la cual han perdido completamente de vista.

v. 11: ¿Para qué me sirve, dice Jehová, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de grasa de animales gordos; no quiero sangre de bueyes ni de ovejas ni de machos cabríos.

Judá-Jerusalén apeló al número de sus ofrendas. Presentaba muchas ofrendas y no omitía ni una sola de las que prescribía la ley, y externamente las ofrendaban exactamente conforme a lo que estipulaba la ley. **זְבָחִים**, ofrendas de animales, ofrendas de sangre, indica lo genérico. Las dos especies de ofrendas de sangre eran los holocaustos y las ofrendas de grasa, en que sólo las piezas grasosas se quemaban en el altar como se ordenaba para las ofrendas por el pecado, la culpa y la acción de gracias.

Aquí se nos lleva al tiempo del rey Jotam. Durante este tiempo el culto en el templo estaba en su etapa más vigorosa. Sin embargo, el Señor ahora pregunta al pueblo y a los gobernantes: ¿Con qué fin realizan tantas ofrendas? “Yo no las he pedido y no sé qué hacer con ellas”, Drechsler. Y testifica sobre esto: “Estoy harto de sus holocaustos y ofrendas de grasa. La sangre de los animales sacrificados no es lo que quiero; no me agradan”. El Señor en verdad había mandado realizar estos sacrificios en la ley. Israel debería sacrificar toros, corderos, chivos, pero con la debida actitud. Esas ofrendas deberían demostrar la fe y el amor hacia Dios. Estas virtudes esenciales faltaban en Judá.

Judá se había apostatado y persistía en sus pecados y quería satisfacer a Dios con un culto externo. Y Dios no quiere un *opus operatum* externo, la ofrenda de los impíos y los que no se han santificado. Ha llegado a tal punto en que Dios está harto; no los quiere. La sangre de la ofrenda no expía los pecados de los hipócritas e impenitentes. Este juicio divino afecta a todos los hipócritas y condena todo culto hipócrita de Dios.

v. 12: *¿Quién pide esto de vuestras manos, cuando venís a presentaros delante de mí para pisotear mis atrios?*

Los ciudadanos de Judá-Jerusalén acudían con diligencia al templo para allí presentarse ante el rostro de Dios. לְהִרְאוֹת = לְרֵאוֹת. El templo, por supuesto, era la casa de Jehová. Allí él moraba entre su pueblo. Allí Dios aparecería a su pueblo. Pero sólo asistir externamente al templo, que entraran los impíos y malvados en el templo, eso Dios no lo había exigido. No tenía esa intención. Ese culto externo del templo no tenía valor; significaba que Israel, como indicaba la aposición, pisoteaba el atrio externo del templo. Dios no quiere que los pecadores impíos e impenitentes visiten la casa de Dios para presentarse ante él. Cuando los hipócritas entran en la iglesia, no hacen más que desgastar el piso y ocupar espacio en las bancas. No hay nada tan malo como adorar a Dios hipócritamente.

v. 13: *No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación. Luna nueva, sábado y el convocar asambleas, no lo puedo sufrir. ¡Son iniquidad vuestras fiestas solemnes!*

Además se nombran dos clases más de ofrendas sin sangre que Israel no omitía, las oblaciones y las ofrendas de incienso. Pero las oblaciones y las ofrendas de incienso que Judá hacía en ese tiempo eran inútiles y sin provecho, אֲשֶׁר. Faltaba la actitud apropiada. Y esas ofrendas sin el corazón no sólo desagradan a Dios, sino son una abominación también. Explícitamente las condena aquí. ¡Sería mejor no presentar ninguna ofrenda que tales ofrendas! También las celebraciones en las fiestas y convocaciones festivas sin la fe y la devoción, de hecho las fiestas y las asambleas combinadas con el desenfreno, la impiedad (אָרְיָה) son aborrecibles para Dios; no las puede tolerar. Cuando la multitud de gente desenfrenada e impía se reúne para el culto a Dios, ya es demasiado para el Señor, para el Santo de Israel: no lo puede soportar.

v. 14: *Mi alma aborrece vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes; me son gravosas y cansado estoy de soportarlas.*

Dios aborrece las fiestas que celebran los rebeldes. Para él son una carga que él no quiere tolerar por mucho tiempo y no lo hará. אֲשֶׁר = אֲשֶׁר. No pasará mucho tiempo y Dios se sacudirá esta carga y pagará a los hipócritas por sus mentiras y blasfemias descaradas.

v. 15: *Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos.*

Dios no ve ni escucha a las oraciones de los impíos y los hipócritas. No quiere escuchar a los pecadores. Las manos de Judá estaban llenas de sangre. La sangre no se pegaba literalmente a sus manos cuando las levantaban en oración. פְּרִשְׁכֶם = פְּרִשְׁכֶם. Sin embargo, para Dios estaban manchadas de sangre. Ante Dios eran asesinos por las atrocidades e injusticias cometidas contra sus hermanos y por ello se habían hecho culpables. Los que no quieren servir y obedecer a Dios también rechazan todo amor y compasión por el prójimo. Y los suspiros de los hermanos entonces se convierten en un obstáculo entre las oraciones de los opresores y el rostro de Dios. Dios también paga a los pecadores el daño que han hecho a sus hermanos.

v. 16,17: *Lavaos y limpiaos, quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos, dejad de hacer lo malo, aprended a hacer el bien, buscad el derecho, socorred al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda.*

Aquí, después de la queja y la acusación, viene la petición de Dios. Se pone en contraste con la hipocresía la piedad recta. Los que hasta ahora han hecho lo malo y enojado a Dios con su oración y culto hipócrita deben lavar y purgarse, al mismo tiempo que limpien también el corazón. רָחַץ aquí tiene un significado medio, λούεσθαι. הִזְכִּינוּ, porque tiene el acento en la última, es el hitpael de זָכַר por *hizdakkū*. Deben dejar sus obras malas para que no tengan que esconderse del rostro de Dios, y en vez de eso hacer el bien y luchar por lo que es recto delante de Dios, lo que Dios ha exigido en su ley. En particular deben mostrar amor y compasión hacia los que tengan necesidad. אֲשֶׁרוּ הַמִּוֶּץ Delitzsch, Knobel y otros lo traducen: “traigan al opresor en el camino recto”. Pero esa petición en sí no es muy apropiada, porque convertir a los tiranos no es algo que cualquiera puede hacer y no se conforma con lo que sigue. Así, con otros comentaristas traducimos: “Ayuden a los oprimidos”.

אֲשֶׁר también significa ayudar a alguien a prosperar, y luego, ayudar. Y הַמִּוֶּץ también puede, como otros adjetivos que terminan con o en la segunda sílaba, tener un significado pasivo. עָשׂוּק en Jeremías 22:3 significa “los oprimidos”. Las viudas y los huérfanos son una responsabilidad especial de Dios. En su ley Dios especialmente manda atender a las viudas y los huérfanos. Y puesto que a menudo los parientes y jueces los engañan sin escrúpulos con respecto a sus derechos, sobre todo se requiere compasión, atender las necesidades de las viudas y los huérfanos y ayudarlos a alcanzar la justicia. שָׁפַט también significa “declarar justo” y “asistir en alcanzar justicia”. Aquí se hacen peticiones. Sí, una petición para los pecadores es que vuelvan y se mejoren. En otra parte de la Escritura enseña cómo el pecador llega a tal punto que por la gracia de Dios puede alcanzar lo que Dios le exige, también en el libro de Isaías.

El profeta censura la piedad hipócrita del pueblo y exige sincero arrepentimiento y una mejora.

Isaías 1:18-20

v. 18: *Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.*

Ahora se bosqueja el resultado de estas discusiones entre Dios y su pueblo hasta este punto. Ahora sigue la conclusión legal y la decisión judicial. Hasta ahora Dios ha rogado a su pueblo. Actúa como el demandante contra Israel. Cielo y tierra fueron sus testigos. Sin embargo, Dios es el demandante y juez en una persona. Ahora quiere tratar con su pueblo como juez. Se prepara a pronunciar sentencia sobre su pueblo.

En nombre de Dios, el profeta ha mostrado a Israel su transgresión y ha declarado culpable a su pueblo. Israel está ante el tribunal de Dios cargado de culpa. No puede presentar ninguna defensa. Lo que tal vez se presentaría como defensa serían sus muchas ofrendas y oraciones. Sin embargo, éstas no disminuyen sino aumentan su culpa. Así, no puede esperar otra cosa que el veredicto de la condena. Es una sentencia que podría rezar algo así: “Porque tus pecados son como la grana, son hijos de ira; serán consumidos a espada”. ¡Pero qué maravilloso! ¿Qué dice el Señor? ¿Cuál es realmente su decisión judicial? Aunque sus pecados son como la grana, serán blancos como la nieve. Esto sobrepasa todo pensamiento y entendimiento.

Luego consideraremos las palabras de esta sentencia divina.

שָׁנִי es el nombre de un color. Significa rojo, un rojo intenso y profundo. El plural שָׁנִים significa tela teñida de este color. Así se puede traducir algo como “ropa teñida de escarlata”. תולע es el gusano rojo, el insecto *coccus* y luego el color que se deriva del insecto: un rojo carmesí. Lutero lo tradujo bien: “Aunque nuestro pecado es rojo como la sangre” y: “aunque es color de rosa”. El hifil doble יִאֲדִימוּ וְיִלְבְּנוּ realmente significan “*colorem rubrum*” y “*colorem album dare*”. El pecado de un rojo intenso y de sangre equivale a un crimen capital, a un pecado mortal que hace que se pierda el derecho a vivir. Y esos pecados ahora se volverán como la nieve, como blanca lana. Dios quiere cambiar los pecados como la grana al blanco más brillante y centelleante. El blanco es el color de la inocencia, y significa santidad y justicia. El pueblo de Judá está ante Dios cargado con lo que equivale a un crimen capital. Pero Dios ya no quiere ver estos graves pecados. No sólo quiere verlos como si no existieran, sino quiere cambiar estos pecados a lo opuesto, a pura inocencia y justicia. Quiere mirar como si Israel hubiera hecho tanto bien como ha hecho mal. Dios otorga a Israel justicia pura y perfecta. Como resultado de esta sentencia, Israel queda justo y puro ante Dios.

Esta sentencia de Dios es evangelio del más alto grado. Aquí aprendemos lo que significa la gracia y la justificación por la gracia. Porque la intención de esta extraordinaria sentencia de parte de Dios es alcanzar a todos los pecadores, que junto con Judá llevan la misma culpa y condenación. Los pecadores están ante el tribunal de Dios cargados con vil injusticia. Su culpa roja como sangre oprime su conciencia. Su propia conciencia tiene

que pronunciar la sentencia: Somos condenados, hijos de ira. Y no pueden esperar otra sentencia del Dios justo. Pero luego perciben en la palabra que Dios les dice, en el evangelio, como en este evangelio de Isaías 1:18, una voz completamente diferente, un veredicto totalmente distinto. Dice: Tus pecados, aunque sean como la grana, serán blancos como la nieve. Dios pronuncia a los pecadores, los culpables, en quienes no halla ninguna base ni ningún fundamento para esa sentencia, libres y absueltos de todos sus pecados; declara que los pecadores no son culpables, sino son puros, santos y justos. Éste es el juicio asombroso de la justificación, que Dios declara a los culpables justos. Rom. 4:5. Sabemos por el Nuevo Testamento, al igual como por el Antiguo, también por el libro de Isaías, que esta justificación de los pecadores es por medio de Cristo, que Dios limpia a los pecadores de su iniquidad por la sangre de Cristo, que Dios imputa a los injustos la perfecta justicia de Cristo. Sin embargo, el que Dios envió a Cristo, su Hijo, para ser el Salvador del mundo es pura gracia, libre favor y amor.

v. 19,20: *Si queréis y escucháis, comeréis de lo mejor de la tierra; si no queréis y sois rebeldes, seréis consumidos a espada. La boca de Jehová lo ha dicho.*

El juicio de Dios, la justificación de los pecadores, queda firme, completamente independiente de la conducta del hombre. Dios perdona al pecador y lo declara justo, no porque se comporta de esta u otra forma, ni siquiera porque cree, sino por amor de él mismo. Sin embargo, este juicio que Dios declara ahora se da a conocer y se informa a los pecadores para que lo escuchen, lo acepten y lo crean. “Si quieren y escuchan”, lo cual quiere decir, si aceptan esta acción de la gracia de Dios, si prestan atención y creen y se consuelan en el hecho de que Dios hace sus pecados tan blancos como la nieve, “entonces comerán de lo mejor de la tierra”. Significa: si cambiamos esta expresión teñida de términos del Antiguo Testamento a su idea general, entonces la vida y la salvación serán de ustedes. El que cree será salvo. El que por fe acepta las noticias gozosas del perdón de los pecados, de la justicia que vale ante Dios, tiene el perdón, tiene la justicia. Y en donde hay perdón de pecados, allí hay también vida y salvación.

Por otro lado, “si rehúsan y se rebelan”, si desprecian y rechazan el evangelio de la gracia de Dios, entonces todavía están en sus pecados y quedan en ellos y tendrán que soportar el castigo de los pecadores. “Entonces serán consumidos a espada”, lo cual quiere decir: Entonces tendrán que morir. Todo el que no cree será condenado. קָרַב es un acusativo de instrumento. No dice, alguien les hará consumir la espada. De la espada sencillamente se dice que consume, no que será consumida. Esto “la boca de Jehová lo ha dicho”, es decir, que los pecados como la grana serán hechos blancos como la nieve. Al que desprecia esta palabra del Señor, Dios le pedirá cuentas.

El profeta proclama el perdón de Dios a los pecadores. Sin embargo, ¡ay de los que desprecian esta palabra del Señor!

Isaías 1:21-23

v. 21: *¿Cómo te has convertido en ramera, tú, la ciudad fiel? Llena estuvo de justicia, en ella habitó la equidad, ¡pero ahora la habitan los homicidas!*

Comienza de nuevo el lamento del profeta. La gente de Judá como entidad rechaza la oferta generosa de Dios y no se arrepentirá. Sólo unos pocos individuos toman a pecho la predicación del arrepentimiento y el perdón de los pecados. Judá-Jerusalén persiste en sus pecados, de modo que el lamento y la acusación del profeta continúan. La ciudad, que en un tiempo fue fiel, que en un tiempo se adhería al pacto de Dios, como en los días de David y Salomón, ha actuado como una ramera, y roto su fidelidad con Dios. En un tiempo, en días mejores, Jerusalén era el hogar de la justicia. Eran importantes la justicia y la ley de Dios allí; la justicia tenía su sede allí. Y ahora todos se han convertido en homicidas. מְרַצְחִים, en distinción de רַצֵּחַ, son asesinos profesionales. La idea no es que las calles de Jerusalén estuvieran llenas de ladrones de carreteras. Sino que la violencia, la tiranía moraban allí y reinaban ahora en la ciudad. Oprimieron y tiranizaron a los humildes. Y esto también es homicidio, una burda transgresión del Quinto Mandamiento.

v. 22: Tu plata se ha convertido en escorias, tu vino está mezclado con agua.

Se habla a la ciudad de Jerusalén como representante de toda la tierra. La plata de Jerusalén, su bebida preciosa, son los príncipes, los de alta alcurnia en el pueblo. Son también la gente de noble disposición. La plata se ha convertido en algo sin valor. El vino sabroso ha sido diluido con agua. La escoria, el agua, es una imagen del comportamiento vulgar, despreciable. La siguiente oración lleva más lejos esta lamentación a la vez que interpreta la imagen.

v. 23: Tus gobernantes son rebeldes y cómplices de ladrones. Todos aman el soborno y van tras las recompensas; no hacen justicia al huérfano ni llega a ellos la causa de la viuda.

Se suponía que los príncipes, gobernantes y jueces del pueblo gobernaban y juzgaban por derecho divino y de acuerdo a la ley de Dios, pero son rebeldes violadores del pacto, como también el pueblo entero. Son cómplices de ladrones. La ciudad se ha llenado de homicidas y ladrones. A los más humildes de la ciudad, a las viudas y a los huérfanos, les robaban con engaños, mostrando una justicia que los despojaba con estafas de lo que era suyo. Y los gobernantes y jueces avalaban el engaño y el robo, no procuraron que se hiciera justicia, ayudaron a los que tenían una causa mala a lograr sus propósitos y objetivos aceptando sobornos, recompensas. ¿Qué se podía esperar del pueblo y la ciudad cuando sus gobernantes promovían la injusticia en vez de rechazarla y evitarla!

Podemos aplicar estas palabras proféticas a nosotros mismos y a nuestras circunstancias particulares. Nosotros también vivimos en un tiempo de apostasía, en una cristiandad rebelde. La mayoría que se llaman cristianos manifiestamente no creen y son hipócritas. Son pocos los creyentes y los fieles que habitan en la tierra. Y en donde se ha abandonado la fe, allí también han desaparecido la fidelidad y la confianza hacia el prójimo. Todo el mundo, también el llamado mundo cristiano, es una cueva llena de homicidas y ladrones. Ésta es el alma, la fuerza motivadora que está detrás de la vida industrial y social de hoy. El avance cultural consiste en buscar la ruina y la destrucción del prójimo. El superior oprime al inferior, y el inferior se venga y tiraniza al superior.

Ambos se esfuerzan por mentir y engañar. Y los ricos engañan y defraudan precisamente a los pobres, a las viudas y a los huérfanos. Sí, la injusticia mora y gobierna no sólo en el mundo sino también en la iglesia. Y lo peor es que los líderes y maestros del pueblo se han convertido en escoria, se han hecho infieles y en vez de reprender, defienden la injusticia. Los predicadores fieles son pocos. Y ahora cuando los que deben rechazar la maldad realmente promueven lo que es malo, el consejo y la ayuda ya no aprovechan.

El profeta continúa reprendiendo a los rebeldes, puesto que no quieren arrepentirse. Los acusa de homicidio y robo. Amenaza en particular a los líderes infieles que ayudan a la gente a practicar el mal.

Isaías 1:24-31

v. 24. *Por tanto, dice el Señor, Jehová de los ejércitos, el Fuerte de Israel: «¡Basta ya! ¡Tomaré satisfacción de mis enemigos, me vengaré de mis adversarios!*

Ahora sigue una afirmación, מִנְּאִי, un juicio del Señor. Se introduce con לְכֵן, por tanto. El pecado atrae sobre sí el castigo y el juicio. Se usan tres nombres para describir la omnipotencia de Dios. El que pronuncia el juicio es הַיְהוָה, realmente el Todopoderoso, el Señor de los ejércitos, el Fuerte de Israel. Es más potente que todos sus adversarios. A la larga, los insolentes malhechores no pueden desafiarlo. Dios clama “ay” a sus enemigos. Los rebeldes, los impíos que, a pesar de que son llamados al arrepentimiento, que se les ofrece la gracia, persisten en su apostasía y en sus pecados, son enemigos y adversarios de Dios. El Señor quiere vengarse de estos adversarios.

מִן גַּקָּם מִן, como *ulcisci ab aliquo*. מִן גַּחֵם מִן, *consolare ab aliquo*, aquí es sinónimo de גַּקָּם מִן. Vengándose de sus adversarios, Dios quiere satisfacerse y refrescarse. La venganza es dulce. Dios quiere derramar sobre ellos su ira. Esto se debe entender *θεοπροπῶς*. Pero al castigarlos y vengarse de esta forma de los pecadores, Dios realmente está satisfaciéndose a sí mismo, conforme a su santidad.

v. 25: *Y volveré mi mano sobre ti, y limpiaré hasta con lejía tus escorias, y quitaré todo tu impureza.*

שׁוּב aquí significa, como muchas veces, volver, cambiar. עֲלֵיךָ se usa en un sentido hostil. Sobre Jerusalén, la ciudad infiel y pecaminosa, Jehová quiere volver a poner su mano, para infligir sobre ella un golpe final y mortal, puesto que han sido en vano todos los castigos y llamamientos al arrepentimiento. El juicio con el que amenaza se ilustra con la imagen de refinar la escoria, las partículas de plomo. El Señor quiere eliminar, quitar a los príncipes impíos, en particular a los impenitentes. Lo hará, como si fuera con bicarbonato de potasio. Será una separación fundamental.

Aquí debemos pensar en todos los juicios futuros que acontecen a la gente impenitente, endurecida de Israel, desde la destrucción de la ciudad infiel por los babilonios, y después

por los romanos. También debemos pensar aquí en la ira final. El juicio purificador indica el exterminio, la destrucción y condenación de los pecadores obstinados. Se eliminan, se arrancan de su propio lugar.

La imagen de quitar las impurezas, por supuesto, al mismo tiempo señala lo siguiente: que en medio del juicio hay un remanente. El metal precioso, el oro y la plata, sigue sin cambio y realmente no reluce hasta que se haya quitado la materia sin valor. Así la amenaza de juicio se convierte en una promesa.

v. 26: Y haré que tus jueces sean como al principio, y tus consejeros como eran antes; entonces te llamarán “Ciudad de justicia”, “Ciudad fiel”.

Aquí también se habla a Jerusalén, pero Jerusalén en distinción de la materia sin valor, de los impíos, excluyéndolos a ellos. Esta consolación es para los miembros penitentes, creyentes del pueblo, para la iglesia de Dios, el verdadero Israel. “Y haré que tus jueces sean como al principio, y tus consejeros como eran antes”. Esto significa: Otra vez les daré jueces y consejeros, como en los tiempos antiguos, en el principio, hombres como los reyes piadosos, David, Salomón, como los santos patriarcas. Emitirán juicios rectos sobre la gente, enseñarán correctamente, darán consejos apropiados, pondrán a la gente otra vez en el camino correcto; y después, como resultado, Jerusalén será y se llamará ciudad de justicia, ciudad fiel. El profeta aquí señala la era del Nuevo Testamento. Mientras que los rebeldes se dirigen hacia la ira final, el verdadero Israel aparece en la iglesia del Nuevo Testamento, en la iglesia de Cristo. Y aparece como una ciudad justa y fiel, como una congregación de santos, como una congregación de Dios. La iglesia cristiana en verdad tuvo su comienzo en Jerusalén y Judá. Y los apóstoles de Jesucristo fueron los jueces y consejeros de la iglesia del Nuevo Testamento. Los doce apóstoles de Israel son los príncipes, los gobernantes de Israel que toman su posición dignamente al lado de los santos patriarcas, al lado de los grandes reyes de Israel, David y Salomón.

v. 27: Sión será rescatada con el derecho, y los convertidos de ella con la justicia.

Todavía se habla aquí de la Sión de Dios, la iglesia de Dios. Se refiere a los que vuelven, los arrepentidos de Israel, a quienes se les promete la redención. Se profetiza aquí el rescate del Nuevo Testamento, que es sencillamente la redención que Israel había anhelado desde el principio. Dios rescatará a Israel de todos sus pecados. El rescate es universal, pero los penitentes realmente reciben el beneficio, pues ellos lo aceptan por la fe. Son los redimidos del Señor. Así también se dice frecuentemente en el Nuevo Testamento que Dios ha amado, rescatado, ganado su iglesia para él mismo. Vea Hechos 20:28; Efesios 5:25. La redención es completada con el juicio y la justicia.

En todo este argumento el profeta habla del juicio que experimentan los pecadores. Por tanto, según el contexto debemos pensar en la justicia punitiva de Dios, que se manifiesta en el juicio. Se explica en qué respecto Sión es rescatada con el derecho y la justicia con mayor detalle en otra parte, por ejemplo, en Isaías 53. Allí escuchamos que Cristo, el Redentor, tomó sobre sí el castigo de los pecadores, el que estaba destinado para los transgresores. La muerte y la sangre de Cristo es el rescate que ha pagado por toda la

culpa de los pecadores. El rescate que aquí se promete es la base para la justificación, que fue presentada en 1:18, la base también de la santidad y la justicia que adornará a la Sión del Nuevo Testamento, v. 26.

v. 28: Pero los rebeldes y pecadores serán a una quebrantados, y los que dejan a Jehová serán consumidos.

El profeta consoló a la pequeña grey que permanecía con él diciendo que en el momento mismo en que se está administrando el juicio contra los rebeldes, Dios redimirá, purificará, santificará su pueblo. Los volverá a traer a la fiel actitud de los padres. Así en medio del juicio ha retenido para sí un remanente, una simiente santa. Ahora vuelve a describir el juicio que comenzó en los vv 24,25. Los rebeldes, los pecadores que han abandonado al Señor y no quieren dejar su mala disposición, serán como uno y todos perecerán. La amenaza de la venganza de Dios aquí se presenta en términos muy generales y ésta afecta a los rebeldes de todas las épocas.

v. 29: Entonces os avergonzarán las encinas que amasteis y os sonrojarán los huertos que escogisteis.

וְ en este y en los versículos siguientes es el explicativo “porque”. La afirmación del versículo 28: “Los que abandonan al Señor serán quebrantados”, se explica en los versículos 29-31. Es decir, se menciona un nuevo pecado y culpa de parte de los rebeldes, pecado y culpa que hasta este punto no se había mencionado explícitamente y que inmediatamente exige el celo y la venganza de Dios. Los huertos y las encinas (terebintos) se consideran lugares de culto aquí. Se levantaron ídolos en huertos coloridos entre árboles frondosos, celebraron los ídolos, se celebraban fiestas con bebidas intoxicantes excesivas y con la fornicación. Los rebeldes que han abandonado al Señor gozosamente se entregan al culto de los ídolos, algo que da mucho placer a la carne. Esto se aplica generalmente.

El profeta habla aquí primero de los rebeldes en general. Todos los que han dejado al Dios vivo y verdadero, que han escogido para sí otros dioses, los que sirven a los ídolos de este mundo, al mundo, al placer sensual, a la lascivia del mundo. Aquí en medio del discurso, sin embargo, Isaías pasa de la tercera persona a la segunda y acusa también a su pueblo, Judá-Jerusalén, de la idolatría. Sabemos que bajo el rey Acaz toda clase imaginable de culto pagano fue bienvenido en Jerusalén. Al lado de la apostasía, el homicidio, el robo, estuvo el pecado de Jerusalén de adorar a los dioses de los paganos. Estas tres cosas siempre están relacionadas: la incredulidad, la apostasía; la idolatría de toda clase: la violencia, el engaño, incumplimiento flagrante de amar al prójimo. Sin embargo, un día cuando la hora de la venganza de Dios y el juicio se acerque, los ídólatras desaparecerán y serán avergonzados por causa de sus ídolos. Los dioses falsos entonces no podrán ayudarlos.

v. 30: Porque serán como encina que pierde la hoja, y como huerto al que le faltan las aguas.

Éste es el triste fin y el castigo justo para los idólatras. Finalmente son semejantes a una encina que no puede dar hojas, cuyas hojas se han marchitado, y un huerto sin agua. עֲלֵךְ es un acusativo adjetival. Un día los rebeldes, después de que hayan satisfecho sus deseos por un poco de tiempo, estarán allí desolados y abandonados. Vivirán con escasez y se marchitarán. Tendrán hambre y sed por toda la eternidad.

v. 31: *Y el fuerte será como estopa, y lo que hizo, como chispa; ambos serán encendidos juntamente y no habrá quien apague el fuego.*

El idólatra aquí es llamado el rico porque contribuye con oro y plata para fabricar un ídolo. Su obra, עֲלֵךְ por עֲלֵךְ es el ídolo. Brilla. El fuego viene de él. Y este fuego destruye al idólatra. Quema como estopa. Significa el fuego del juicio. Y la idolatría aparece como la causa del juicio. Tanto el idólatra y su ídolo se consumirán en las llamas. Los idólatras soportarán la angustia. Y este tormento y angustia será tanto más severo porque entonces los ídolos, los objetos de su pecado y afecto pecaminoso, se habrán posesionado de ellos. Y este fuego nunca se apagará. La angustia y el tormento eterno, esto es el destino final de los idólatras.

El profeta proclama el juicio futuro a los pecadores incorregibles. Sin embargo, al mismo tiempo, da a la pequeña grey, que ha permanecido fiel, la garantía de que Dios rescatará, refinará, y santificará a su pueblo.

Así el contenido principal de toda esta profecía, capítulo 1, es el siguiente: **Dios cita a su pueblo rebelde ante su tribunal de justicia y amenaza a los impenitentes con la ira y la condenación, mientras a los penitentes promete la redención, el perdón, la renovación, la salvación y la vida.**

Con toda probabilidad este discurso profético tiene su origen en el tiempo del rey Acáz. Estaban en boga entonces estas abominaciones: la idolatría, el asesinato, el robo. Reyes y príncipes se habían convertido en escoria. La tierra había sido devastada. Al mismo tiempo, se nos recuerda el tiempo de Jotam, el predecesor de Acáz. Entonces prosperaba plenamente el ofrendar sacrificios, pero todo era hipocresía. Sin embargo, aun para el futuro ésta era y seguiría siendo la naturaleza de Israel. Judá fue y siguió siendo una raza adúltera e hipócrita hasta que llegó la ira final. Así este discurso sobre el juicio se aplica generalmente al pueblo apóstata del pacto. Sin embargo, el castigo y la amenaza en muchos pasajes son tan generales que afecta de este modo a todos los rebeldes. Debido a este contenido general, el profeta puso este discurso, como un ejemplo de la verdadera predicación del arrepentimiento, al comienzo de su libro de profecía.

Capítulos 2-4

2:1: *Lo que vio Isaías hijo de Amós acerca de Judá y Jerusalén.*

Ésta es la introducción al discurso profético que contienen los capítulos 2-4. Éstas son las palabras que Isaías recibió por revelación del Señor, y esta revelación divina trata de Judá-Jerusalén.

Isaías 2:2-4

v. 2: *Y acontecerá que al final de los tiempos será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes; será exaltado sobre los collados y correrán a él todas las naciones.*

Con la palabra **וְהָיָה** (y acontecerá, ocurrirá) Isaías comienza a desarrollar el contenido de la revelación que recibió de Dios. Trata del final de los tiempos. **אֶחָד הַיָּמִים** es el fin del tiempo, la época del Nuevo Testamento, la época final, el tiempo mesiánico, donde la mirada de los fieles del Antiguo Testamento se había puesto desde el comienzo. ¿Qué ocurrirá en ese período? El monte de la casa de Jehová estará a la cabeza de los montes. No: que será puesto sobre los montes para que estuviera más alto que todos los otros montes del mundo (Hofmann y otros), lo que sería una idea demasiado fantástica. Y, por supuesto, mantendrá allí su posición, **וְנִבֶּן**, y será exaltado, más que los collados, **מִגְבְּעוֹת**, lo cual quiere decir sobre los collados.

Obviamente es lenguaje figurado. Nadie que escucha y lee estas palabras pensará en montes literales, de todas las montañas y collados de la tierra. Así que, esta expresión, “el monte de la casa de Jehová”, no se refiere a un monte físico donde se encontraba el templo, al monte Moria, ni a la ciudad de Jerusalén. Más bien “el monte de la casa de Jehová” se trata aquí como el lugar donde mora el Señor Jehová y tiene su trono y se revela a su pueblo. El “monte de la casa de Jehová” es, como en otras partes que se refieren a “la casa de Jehová” o el monte Sión o Jerusalén, el reino de Dios. El reino de Dios realmente se encontraba en Israel durante el tiempo del Antiguo Pacto. El Israel creyente fue la iglesia de Dios en la tierra. Y sólo hay una iglesia en la tierra, que en todo tiempo es esencialmente la misma. Y la iglesia de Dios ahora en la época mesiánica alcanzará el honor y la dignidad que le corresponde.

Los “montes” y “collados”, en contraste con “el monte de la casa de Jehová”, son los reinos del mundo. En la época del Nuevo Testamento el reino de Dios, la iglesia de Dios, tendrá prioridad sobre los reinos del mundo. Será exaltado sobre todos los reinos del mundo. Se extenderá sobre toda la tierra. Y este reino se quedará firme, no se tambaleará ni perecerá, mientras los reinos de este mundo tienen su tiempo establecido y luego pasan a la ruina. Es un **ἀσάλευτος βασιλεία** (Heb. 12:28).

Se dice en la segunda mitad del versículo cómo el reino de Dios alcanzará tanta grandeza. “correrán a él todas las naciones”. El “correr” las naciones al monte en donde se localiza el templo no se debe concebir como un movimiento físico más que lo que antes se dijo de la grandeza del monte de la casa de Jehová. Aquí tenemos un lenguaje figurado. Todas las naciones de la tierra en los últimos tiempos entran en el reino de Dios. Acudirán a la iglesia del Señor. Vea Hebreos 12:22. El que el mundo pagano entero se una a la iglesia

del Dios de Israel, significa que la iglesia de Dios llega a ser una nación grande, que abarca el mundo entero. Este último pensamiento se desarrolla más detalladamente en lo siguiente.

v. 3a: Vendrán muchos pueblos y dirán: “Venid, subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob. Él nos enseñará sus caminos y caminaremos por sus sendas”.

Sí, muchas naciones acudirán a la iglesia de Dios. Y los que ya han venido y sido convertidos atraerán a otros a acompañarlos y buscar la casa del Dios de Jacob. Una señal del verdadero arrepentimiento es éste: celo santo por Dios y su reino, luego esforzarse por ganar a otros y activamente involucrarse en hacerlo. El monte de Jehová, la casa del Dios de Jacob, y por tanto el Señor Jehová, el verdadero Dios viviente, es de quien los corazones de los gentiles convertidos se llenan, y de quien hablan y testifican. Los pobres gentiles, separados de Dios, otra vez lo han encontrado como su Dios. Sin embargo, quieren más instrucción en sus caminos y están dispuestos a andar en sus sendas, lo cual significa, en los caminos que Dios ha establecido para que el hombre ande en ellos. La obediencia voluntaria también es una marca de un verdadero convertido.

v. 3b: Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová.

Esto trata de la tora, la ley del Nuevo Pacto. Sale a las tierras paganas. Sale de Sión, de Jerusalén. Sión y Jerusalén, igual como el monte de Jehová y la casa de Jehová, es la iglesia de Dios. Se indica el momento exacto cuando la congregación de Jehová entrega la palabra de Dios a los gentiles. Es el Israel convertido, la primera iglesia cristiana, que envía los mensajeros del evangelio a las naciones paganas. Y esto resulta en la conversión de los gentiles. El v. 3b afirma lo que se dice en el v. 3a acerca de los gentiles que entran en el reino de Dios. Esta afirmación de 3b indica con la mayor claridad que el viaje de los gentiles hacia la casa de Jehová y el monte de Dios no es un viaje físico. Los pueblos gentiles se quedan en donde estaban. La palabra de Dios, las noticias de la salvación, llega a ellos. Y el efecto de la palabra es que en una forma espiritual ahora hacen un peregrinaje a la casa del Dios de Jacob, que vuelven al Señor y andan en sus caminos. Vea 1 Corintios 14:36: No de vosotros, de la iglesia de Corinto, salió la palabra de Dios, sino de otra congregación, la congregación cristiana de Palestina.

v. 4: Él juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos: Convertirán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces: no alzará espada nación contra nación ni se adiestrarán más para la guerra.

El sujeto de toda la primera oración es Jehová, de cuya palabra, casa y monte trataba antes la discusión. El Señor Jehová entonces morará entre el pueblo que ha sido reunido de Israel y de todas las naciones gentiles, y gobernará y rectificará todo. Como es frecuente en la profecía, el tiempo mesiánico aparece aquí como el tiempo del parusía del Señor. Él mismo es el Señor Jehová. Es un gobierno espiritual que se ejerce entre los gentiles convertidos. Juzga y gobierna por medio de su palabra. El que el Señor juzga y media entre las naciones es el resultado de que la palabra de Jehová ha llegado a los gentiles. Y los gentiles convertidos voluntariamente cumplen con las decisiones del

Señor. Así ya no se pelean y riñen entre sí. En el reino de Dios, en el reino del Mesías, ya no se hace la guerra. La paz, la armonía y el amor reinan allí. Convertir las espadas y lanzas en arados y hoces es una figura hermosa del pensamiento “paz en la tierra”.

La entrada de los gentiles en el reino de Dios: éste es el pensamiento fundamental de la profecía que contiene el capítulo 2:2-4. En la iglesia, en la reunión y la extensión de la iglesia, en la situación y la vida de la iglesia continuamente se cumple esta profecía. La profecía y el cumplimiento abarcan todo el tiempo final.

La mayoría de los comentaristas modernos, como también los milenaristas, por supuesto, ponen el cumplimiento en los últimos días de la época final, en su milenio. Luego, según el significado literal de la palabra los pueblos de la tierra harán un peregrinaje a la tierra santa, al templo de Jehová que ha surgido de los escombros y el polvo para tener una nueva gloria, y se unirán con el Israel convertido. Entonces Cristo el Señor reinará visiblemente y tendrá su trono en Sión, y el mundo entero cederá a sus veredictos judiciales. Habrá una paz universal entre las naciones. Luego el monte de Jehová, el monte Moria en Jerusalén, o por sí solo, o junto con toda la ciudad de Jerusalén o junto con toda la tierra de Canaán, ascenderá a lo alto hasta que esté por encima de todos los montes y collados de la tierra, y allí en la cima del monte más alto de la tierra todas las naciones adorarán. “Ahora el cerro del sudeste y los montes basálticos de Basán, elevados en fuertes cumbres y pilares, mira con desdén el pequeño monte de piedra caliza, que Jehová ha escogido, una incongruencia que los últimos días quitarán haciendo lo externo como lo interno, la apariencia como la esencia”. Delitzsch.

Se mantiene que este concepto literal o realista de la profecía está de acuerdo con la palabra de la Escritura. Se tiene que tomar el texto tal como reza, dicen. Pero dejando de lado el cumplimiento de este texto en el Nuevo Testamento, que cualquier niño puede entender, la manera de expresión de la profecía misma elimina la mentira milenarista. Nadie que piensa puede negar que en la Escritura, y especialmente en los profetas, se encuentra mucho lenguaje figurado. Éste o es tan claro y evidente que el significado es obvio para el simple lector, o se encuentran entre las expresiones figuradas también afirmaciones que describen el mismo asunto en palabras llanas y apropiadas. Las dos cosas son el caso aquí.

La persona que conoce la Escritura ni por un momento se confunde en cuanto al entendimiento correcto de las figuras del v. 2,3a y 4. Pero la afirmación clara del v. 3b también arroja luz sobre lo que precedió y lo que sigue. La palabra de Dios, la ley del Nuevo Pacto, saldrá del monte de Sión y de Jerusalén. Esto es lo que dice con claridad. Sin embargo, cuando el evangelio llega por sí mismo a los gentiles, ellos no tienen que salir de donde viven y hacer un peregrinaje a Palestina para recibir allí la palabra de Dios. Una cosa o la otra. O los gentiles irán a Sión para encontrar allí la palabra, o la palabra va desde Sión adonde ellos viven sin su ayuda. Tomar las dos cosas juntas es absurdo. Más bien, el segundo caso es lo que sucedió. En consecuencia, el viaje de la gente a Jerusalén no es algo que realmente ocurre. No, van a la casa del Señor en la misma forma como cuando describimos la conversión de los gentiles como “entrar en el reino de Dios”.

El que para los gentiles sea importante “ser enseñados por Jehová”, “andar en sus sendas”, confirma que en esta sección el profeta piensa en la conversión de los gentiles por la palabra del Señor que reciben. Y es precisamente de esta manera, al entrar una nación tras otra en la iglesia de Cristo, que el reino de Dios alcanza tal magnitud, tal extensión, que su expansión llega a todos los reinos del mundo, v. 2.

El dominio del Señor, v. 4a, se especifica por su conexión con el v. 3b como un dominio alcanzado por medio de la palabra. Y la intención pacífica de los gentiles que han llegado al monte de Jehová también se ve como resultado de la palabra del Señor. Uno tendría que estar ciego para perder el significado correcto de la profecía. El significado extremo material, especialmente la idea de que el monte del templo en Jerusalén en el milenio debe llegar a ser el más alto de la tierra, llega a ser una locura total. Aquellos que, como regla general, no quieren creer la Escritura y las palabras y el significado claros de la Escritura finalmente están condenados a creer una locura.

Isaías 2:5-22

v. 5: *Venid, casa de Jacob, y caminaremos a la luz del Señor.*

La invitación לְבוֹ וְנִלְכָה parece repetir las palabras que los gentiles gritan uno al otro: לְבוֹ וְנִלְכָה. Con el ejemplo de los gentiles creyentes el profeta quiere incitar a su pueblo, el Israel rebelde, a sentirse celoso. La expresión “caminar a la luz del Señor” incluye dos cosas: reconocer al Señor que se revela en la palabra y trasladar este conocimiento a las obras y la vida.

v. 6: *Ciertamente tú has dejado tu pueblo, la casa de Jacob, porque están llenos de costumbres traídas del oriente, y de agoreros como los filisteos; y pactan con hijos de extranjeros.*

El llamamiento a caminar a la luz de Jehová, lo cual implica que la casa de Jacob no anda en pos del Señor, y por tanto se requiere un cambio, es la razón por la que Dios ha rechazado a su pueblo. Dios prácticamente ha abandonado y rechazado a su pueblo. A esto llegó Judá con su pecado y transgresión. La primera oración del versículo obviamente se dirige a Dios y no a la casa de Jacob, en el sentido de que perdió su nacionalidad. Porque עַם sencillamente es concreto, el pueblo, en ninguna parte es abstracto, nacionalidad. La segunda oración, que también comienza con בִּי, explica por qué Dios ha rechazado a su pueblo. Están llenos del oriente, es decir, con costumbres y prácticas orientales, por tanto, con costumbres paganas, idólatras. Se han convertido en agoreros, como los filisteos. La hechicería, común entre los filisteos, también se había impuesto en Judá. Literalmente עַנְנִים son los que forman las nubes y el tiempo. La especie representa el género. Andan mano a mano con los hijos de extranjeros. יִשְׁפִּיקוּ de שִׁפָּק significa según el árabe “estrechar las manos” y es, como por ejemplo שִׁפָּק con ק in

el sentido de “hacer un pacto con alguien”. Es enemistad contra Dios cuando los hijos de Dios están en términos íntimos y fraternizan con los hijos del mundo.

v. 7 Su tierra está llena de plata y de oro, sus tesoros no tienen fin. También está su tierra llena de caballos y sus carros son innumerables.

Su tierra, es decir, la del pueblo de Judá, está llena de oro, de plata, de tesoros innumerables, de incontables caballos y carros. A los reyes de Israel se les prohibió en la ley acumular oro, plata, caballos. Deu. 17:14ss. Judá, el pueblo de Dios, se deleitaba mucho en la gloria de este mundo. Se deleitaba en la plata, el oro, los tesoros. Puso su confianza en los caballos y en los carros. Esto también fue evidencia de su apostasía del Dios viviente.

v. 8 Además, su tierra está llena de ídolos, y se han arrodillado ante la obra de sus manos y ante lo que fabricaron sus dedos.

Los ídolos se llaman אֱלִילִים, naderías, porque no son nada. La casa de Jacob sirve a ídolos paganos. Ha llegado tan bajo que adora las obras de sus propias manos.

v. 9 Así se ha inclinado el hombre y el varón se ha humillado; por tanto, no los perdone.

חַיִּים no es el nifal imperfecto sino un imperfecto qal intransitivo de שָׁחָה. אָדָם, ser humano, e אִישׁ, hombre, se deben tomar en el sentido colectivo. Los seres humanos son los inferiores en la nación, los hombres los superiores. Lutero traduce correctamente: “gentuza”, “aristócratas”. El pueblo, tanto los inferiores como los superiores, es abatido, humillado. Es el castigo por los pecados mencionados en v. 6-8. Los que dependen de sus ídolos y practican la hechicería y confían en los tesoros, el poder y la gloria de este mundo se perderán como resultado de esta confianza. Los bienes y los ídolos del mundo no los salvarán en el juicio. Obviamente el v. 7 señala el juicio que está por venir. El ו al comienzo tiene un significado estrictamente consecutivo. El juicio resulta de la apostasía, la idolatría, y una disposición mundana. Se refiere al juicio final, la ira final que excluye toda gracia y perdón. Cuando Dios juzgue en el día final, hablará con ira; ya no perdonará.

v. 10 ¡Métete en la peña y en el polvo escóndete de la presencia temible de Jehová y del resplandor de su majestad!

En una descripción gráfica del juicio el profeta llama a la gente rebelde a meterse en las rocas, a esconderse en el polvo, del terror de la divina majestad. Las palabras finales contienen una descripción solemne del juicio final. Ha llegado el momento cuando el Señor aparece en el esplendor de su majestad y deja postrado a los impíos con el terror de su majestad. Para comenzar, la ira y el terror divino amenaza a Judá que ha olvidado a Dios. Pero la expresión es general e incluye, como dice Drechsler, el juicio sobre todo la humanidad. El juicio que sobrevino a Judá-Jerusalén en el 70 d.C., según la Escritura es el comienzo (Mat. 16:28; 1 Tes. 2:16), como si fuera la primera escena del juicio del

mundo. La ira de Dios ya es “final”, εις τελος, sobre los judíos. Y en el día del juicio se revelará al mundo entero. El profeta ve en su totalidad este juicio final, definitivo, que afecta primero a Israel y luego a todos los paganos. Cuando sobrevenga al mundo el terror de Dios, cuando en su gloria, en su esplendor, el Señor manifieste su majestad, entonces todos los pecadores, todos los idólatras, como los siervos de Mamón, y todos los rebeldes que se han encariñado con el mundo idólatra y su esplendor comenzarán a temblar e irán a la destrucción. Son incapaces de mantenerse en pie y no sobrevivirán ante el Dios santo y glorioso. Tienen que arrastrarse y esconderse de él. Por supuesto, es imposible que escapen de la vista y el control del Dios majestuoso. No pueden jamás escaparse de él, ni lo harán. Y así les tocará experimentar cuán terrible es caer en manos del Dios viviente.

v. 11 La altivez de la mirada del hombre será abatida; la soberbia humana será humillada. Sólo Jehová será exaltado en aquel día.

Éste es el resultado del juicio. El orgullo y la arrogancia del hombre entonces serán abatidos, echados a la tierra. Los malhechores orgullosos y arrogantes entonces retorcerán en el polvo, aullarán y temblarán. El orgullo se atribuye a los ojos porque es la mirada peculiar del hombre que lo revela. El Señor, sólo él, es exaltado y victorioso en ese día cuando toda la creación será deshecha delante de él.

v. 12 Porque el día de Jehová de los ejércitos vendrá sobre todo soberbio y altivo, sobre todo lo arrogante, y será abatido;

Es evidente que la arrogancia del mundo será abatida por el hecho de que el día futuro de Jehová de los ejércitos abatirá toda altivez en la tierra. Los profetas del antiguo pacto ya han profetizado acerca del “día de Jehová”, acerca del día de ira y juicio, que pondrá fin al tiempo de este mundo y la existencia de este mundo. Compare Is. 13:6,9; Joel 1:15; 3:4. La sección v. 12-22, introducida con el versículo 12, contiene una imagen majestuosa del juicio, y este juicio que se representa aquí se extiende sobre toda la tierra. Luego se dan los detalles del pensamiento general del versículo 12 en los versículos siguientes.

v. 13,14 Sobre todos los cedros del Líbano altos y erguidos, y sobre todas las encinas de Basán; sobre todos los montes altos y sobre todos los collados elevados;

No hay ninguna razón aquí para que tomemos en sentido figurado lo que se dice acerca de los altos árboles y montañas, tal vez acerca de palacios edificadas de cedro y roble y fortalezas hechas de roca sólida. Las obras de las manos de los hombres se mencionan específicamente en lo siguiente. El día de Jehová también afecta lo que es grande y majestuosamente hermoso en la naturaleza. Pondrá fin a toda la existencia presente del mundo.

v. 15,16 sobre toda torre alta y sobre todo muro fortificado; sobre todas las naves de Tarsis y sobre todos los barcos lujosos.

חֹמֶה בְּצוּרָה, realmente: un muro truncado, insuperable; es casi como un muro escarpado, empinado. Pensamos en Jotam cuando fortificó poderosamente Jerusalén y construyó fortalezas en la tierra, de Jotam y también de Salomón, enviando barcos mercantes por el mar a Tarsis en España. Sin embargo, la expresión aquí se debe tomar en sentido general. Todas las torres y los muros altos, todos los edificios bien contruidos y majestuosos de los hombres, toda industria y comercio, todos los productos y monumentos gloriosos de la destreza y arte que han hecho las manos humanas, que ha concebido e inventado el ingenio humano, todo eso de un solo golpe será destruido en el día del juicio.

v. 17 La altivez del hombre será abatida; la soberbia humana será humillada. Sólo Jehová será exaltado en aquel día.

Los hombres de la tierra ponen su confianza en la criatura. Exhiben y hacen alarde de las cosas buenas y tesoros de la tierra. Se jactan de las obras de sus propias manos. Este orgullo, esta arrogancia de los hombres llegará a la nada cuando todo de lo que se enorgullecen y se jactan se destruya repentinamente.

v. 18,19 Y acabará por completo con los ídolos. Se meterán en las cavernas de las peñas y en las aberturas de la tierra, a causa de la presencia temible de Jehová y del resplandor de su majestad, cuando él se levante para castigar la tierra.

Los ídolos, estas naderías en las que los hombres han puesto su corazón, y a esto pertenecen todas las criaturas, como las cosas buenas de la tierra, como productos de su mano, desaparecen completamente en ese día. כָּלִיל se usa aquí adverbialmente.

Abandonados por sus ídolos, por las cosas que amaban, van y se esconden en las cuevas de las peñas, en las grietas de la tierra, para escapar del terror de la majestad divina. Sin embargo, nunca podrán escapar del Señor, que hiere con terror toda la tierra.

v. 20,21 Aquel día arrojará el hombre a los topos y murciélagos sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que le hicieron para que adorara. Se meterá en las hendiduras de las rocas y en las cavernas de las peñas, a causa de la presencia formidable de Jehová y del resplandor de su majestad, cuando se levante para castigar la tierra.

En aquel día los ídolos desaparecerán por completo. Lo que era de gran estima y precioso para el hombre se le quitará y se desintegrará ante sus ojos. Pero el hombre mismo echará sus ídolos de plata y oro, los ídolos que en un tiempo adoraba, a los topos y los murciélagos, “en los rincones más impuros”, para después de arrojar su “carga inútil y maldita”, buscar un refugio para él mismo. Es mejor leer לְחַכְּרֵרוֹת y entender la palabra en el sentido de los animales que cavan en la tierra, tal vez los topos. Dejando la imagen, el hombre aborrecerá, maldecirá y condenará sus ídolos que entonces lo abandonan, que sólo lo entregan a la ira. Sin embargo, es un remordimiento inútil, un engaño y un remordimiento desesperado que no ayuda. A Judas no le ayudó echar las 30 piezas de plata. El Señor, que arroja terror sobre toda la tierra, encontrará a los idólatras, los rebeldes, aún en sus peñas y cuevas y les pagará conforme a sus obras malas.

v. 22 *¡Dejad al hombre cuyo aliento está en su nariz!; porque ¿de qué estima es él digno?*

Esta exhortación al arrepentimiento forma la conclusión de la descripción del juicio. Antes el profeta trató extensamente cómo los hombres con su orgullo, con sus ídolos, serán reducidos a la nada en el juicio. Luego amonesta a todos los que lo escuchen a romper toda asociación con los hombres vanos de este mundo, con los hombres mortales, a dejar el temor del hombre, el amor del hombre, la confianza en el hombre. לְכָם es un dativo de ventaja. Cada uno por su propio bien, para escapar de la ira y del juicio futuro, debería separarse y desvincularse de las personas degeneradas de la raza humana. Una antigua interpretación considera “hombre” con el significado de alguien a quien “se tiene en gran estima”, Cristo, el Hijo del hombre, y considera la amonestación del profeta como si dijera que el pueblo judío no debería tener nada que ver con este hombre, Cristo. Sin embargo, el texto exige que pensemos sobre la fragilidad y falta de valor del hombre, y el contexto elimina cualquier conexión con Cristo y sencillamente señala el juicio destinado para el hombre, para la raza humana que olvida a Dios.

Así en el v. 5-22 tenemos **una descripción de la ira final y del juicio que destruye toda la gloria de la tierra, todo el orgullo del hombre.**

Isaías 3:1-7

v. 1 *Porque el Señor, Jehová de los ejércitos, quita de Jerusalén y de Judá al sustentador y al fuerte, toda provisión de pan y toda provisión de agua;*

Veremos cómo la sección que comienza con 3:1 se relaciona con lo anterior, qué significa אָי aquí, cuando nos hemos familiarizado con los pensamientos principales de esta nueva sección.

Después de darnos una descripción general del juicio en 2:12-22, el profeta vuelve a Judá Jerusalén. En particular, anuncia el juicio y la ira contra el Judá rebelde. 2:5-11. El Todopoderoso, el Señor de los ejércitos quiere demostrar su fuerza y poder a Judá Jerusalén quitándole todo apoyo y sostén. מְסִיר, un participio: el Señor está en proceso de quitar todo su apoyo. Lo va a hacer gradualmente. La retirada del apoyo todavía no es un hecho logrado. Isaías amontona expresiones sinónimas: מְשַׁעֵן, מְשַׁעֵנָה, מְשַׁעֵן. Sostén, apoyo, cayado. Quita cada apoyo que ha sido responsable de la supervivencia del pueblo, todo los elementos básicos que sostienen la vida. Así, la provisión de pan y agua. El pan y el agua son el apoyo más necesario, los elementos más esenciales para el sustento de la vida. Dios quita a su pueblo el pan y el agua. Envía pobres cosechas, hambruna. Se interrumpe el curso general de las cosas, que el hombre cultive la tierra, coseche el producto de la tierra, y labore y con su trabajo se gane el pan de cada día. No hay trabajo, salario, medios para ganarse la vida.

v. 2,3 *al valiente y al hombre de guerra, al juez y al profeta, al adivino y al anciano; al capitán de cincuenta y al hombre respetable, al consejero, al artífice excelente y al hábil orador.*

Estos sustantivos todavía son todos complementos de מְסִיר. Todas estas personas son apoyos que el Señor retira. Dios quita las reglas que él ha establecido, las funciones que él mismo instituyó, que sostienen al estado y a la iglesia, y en general toda la vida común y ordinaria. En lugar de las funciones y reglas, sin embargo, el profeta menciona las personas que desempeñan estas funciones, que deben cuidar estos arreglos divinos. Ya no se encuentran a hombres capacitados para sostener y gobernar al pueblo. Los miembros destacados del pueblo, del estado y de la iglesia, en esta enumeración deliberadamente se mencionan en una forma miscelánea. El lenguaje corresponde al caos en que degenera la vida del pueblo. Dios quita a los jueces, consejeros, ancianos, personal del gobierno. La nación, el estado de Judá, no tiene hombres dispuestos y calificados para juzgar con justicia y gobernar, para aconsejar bien al pueblo. Se retira a los hombres de alto rango, los soldados, los capitanes militares. Junto con la autoridad gubernamental se deteriora y se desmorona la autoridad militar y policial, autoridades que deberían proteger al pueblo contra los adversarios externos e internos.

Los asuntos en la iglesia son igualmente tan malos como dentro del gobierno civil. Dios quita a su pueblo los profetas que enseñan lo que se debe enseñar. De hecho, ya no permite los falsos profetas, los adivinos y los engañosos encantadores que el pueblo ha escogido para sí mismo. קַסֵּם, mago, adivino; גְּבוּז לְחַשׁ, el que es experto en susurrar, murmurar y exorcismos.

Después de los gobernantes en el estado y la iglesia, se menciona una tercera clase de apoyo. La vida y el bienestar cotidiano de los hombres ordinarios también los promueven hombres honorables. גְּשׁוּא פְּנִים, personas que son reconocidas y estimadas por personas de alto rango, gente respetada, cuando estas personas usan el respeto y la influencia que tienen en la forma correcta, los sabios, los maestros en las artes, los artistas y la gente docta, que hacen florecer la cultura y el comercio y con sus descubrimientos abren nuevas fuentes de ingresos para la gente de menor rango entre el pueblo. Pero el Señor quita aun estos apoyos.

v. 4 *Y les pondré jóvenes por gobernantes: muchachos serán sus señores.*

Dios no sólo quita algo del pueblo degenerado sino también les da algo, reemplaza lo que les quita. ¡Pero qué reemplazo! En lugar de gobernantes que los gobiernan en la forma correcta, les da jóvenes sin experiencia. תַּעֲלִילִים, lo juvenil, caprichos juveniles, pillería juvenil gobierna en donde debe reinar la justicia. Los bribones en el trono, en los tribunales, practican trucos viles.

v. 5 *Entre el pueblo brotará la violencia de unos contra otros, cada cual contra su vecino; el joven se levantará contra el anciano, y el plebeyo contra el noble.*

שָׁנָה, en nifal, es reflexivo aquí. Los ciudadanos, los habitantes del país, molestan y se oprimen unos a otros. Ha desaparecido todo respeto por la posición y la edad. Los hijos rompen con sus mayores, con sus propios padres. La gentuza se rebela contra la autoridad superior. Hay anarquía general. Ya no existe ningún gobernante ni juez que impida los excesos, ningún profeta que reprenda la indecencia.

v. 6,7 *Cuando alguno tome de la mano a su hermano, de la familia de su padre, y le diga: “Tú tienes vestido, tú serás nuestro gobernante” y “Toma en tus manos esta ruina”, él jurará aquel día, diciendo: “¡No tomaré yo ese cuidado, pues en mi casa no hay pan ni qué vestir! ¡No me hagáis gobernante del pueblo!”.*

En esta situación desesperada y miserable la gente busca una ayuda y un salvador. Se aferra de cualquier extraño y busca hacerlo un dictador. Su trabajo es intentar levantar esta estructura caída, esta ruina, por un poco más tiempo. Pero el extraño no acepta. Es tan indigente y degenerado como los demás. No tiene pan ni ropa. Así que, no tiene los requisitos para gobernar y no tiene el menor deseo de tomar sobre sí la responsabilidad de vendar y curar los miembros frágiles del cuerpo nacional. La ruina ha llegado muy lejos. Ya no son posibles las acciones y las medidas correctivas.

Los v. 1-7, así como lo que sigue, ya no habla del juicio final. El pueblo de Judá Jerusalén todavía prolonga su existencia, aunque es una existencia miserable. La desintegración y anarquía general, descrita para nosotros aquí en colores vivos, apuntan hacia el día del Señor, que reducirá a la nada todo lo que existe y así produce el final, la destrucción. Las reglas y fundamentos de la vida ordinaria se quitan. Por supuesto, la ruina total no puede estar lejos. Fue en tales circunstancias desoladas, como las que se describieron aquí, en que el reino de Judá se encontró bajo el rey Acáz. Ésta fue y siguió siendo, aunque en forma intermitente, la situación de Judá Jerusalén hasta la catástrofe final en el 70 d.C. inmediatamente antes que la guerra romana había llevado a su momento crítico la partición y fragmentación del pueblo. Una facción luchaba contra la otra hasta que los romanos terminaron con la ruina de la nación.

La conexión entre esta sección y la anterior, entonces, es la siguiente: el día del Señor seguramente vendrá; “porque” Judá Jerusalén ya está en proceso de desintegración.

El día del Señor se extiende sobre toda la tierra. Prevalece una situación similar antes del juicio y del fin del mundo como se describe aquí. Éstas son las señales del tiempo que vemos y que indican que se acerca el fin: todos los preceptos divinos en la iglesia y en el estado se desintegran. Jueces y gobernantes impíos, que son culpables de toda clase de maldades, ocupan las posiciones gubernamentales. En la iglesia offician falsos profetas, adivinos, siervos del diablo, idólatras, blasfemos. Y el castigo es bien merecido cuando Dios quita los gobernantes y maestros rectos y pone a malhechores en su lugar. En la vida comercial todo está en desorden. Ya no se paga apropiadamente el trabajo honesto. Cada persona oprime y arruina a la siguiente. En resumen, el mundo se va deteriorando. Es semejante a un edificio en decadencia, deteriorado, cuyos pilares se han quitado uno por uno. Y cuando se ha derrumbado el último pilar, entonces ha llegado el fin. Entonces sigue la desintegración de los cielos y la tierra.

La desintegración de todo orden humano y divino precede al fin.

Isaías 3:8-15

v. 8 *Porque arruinada está Jerusalén y Judá ha caído; pues la lengua de ellos y sus obras han sido contra Jehová para desafiar la faz de su gloria.*

En el v. 8a “el profeta justifica la imagen lúgubre que ha descubierto ante los ojos de sus oyentes” (Drechsler) al caracterizar la situación presente con la expresión concisa:

Jerusalén y Judá está arruinada y ha caído. El כִּי de la primera oración sirve para explicar lo anterior. Judá-Jerusalén ha caído, se ha deteriorado, se ha arruinado. Este juicio obviamente incluye los elementos individuales enumerados en los versículos 1-7. Es la sentencia final. Así la situación en cuanto a Judá y Jerusalén es que ha caído. Antes se llamaba una ruina: מְכֻשָּׁלָה. Los perfectos נָפַל וּכְשָׁלָה, por tanto, expresan una situación general que ya ha ocurrido y que también continúa. No son perfectos proféticos (Bredenkamp). No se profetiza el destino de Judá sino se indica su situación actual. Es cierto, este deterioro universal, esta destrucción de toda relación terminará con la caída final en la destrucción, con el juicio final descrito en la segunda mitad del capítulo 2.

El nombre Jerusalén propiamente es femenino, el nombre de la nación Judá se trata como masculino. El que esta destrucción presente de Judá Jerusalén, que terminará en la ruina final y completa, aparece como un juicio justo se establece en el v. 8b por la referencia al comportamiento, al pecado del pueblo. Sus lenguas y sus obras se dirigen contra Dios con intenciones hostiles. El pecado ha aumentado en extremo. Con su lenguaje repugnante, por ejemplo, sus blasfemias, y con sus obras malas y crímenes, atacan directamente a Dios, “para desafiar la faz de su gloria”. Literalmente se rebelan contra Dios. לְמַרְוֹת es equivalente a לַהֲמַרְוֹת. מַרָה en el hifil significa tratar con obstinación, ofrecer gran resistencia. Los rebeldes se oponen a Dios, a “la faz de su gloria”. עֵינַי = עֵינֶי. “Faz de su gloria” es una expresión con significado similar a “su santo brazo” (Is. 52:10). La gloria de Dios es la apariencia exaltada, gloriosa de su santa esencia. Los pecadores desafían al gran, glorioso, exaltado Dios, la faz gloriosa que refleja su santidad. Casi deliberadamente exhiben sus malas obras para que Dios las vea y así piden que caiga la ira y el juicio de Dios sobre ellos. Desafiar a Dios, pecar ante su faz, es el colmo del pecado y la trasgresión. Tal desafío de parte de los pecadores y apóstatas es una señal de los últimos tiempos. También en nuestro día vemos esta señal del juicio.

v. 9 *La apariencia de sus rostros testifica contra ellos, porque como Sodoma publican su pecado. ¡No lo disimulan! ¡Ay de sus vidas!, porque amontonaron mal para sí.*

Aquí también los perfectos indican la condición presente. הַפְּרֵת פְּנֵי es la apariencia de sus rostros. הַפְּרָה es un sustantivo formado del hifil de נָבַר, y significa mirar fijamente, fijar la vista. La mirada en sus rostros equivale entonces a su apariencia, lo que llamamos

su fisonomía. La expresión de sus rostros testifica contra ellos. Sus pecados y vicios están escritos en sus mismos rostros. Cuando el pecado los gobierna a tal punto de que se note en su apariencia, en las expresiones y líneas de sus rostros, los pecadores han ido al extremo. Así se puede mirar a Judá, así se puede ver la humanidad de los últimos tiempos, y leer en su rostro que es una humanidad ebria, una generación vengativa y hostil a Dios, que busca el placer, la sensualidad, la lascivia.

Sin embargo, éste no es sólo exhibicionismo mudo. También revelan sus pecados en sus palabras, hablan de ellos, se jactan de sus obras vergonzosas, y no las esconden. Ya no hay temor ni vergüenza. Es la etapa final de la historia y el desarrollo del pecado en la tierra cuando los hombres ya ni ocultan sus pecados ni su vergüenza, sino los dejan a la vista, se pavonean y se jactan de su vergüenza. Cuando la situación ha ido tan lejos, pronto se desatará la ira. Así fue en Sodoma. La gente allí practicaba la fornicación a plena luz del día, en las calles, en los mercados, hablaban franca y libremente acerca de esos pecados vergonzosos. Pero luego llovió fuego del cielo y destruyó la ciudad. Tal comportamiento insolente ofende a Dios, pero los malhechores insolentes sólo hacen daño a sus almas. La ruina general, la interrupción de todas las relaciones, es el resultado de esta decadencia moral y de esta forma el mundo pecaminoso está listo para el juicio y la condenación. Es una descripción mordaz de la moral que el profeta da en esas palabras breves y concisas, y se aplican también a nuestro tiempo y muestran que éste es el último tiempo.

v. 10,11 *Decid al justo que le irá bien, porque comerá de los frutos de sus manos. ¡Ay del malvado! Mal le irá, porque según las obras de sus manos le será pagado.*

Aquí el profeta se refiere al destino final de los rectos y los impíos, a la decisión final que resulta de la crisis actual. Todavía hay algunas personas justas en estos últimos tiempos malos, que se mantienen sin mancha de las actividades y existencia impía y blasfema del mundo. Por amor a los pocos justos Dios todavía sostiene el mundo, así como hubiera perdonado a Sodoma y Gomorra si hubiera podido encontrar allí a diez justos.

La construcción del versículo 10a es como el latín: *Dicite justim, quod bene sit = dicite justim bene esse*. Di del justo que lo tiene bien. Se nombra el objeto primero en forma general y luego se define más exactamente mediante la cláusula de complemento que viene después. טוֹב aquí significa καλὸς ἔχει, lo tiene bien. Comerá del fruto de sus obras. Con las buenas obras los justos luchan por la vida eterna y resplandecen como una luz brillante en esta generación rebelde. Y sus buenas obras van después de ellos ante el juicio de Dios y en la eternidad. Allí se les recompensará todo lo que han hecho. Por otro lado, irá mal, רָע, κακὸς ἔχει, con los impíos. Se les pagará conforme a sus malas obras.

v. 12 *Los opresores de mi pueblo son muchachos, y mujeres se enseñorearon de él. ¡Pueblo mío, los que te guían te engañan y tuercen el curso de tus caminos!*

El profeta lamenta la miseria de su pueblo y sobre todo acusa a los líderes del pueblo. Ellos llevan la mayor culpa por la corrupción generalizada. A los regentes del mundo se

les llama tiranos y lo son; son bribones. מְעוֹלֵל, singular, todo el que trata atrevidamente a la gente es un bribón. Son mujeres que desatan su furia contra el pueblo. Sin embargo, los peores son aquellos que realmente deben estar conduciendo al pueblo por el camino recto, los maestros del pueblo. No obstante, conducen a la gente por el camino equivocado, por el camino a la destrucción. Ponen obstáculos en el camino del pueblo. El camino que debe tomar el pueblo es el que Israel debe seguir para alcanzar la meta establecida para él. Es el camino prescrito en la ley divina. Se extiende a muchos caminos. Todo lo que promueve la fe y una vida piadosa Dios lo ha dado a su pueblo en su palabra. Los falsos profetas han enredado este camino en tal forma que la mirada y los pies del pueblo no pueden encontrarlo ni viajar por él. Ya no se puede ver ningún camino. Cada parte de la verdad divina la han confundido. El dominio que han alcanzado la mentira y el error, que resulta en la pérdida total del camino de la salvación, también es una señal de los últimos tiempos.

v. 13 *Jehová está en pie para litigar y para juzgar a su pueblo.*

De nuevo llega a la atención del profeta el juicio final. Con sus caminos insolentes y malvados como se relatan en los v. 8-12, los pecadores de los últimos tiempos se acarrean para sí el juicio divino. Y el juicio final aparece aquí otra vez como el juicio que acaece a las naciones, a todas las naciones de la tierra. En todas partes entre las naciones el conocimiento de los síntomas de la decadencia mencionada en los v. 1-12 estará en evidencia. El Señor, que ha mantenido silencio por tanto tiempo y mostrado tanta paciencia, cuando haya pasado el tiempo de la paciencia se presentará בְּקוֹמוֹ para inspirar temor en la tierra, 2:19,20, y mostrarse visiblemente y ponerse de pie ante los ojos de todos los habitantes de la tierra. Reprenderá a los pecadores de la tierra, לְרִיב, los condenará por su maldad. Y esta repreensión luego incluye el proceso judicial, לְדִין, la sentencia y la ejecución de la sentencia.

v. 14,15 *Jehová vendrá a juicio contra los ancianos de su pueblo y contra sus gobernantes. Porque vosotros habéis devorado la viña y el despojo del pobre está en vuestras casas. ¿Qué pensáis vosotros que trituráis a mi pueblo y moléis las caras de los pobres? dice el Señor, Jehová de los ejércitos.*

Luego viene la amenaza con el juicio a Judá y Jerusalén. Pero el juicio que le sucede a Judá sólo es el comienzo del juicio del mundo. Así como con los gobernantes de Judá, el Señor, cuando juzgue a las naciones del mundo, hablará y litigará con los gobernantes y regentes del mundo. Su culpa es igual a la de los ancianos y príncipes de Judá. Sí, precisamente contra los príncipes de su pueblo el Señor los llevará a juicio. Especialmente contra ellos tiene algo que decir. Los reprende por el daño que han ocasionado a su pueblo.

La viña de la que se habla aquí es Israel, el Israel de Dios, su pueblo, v. 15. El pueblo de Dios particularmente en los últimos tiempos es una *ecclesia pressa*. Son los pobres, los angustiados. v. 15. Los angustiados son los mismos que los justos mencionados en el versículo 10. Los “pobres” y “justos” frecuentemente son sinónimos en los escritos de los

profetas y en los salmos. Los gobernantes del pueblo se han alimentado de la viña del Señor; han despojado al pueblo de Dios. Los pobres tuvieron que experimentar que los despojaron sus bienes. Sí, los tiranos ni perdonaron la vida y los miembros de los pobres. Han molido a los angustiados. Sus rostros fueron molidos, es decir, su persona תִּטָּחֵנוּ. Molieron su carne, sus huesos, como con un molino. Los han oprimido y maltratado hasta dejarlos sin aliento, o los han matado a espada y derramado sangre de los inocentes.

La persecución de los justos, la persecución sangrienta, había comenzado ya bajo los reinados de reyes impíos tales como Acáz y después llegó a su momento crítico durante el período final de la historia de Judá en el tiempo en que el Israel creyente llegó a formar la iglesia de Jesucristo. Los ancianos de Israel, los escribas, y los sumos sacerdotes fueron los que originaron la persecución de los cristianos. La opresión y persecución de la iglesia de Dios en general es una señal de los últimos tiempos. Y en el día del juicio el Señor de los ejércitos, el Todopoderoso, litigará y reprenderá a los gobernantes de su pueblo, y generalmente a los tiranos de la tierra en cuanto al mal que han hecho a sus hijos justos en la tierra. Luego hablará con ira. Las palabras parecen abruptas: “Porque vosotros habéis devorado la viña”. Falta la oración: “Los hice guardianes de las viñas”.

Después de מַה־לָּכֶם, “qué les pasará”, esperaríamos בִּי, pero falta. El discurso sigue apresurado. Con seguridad la ira y el celo de Dios en ese día caerán sobre los grandes malhechores que han atacado a su amada iglesia en la tierra.

Los crímenes, la insolencia, la impertinencia de los pecadores de los últimos tiempos son la causa de la destrucción universal y conducen al día de la ira y del juicio de Dios.

Isaías 3:16 – 4:1

v. 16,17 *Asimismo dice Jehová: “Por cuanto las hijas de Sión se ensoberbecen y andan con el cuello erguido y ojos desvergonzados; que caminan como si danzaran, haciendo sonar los adornos de sus pies; por eso, el Señor rapará la cabeza de las hijas de Sión, y Jehová descubrirá sus vergüenzas”.*

El profeta ha revelado antes y pronunciado sentencia contra el pueblo de alto rango, los príncipes, los jueces, los profetas y los maestros del pueblo por su iniquidad. Ahora reprende a las mujeres, las hijas de Sión, y les proclama la palabra del Señor. Esta descripción de las costumbres también corresponde a las mujeres liberadas de hoy. La depravación de las mujeres es un indicio de la corrupción generalizada. Isaías también habla de las mujeres en el género masculino: גְּבֵהוּ, בְּרִגְלֵיהֶם, amazonas.

Las hijas de Sión, que deben ser “mujeres santas”, cuyo orgullo y adorno debe ser la piedad, la humildad, la modestia, las buenas costumbres, se han hecho tan insolentes como las hijas de los hombres. Esto lo demuestra su apariencia externa.

Sólo se tiene que observarlas mientras caminan. עֵינַיִם y גְּרוֹן son dativos de relación. מְשַׁקְרוֹת, piel de la raíz שָׁקַר, en el arameo significa guiñar. Andan con el cuello erguido y ojos desvergonzados. “El gesto más expresivo del orgullo es el cuello erguido orgullosamente, manteniendo la cabeza en alto. Hoy decimos presumido” (Drechsler). Andan con ojos desvergonzados, “echando miradas amorosas orgullosas con inocencia fingida”. (Delitzsch). En el v. 16b los dos infinitivos absolutos הִלְוִי וְטָפְףָּ describen el caminar coqueto de las mujeres. Andan con un paso afectado. El segundo infinitivo marca la pauta. טָפְףָּ, saltan o bailan. Dan pasos cortos. Los adornos de los pies, v. 20, sólo les permiten dar pasos cortos. Y al mismo tiempo hacen ruidos tintineantes con sus pies. עֲבָס es verbo denominativo derivado de עָבַס, anillo de los tobillos. Con sus pies, con los anillos de los tobillos, hacen sonidos tintineantes. Las mujeres orientales aun hoy hacen alarde de tal tintineo coqueto. El profeta, sin embargo, insensible a tal ostentación y titilación “sólo ve la suciedad del corazón y anuncia a las mujeres de moda un destino que no es estético”. (Delitzsch). El Señor afligirá la corona de su cabeza, la cual ahora tiene pelo largo, con costras y descubrirá su vergüenza. Frustrará la arrogancia de las hijas de Sión.

v. 18-23 *Aquel día quitará el Señor el adorno del calzado, las redecillas, las lunetas, los collares, los pendientes y los brazaletes, los turbantes, los adornos de las piernas, los partidores del pelo, los pomitos de olor y los zarcillos, los anillos y los joyeles de las narices, las ropas de gala, los mantoncillos, los velos, las bolsas, los espejos, el lino fino, los turbantes y los tocados.*

El profeta aquí ataca el amor excesivo a las mejores galas y a los lujos desenfrenados de las mujeres vanas. En la lista de los artículos individuales de su adorno hay una amarga ironía. Esta ropa opalescente de las mujeres es su orgullo; ocupa totalmente su mente. Es la ocupación de su vida. Su meta en la vida es fabricar estos adornos y que se los fabriquen; coleccionar todos estos lujos y ver que no les falte ninguno de estos artículos esenciales; cuidar muy bien estos tesoros y adquirirlos pieza por pieza e inspeccionarlos desde todos los ángulos y arreglarlos uno por uno en su cuerpo. Cuando así están tan hermosamente adornadas y salen a las calles o a las reuniones sociales y atraigan la mirada de los hombres y atraigan admiradores, el deseo más ferviente de su vida se ha cumplido.

El concepto general que incluye todas estas cosas es תְּפִאָּרַת, esplendor, hermosura. Las mujeres exhiben y hacen alarde de su vestimenta y sus adornos. עֲבָסִים son las cadenas de los tobillos. שְׁבִיטִים no los consideramos como pequeños soles (שְׁמִיטִים), esferas como el sol, un adorno puesto alrededor del cuello, sino trenzas (de שָׁבַט = שְׁבִיט, hacer una trenza), y no eran sólo mallas del cabello sino adornos de la cabeza con hilo de oro y plata. שְׁהַרְנִים eran adornos en forma de luna o media luna que, en serie, pendían del cuello hasta el pecho.

נְטִיפוֹת eran aretes, pendientes elegantes desde la oreja. שִׁירוֹת , de שרר, cadenas, pulseras que se ponían alrededor del brazo o la mano. רְעָלוֹת, de רעל, son velos que aletean. פְּאָרִים son cintas para la cabeza, diademas, en otras partes se usa para cubrir la cabeza de hombres, por ejemplo los sacerdotes y el novio.

צְעָדוֹת, de צעד, marchar, cadenas que conectan brazaletes para los tobillos. קְשָׁרִים, de קשר, *cingere*, hermosas cintas.

בְּתֵי הַנֶּפֶשׁ, cápsulas de perfume. נֶפֶשׁ aquí significa un vapor, un aroma. Eran pequeñas cápsulas llenas de perfume de almizcle. לְחֹשִׁים, de לחש, susurrar, encantar, “accesorios para encantar”, amuletos, pequeños platos de oro y plata que tenían grabadas formulas mágicas y al mismo tiempo servían como adornos. Éstos se llevaban en la oreja o en el cuello.

טְבָעוֹת, de טבע, sellar, anillos de sellar, que se llevaban en los dedos. גְּזָמֵי הָאָף, anillos de la nariz. Tales anillos, del tamaño de una moneda grande, hechos de metal o de marfil, pendían de la nariz y cubrían la boca. No se veían precisamente hermosos. También hoy están de moda muchos adornos feos y horribles que sólo desfigura la apariencia de la mujer. La vanidad y el amor al lujo llevan a las mujeres a ser necias y absurdas.

מְחֻלְצוֹת, de חלץ, quitar, realmente ropa que se quita, ropa cara que la persona sólo lleva en ocasiones festivas y se la quita tan pronto que llegue a casa para preservar su apariencia. De esta raíz semítica חלץ se deriva nuestra palabra “gala”. Por tanto, ropa de fiesta, vestido de etiqueta. מְעֻטָּפוֹת, de עטף, cubrirse, vestirse, túnicas amplias que se llevaban sobre las túnicas interiores, mantos con mangas. מְטֻפָּחוֹת, de טפח, extender, rebozos amplios.

הַרְיָטִים, cajas delicadamente decoradas que servían como bolsas. Las mujeres llevaban éstas, como las mujeres de hoy, cuando salían, en la mano o en el cinto para que no quedara oculto ninguno de sus tesoros. גְּלִינִים no son como en la LXX ropa de gasa lacedemonia transparente y crespón, de גלה, descubrir, sino גלה en su sentido original, “lustrar, bruñir”, platos pequeños de metal que servían como espejos. Esos pequeños espejos las mujeres los llevaban como adornos. En sus viajes tenían la oportunidad de inspeccionarse, para no olvidar cuan hermosas lucían. סְדִינִים, chaquetas ligeras del mejor lino de la India o chalecos. צְנִיפוֹת, de צנף, *convolvere*, turbantes hechos de telas de colores alegres. רְדִידִים, de רדד, extender, chalinas colgadas alrededor de los hombros y el cuerpo.

El profeta nombra veintiún artículos de vestimenta, un malvado tres veces siete particularmente para los esposos de estos títeres públicos. Delitzsch. Pero llega el día

cuando Dios quita esta arrogancia de las hijas de Sión. Las prendas de vestir y los adornos de las mujeres antes mencionados no están en ningún orden en particular. En aquel día, el día del juicio, el Señor, el Poderoso, entrará en escena con su brazo fuerte. Confundirá toda esta basura y la echará al fuego, el fuego del juicio. Entonces ay de las hijas de Sión, porque entonces habrán perdido todo su consuelo.

v. 24 *En lugar de los perfumes aromáticos vendrá hediondez, sogas en lugar de cinturón, y cabeza rapada en lugar de rizos del cabello; en lugar de vestidos de gala, ceñimiento de ropas ásperas, y cicatriz de fuego en vez de hermosura.*

En aquel día, cuando todo lo superfluo será destruido, la arrogancia de las hijas de Sión también será rota y transformada en lo opuesto. En lugar de bálsamo fragante, el moho las rodeará; tendrán que oler fetidez. En lugar de un cinto multicolor, una soga (גִּקְפָה, hebras hiladas) las sujetará como si fueran llevadas cautivas. מַעֲשֵׂה מִקְשָׁה es un producto ostentoso. En lugar de esta invención artística, en lugar de sus elegantes peinados, habrá calvicie. En lugar del manto amplio (פְּתִיגִיל de פתג, ser espacioso), llevarán un taparrabo de saco, una tela áspera. Una marca con hierro candente, como la que ponían los conquistadores para marcar la frente de los conquistados, reemplazará su hermosura.

Estas características individuales deben ilustrar el destino total, el cambio severo que trae consigo el día del Señor. Así como el deleite temporal en el pecado, en el placer carnal, en aquel día se torna en angustia y tormento, el regocijo y júbilo de este mundo bullicioso en el lloro y crujir de dientes, así la hermosura, el placer y el lujo de las mujeres que olvidan a Dios se tornará en pobreza, miseria, repugnancia, desgracia y vergüenza. El lago de fuego y azufre ya está preparado para esta generación degenerada y adúltera.

v. 3:25-4:1 *Tus varones caerán a espada y tu fuerza en la guerra. Sus puertas se entristecerán y enlutarán, y ella, desamparada, se sentará en tierra. En aquel tiempo, siete mujeres echarán mano de un hombre, diciendo: “Nosotras comeremos de nuestro pan y nos vestiremos de nuestras ropas. Solamente permítenos llevar tu nombre. ¡Quita nuestra deshonra!”*.

Justo antes de esto el profeta otra vez ha indicado el destino y el juicio final. Otra vez nos presenta una escena de la condición caótica y disoluta que precede al juicio final y prepara el camino para él. Los hombres de Jerusalén, sus guerreros, morirán a espada en la batalla. Entonces las puertas de la ciudad estarán de luto y lamentarán. En otros tiempos los hombres se reunían y debatían qué sería lo mejor para la ciudad. Ahora las puertas quedan desiertas. La hija de Sión se sienta allí cabizbaja. Está deprimida, sin esperanza porque la han privado de sus hombres y guerreros. גִּקְתָּהּ es 3 sing. fem. perf. nifal en pausa por גִּקְתָּהּ. En las medallas conmemorativas romanas, acuñadas después de la destrucción de Jerusalén, a Judea se le representa como una mujer triste, llena de remordimiento, mirando hacia el suelo. Luego sucede algo que no es natural. Las mujeres buscan a hombres para sí. De hecho, siete mujeres se aferrarán a un hombre. Y no tendrá que alimentarlas ni vestir las. Sólo quieren ser sus esposas y llevar su nombre. Sólo debería aliviar su estatus de solteras y de no tener hijos. Tales escenas, como aquí se

describen, desde los días de Isaías se repetían frecuentemente en la historia de Judá y Jerusalén. Porque Dios repetidamente entregó la ciudad infiel a manos de sus enemigos. Ya en este tiempo presente, antes del día del juicio, el gozo orgulloso y arrogante de las mujeres frecuentemente se transforma en luto y humillación.

La hermosura, vanidad, y arrogancia de las mujeres que olvidan a Dios algún día se transformará en luto y vergüenza.

Isaías 4:2-6

4:2 En aquel tiempo el renuevo de Jehová será para hermosura y gloria, y el fruto del país para grandeza y honra, a los sobrevivientes de Israel.

Sin que nada intervenga, el profeta procede de la amenaza del juicio a la promesa. Aquí, al final del discurso del profeta, como al principio en 2:2-4, encontramos una profecía gloriosa, que indica el tiempo del Nuevo Testamento, el reino de Cristo. Y, por supuesto, justo en medio de esta profecía el Rey de este reino, el Mesías, aparece. En ese mismo tiempo del que habló antes, en el tiempo del juicio, y porque éste había sido preparado, particularmente en el que suceda la ira final a Judá-Jerusalén, en los últimos días, 2:2, el renuevo de Jehová y el fruto del país será hermosura y gloria.

¿Qué es el renuevo del Señor, el fruto del país? Luzzatto, Hofmann, Knobel y la mayoría de los racionalistas interpretan estos términos colectivamente como un título de la iglesia de los últimos tiempos. Bredenkamp piensa en “las bendiciones de los tiempos finales que brotarán como un don divino de las ruinas de la magnificencia pasada”. Contra esto Rosenmueller dice con razón: Con esta interpretación se quita toda magnificencia de este dicho. El Targum judío, exegetas de la iglesia antigua y la mayoría de los comentaristas modernos como Hengstenberg, Steudel, Umbreit, Drechsler, Delitzsch, interpretan estas palabras como nombres del Mesías.

La analogía de la Escritura da testimonio de lo correcto de esta interpretación de la iglesia. Al que aquí se llama el renuevo y el fruto, obviamente es el mismo que en Is. 11:1 se llama una vara, un vástago que retoñará de la raíz de Isaí. Éste es el futuro Hijo de David. Es el mismo que según Is. 53:2 sube como raíz de tierra seca. Es el Siervo de Jehová, el Mesías. מִשְׁכָּנִי, el renuevo, luego se ha convertido en un nombre propio del Mesías. Vea Jer. 23:5; Zac. 3:8; 6:12. En Is. 28:5 Jehová se llama corona de gloria y diadema para el resto de su pueblo.

¿Qué significan estos dos nombres? El Mesías brotará de la tierra, por tanto “fruto del país”, de la humanidad, de la familia de David. Pero se llama el “renuevo de Jehová”. Esto todavía no significa, como los antiguos exegetas y luego Vitranga y Hengstenberg interpretan el nombre: “que brota del Señor” o es engendrado del Señor, así que equivaldría a Hijo de Dios. Porque en los pasajes mencionados se indica que el Cristo sale del país, de la casa de David como un renuevo tierno. Y el segundo nombre, “fruto

del país”, obviamente es un sinónimo. Cristo se llama el Renuevo de Jehová más bien porque es el vástago que el Señor Jehová ha hecho crecer, en una forma misteriosa fue introducido en la humanidad, en la casa de David. Sin embargo, el nombre señala el maravilloso origen del Mesías y con eso el misterio de su persona. Este renuevo de Jehová, el fruto del país, ahora debe ser el adorno, la gloria de los sobrevivientes de Israel. A ellos mostrará y manifestará su gloria. Por eso lo alabarán y se regocijarán en él. פְּלִיטַת יִשְׂרָאֵל se debe entender concretamente, los sobrevivientes de Israel. La expresión se explica con los sustantivos que siguen.

v. 3: Y sucederá que el que quede en Sión, y el que sea dejado en Jerusalén, será llamado santo: todos los que en Jerusalén estén registrados entre los vivientes.

Judá-Jerusalén casi ha llenado la copa de sus pecados y ha caído bajo el juicio. Sin embargo, hay algunos que el Señor retiene para sí, a quienes el Señor quita de la masa perdida y así no están sujetos a juicio. Éstos son los sobrevivientes de Israel. Dios tiene un remanente, un λείμμα en Israel, Rom. 11:5. Y este remanente, estos sobrevivientes serán llamados santos y son santos. Son arrebatados del mundo malo y se consagran a Dios. Llevan una vida santa, agradable a Dios y brillan como luminarias en esta generación perversa. Los remanentes son los justos de quienes el profeta ha hablado antes.

En la segunda mitad del versículo se amplía la descripción de los sobrevivientes de Israel. Son aquellos que están escritos en el libro de la vida, el libro que se menciona con tanta frecuencia en la Escritura. Ex. 32:32; Sal. 69:28; 87:6; 139:16; Dan. 12:1; Apo. 20:12. En otras palabras, esto significa: son ordenados para vida, vida en el sentido pleno de la palabra, vida eterna. Así como Hechos 13:48 habla de los que son ordenados para vida eterna.

En este contexto Jerusalén obviamente es el lugar de los elegidos, por tanto, la ciudad de Dios, el reino de Dios. Aquellos a quienes Dios ha ordenado para vida tienen derechos de ciudadanía en el reino que no es de este mundo, en el reino que perdura por toda la eternidad. El profeta señala explícitamente a “todos” los que están inscritos entre los vivientes en Jerusalén. Dios tiene a sus elegidos también de entre los gentiles. Son las naciones que según 2:2-4 subirán al monte de la casa de Jehová. Los elegidos de entre los gentiles se agregan a los remanentes en Israel. Los que son ordenados para vida entonces, como resultado de lo ordenado por Dios, serán sacados del tiempo del mundo, reunidos con Dios, convertidos a él y santificados. También nosotros somos escogidos para que “fuéramos santos y sin mancha delante de él” (Efe. 1:4). La eterna elección de Dios aparece aquí también como la causa final de nuestra liberación, conversión y santificación. Y precisamente en este asunto, a los elegidos de Dios se les llama santos y son santos, el renuevo de Jehová demuestra que es su adorno glorioso. Él los santifica. Los adorna con su Espíritu y dones, con santidad y justicia que agradan a Dios.

v. 4: Cuando el Señor lave la inmundicia de las hijas de Sión y limpie a Jerusalén de la sangre derramada en medio de ella, con espíritu de juicio y con espíritu de devastación.

Esta afirmación se hace en conjunción con lo anterior y no con lo que sigue. La limpieza de la que se habla aquí está relacionada con el estado de santidad del que se habló en el v. 3. Limpiar es un requisito para este estado de santidad. El perfecto קָטַף y el imperfecto קָטֵף , según el modelo del perfecto, aquí representan a la perfección la situación futura, puesto que en la cláusula principal la discusión trata de algo en el futuro. Así, el Señor primero lavará la inmundicia escondida de las galas y del esplendor de las hijas de Sión y limpiará a Jerusalén de sus crímenes horribles. El profeta nombra dos características principales de la corrupción de Israel. Sin embargo, se afirma que el Señor lavará y limpiará a Israel de sus pecados. Es evidente de por sí que el profeta también piensa en el remanente en Israel, no la masa de gente perdida, que ha pecado hasta el extremo y será azotada por la ira de Dios. Los sobrevivientes también, los elegidos, por naturaleza son pecadores, corruptos, y tienen necesidad de una limpieza y renovación fundamental. Y el Señor hace esta limpieza por medio de su Espíritu. También es un Espíritu de juicio, que castiga el mal, y un Espíritu consumidor, que elimina lo que es impío. Los que son limpiados, renovados y regenerados por el Espíritu de Dios luego andan en santidad y justicia que agradan a Dios.

El Señor que lava y limpia el pecado por su Espíritu aquí tiene el mismo nombre que antes se le dio al Juez del mundo. Es el Todopoderoso, יְהוָה , el que hace esto. La renovación, la conversión, la regeneración de los pecadores también es una obra de la omnipotencia de Dios. Sin embargo, este Todopoderoso no es otro sino aquel que fue llamado en el versículo 2 el renuevo de Jehová. Fundamentalmente es la misma operación divina limpiar a los pecadores y adornar a los remanentes con los embellecimientos de la santidad. En los v. 2,3 lo segundo explícitamente se atribuye al renuevo de Jehová, al Mesías. Es él, entonces, que, como el Todopoderoso, también pone la base de la santidad, que lava toda injusticia. El renuevo de Jehová es Jehová mismo. Ya se ha dicho que se dice lo mismo de Jehová de los ejércitos en 28:5 como del renuevo de Jehová en 4:2. Jehová de los ejércitos será la guirnalda y diadema para el remanente de su pueblo.

v. 5,6: Y creará Jehová sobre toda la morada del monte Sión y sobre los lugares de sus asambleas, nube y oscuridad de día, y de noche resplandor de llamas de fuego. Y sobre todo, la gloria del Señor, como un dosel; y habrá un resguardo de sombra contra el calor del día, y un refugio y escondedero contra la tempestad y el aguacero.

Aquí se habla del monte Sión. Puesto que aquí se describe el tiempo del Nuevo Testamento, como en 2:2, es el reino de Dios, del Mesías. Dice: “sobre toda la morada” del monte Sión. En el tiempo del cual habla el profeta el reino de Dios tiene muchos lugares en donde la gente se reúne. En otras partes en la tierra hay muchos lugares santos entonces. El concepto de “toda la morada del monte Sión” se describe con más precisión con la otra expresión: “sus asambleas”, indicando las asambleas de Jerusalén, la ciudad de Dios. En aquel tiempo hay muchas congregaciones en las que se predica y se invoca el nombre de Jehová. Y así como en el tiempo del Antiguo Pacto una columna de nube y fuego pasó ante el pueblo de Dios en su viaje desde Egipto a través del desierto hacia

Canaán, y nube y oscuridad cubrió el lugar santísimo del templo, así durante el tiempo del Nuevo Testamento la gloria y la presencia de Jehová morará en la iglesia. Porque la columna de nube y fuego fue el vehículo de la gloria de Jehová, de la presencia de Dios. El Señor creará una columna de nube y fuego. Porque se trata de una forma completamente diferente de demostrar la presencia misericordiosa de Dios. En Cristo, el renuevo de Jehová, que es él mismo Jehová de los ejércitos, Dios morará en medio de su pueblo. En cada santuario, en todas las asambleas, en dondequiera que haya algún remanente en la tierra, algunos santos reunidos en su nombre, allí Cristo está presente.

La afirmación en el versículo 5b: “Y sobre todo, la gloria del Señor, como un dosel”, כַּפְאוֹת , algo como un toldo, explica la oración anterior. La presencia de la gloria de Jehová sirve como una cubierta para proteger la iglesia, similar a la columna de nube y fuego que protegió a Israel de sus enemigos. La iglesia, cada asamblea individual, se llama aquí “gloria”. Ella misma es gloria puesto que la ilumina y la impregna la gracia, el Espíritu y los dones de Cristo. Y así en ese tiempo hay un tabernáculo, que sirve para protegerse del calor y del sol ardiente, como un refugio y protección de la tormenta violenta y de la lluvia. Cristo, que mora en su iglesia, la protege de los tantos peligros que la rodean. Así el renuevo de Jehová da gloria al remanente, y los santos se regocijan en el Señor, que está con ellos y los guarda y protege.

Cristo el adorno de la iglesia: éste es el pensamiento fundamental del 4:2-6. Aquí, como en 2:2-4, se describe la iglesia del Nuevo Testamento, y en tal forma que Cristo, el Señor de la iglesia, constituye el centro. Así como en 2:2-4 se profetiza la preeminencia del reino de Dios, la extensión de la iglesia sobre toda la tierra, también aquí en 4:2-6 se resalta la dignidad interna y la gloria de la iglesia. Es la congregación de los santos. Cristo adorna la iglesia con su Espíritu y sus dones. Como en la primera promesa, también aquí se describe el reino de Cristo sobre la tierra. El calor del día, las tormentas y el mal tiempo y mil peligros todavía oprimen a la iglesia de Dios. Sin embargo, es un reino eterno. Los ciudadanos de este reino están inscritos para vida, la vida eterna. Es contrario al contexto que esta profecía se refiera a la gloria de Jerusalén en el milenio, como lo hacen Delitzsch y otros, y además a la nueva Jerusalén celestial. En ese tiempo se habrán mitigado todas las angustias y los peligros de la iglesia.

Cuando repasamos otra vez el desarrollo de todo el discurso profético, cap. 2-4, se nos da una vista de las cosas hasta el fin mismo. Israel es totalmente corrupto, se ha hecho como las demás naciones. El pecado sólo aumentará. Los rebeldes llevarán las cosas al extremo. Finalmente ya no queda nada de vergüenza, decencia ni temor. Entonces resulta una condición de desorden y desintegración universal. Y el fin es la ira y el juicio. El juicio de Dios, sin embargo, se extenderá sobre el mundo entero, a todas las naciones de la tierra. El mundo está hundido en la maldad y empeora todo el tiempo. Y el fin de la historia del mundo es el juicio del mundo y el fin del mundo.

Entre el juicio que acontece a Israel y el juicio universal del mundo hay algo más que entra en escena: la historia de la iglesia cristiana. En todas partes, dentro del Israel rebelde, dentro de la generación perversa de esta época presente, el Señor tiene a su remanente, a sus elegidos. En el momento en que el camino se prepara para el juicio de

Judá-Jerusalén, el Señor hará brotar de la tierra el renuevo de Jehová. Entonces Cristo el Señor establecerá su reino, y será en primer lugar en Israel. El remanente en Israel constituye la matriz de la iglesia de Cristo. Pero luego el reino de Cristo se extenderá aun más lejos. La predicación de la palabra reunirá y conducirá allí a todas las naciones de la tierra, a los elegidos de entre todos los pueblos. La iglesia de Cristo, la congregación de los santos, brilla como un faro luminoso entre una generación perversa. Es un reino de paz. Por otro lado, por supuesto, es un reino que se caracteriza por cargar la cruz. La tormenta y el mal tiempo sobrevienen a la iglesia de Dios. El mundo y sus líderes oprimen y persiguen a los santos, a los pobres y a los angustiados. Sin embargo, Cristo está en su iglesia y con ella, y la guarda y la protege de la furia y la locura de sus enemigos. Y al final la iglesia permanece en el campo. La iglesia dura más que todos los reinos del mundo y sobrevive la destrucción del mundo y queda firme hasta la eternidad.

Uno de los propósitos principales de toda esta profecía es ilustrar el contraste entre la masa de gente perdida y la iglesia del Señor, entre el esplendor y la gloria del mundo que cae en el juicio y la verdadera gloria de la iglesia de Dios, que nunca pasa.

Capítulo 5

Isaías 5:1-7

v. 1,2: *Ahora cantaré por mi amado el cantar de mi amado a su viña. Tenía mi amado una viña en una ladera fértil. La había cercado y despedregado y plantado de vides escogidas; había edificado en medio de ella una torre y había hecho también en ella un lagar; y esperaba que diera uvas buenas, pero dio uvas silvestres.*

Aquí el profeta canta una canción a su pueblo, una canción acerca de su amado, que es el Señor. Es el cántico del amado mismo. דוד es lo mismo que יְדִיד. Es cierto, lo siguiente habla del amado en tercera persona, pero fue el Señor quien inspiró al profeta a cantar este cántico. “El profeta leyó la canción en la mente de Dios”. Knabenbauer. לְבַרְמוּ luego revela el contenido de este cántico. Trata de la viña del amado.

Ahora consideramos los v. 1b y 2 de este cántico. El amado del profeta, Jehová, tenía una viña en la cima de un monte, קֶרֶן. Las viñas usualmente se encontraban en cerros y montes en donde podían recibir bastante sol. Cada cima de los montes tenía tierra fértil. La naturaleza del cerro era la fertilidad y la productividad. El amado luego cavó y cultivó esta viña. Éste es el único significado que se ha establecido para עִזַּק. El verbo no significa “la cercó”. Y la ha limpiado de piedras. סָקַל aquí tiene un significado privativo. Además, la plantó con buenas vides. En medio puso una torre para cuidarla. También hizo un lagar de la tierra pedregosa. יִקֵּב es la cuba en la que corría el jugo del lagar.

Y luego el amado esperaba, y tuvo derecho a esperar, que la viña produjera uvas. Mas en lugar de uvas de calidad, sólo produjo uvas silvestres. בְּאֵשֶׁתִּים es el fruto fétido, y luego amargo, las uvas incomedibles de una vid silvestre. ¡No era normal que la viña cultivada y plantada tan cuidadosamente produjera uvas silvestres.

Hay una figura aquí, y su significado es claro. La viña del Señor, su amado, es Israel. La Escritura con frecuencia compara a Israel con una viña. Is. 3:14; Jer. 2:21; 12:10; Mat. 20:1ss.; 21:33ss. Es fácil ver lo que quieren decir los detalles particulares de la comparación. El Señor plantó a Israel. Él mismo había cavado la tierra y preparado esta viña. Había hecho de Israel su pueblo, y lo había separado de los otros pueblos. Dios luego había también limpiado este plantío, expulsando a los paganos. Sal. 44:2. La tierra y la herencia de Israel, Canaán, fue una tierra fértil. Debido a sus alturas rocosas y fortalezas montañosas, fue un país seguro y bien protegido y una tierra fértil donde fluía leche y miel. Las uvas buenas, que se distinguen de la viña misma, como la buena bebida, son los nobles de entre el pueblo, los patriarcas, los reyes, los sacerdotes, los profetas. La torre, el sistema de defensa de Israel, es la ciudadela real en Jerusalén, el gobierno de David y la casa de David. El lagar es el templo. Allí fluye el vino delicioso de la palabra de Dios. Sal. 36:8. Y este pueblo sumamente favorecido ahora ha traicionado tan fundamentalmente las expectativas de su Dios. En lugar de buenas obras, ahora producen sólo malas obras.

En Mateo 21:43 Cristo compara la parábola de la viña con el reino de Dios que fue tomado de los judíos y dado a los gentiles. Así con las palabras de este cántico tenemos el derecho de representar a la iglesia cristiana. Lo que se dice aquí de la viña del Señor se aplica a la iglesia del Nuevo Testamento. La iglesia de Cristo es un plantío del Señor. Él mismo ha preparado a la iglesia, la ha santificado y separado del mundo. Sobre una cumbre montañosa y fértil se plantó la iglesia. Está firmemente establecida sobre Cristo, la roca eterna. Se le da toda clase de bendiciones. Cristo, su Señor y Rey, es su guardián. Aquí en la iglesia de Cristo fluye el vino delicioso del evangelio. El Señor ha dado a su iglesia líderes, apóstoles, evangelistas, maestros y pastores. Y allí el Señor tiene derecho a esperar buenos frutos. Pero he aquí, hay tantos que se llaman cristianos que producen fruto silvestre, como las uvas silvestres, como los paganos, y entristecen al amado con su vida impía y pecaminosa.

v. 3,4: *Ahora, pues, vecinos de Jerusalén y varones de Judá, juzgad entre mí y mi viña. ¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella? ¿Cómo, esperando yo que diera uvas buenas, ha dado uvas silvestres?*

Dios mismo continúa la conversación. La parábola de la viña, el lamento del amado, se había aplicado a los habitantes de Jerusalén y a los hombres de Judá. Ellos mismos ahora deben juzgar este problema que el Señor tiene con su viña. Deben ellos mismos pronunciar la sentencia. Si quieren tratar con justicia, tendrán que estar de acuerdo con el juicio de Dios.

El Señor dirige dos preguntas a los habitantes de Judá-Jerusalén. No pueden evadirlas. La primera pregunta dice: “¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en

ella?” מַה-לְעָשׂוֹת, ¿qué debía haber hecho?” וְלֹא עָשִׂיתִי בּוֹ se usa en un sentido relativo. Los habitantes de Judá-Jerusalén tienen que confesar que el Señor ha manifestado toda gracia, bondad y fidelidad posibles, que, para decirlo así, los ha colmado de amor.

La segunda pregunta comprende dos oraciones, que se coordinan gramaticalmente y lógicamente se subordinan una a la otra. El significado es: Aunque tenía toda razón en esperar que la viña produjera uvas, ¿por qué produjo uvas silvestres? Los habitantes de Judá-Jerusalén, si quieren obedecer la voz de la conciencia, tendrán que confesar que sólo ellos tienen la culpa, que desilusionaron las esperanzas de su Dios, que le habían pagado su gran bondad con ingratitud. Eso siempre es el caso cuando Dios protesta contra los pecadores, contra los rebeldes. Los pecadores, si son honestos, tienen que confesar que Dios ha sido bondadoso con ellos, que tuvo buenas intenciones para con ellos, que no dejó ninguna piedra, que ellos tienen la culpa, que han despreciado la bondad del Señor y han pagado la bondad de Dios con el mal.

v. 5,6: *Os mostraré, pues, ahora lo que haré yo a mi viña: Le quitaré su vallado y será consumida; derribaré su cerca y será pisoteada. Haré que quede desierta; no será podada ni cavada, y crecerán el cardo y los espinos; y aun a las nubes mandaré que no derramen lluvia sobre ella.*

Los habitantes de Judá-Jerusalén guardan silencio y no responden las dos preguntas. Se mantienen en silencio, conscientes de su culpa. Así ahora el Señor quiere revelar lo que de hoy en adelante quiere hacer con su viña. עָשָׂה, estar a punto de hacer. Los dos infinitivos absolutos nos dicen lo que Dios hará: פָּרַץ וְהָסֵר. El Señor quiere quitar las vallas de la viña מְשׂוּבָה, cerca, de “suk” = שָׂכַךְ, cercar) y derribar la cerca. Las viñas con frecuencia tenían un seto espinoso y luego una cerca baja de piedras. Después de quitar este sistema doble de defensa, la viña se convertirá en un lugar para que los animales pasten en él y lo pisoteen. Veá Sal. 80:13. El significado se da en el Sal. 80:6. Dios retirará su protección de un pueblo pecador. Y el resultado será que los paganos invadirán la heredad del Señor y despojarán a Israel y finalmente lo pisotearán por completo y lo arruinarán. El cumplimiento de esta profecía ya había comenzado durante el tiempo de Isaías, cuando Asiria, el imperio mundial, invadió a Judá. Luego siguió Babilonia, después siguieron los griegos. Finalmente llegaron los romanos para tomar la tierra y el pueblo. Sí, Dios completará la ruina de su pueblo. בָּתָּהּ = בְּתָהּ de בּוֹת = בַּתָּהּ, ser cortado, luego la ruina repentina y total.

Lo que sigue en el versículo 6 muestra cómo se arruina. La viña desde ahora no será podada ni cavada. El resultado será que los cardos y los espinos crecerán muy bien. El fruto ya no podrá desarrollarse. Luego Dios retiene la lluvia, manda a las nubes que no envíen lluvia sobre la viña. En términos literales, Dios ya no tendrá nada que ver con el pueblo pecador que ha frustrado todas sus obras anteriores de amor. Retendrá la lluvia y las bendiciones. Dejará a la gente malvada arreglársela ella sola. Y así la injusticia reinará totalmente; la malicia madurará totalmente. Madurará para producir ira y juicio. Esto representa la historia futura de Israel hasta la catástrofe final que ocurrió en el año 70 d.C.

Así trata Dios con los pecadores, con los rebeldes, con los que han menospreciado toda la bondad, paciencia y longanimidad de Dios y han rehusando tajantemente arrepentirse y producir los frutos del arrepentimiento. Retira de ellos su mano. Descontinúa su obra en ellos. Retira de ellos su protección, su bendición, Espíritu y gracia. Los entrega a su mente endurecida. Así amontonan pecado sobre pecado y amontonan para sí ira para el día de ira y de la revelación del juicio justo de Dios. Vea Rom. 2:3,4.

v. 7: *Ciertamente la viña de Jehová de los ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de Judá planta deliciosa suya. Esperaba juicio, y hubo vileza; justicia, y hubo clamor.*

No hace alusión al significado de la parábola. Su significado ha sido claro y evidente desde el principio mismo. Lo que antes se dijo acerca de la viña más bien se justifica con la referencia a la condición del pueblo que se está considerando. וְאֵלֶּיךָ aquí es explicativo. Israel, Judá es la viña de Jehová, un plantío en el cual quería deleitarse. Pero sólo mira: ¿cuál es la situación en Israel, Judá? En lugar de juicio y justicia encontramos la confiscación. Las gentes de posición más alta entre el pueblo robaban y despojaban. Y el clamor de los angustiados llega al cielo. El énfasis está en la segunda mitad del versículo.

El lamento del Señor sobre su viña, que da tan mal fruto.

Isaías 5:8-23

v. 8 *¿Ay de los que juntan casa a casa y añaden hacienda a hacienda hasta ocuparlo todo! ¿Habitaréis vosotros solos en medio de la tierra?*

Se enumeran algunos de los frutos malos. Sigue un ay séxtuplo en cuanto a los pecadores incorregibles. La misma imagen de degeneración moral que se describe aquí es lo que enfrentamos en la generación de estos últimos días. Por ese motivo el mismo ay de Dios y sus profetas se aplica. El participio וְיִגְזְזוּ, como frecuentemente, se lee con un verbo finito. La afirmación en su cláusula final se convierte en un ruego apasionado.

El primer ay trata de los avaros, los codiciosos, πλεονέκται, que engullen una casa tras otra. Y no desisten hasta que hayan llegado a poseer toda la tierra y su riqueza.

v. 9,10 *Ha llegado a mis oídos de parte de Jehová de los ejércitos, que las muchas casas han de quedar assoladas, sin morador las grandes y hermosas. Y diez yugadas de viña producirán un bato, y un homer de semilla producirá un efa.*

Después de la forma pausal, וְיִגְזְזוּ, automáticamente agregamos un predicado, tal como “fue revelado”. El Señor de los ejércitos ha hablado al oído del profeta, es decir, en una forma clara y distinta le ha revelado como les irá a los terratenientes ricos e insaciables. Ahora hay muchas casas finas en la tierra. Pero estas casas seguramente se irán pronto a la ruina y no serán habitadas. Lo que viene fácil, se pierde fácilmente. Aún las tierras productivas de los ricos recibirán un trato duro. Diez acres de una viña sólo darán un canasto. El acre es la cantidad de tierra que requiere un día completo para que un par de

bueyes lo cultive. **בֵּת** es una medida líquida que tal vez contenga la misma cantidad que el efa, una medida seca. Una siembra sólo produce un canasto. El efa corresponde a unos 35 litros de nuestra medida, y diez efas son un homer. Por tanto, en la cosecha se segará sólo la décima parte de lo que se sembró. Ya en la tierra Dios castiga la avaricia y codicia de los hombres con malas cosechas, sequías, guerra, devastación, destrucción y otras plagas.

v. 11,12 *¡Ay de los que se levantan de mañana para correr tras el licor, y así siguen hasta la noche, hasta que el vino los enciende! En sus banquetes hay arpas, vihuelas, tamboriles, flautas y vino, pero no miran la obra de Jehová, ni consideran la obra de sus manos.*

El segundo ay trata de las masas que buscan el placer y tienen el deseo de la buena vida. El profeta señala a los que toman mucho, que se levantan temprano en la mañana para ir a buscar una bebida fuerte y al anochecer todavía están tomando y emborrachándose.

En las dos partes del v. 11 los dos verbos forman el mismo concepto. El énfasis está en la actividad que practican esas personas temprano por la mañana y por la noche, concretamente para irse de juerga y darse a la bebida. Dice: **מֵאַחַר־יַיִן בְּנֶשֶׁף וּמִשְׂכֵּימִי בַבֶּקֶר**. El estado constructo frecuentemente está ante un sustantivo combinado con una preposición. **שֶׁכָּר** es toda bebida fuerte, vino y el vino hecho de fruto, miel, pasas, dátiles y otros semejantes. **אָחַר** significa quedar despierto hasta noche. **נֶשֶׁף**, esencialmente frescura, indica en particular el atardecer y al mismo tiempo la noche que sigue. Por lo tanto, se presenta una juerga alegre, llena de vino y música ruidosa. El mundo vive entre la pompa y las circunstancias, desenfrenadamente, y no presta atención a la obra del Señor, el juicio que está a la puerta y ya está preparado.

v. 13 *Por tanto, mi pueblo es llevado cautivo, porque no tiene conocimiento, sus nobles se mueren de hambre y la multitud está seca de sed.*

לָכֵן, por tanto, introduce una amenaza de castigo. “Mi pueblo”, el pueblo de Dios, debe deambular en el exilio, en la tierra de los paganos. **גָּלָה** es un perfecto profético y significa literalmente “desnudar la tierra”, “evacuar la tierra”, y esto equivale a “emigrar”, “ser exilado”. **מִבְּלִי-דַעַת** no significa “repentinamente”, sin que nadie tenga conocimiento de ello, sino “debido a la falta de conciencia”, e indica la razón del exilio. Judá no está consciente de la obra del Señor, no la conoce, no quiere saber nada de Dios y las cosas divinas. Son tan ingeniosos y cuidadosos, y están tan ansiosos por practicar las obras de la carne como son ciegos e indiferentes a lo espiritual. Precisamente porque no conocen a Dios, él les quita su posesión terrenal, su buena tierra.

En la segunda mitad del versículo no se distinguen dos clases de personas. **הַמְּוֹנָן** y **כְּבוֹדוֹ** son conceptos colectivos. El primero es la aristocracia, los nobles, los respetados. El segundo concepto es las masas inestables, descontroladas, la gente común. Se aplica lo que dijimos antes tanto a una clase como a la otra. El mundo refinado y los que se unan a

ellos compiten uno contra otro en la comida y la bebida, en la diversión y los espectáculos. Así los dos están sujetos al mismo castigo. Son miserables, mueren de hambre y sed, viven en la vergüenza y desgracia, es el destino final que sufren frecuentemente los hijos del mundo que buscan el placer mundano.

v. 14 *Por eso ensanchó su interior el seol y sin medida extendió su boca; y allá descenderá la gloria de ellos y su multitud, su fausto y el que en él se regocijaba.*

Este segundo “por eso” se coordina con el primero en el v. 13. El profeta ahora describe el destino final que les espera a esos hombres en la próxima vida. En una palabra es el infierno, **שְׁאוֹל**. No es importante si **שְׁאוֹל** se deriva de **שָׁעַל**, ser hueco, trasponiendo las letras **ש** y **ע**, dando el significado de ser hueco, profundo, o de **שָׁעַל**, llamar, el infierno reclama para sí todo lo que tiene vida. **שְׁאוֹל** en primer lugar es el mundo subterráneo, el Hades, el infierno en el sentido antiguo de la palabra. Es el lugar de los muertos, la condición de la muerte. En este sentido, el infierno es el destino futuro de todos los hombres sin excepción. Los piadosos y los impíos tienen que morir, y cuando mueran, van al **שְׁאוֹל**, el “infierno”. Vea Sal. 16:10.

Sin embargo, aún el Antiguo Testamento distingue entre la muerte de los piadosos y la muerte de los impíos. Cuando, por ejemplo, en el Salmo 49:10 dice sobre los impíos que la muerte, el infierno, los devasta y devora, el infierno allí se presenta como en lugar de castigo, angustia y tormento, y corresponde al *γέεννα* del Nuevo Testamento. Por otro lado, los piadosos, cuando mueren, se reúnen con sus padres, con su gente. También en la muerte hay una diferencia entre los justos y los injustos. El pueblo de Dios también en la muerte, en el “infierno”, es separado de la *massa perdita*. Y en este último sentido más estricto, como el lugar y estado de condenación, **שְׁאוֹל**, infierno, se usa en nuestro pasaje porque aquí se describe el destino y juicio particular de los hombres impíos.

Y ahora el profeta dice que el infierno abre sus fauces, su boca sin límite. **שֶׁפֶת** es la garganta, el órgano que es insaciable. Los perfectos también indican aquí lo que obviamente viene pronto. Hay mucho lugar en el infierno, de modo que abre sus fauces. Quiere engullir una masa inmensa. Y así la gente de esta masa desciende al infierno con su fausto y su tumulto y su desorden y todo lo demás que hay de regocijo en ellos.

Los sufijos femeninos se refieren a la ciudad de Jerusalén. En la metrópolis de Jerusalén se concentra la vida lujosa del mundo. Pero todos los que viven de esta forma están destinados al infierno. El “fausto”, como el **כְּבוֹד** arriba, se usa concreta y colectivamente, el *élite*, lo selecto de la sociedad humana. Y **שְׁאוֹן** y **הַמֶּוֹן** son las masas que están incesantemente activas. El gozo de todos los que celebran aquí, **עֲלֵז**, se pondrá agrio y se convertirá en tristeza. Ahora la gran masa, viejos y jóvenes, ricos y pobres, viven *in dulci júbilo*, viviendo cada día en gozo y esplendor. Pero la paciencia pronto se agotará. Entonces esta muchedumbre ruidosa y gozosa con cantos y bandas tocando irá el infierno. Y luego de una vez para siempre todos los ruidos desenfrenados y los gritos

gozosos de la tierra desaparecerán en un silencio muerto. Sí, la risa y el regocijo se convertirán entonces en gritos de ayes, aullidos y crujido de dientes.

v. 15,16 *El hombre será humillado, el varón será abatido, y humillados serán los ojos de los altivos. Pero Jehová de los ejércitos será exaltado en juicio; el Dios Santo será santificado con justicia.*

El profeta otra vez recuerda con palabras similares, como en el segundo ejemplo, el juicio futuro. La amenaza de juicio aquí también se expresa en términos generales, y se aplica a los hombres en general, que aquí llegan muy lejos y se deleitan en sus lascivias. Serán doblados, humillados, avergonzados. El Señor de los ejércitos demostrará en el juicio su grandeza, su gran poder, cuando azote a los pecadores, y Dios, el Santo, se santificará por medio de la justicia, demostrará su santidad al ejercer justicia contra los impíos.

v. 17. *Los corderos serán apacentados según su costumbre, y los extranjeros devorarán los campos desolados de los ricos.*

El profeta ha amenazado a los borrachos, a los glotones y zelotes con el exilio, el hambre, la sed, la muerte y el infierno, con juicio y condenación. Pero también las moradas de los ricos y opulentos serán evidencia de la maldición de Dios. En donde los gordos festejaban, los corderos se alimentarán de su pasto. כְּבִדְבָרָם es *comparatio decurtata* por כְּבִדְבָרָם. Los terrenos fértiles con sus cabañas y casas de verano se convertirán en pastos para el ganado. Se refiere a los corderos de los pastores mencionados en la segunda parte del versículo. גֵּרִים, participio, son los que andan sin rumbo fijo. Se refiere a pastores nómadas, que con sus rebaños van de lugar en lugar. Y estos rebaños devoran el pasto de los gordos. Ciudades placenteras se convertirán en ruinas. Los alrededores del campo se convertirán en desierto. Y en este desierto los pastores nómadas guiarán a sus rebaños. Sobre Juda-Jerusalén, en el cual el profeta primeramente piensa, esta amenaza de juicio ya se ha cumplido. Las antiguas ciudades familiares de Judá se han convertido en ruinas o han desaparecido de la faz de la tierra. Aun Jerusalén quedó sepultado bajo escombros. La tierra prometida de Canaán es mayormente un desierto. Los beduinos con sus rebaños pasan por la tierra. Pero hay también en otras partes de la tierra recuerdos del juicio divino. Las ciudades renombradas de la antigüedad, también de la Edad Media, donde el mundo en un tiempo celebraba, donde se aplaudía el deseo mundano, ahora han quedado en la ruina y han sido convertidas en pastos del ganado. De la misma manera, las grandes metrópolis que están llenas de excesos en nuestros días también serán exterminadas de la tierra o serán consumidas en el fuego junto con la tierra.

v. 18,19 *¡Ay de los que traen la iniquidad con cuerdas de vanidad y el pecado como con coyundas de carreta!, los cuales dicen: “¡Venga ya, apresúrese su obra y veamos! ¡Acérquese y venga el consejo del Santo de Israel, para que lo sepamos!”.*

El tercer ay trata de los burladores descarados. La clase de personas que el profeta tiene en mente se presenta como si fuera un animal de tiro, atado a una carreta pesada y que tiene que arrastrar esta carreta, esta carga detrás de sí. עֲבוֹת es algo enrollado, una soga, y

כַּעֲבוֹת, una forma abreviada de כְּבַעְבוֹת, “como con una soga de una carreta”. La carreta, la carga que estos hombres arrastran, es el pecado, la trasgresión. Y por supuesto, el pecado, la trasgresión, como muchas veces, se concibe aquí con su resultado inevitable — el castigo. La consecuencia del pecado es el castigo. Los hombres descritos están atados al castigo prescrito para ellos, como si lo arrastraran detrás de sí. No pueden librarse de este castigo, no se escapan de él.

Las cuerdas con las cuales están atados al castigo que arrastran es אֲשֵׁר, que significa la falta de moralidad, la mentira, en el sentido bíblico de la palabra, especialmente la irresponsabilidad, la falta de religión. El castigo sigue inevitable y directamente después de tal impiedad.

En el v. 19 el comportamiento impío de estos hombres y el castigo con que están atados se describen con mayor detalle. Retan al Señor a apresurarse, acelerar su obra para que la vean; el consejo del Santo de Israel podría acercarse para que lo vean y reconozcan. En הַיְיָ וְיְהוֹשֻׁעַ la tercera persona imperfecto por excepción se acompaña con הַיְיָ paragógico. El llamamiento se intensifica de esta forma: “apresúrese”, “venga”. Estos hombres insolentes no creen y niegan que la obra del Señor, el consejo del Señor, lo cual quiere decir el juicio divino, o el gran día del Señor, se realice. Se burlan del Santo de Israel y su juicio. Se burlan de los profetas de Dios, que proclaman el día del Señor al pueblo. Si va a haber tal día del que hablan los profetas, un día del juicio, que venga. Y esperamos que venga pronto y rápidamente para que lo veamos. Entonces lo creeremos. Los que se burlan y blasfeman así ya se han acarreado el juicio de Dios. Lo arrastran con ellos. Ya no pueden salvarse del juicio. En verdad el Santo de Israel apresura su obra y consejo. No puede soportar por mucho tiempo que hablen con tanta insolencia. Como un ladrón en la noche vendrá el día del Señor sobre esta generación descarada. Y entonces las risas y las burlas les costarán caro.

Los profetas reprenden la misma burla en otros pasajes, por ej., Jer. 5:12ss.; 7:15; Eze. 12:22ss. En 2 Pedro 3:3 y sig. San Pedro en palabras similares describe a los burladores de los últimos tiempos diciendo: “Sabed ante todo que en los últimos días vendrán burladores, andando según sus propias pasiones y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación”. Luego afirma también que en realidad lo que los hombres consideran tardanza no lo es, sino Dios sencillamente tiene paciencia para que todos puedan llegar al arrepentimiento, y sigue: “Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche”. v. 9,10. Ahora en todas partes, en el mercado y en las calles, se oye la burla y se lee en libros y periódicos. Todo lo santo es objeto de burla. Dios, el Santo, es escarnecido. Y especialmente se burla también del día del juicio. Por esto debemos concluir que el día del juicio no está lejos. Sí, este mundo de burladores ya está atado al destino que le espera, a la ira y al juicio, y aterrados pronto lo verán y reconocerán.

v. 20 *¡Ay de los que a lo malo dicen bueno y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce y lo dulce por amargo!*

Todo el versículo resalta el contraste entre el bien y el mal. Las expresiones figuradas describen el bien y el mal conforme a su esencia interna y su origen, al igual que conforme a sus resultados y efectos. El bien es luz, es de origen celestial, divino. El mal es oscuridad. Se origina en el infierno, del diablo. El bien es dulce. A los justos les irá bien. Por otro lado, el mal es amargo. El deleite vano en el pecado finalmente se transforma en amarga miseria.

Aquí se dan amenazas a los falsos maestros que pervierten los principios morales. Los falsos maestros son blandos con los pecadores desvergonzados y ponen en la luz favorable el pecado. Por otro lado, sospechan del bien y son enemigos de los verdaderos justos. Presentan el pecado, por ejemplo, la avaricia, la sensualidad, el placer mundano, como cosas inocentes, inofensivas, de hecho, como cosas tan necesarias que sin ellas la persona no puede tener éxito y seguir en este mundo. Por otro lado, los justos, que llevan una vida piadosa y están contentos, que evitan y huyen del mundo y sus placeres, a ellos los ridiculizan y condenan como personas lúgubres y odiosas, como un bando de seres humanos orgullosos y altivos, como una peste en la sociedad humana. ¡Ay de estos engañadores! Amontonan sobre sí una severa condena, porque confirman a los pecadores en su maldad y llegan a tal punto de menospreciar y ridiculizar todo lo que es santo. Llevan a todos los que les escuchan a la destrucción, al infierno.

v. 21 *¡Ay de los que son sabios ante sus propios ojos, de los que son prudentes delante de sí mismos!*

El quinto ay pertenece a aquellos que piensan que son sabios, que consideran sus propias ideas corruptas y necias como sabiduría y se jactan de su supuesta sabiduría, que inventan varias maneras y medios para ayudar a la gente para protegerse contra la carestía y el peligro, y ahora suponen que ellos y el pueblo que aconsejan nunca pueden carecer de nada. Ellos y su sabiduría quedan frustrados.

v. 22,23 *¡Ay de los que son valientes para beber vino y hombres fuertes para mezclar bebidas; los que por soborno declaran justo al culpable, y al justo le quitan su derecho!*

וְנִמְנָם es distributivo. El sexto ay trata de los jueces y regentes glotones y corruptos. El exceso de tomar y la glotonería les dan fuerza, pero son incapaces de juzgar y gobernar. No tienen ninguna intención de ejercer justicia. Aceptan sobornos. Por amor al dinero subvierten la justicia y absuelven y defienden a los impíos, mientras que los justos no reciben de ellos ninguna justicia. Cuando tales hombres ocupan cargos en el gobierno o en la iglesia, glotones y adoradores obvios del dinero, que declaran inocentes y absuelven a los malos y, por otro lado, oprimen a los justos, el juicio de Dios no puede sino aparecer pronto.

Otra vez, como en el 3:8 y sig., vemos el pecado descrito en su plenitud, listo para el juicio. La avaricia y la disipación que ya no tienen límite, el engaño que no ve la obra del Señor, la burla y la blasfemia descarada, la corrupción del amor y la justicia pervertida: éstos son los anuncios anticipados del juicio.

Seis ayes contra la generación rebelde, especialmente contra los maestros y líderes degenerados del pueblo.

Isaías 5:24-30

v. 24 Por tanto, como la lengua del fuego consume el rastrojo y la llama devora la paja, así será su raíz como podredumbre y su flor se desvanecerá como polvo, porque desecharon la ley de Jehová de los ejércitos y abominaron la palabra del Santo de Israel.

Inmediatamente antes, en los v. 9,10, 13-18, se ha amenazado con el juicio a la generación degenerada. Ahora se reúnen todas las amenazas de castigo en una descripción impresionante de la ira final. Por tanto, el desastre divino, después que es establecido, ahora se describe en detalle. En la primera mitad del versículo el infinitivo **כִּאֲבָל** está acompañado de dos sustantivos, el primero es el complemento, el segundo el sujeto. Lenguas de fuego consumen el rastrojo. La construcción infinitiva se extiende al verbo finito.

Algunos conectan **לְהִבָּה** con **חַשֵּׁחַ** para formar un concepto, “heno consumido por el fuego”, “heno encendido”; otros lo interpretan, y es más sencillo, como el acusativo del lugar. El heno colapsa en llamas. Según esta comparación, se espera que la cláusula final diga algo como lo siguiente: así Judá Jerusalén será consumida por la ira de Dios y será destruida. Más bien, sigue una segunda comparación. En la cláusula final se unen dos pensamientos en una afirmación: así Israel se desvanecerá, desaparecerá como un árbol cuyas raíces desaparecen en el polvo. Israel desaparecerá como si fuera consumido por fuego. El juicio por fuego es el juicio final; el fuego destruye lo que quema. El rastrojo y el heno en un instante son destruidos por el fuego. Así la gente pecadora experimentará una destrucción repentina.

Sin embargo, el profeta inmediatamente inserta una segunda imagen, la de un árbol cuyas raíces se enmohecen, cuyas flores desaparecen en el polvo, que de arriba a abajo desaparece totalmente en el polvo. Un árbol que finalmente se deshace en el moho y el polvo antes se pudra totalmente. Así, con esa segunda imagen el profeta señala que el pueblo se ha hecho completamente disoluto moralmente y muestra que está listo para el juicio. Cuando el pecado poco a poco ha aumentado en grandes dimensiones y finalmente ha llegado a su punto crítico, entonces repentinamente llega la destrucción y se lleva a cabo de una vez la ruina de los pecadores.

En la segunda mitad del versículo el juicio se atribuye a su causa final. La raíz malvada que ocasiona los malos frutos y obras nombrados antes es menospreciar la palabra de Dios. El **אָת** doble llama fuertemente la atención al objeto despreciado. No es nada menos que la palabra, la instrucción del Señor de los ejércitos que los pecadores han menospreciado y rechazado. La **תּוֹרַת יְהוָה** es lo mismo que su **אִמְרָה**. No sólo una palabra de la Escritura, como la ley de Moisés, sino toda la revelación que Dios proporcionó a su pueblo por medio de sus profetas, aún la revelación que estaba todavía dando en ese

tiempo, tanto los mandamientos de Dios como sus promesas, es lo que quiere decir. Es la palabra del Señor de los ejércitos, el Santo de Israel. Entre más exaltado y santo es Dios, el Dios que se ha revelado a su pueblo, cuanto más grave es el pecado que los pecadores cometen menospreciando la palabra que se les predica. Los pecadores desvergonzados menosprecian con todo el corazón la palabra de Dios, y esta mala disposición se manifiesta en palabra y obra. וַיִּצְנֹן, blasfeman contra la palabra de Dios, no sólo con los labios sino ahora realmente la rechazan. Pero cuando el pueblo de Dios menosprecia y rechaza la palabra de Dios y con eso a su Dios, qué más se puede esperar sino que Dios lo rechace.

v. 25 Por esta causa se encendió el furor de Jehová contra su pueblo, y extendió contra él su mano y lo hirió; y se estremecieron los montes y sus cadáveres fueron arrojados en medio de las calles. Con todo esto no ha cesado su furor, sino que todavía su mano está extendida.

Los verbos perfectos también aquí afirman lo que es inminente. Se acerca la ira final. El Señor extiende su mano sobre su pueblo y lo hiere, y debido a este golpe fuerte las montañas tiemblan y se estremecen. Como basura los cadáveres del pueblo quedan esparcidos en las calles de la ciudad. Pero a pesar de esto, no se aparta. La ira permanece. La mano del Señor todavía queda extendida. La ira final perdura hasta la eternidad.

v. 26 Alzará pendón a naciones lejanas y silbará al que está en el extremo de la tierra; y he aquí que vendrá pronto, a toda prisa.

Ahora se describe en forma un poco más detallada lo que causó ese gran depósito de cadáveres en las calles de la ciudad. Dios usa a hombres para asestar su golpe mortal. Las naciones paganas son el instrumento que usa para ejecutar su terrible ira sobre Judá Jerusalén. Dios levantará una señal para una nación lejana, como si izara una bandera en una montaña alta como señal para que las naciones paganas hicieran la guerra. מְרַחֵק, “desde lejos”, luego en general “lejano”, es casi un adjetivo aquí. Como el apicultor silba a las abejas para que salgan de la colmena, así el Señor silbará a los paganos y los hará venir desde los fines de la tierra. El jurado pasa al singular. Significa que él silbará a “él” לוֹ. Se piensa en forma colectiva del ejército enemigo, como una persona, así como nosotros hablamos del “enemigo”. Y el enemigo obedece la señal, escucha el llamamiento de Dios y viene con rapidez. Dios mismo, por tanto, cuya ira se ha encendido contra Judá, impulsa a los paganos, crea en ellos la voluntad de movilizarse contra Judá Jerusalén.

v. 27 No habrá entre ellos nadie cansado, ni quien tropiece; ninguno se dormirá ni dormitará; a ninguno se le desatará el cinturón de su cintura, ni se le romperá la correa de sus sandalias.

Dentro del ejército enemigo no hay un solo soldado que se canse ni se caiga debido al cansancio. Ninguno lleva el cinto suelto de su vestimenta de batalla. Ninguno tiene rotas las correas de sus sandalias גִּתָּהּ. el Señor Dios, que ha llamado y llevado a los paganos a

hacer guerra, les da fortaleza, ánimo y tenacidad. Los anima y les da éxito en todo lo que emprenden. Y así el enemigo está deseoso de hacer la guerra. Avanza sin descanso y ni siquiera se da tiempo para descansar en la noche.

v. 28 Sus saetas estarán afiladas y todos sus arcos entesados; los cascos de sus caballos serán como de pedernal, y las ruedas de sus carros, como un torbellino.

El enemigo está bien armado. Tiene flechas afiladas en sus aljabas. Los arcos ya están tensados. Las pezuñas de los caballos son duras como de pedernal. En tiempos antiguos no ponían herraduras a los caballos, de modo que una pezuña firme y dura era la marca de un buen caballo. Homero llamó los caballos χαλκόποδες. Las ruedas de los carros, a las que estaban enganchados los caballos, se mueven como el torbellino. Así el enemigo puede moverse en un instante y está bien equipado y listo para el ataque.

v. 29 Su rugido será como de león; rugirá a manera de leoncillo, crujiará los dientes y arrebatará la presa; se la llevará con seguridad y nadie se la quitará.

El enemigo se compara a un león rugiente que salta sobre su presa y la lleva a un lugar donde no pueden arrancársela. El grito de guerra y el estruendo del ejército enemigo avanzando para atacar es semejante al rugido y gruñido de un león. Y el enemigo arrebató y salta sobre su presa, Judá, y no la deja escapar. Lleva a Judá y nadie llega para rescatarla, ni Dios ni hombre. Judá se pierde irremediabilmente. Ésta es la ira final.

v. 30 Y bramará sobre él en aquel día como bramido del mar; entonces mirará hacia la tierra, y he aquí tinieblas de tribulación, y en sus cielos se oscurecerá la luz.

El texto ahora se aparta del concepto de un ejército hostil y la batalla que sigue. La ruina y la destrucción de Judá se comparan con el bramido del mar y las olas que inundan la tierra. En su terror Judá mira la tierra y ve la oscuridad que la rodea. Toda la tierra ha sido golpeada. Dice además צַר וְאֹרֶךְ. Esto no quiere decir piedra y rayo, granizo y relámpagos. Esto es contrario al uso lingüístico. Asimismo es forzado si, como muchos expositores, contrariamente a la acentuación, conectamos וְאֹרֶךְ con lo que sigue y traducimos: “y mientras tanto la luz se oscurece en los cielos”. Usualmente decimos que se está oscureciendo, no que la luz se oscurece. Y en este caso צַר está completamente aislado. La interpretación más directa y sencilla obviamente es ésta: “tribulación y luz”. El profeta ve la aflicción de su pueblo de larga duración. La tribulación y la luz se alternan. Después de la noche de tribulación la curación y la ayuda siempre iluminan las cosas otra vez. Una y otra vez Dios pone a prueba a los pecadores hasta que se haya llenado la medida del pecado y el tiempo de gracia ha seguido su curso. Finalmente, sin embargo, el cielo que cubre la tierra de Judá se oscurece completamente. עָרַף de עָרַף , gotear, esencialmente significa nubes, luego cielo nublado. Finalmente llega una noche sin luz, después de la cual no sigue ningún día, la ira final, que dura por toda la eternidad. Ni un solo rayo de gracia traspasa las nubes oscuras.

Una vez más vemos el relato del ejército poderoso que avanza, v. 26-30, y preguntamos: ¿quiénes son los paganos a los que el profeta se refiere aquí? ¿Es Asiria, como suponen muchos comentaristas, que en ese tiempo había surgido en el oriente y amenazaba a los pueblos del Cercano Oriente? ¿Piensa Isaías generalmente de una sola nación pagana, de un solo acontecimiento histórico definido? Hemos visto que toda la descripción que se ha dado se considera en términos generales. Después de todo, son las naciones paganas lejanas a las que Dios llama desde los fines de la tierra para hacer la guerra. La expresión “tribulación y luz” indica el conflicto largo e ininterrumpido en el que alternan la victoria y la derrota, pero que, por supuesto, terminará con la destrucción total de Judá.

Ahora sabemos lo que ha sucedido desde que Isaías recibió y proclamó esta revelación. Primero, Asiria capturó la tierra, destruyó la nación de Israel, y bajo Senaquerib también amenazó a Jerusalén. Pero en una forma maravillosa Dios ayudó a su pueblo haciendo que su ángel destruyera el ejército enemigo. Pero cuando a pesar de esto Judá no mejoró, vino Babilonia y destruyó a Jerusalén y llevó a los habitantes de Judá-Jerusalén al cautiverio. En ese tiempo las calles de la ciudad se llenaron de cadáveres. Después de esta angustia amaneció un nuevo día. Los judíos regresaron del cautiverio babilónico a su patria. Después los griegos bajo Antíoco Epífanes se apoderaron de Jerusalén y mataron a muchos. Dios proporcionó a su pueblo, la pequeña banda valiente de los macabeos, la victoria sobre sus opresores. Finalmente, después de que la incredulidad de Judá y el pecado habían llegado al extremo, vinieron los romanos y tomaron la tierra y el pueblo de los judíos. En la guerra judía-romana murieron millones de judíos. Fue el final del estado judío. Desde entonces Judá vive esparcido entre los gentiles. Todos estos ataques hostiles, todo el daño que las naciones paganas habían hecho al pueblo de Israel a través de los siglos, el profeta aquí lo ve condensado en una sola imagen y ve a Judá finalmente vencido por los fuertes golpes inflingidos por la potencia mundial.

En la última sección, v. 24-30, **el profeta proclama a Judá Jerusalén la ira final que perdura toda la eternidad.**

Todo el discurso profético del capítulo 5 trata de **cómo Judá Jerusalén debido a su incredulidad y sus obras malas fue afligida con la ira de Dios.**

Queda la pregunta: ¿a qué período pertenecen los dos discursos proféticos, cap. 2-4 y el capítulo 5? Judá, con quien el profeta trata en las dos profecías, experimenta buena fortuna y opulencia. Es orgulloso, rico y bendecido con cosas mundanas. Ésta fue la condición del pueblo bajo el gobierno de los reyes Uzías y Jotam. Así con la mayoría de los comentaristas asignamos una fecha precisa a esta doble profecía en el tiempo del rey Jotam.

Isaías 6

v.1: *En el año en que murió el rey Uzías, vi también al Señor sentado sobre un trono, alto y elevado, y sus faldas llenaron el templo.*

En el año de la muerte del rey Uzías, mientras éste aún vivía, Isaías tuvo una visión extraordinaria. La mente externa estaba cerrada; la interna estaba abierta. Lo que se informa, sin embargo, no sólo fue algo que ocurrió en el fuero interno del profeta; está viendo objetos reales. Mira al mundo invisible. En espíritu ve lo sobrenatural en la única manera en que los hombres sensitivos, corpóreos pueden hacerlo, en forma sensitiva, concreta. El objeto principal de la visión es Dios mismo. Isaías ve al Todopoderoso sentado sobre un trono alto y elevado. Ve al Gobernante todopoderoso del cielo y de la tierra. Sin embargo, no ve la esencia interna de Dios. Él mora en luz inaccesible. Nadie lo ha podido ver jamás. En esta visión el Dios todopoderoso aparece vestido de un manto grande. El texto habla de “faldas” o “costura” del que está en el trono. Este manto magnífico representa la δόξα divina, la majestad de Dios, la gloria divina donde se refleja la esencia oculta de Dios. Las faldas de este manto llenaron el templo. Se refiere al santuario celestial, el lugar donde los ángeles y santos ven a Dios. Este santuario está completamente lleno de la gloria del Todopoderoso.

v.2: Arriba estaban los serafines: cada uno tenía seis alas, con dos cubría su rostro, y con dos cubría sus pies, y con dos volaba.

El santo vidente ve a los serafines girando en torno a Dios. Sin duda son seres celestiales, ángeles. Viven allí donde mora Dios y donde tiene su trono. La etimología y significado de שֶׁרָפִים es muy difícil establecer. Algunos comentaristas, como Delitzsch, obtienen la palabra de שָׂרַף, quemar, y piensan que los serafines reciben su nombre del servicio que dan al profeta pecaminoso. Se informa en el v. 6, que un serafín tocó la boca del profeta con un carbón encendido y así quitó su iniquidad. Otros piensan que se llaman serafines porque son seres luminosos como fuego. Pero שֶׁרָפִים no tiene el significado de “ser encendido”, “iluminar”. Por otro lado, se puede probar que en los idiomas semitas una raíz de שָׂרַף tiene el significado de “noble”, “superior”, “ser de alto rango”. De esta manera consideramos, junto con la mayoría de los exegetas, a los serafines como seres y espíritus de alto rango. Son los más cercanos a Dios. Con razón la sinagoga, al igual que la iglesia, ha considerado que los serafines y los querubines tienen los rangos más altos de la jerarquía celestial. Sin embargo, los serafines están por encima de los querubines. En la Escritura los querubines aparecen como los carros que rodean el trono de Dios. Los serafines se giran en torno al trono de Dios. Representan todo el género de los ángeles como los más altos de las huestes celestiales. De los serafines se dice que están cerca de Dios, en las inmediaciones del trono divino. Están “de pie” como siervos ante el Gobernante y Señor. Dice מַמְעַל לוֹ, en realidad, “por encima de él”, en el sentido de que alguien que está de pie está por encima del que está sentado.

La siguiente descripción de los serafines, que es más detallada, en el v. 2b, simboliza la naturaleza y la disposición de estos santos seres celestiales. Cada uno tiene seis alas. Aparte de esto los serafines en esta visión aparecen en forma humana. Tienen rostros, pies, manos, v. 6. Sin embargo, como poderes ultramundanos tienen alas. Con un par de éstas cada uno cubría el rostro. יְכֻסָּה y los imperfectos que siguen aquí designan su actividad, con respecto al profeta que está viendo y luego describe los acontecimientos en

el cielo. El profeta vio cómo los serafines cubrían sus rostros con dos alas. Lo hacían, como dice el Targum, *ne viderent*, para no ver. Los santos ángeles, las huestes celestiales mismas, no tratan de ver cara a cara a Dios sino ocultan con humildad sus rostros ante el Todopoderoso. Con un par de alas cada uno cubría sus pies, y un par estaba extendido como para volar. Hicieron esto, como dice el Targum, *ne viderentur*, para no ser vistos. Los ángeles, los serafines, son seres puros e impecables, pero cubren con humildad su forma pura ante los ojos del Padre santo.

Hay una gran diferencia entre la santidad de las criaturas y la santidad no creada de Dios. Así leemos en Job 4:18; 15:15 que Dios desconfía en sus propios ángeles, los encuentra culpables. Ésta es sencillamente la gran desigualdad entre Dios y la criatura, de modo que ni los cielos ni los habitantes de los cielos son puros ante Dios. Cada serafín volaba con un par de alas, lo que significa que el profeta los vio girando en torno al trono de Dios. Estaban ante Dios, como se dijo antes, pero no en tierra firme. El cielo es la morada de Dios y de los santos ángeles. De este modo, ponerse de pie es revolotear.

v. 3: Y uno clamaba al otro, y dijo: Santo, santo, santo es Jehová de los ejércitos: toda la tierra está llena de su gloria.

Ahora el servicio que rinden los serafines se describe con mayor detalle. Sobre todo, su servicio consiste en alabar y ensalzar a Dios. En dos coros los serafines giran en torno al trono de Dios, y los dos coros ahora comienzan un cántico antifonal. El profeta escucha mientras uno a otro proclama: “Santo, santo, santo”, etc. Es una adoración agradable a Dios alabar y ensalzarlo y en voz alta, confesar que él es Dios, que es santo, etc. Los huestes celestiales ensalzan a Jehová de los ejércitos, el Creador de los espíritus, el que creó y ejerce señorío sobre todas las cosas. Los santos ángeles confiesan que el Señor es santo, en un sentido y una medida completamente diferente de ellos. Dios es santo, es decir, separado, apartado, y no sólo infinitamente exaltado sobre los pecados de los hombres, sino sobre toda criatura. La frase tres veces Santo, el τρισάγιον, no sólo refuerza el concepto de la santidad sino señala, como también los comentaristas modernos reconocen, el misterio de la Santa Trinidad. Hay tres personas en la Deidad, y cada una es Dios, es santa, en la misma medida.

Desde tiempos inmemorables la iglesia ha reconocido un himno a la Trinidad en este cántico de alabanza de los ángeles. La segunda estrofa del cántico de los ángeles dice: “Toda la tierra está llena de su gloria”. Jehová de los ejércitos no sólo permite que los santos ángeles lo vean a él y su santidad, hasta donde esto sea posible para la criatura, sino se revela a sí mismo y su santidad también en la tierra, a los seres humanos. Su gloria se manifiesta en la tierra. La gloria es el lado revelado de la santidad divina. La gloria divina, el manto de magnificencia con que está revestido el que está sentado en el trono, llena todo el santuario celestial. Sin embargo, también la tierra, toda la tierra está llena de la gloria de Dios. Según la Escritura, por ejemplo Núm. 14:21, es el fin de todos los caminos y obras de Dios en la tierra, que toda la tierra debe estar llena de su gloria. Los santos ángeles, que viven y giran en torno a la presencia de Dios, en el cielo, en la eternidad, miran más allá de las vicisitudes del tiempo. Para ellos el fin de todas las cosas ya está presente. Así alaban a Dios por el hecho de que gloriosamente cumplirá todo lo

que ha resuelto hacer. Los ángeles en el cielo se interesan por lo que sucede en la tierra, lo que Dios hace entre los hombres y para los hombres, y junto con toda la humanidad alaban a Dios por lo que hace para los hijos de los hombres. Las grandes obras y maravillas de Dios en la tierra resuenan en el cielo, en el cántico de alabanza de los ejércitos celestiales. Vea Apo. 4:8, en donde los cuatro seres vivientes, los querubines, alaban al tres veces Santo.

v. 4: Y los dinteles de la puerta temblaban por la voz del que clamaba y la casa se llenó de humo.

Luego se habla del efecto del cántico de los serafines. Debido al sonido que emitían los que clamaban, o en realidad el que clamaba, la hueste angelical que cantaba, el dintel tembló hasta su mismo fundamento: וַיִּנְעוּ. El predicado está en el género masculino como ante un género común. Con “dintel” se refiere al área debajo del portal que conduce al palacio celestial. Y מַטְוֵה, matrices, son los marcos de estos umbrales o los pedestales sobre los cuales están erigidos, los cimientos sobre los cuales se edifican.

En la visión el profeta se encuentra debajo del templo celestial y ve por la puerta abierta hacia adentro del santuario. Allí ve a Jehová de los ejércitos sentado sobre su trono y los serafines están de pie y giran en torno a él. Y escucha el cántico de los ángeles y ahora nota que el sonido del que clama comienza a retumbar por todo el palacio hasta la columna más profunda, sí, hasta hace temblar la tierra en que está. Con tanta fuerza se repite y resuena la antifona de los coros celestiales. El santo vidente Juan percibió el cántico de los habitantes celestiales como “el estruendo de muchas aguas y como el sonido de un gran trueno” (Apo. 14:2).

Finalmente, Isaías nota que todo el interior del templo está lleno de humo. Según el contexto, que nos habla del cántico de alabanza de los serafines y de su efecto potente, debemos interpretar que este humo es incienso, como símbolo de la adoración. Y puesto que poco antes se trataba de la revelación de la gloria de Dios en la tierra, el incienso indica las oraciones de los santos en la tierra. Vea Apo. 5:8; 8:3,4. Los hombres en la tierra, que también observan la gloria de Dios, unen sus voces a las de los ángeles y junto con los santos serafines dan alabanza, gloria y adoración al tres veces Santo.

v. 5: Luego dije: ¡Ay de mí! Estoy muerto; porque yo, un hombre de labios inmundos, y que moro en medio de un pueblo de labios inmundos; he visto con mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.

La siguiente sensación que experimenta el profeta por la visión celestial es temor y terror. Clama: “¡Ay de mí! Estoy muerto”. וַיִּנְעוּ de דָּמָה = דָּמָה, destruir. El porqué está condenado y perdido, qué le ha merecido la muerte y la condenación se expresa en lo siguiente. Isaías es un pecador, pecaminoso e inmundo. Además vive en medio de un pueblo inmundo. Ya por su ascendencia y nacimiento es un pecador. Piensa especialmente en la inmundicia de los labios porque acaba de escuchar el cántico de los serafines, que alaban a Dios con labios puros. Los de la tierra no pueden alabar y servir a

Dios de la misma forma que lo hacen los ángeles celestiales, porque son pecadores y tienen labios inmundos.

La segunda mitad del versículo, el tercer וַיֵּאָמֶר, afirma la razón por todo el complejo de pensamientos en el v. 5a. Isaías ha visto al Rey del cielo, Jehová de los ejércitos. Y en el Antiguo Testamento la afirmación de que un pecador ha visto a Dios implicaba que tenía que morir. Vea Éxo. 33:20: “ningún hombre podrá verme y seguir viviendo”. Como aquí Isaías, en general los pecadores están ante Dios, el Santo, como inmundos, como criaturas perdidas y condenadas.

v. 6,7: Y voló hacia mí uno de los serafines, trayendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas. Tocando con él sobre mi boca, dijo: “He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa y limpio tu pecado”.

El profeta, que se desespera como uno que se da por muerto, asombrosamente es levantado desde arriba y consolado. La causa de su temor y ansiedad ya no existe. En el santuario celestial también se encuentra un altar, y éste sirve para la expiación. Uno de los serafines con un par de tenazas toma un carbón encendido del altar. Con este carbón toca (וַיִּטֹּחַ, hifil) la boca del profeta, y de esta forma le quita su iniquidad, se expía su pecado. Con este proceso simbólico se ilustra el pensamiento de que hay expiación con Dios en el cielo, y que esta expiación es en beneficio del hombre en la tierra.

Todo lo que Isaías ha visto hasta ahora ha tenido como meta este procedimiento que efectúa su absolución. Por este hecho podemos comprender correctamente toda la visión. Hay una expiación por el pecado, y Dios mismo la ha efectuado. Éste es el pensamiento fundamental.

El profeta aquí ha revelado una vista del misterio de la reconciliación. En Juan 12:41 esta visión se interpreta con el significado de que Isaías vio la gloria de Jesús. Jesucristo, el Redentor de los hombres pecadores, está en el fondo de esta revelación divina. Es fundamentalmente una profecía mesiánica. Este pensamiento fundamental arroja luz sobre todas las escenas individuales de esta asombrosa visión. Desde este punto central una vez más podemos imaginar los pensamientos y la continuidad de la profecía.

Los hombres son pecadores. Son inmundos. Han amontonado la iniquidad, la trasgresión y el pecado. Sí, por naturaleza son inmundos, totalmente corruptos, y así perdidos y condenados. Sin embargo, Dios ahora ha efectuado una expiación por el pecado. Hay una ofrenda por nuestros pecados, un sacrificio propiciatorio. El altar señala un sacrificio. Este sacrificio expiatorio es Cristo. El Nuevo Testamento enseña esto. Isaías también lo hizo con palabras claras. Vea capítulo 53. Cristo ha hecho la expiación por el pecado. Isaías vio la gloria de Jesús. Sin embargo, la obra de la redención no es exclusivamente obra de esta única persona. Quien es tres veces Santo, el Dios trino, decretó la redención y la llevó a cabo. El Padre envió a su Hijo para ser la reconciliación por nuestros pecados. Y el Espíritu Santo es quien imputó el perdón de los pecados a la humanidad pecadora. La obra de redención es una obra del amor compasivo de Dios. Pero en ella se demuestra la santidad de Dios.

Aquí se muestra cuán grande y majestuoso y exaltado es Dios, cómo el pensamiento de Dios es más sublime que todos los pensamientos del hombre. Porque Dios es $\psi\iota\delta\eta\varsigma, \acute{\alpha}\gamma\iota\omicron\varsigma$, por cuanto es infinitamente exaltado no sólo sobre el pecado sino también sobre todo lo humano, lo terrenal. Vea Cremer, *Neutestamentliches Lexikon*. Así, de acuerdo con esto, en la tierra se manifiesta la gloria divina, de la cual está llena la tierra; es la $\delta\acute{o}\xi\eta\varsigma\ \tau\eta\varsigma\ \chi\acute{\alpha}\rho\iota\tau\omicron\varsigma$, Efe. 1:6. La gloriosa gracia de Dios se proclama a los pecadores en la tierra y con esto se les imputa la expiación de los pecadores. Y los pecadores redimidos, perdonados, ahora envían fervientes oraciones de acción de gracias al cielo de modo que todo el santuario celestial está lleno del incienso de la oración. Los serafines, sin embargo, los santos ángeles, se regocijan en la salvación que los hombres pecadores experimentan y alaban al tres veces Santo por lo que ha hecho por los pecadores de la tierra. Esto es lo que Dios ha revelado en esta visión al profeta y a su pueblo y en general a la humanidad.

v. 8: *Después oí la voz del Señor, que decía: “¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?”. Entonces respondí yo: “Heme aquí, envíame a mí”.*

La visión continúa. Sigue el llamamiento del profeta. El Señor quiere enviar hombres. Ellos deben salir en la tierra לָנוּ , “por nosotros”, dice Dios. Quiere decir, para nuestro servicio. Es lo que se llama el plural de deliberación. Hay varias personas en la Deidad. Se aconsejan uno al otro como en Génesis 1:26. El Dios trino ha determinado enviar hombres. ¿Cuál es el servicio que deben prestar en la tierra? Deben proclamar lo que Isaías ha visto en la visión, la santidad de Dios, la santidad que se reveló en la expiación. Deben llevar a los hombres, los pecadores en la tierra, las alegres noticias de que Dios tiene misericordia de los pecadores y ha efectuado una expiación por el pecado, que Dios quiere perdonarles a los hombres sus pecados. De este modo, por la predicación de la reconciliación, por la predicación del perdón de los pecados, la tierra debe llenarse de la gloria de Dios, la gloria de su gracia. Éste fue el llamamiento del profeta.

Es el llamamiento de los pastores cristianos en la tierra. Este llamamiento es de Dios; él es quien envía a los predicadores. Dios llamó directamente a Isaías y a los profetas. Cuando los hombres, por medio de la congregación, llaman a los pastores, aun así es el llamamiento de Dios. El Dios trino es quien los envía. Él ha establecido el oficio que predica la reconciliación. Por el contexto vemos además que sólo personas a quienes se les han remitido la iniquidad, como Isaías, que han experimentado ellos mismos la gracia perdonadora de Dios, son dignos y cumplen los requisitos para proclamar a otros el perdón de los pecados, el perdón divino.

Dios hace la pregunta: “¿A quién enviaré? ¿Quién irá?”, y luego anticipa que habrá hombres en la tierra que se ofrecerán para cumplir tal comisión de Dios. Así que, Isaías anuncia que él está dispuesto para esa tarea y dice: “Heme aquí, envíame a mí”. La voluntariedad, por supuesto motivada por Dios, es el requisito principal para cumplir en una forma que agrada a Dios el oficio ministerial. Dios quiere trabajadores voluntarios, que se entreguen a Dios, que ofrezcan su vida entera al servicio de Dios.

Después que Isaías ha declarado que está dispuesto a ser enviado, Dios le proporciona más información sobre la importancia de este santo ministerio, acerca de la eficacia de este ministerio de la predicación ordenada por Dios. ¡Lo que Dios ahora tiene que decir, sin embargo, no suena tan consolador y animador como la revelación anterior!

v. 9,10: *Y dijo: Anda, y dile a este pueblo: “Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, pero no comprendáis”. Embota el corazón de este pueblo, endurece sus oídos y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos ni oiga con sus oídos ni su corazón entienda, ni se convierta y haya para él sanidad.*

El profeta debe decir algo a este pueblo. La expresión *הָזֶה לְעַם הַזֶּה* es significativa. El nombre que recibe Israel no es “mi pueblo”, el pueblo de Dios, sino “este pueblo”. Hemos visto anteriormente cuál es la condición de este pueblo. Ha dejado de ser el pueblo de Dios. Se ha alejado de Dios, el cual está airado por sus pecados. El pecado ha llegado al extremo. Y lo peor es que no ha escuchado la voz del profeta, la palabra de Dios. Se rebela contra la palabra y particularmente contra la promesa consoladora de Dios, 1:20. Desprecia la abundante gracia divina, 5:1-4. Precisamente cuando lo llama, Dios le señala — casi como si fuera con el dedo — “este pueblo” a Isaías. Tan pronto como comience a predicar, estará consciente de este estado degenerado.

Lo que sigue se aplica directamente a este pueblo. Escucharán, deben constantemente escuchar (*שְׁמוֹעַ*) la palabra de Dios, constantemente ver (*רָאָה*), ver las obras de Dios, pero lo que escuchan con sus oídos y ven con sus ojos no lo entenderán ni lo percibirán. Sí, no podrán (*לֹא*) percibir ni entender. Es la voluntad de Dios; él lo impide. Y no sólo debe proclamar al pueblo que así será; Dios no sólo le dice al profeta de antemano lo que sucederá, sino que le da al profeta la tarea de endurecer a su pueblo. *הַשְׁמִין לִבְהֶעָם הַזֶּה*, realmente, engordar o hacer sólido, lo cual es como decir, endurecer el corazón de este pueblo. El corazón comprende todo el ser interior. El sentimiento, el entendimiento, debe estar muerto, endurecido. El profeta debe ensordecir y endurecer los oídos del pueblo, y pegar sus ojos para que se cierren *הִשְׁתַּחֲסֵם*, imperativo hifil de *שָׁעַע*. Se refiere al oír y ver interiormente, porque es obvio que se está hablando del endurecimiento del corazón. Y en el v. 9 otra vez se dijo que la gente puede escuchar y seguir escuchando, ver una y otra vez. La gente tiene ojos para ver y oídos para oír, pero los ojos y oídos del corazón estarán cerrados. Y con este fin, el propósito de Dios es que ya no vean con los ojos ni oigan con los oídos, ya no vean ni oigan con los ojos y oídos espirituales, o, lo que equivale a lo mismo, para que su corazón no entienda. El concepto “entender”, “entender con el corazón” incluye, al mismo tiempo, una acción de la voluntad, que se tome a pecho lo que se oye y se aprende. La gente no llegará a tal punto de aferrarse, comprender, entender la palabra de Dios ni escucharla, prestar atención a ella ni recibirla en su corazón.

Las palabras finales contienen la condenación más grave: “para que no se convierta y alguien lo sane”. Es mejor tomar *וְרָפָא* en sentido impersonal. Sin embargo, normalmente es obra de Dios sanar y librar de pecados a los pecadores que se conviertan. Estas

palabras expresan a dónde podría llegar si el endurecimiento no ocurriera, pero no llegará a eso. Conforme a la intención y voluntad de Dios no llegará al punto de que este pueblo se convierta y así desee la curación, el perdón y la salvación. Este pueblo no recibirá nada de eso. Y sencillamente porque no reconoce ni entiende ni es capaz ya de recibir la palabra y la obra de Dios, porque el órgano interior, el corazón, se ha insensibilizado y endurecido, la conversión y la liberación han sido eliminados, son imposibles.

El profeta debe endurecer el corazón del pueblo. Así su oficio no consiste en hacer nada extraordinario, alguna función adicional. Sencillamente debe predicar la palabra de Dios. En esta forma, con su predicación, debe endurecer al pueblo. Sin que él tenga nada que ver con ello, su predicación tendrá el efecto que aquí se describe. Puesto que el profeta, por mandato de Dios, endurece al pueblo, lo cual quiere decir que predica la palabra al pueblo con el resultado de que se endurezcan, y al hacerlo cumple la intención y voluntad de Dios, finalmente Dios es quien se ve como el que endurece el corazón del pueblo. En otros aspectos, también el profeta enfrenta la misma situación que todos los predicadores del evangelio. Porque lo que a él se le manda hacer no es otra cosa sino administrar la palabra, lo mismo que se exige de todos los pastores. La predicación de la palabra también tiene este efecto e intención que aquí se indica de endurecer a muchos que la oyen.

El pasaje que acabamos de examinar, Is. 6:9,10, es el *locus classicus* para la doctrina del endurecimiento. Quisiéramos considerar las verdades generales que sacamos de este pasaje. Brevemente responderemos cuatro preguntas.

1. ¿Qué es el endurecimiento?

El endurecimiento es una condición terrible del corazón acerca de la cual sólo se debe esperar que nunca se aprenda de él por experiencia propia. El hombre una y otra vez escucha la palabra de Dios con sus oídos, ve con sus ojos las obras de Dios, y los grandes efectos de la palabra. Sin embargo, no comprende, discierne ni entiende nada de lo que oye y ve. No presta atención, ni la toma al pecho. Sencillamente no puede comprender, entender ni aceptarla. Es como si no tuviera ningún medio para aferrarse a Dios y las cosas divinas, la palabra y la obra de Dios. En este respecto es totalmente insensible; es indiferente, ciego, sordo y muerto. Su corazón está endurecido. El ojo y el oído del corazón se han cerrado. Sí, no es capaz de percibir ni entender. Es como si se pusiera un obstáculo en su camino. El acceso a la palabra, el entendimiento de la palabra, es completamente obstruido para él. Sigue oyendo, pero no ayuda. Entre más oye, más indiferente se hace, más rencoroso se hace. Esta condición es incurable, hace imposible la conversión, el perdón y la salvación. La conversión de un endurecido es una contradicción en los términos. El endurecimiento y la conversión son diametralmente opuestos. El pecador o se convierte o se endurece; y si es endurecido, la conversión es imposible. Hablamos aquí del endurecimiento en el sentido más esencial del término. En otros ejemplos esta expresión se encuentra usado en un sentido general, por ejemplo Marcos 6:52; Efe. 4:18.

2. ¿Quiénes son los objetos del endurecimiento?

Los que se asemejan a “este pueblo”, el Israel degenerado, que constantemente tiene las palabras y obras de Dios ante sus ojos y sus oídos pero a pesar de esto persisten en sus pecados, no mejoran, desprecian la palabra, obstinadamente se resisten a la palabra. El endurecimiento es el resultado y fruto de la incredulidad. Los incrédulos sencillamente no quieren ver ni oír. La palabra de Dios también testifica al corazón y la conciencia de ellos. Pero deliberadamente sofocan cualquier impresión que causa la palabra divina. Así finalmente llega al punto en que la palabra de Dios ya no causa ninguna impresión en ellos, de modo que son incapaces de ver y escuchar, que ya no verán ni escucharán. Así se dice del Faraón que endureció su propio corazón, (Éxo. 8:32), y luego que fue endurecido, (Éxo. 10:20).

3. ¿Cuál es el medio que produce el endurecimiento?

Sencillamente la palabra y la obra de Dios, especialmente el evangelio. Isaías debe predicar lo que se le ha revelado en la visión, y con esta predicación endurecer al pueblo incrédulo. Los incrédulos escuchan la palabra de Dios, y ésta testifica a su corazón y su conciencia, les da testimonio de que son inmundos, pecadores perdidos, pero que está disponible para ellos la gracia y el perdón. Pero cierran su corazón contra la voz de la verdad. Siguen en sus pecados y no quieren ser sanados ni ser salvos. Así la palabra de Dios, el evangelio, cada vez más llega a ser para ellos un alimento que no les nutre. Finalmente, llega a tener para ellos un sabor a muerte para muerte. Entre más tiempo la oigan, más se oscurece su corazón. Pierden todo aprecio por las cosas divinas, espirituales. La predicación del evangelio finalmente no les hace otro efecto sino el resentimiento y la oposición.

4. ¿Quién es el verdadero autor del endurecimiento?

Es el Señor Dios. Dios es la *causa efficiens* del endurecimiento. La palabra de Dios es la *causa media*. El profeta, el predicador es la *causa ministerialis*. El endurecimiento es un juicio justo de Dios. Dios no permitirá que se burlen de él, particularmente de su gracia. Cuando el hombre deliberada y obstinadamente rechaza la gracia, no tiene desde luego ningún deseo de ser salvo por la gracia. Dios en ese caso pronuncia sobre él el juicio de que no será salvo y lo deja a la condición desesperada del endurecimiento. Dios endurece judicialmente. No lo hace *effective*, no crea la terquedad en el corazón del pecador, no pone en el corazón humano pensamientos necios, malos, impíos. Dios no es autor de ningún mal. Sin embargo, Dios sí endurece a los pecadores que no quieren escuchar. Y es precisamente en esa situación que se ejecuta una sentencia divina.

- a) *Occasionaliter*; da a los pecadores la oportunidad de endurecerse, sigue presentando su palabra y su obra ante sus ojos, así como permitió que Faraón viera milagros cada vez más asombrosos, con el fin de que no disciernan ni entiendan.
- b) Dios endurece *permissive*. Abandona, deja a los incrédulos que no quieren entregarse a la buena y saludable voluntad de Dios a su propia mente y voluntad corrupta. Lutero: Dios deja a los impíos a Satanás. Y por

supuesto, la obra y el deseo de Satanás es quitar la palabra del corazón, poner en el corazón del hombre oscuridad, necedad, incredulidad, una aversión contra la palabra de Dios, impedir el arrepentimiento y la conversión.

- c) Dios endurece a los pecadores *desertive*. Lutero: Quita su Espíritu. Retira su Espíritu y gracia. Y cuando él ya no concede su Espíritu y gracia, por supuesto es imposible que el hombre se convierta y sea salvo. Después de que todos los esfuerzos de su amor hacia el pecador han sido inútiles, finalmente termina su obra en el pecador, así como lo explicó en la parábola de la viña. Veá Is. 5. El Espíritu Santo, que por medio de la palabra ha hablado con frecuencia y con urgencia al pecador, por último deja de hablar y guarda silencio cuando el pecador constantemente lo rechaza.

v. 11-13: *Yo dije: “¿Hasta cuándo, Señor?”. Y respondió él: “Hasta que las ciudades estén assoladas y sin morador, no haya hombre en las casas, y la tierra esté hecha un desierto; hasta que Jehová haya echado lejos a los hombres y multiplicado los lugares abandonados en medio del país. Y si queda aún en ella la décima parte, esta volverá a ser destruida; pero como el roble y la encina, que al ser cortados aún queda el tronco, así será el tronco, la simiente santa.*

Dios ha anunciado al profeta el resultado final de su predicación. Judá no creará su predicación, de modo que finalmente predicará la palabra al pueblo para endurecerlo. Sumamente entristecido y aterrado por este anuncio, el profeta ahora pregunta: “¿Hasta cuándo, Señor?”. Esto quiere decir, ¿hasta cuándo seguirá esta condición de endurecimiento? Y el Señor ahora responde que este estado de endurecimiento durará hasta que la ciudad, las casas y la tierra estén en la ruina y se queden sin habitantes, hasta que todos los habitantes de la tierra se hayan ido lejos y estén esparcidos entre los paganos. Sí, aun la décima parte final será erradicada. Estas palabras contienen una descripción del juicio final. De esta manera, el endurecimiento durará hasta el juicio final, hasta que venga la destrucción sobre Israel. El endurecimiento nunca terminará, sino perdurará hasta la destrucción del pueblo. Siempre es así. El endurecimiento es sólo la etapa inicial del juicio final, de la condenación.

Sin embargo, las últimas palabras del v. 13b ofrecen un rayo de esperanza, una consolación en medio de la oscuridad. El pueblo de Judá se asemeja a un terebinto o un roble, en el cual permanece una raíz aun después de ser talado. De hecho, con frecuencia después de talar un terebinto o un roble, el tronco que queda se rejuvenece y echa nuevos brotes. Israel, este árbol orgulloso, es cortado. Pierde su tronco y copa. Pero queda una raíz, que rebrota. Esta raíz es una simiente santa. Queda un remanente. Y es santificado para el Señor. Es un pueblo santo de Dios.

Lo que aquí se profetiza no es, como suponen los comentaristas modernos, que el Israel endurecido, después de estos severos juicios, finalmente se convertirá y será salvo. Esto invalidaría el concepto del endurecimiento. Y antes, con palabras claras, se amenazó con el juicio del exterminio a los endurecidos. La promesa consoladora más bien va así: en

medio de la masa de gente perdida, sobre la cual recae el endurecimiento y la destrucción sin ninguna esperanza de liberación, queda un remanente, una semilla santa, que por tanto queda exonerada de la sentencia de obstinación y destrucción, que sobrevive la condenación de la ira bajo la cual sucumbe el pueblo incrédulo y obstinado, y permanece bajo ella por toda la eternidad. De este modo, la predicación de Isaías, la palabra y el testimonio profético en general, no será del todo inútil. Aunque las masas se endurezcan y se pierdan, todavía habrá algunos, el remanente, que se convertirán, que creerán la predicación, la promesa de Dios, y se salvarán. Así ha sido siempre. La predicación de la palabra de Dios no regresará del todo vacía. Aunque la mayoría se endurece contra ella y finalmente es endurecida y se condena, siempre hay algunos que aceptan el evangelio y se salvan. Los elegidos son ganados, llegan a la fe, perseveran en ella, y son salvos.

En este lugar al profeta se le presenta en un esquema breve todo el curso posterior del destino de Israel desde el tiempo de Isaías hasta el mismo final. La característica de esta historia es la apostasía, la incredulidad, el endurecimiento, y finalmente el juicio. A cada nueva generación se predica la palabra de Dios, y especialmente la palabra de promesa, pero cada generación sucesiva sigue las pisadas de los padres, menosprecia la palabra profética y se endurece. La profecía que tenemos ante nosotros se extiende hasta la conclusión de la historia de Israel. De este modo, aquí se proclama de antemano lo que sucedió a la última generación que vivió en el tiempo de Cristo y de los apóstoles.

La palabra del Señor en Is. 6:9,10 se cita seis veces en el Nuevo Testamento y se manifiesta como algo que llegó a su cumplimiento en los días de Cristo y de los apóstoles. Con razón, porque el v. 11ss. dice claramente que el endurecimiento que se describe aquí, que Isaías debía anunciar al pueblo de su día, continuará hasta el fin, hasta que el Señor haya cumplido todas las amenazas contra el Israel impenitente y obstinado.

Según el informe de los evangelios sinópticos, Mat. 13:14,15; Mar. 4:12; Luc. 8:10, el Señor aplicó esta palabra del profeta Isaías al pueblo de Galilea y declaró que sus parábolas servirían para endurecer a este pueblo. Cristo por mucho tiempo había estado predicando al pueblo de Galilea y había hecho grandes milagros. Sin embargo, la gente no quería ver ni escuchar. Así en adelante la palabra y obra de Cristo resultarían en el endurecimiento de los incrédulos y obstinados. Después que Jesús también en Jerusalén y Judea había dado suficiente testimonio de sí mismo como el Hijo de Dios y el Salvador del mundo, había querido tanto reunir a los hijos de Jerusalén como una gallina junta a sus polluelos debajo de sus alas, pero ellos se pusieron en contra de todos los intentos del Salvador de atraerlos, esta palabra del profeta Isaías también se cumplió con la gente de Judea, Juan 12:27-41. Los apóstoles de Cristo ofrecieron la salvación primero a Israel, a los judíos de Palestina y a los de la diáspora, en nombre de Jesucristo, el Crucificado y Resucitado. Sin embargo, no se consideraban dignos de la vida eterna. San Pablo entonces pronunció juicio contra ellos mencionando las palabras del profeta Isaías. Hech. 28:25-27; Rom. 11:8. Y pronto después Dios confirmó este juicio llevando a cabo su ira final contra Israel. Sin embargo, aun en ese tiempo quedaba una simiente santa. Mediante la palabra de Cristo y los apóstoles, el primer grupo de discípulos, la primera iglesia cristiana, fue reunida de entre Israel.

Esta palabra acerca del endurecimiento, escrita siete veces en la Escritura, es importante para todos los tiempos. Lo que Israel experimentó se ha repetido en diferentes tiempos y lugares en el transcurso de la historia de la iglesia cristiana, es decir, que generaciones enteras se endurecieron. La gran apostasía que fue profetizada ha comenzado. La cristiandad se había hecho negligente, indiferente, apática hacia la palabra de Dios. Luego surgió el papado. Los Papas, campeones y defensores del papado, se endurecieron contra el claro testimonio de la verdad, contra la voz del evangelio. Así Dios los entregó a su mente corrupta y endurecida para que aceptaran grandes errores. Es imposible que el papado cambie. Pero buena parte de la cristiandad protestante también se ha endurecido contra el evangelio, contra la palabra de la doctrina pura, y en muchos lugares donde en un tiempo brillaba intensamente, Dios ha extinguido la luz del evangelio y ha retirado la palabra y el Espíritu de los desagradecidos. Sin embargo, Dios todavía retiene su remanente en todas partes. Cada predicador del evangelio tiene que resignarse al hecho de que predica la palabra a muchas almas para su endurecimiento. Por esta razón, su oficio es muy serio y difícil. Sin embargo, debe consolarlo el hecho de que también encuentra una simiente que acepta con buena voluntad su palabra para la salvación.

Sólo queda una pregunta: ¿por qué el capítulo 6, que **trata del llamamiento de Isaías**, no viene, como se podría esperar, al principio de la profecía, sino se inserta entre los discursos proféticos de un tiempo posterior? La razón de este arreglo no es difícil de reconocer. Inmediatamente cuando fue llamado, en el año en que murió el rey Uzías, 758 a.C., el efecto, lo que sucedería después, se anunció al profeta. No fue inmediatamente después de su llamamiento, cuando comenzó a predicar, que se endureció el corazón de este pueblo con su predicación. El endurecimiento siempre presupone que los que están endurecidos han escuchado la palabra de Dios por un período extendido y, por supuesto, la han oído en vano. Así Isaías, después de que Dios lo llamó para ser un profeta, amonestó a Judá-Jerusalén año tras año a que se arrepintiera. No obstante, Judá tercamente se resistió a la palabra del profeta y del Espíritu Santo. Por eso, ya en el capítulo 5 el profeta tuvo que amenazar con respecto a que Dios quitaría su gracia del pueblo y dejaría de obrar. Y ahora, como informa el capítulo 7, ocurrió un acontecimiento grave en el tiempo del rey Acaz, un suceso que especialmente motivó el endurecimiento de Judá. Con el capítulo 7 se inicia la verdadera predicación de endurecimiento del profeta. Esto explica la posición de la visión en el capítulo 6 entre los discursos proféticos de los capítulos 1-5 y el libro de Emanuel en los capítulos 7-12.

El ciclo de profecía, Capítulos 7-12

Capítulo 7

Isaías 7:1-9

v. 1: Aconteció en los días de Acaz hijo de Jotam, hijo de Uzías, rey de Judá, que Rezín, rey de Siria, y Peka hijo de Remalías, rey de Israel, subieron contra Jerusalén para combatirla, pero no la pudieron tomar.

Todo el curso del acontecimiento histórico que trata de la siguiente profecía, la guerra siro-efraimita, se describe brevemente aquí. Rezín, rey de Siria, y Peka, rey de Israel habían formado una alianza contra Acaz, rey de Judá, y subieron para hacer la guerra a Jerusalén. Lo demás que sabemos de esta guerra viene de 2 Reyes 16 y 2 Crónicas 28. Sucedió durante los años 743-739. Rezín tomó del rey de Judá el puerto de Elat en el golfo de Aqaba y llevó a muchos judíos cautivos a Damasco; Peka conquistó un gran ejército de Judá; además, los dos reyes empezaron a sitiar Jerusalén. Esta ciudad en ese tiempo era similar a una ciudad sitiada. Fue todo lo que quedaba de la tierra desolada. Las palabras “pero no la pudieron tomar” informan del resultado de la guerra. El rey Rezín, que como el enemigo principal es el único a quien se menciona por nombre, no pudo librar batalla con la ciudad de Jerusalén, lo cual quiere decir, que no fue capaz de someterla o conquistarla. Los dos reyes finalmente tuvieron que retirarse sin haber logrado su meta.

v. 2: Y llegó la noticia a la casa de David, diciendo: Siria se ha confederado con Efraín. Y se le estremeció el corazón, y el corazón de su pueblo, como se estremecen los árboles del monte a causa del viento.

Aquí nos encontramos en medio de la invasión hostil que se avecinaba. Se anunció a la casa de David que los sirios habían llegado a un acuerdo con Efraín. Siria, tratada como femenina aquí, indica que la población de Siria, las fuerzas militares de Siria, habían llegado a Efraín para reforzar el ejército de Israel. Los dos ejércitos, con sus fuerzas reunidas, avanzaron contra Jerusalén. Cuando el rey Acaz y su pueblo oyeron esto, se estremecieron. *נִיָּן* es la forma abreviada kal con “a”. El rey y el pueblo habían abandonado al Dios viviente y se habían dedicado a la idolatría. Sin embargo, los impíos no tienen ninguna estabilidad y son como las hojas de los árboles que se agitan con el viento.

v. 3: Entonces dijo Jehová a Isaías: “Sal ahora al encuentro de Acaz, tú y Sear-jasub, tu hijo, al extremo del acueducto del estanque de arriba, en el camino de la heredad del Lavador”.

En la gran aflicción que ahora rodeaba a Jerusalén, Dios asignó una tarea a Isaías para tratar con el rey Acaz. Debía encontrarse con él al extremo del acueducto del estanque superior. Éste estaba al noroeste de la ciudad, fuera de los muros. Desde allí el acueducto entraba a la ciudad para abastecer de agua a los habitantes de Jerusalén. Allí estaba el campo de los lavaderos que se ocupaban de lavar la ropa. Lo hacían en el estanque y luego la emblanquecían y la secaban en un campo vecino. La carretera que pasaba por el campo del Lavador era la principal que salía por la puerta occidental y conducía hacia Jope en el mar Mediterráneo. Allí se supone que el rey Acaz hacía planes para fortificar el acueducto para que el suministro de agua de la ciudad no fuera cortado durante el sitio. Allí Isaías y sus dos hijos debían encontrarse con el rey. Sus dos nombres en sí son significativos. Isaías significa “Dios ayuda”; Sear-jasub “un remanente volverá”. Éste especialmente señala un juicio por medio del cual Judá será reducido a un pequeño

remanente. Así al rey se le ofreció bienestar o juicio, maldición o bendición. Debía escoger una de las dos cosas.

v. 4: *Y dile: “Cuidate y ten calma; no temas ni se turbe tu corazón a causa de estos dos cabos de tizón que humean, por el ardor de la ira de Rezín y de Siria, y del hijo de Remalías”.*

Ahora viene el mensaje de Dios que el profeta debe entregar al rey Acaz. Debe tener cuidado, no actuar precipitadamente, mantener la calma y la compostura, el ánimo y la serenidad. Ni a él ni a su pueblo les debe faltar el ánimo, no deben desesperarse frente a estos dos reyes hostiles. Los nombres que se dan a estos dos reyes señalan el resultado final de su arriesgado ataque, su miserable derrota. Finalmente serán semejantes a dos cabos de leña que humean. **רמליות** son leños que se echan al fuego. El fuego de estos leños se ha apagado, de modo que sólo humean. Ya no pueden quemar ni hacer daño. De hecho, ya están parcialmente quemados. Sólo quedan dos cabos, dos cepas humeantes. Básicamente, son dos adversarios inofensivos los que ahora están furiosos contra Jerusalén. Así Acaz no debe debilitarse ni desmayarse debido a su furia. Este fuego furioso pronto se extinguirá. Aquí al rey de Israel se le llama con desprecio el hijo de Remalías. Así también la iglesia de Dios de hoy todavía tiene derecho a menospreciar y desdeñar a sus enemigos. Sus vociferaciones no son otra cosa sino neblina y humo que es incapaz de hacer daño.

v. 5-7: *Ha concertado un maligno plan contra ti el sirio, con Efraín y con el hijo de Remalías, diciendo: “Vayamos contra Judá y aterroricémosla; repartámosla entre nosotros y pongamos en medio de ella por rey al hijo de Tabeel”. Por tanto, Jehová, el Señor dice: “No sucederá eso; no será así”.*

Los dos reyes hostiles han concluido sus planes malignos contra Judá. Querían aterrorizarla e invadirla. Querían conquistarla y luego poner a un hombre desconocido, de la escoria de la gente, al hijo de Tabaal, como rey. Jehová, el todopoderoso, por otro lado, ha determinado que se le diga al rey de Judá: este plan malvado que han concebido los enemigos de Judá no tendrá éxito ni prosperará.

v. 8,9: *Porque la cabeza de Sira es Damasco, y la cabeza de Damasco es Rezín: y dentro de sesenta y cinco años Efraín será quebrantado hasta dejar de ser pueblo. Y la cabeza de Efraín es Samaria, y la cabeza de Samaria es el hijo de Remalías. Si vosotros no creéis, de cierto no permaneceréis.*

Estas palabras dicen: Siria y su ciudad principal Damasco, y el rey de Siria, Rezín, al igual que Efraín y su ciudad principal, Samaria, y el rey de Efraín, el hijo de Remalías, deben seguir siendo lo que eran, deben quedarse en donde están, dentro de sus fronteras, en sus circunstancias actuales. Sus planes de conquista no prosperarán. Sin embargo, a la nación de Efraín se le amenaza con un castigo especial. Dentro de 65 años dejará de ser una nación. v. 8b. **תתק**, imperfecto nifal de **תתק**. Ésta es una predicción especial que pronto se cumplió. El reino de Efraín o de Israel fue destruido en el año 722 por Salmanasar, el rey de Asiria. Las diez tribus fueron llevadas al cautiverio en Asiria. Esto

quebrantó la estabilidad del reino de Israel. Sin embargo, una buena porción de los israelitas se había quedado atrás en la tierra. Más tarde, llegó el rey Esarhadón, que también tomó cautivo al rey Manases de Judá y estableció colonias asiáticas orientales en la tierra de Samaria. Esto también quebrantó la estabilidad del pueblo de Israel. Las diez tribus perecieron en el exilio, desaparecieron de la historia sin dejar rastro. Y de los colonos paganos y los israelitas restantes en Samaria surgió la raza mestiza de los samaritanos. Este acontecimiento histórico corresponde al año 675, el cual se menciona en 2 Reyes 17:24 y Esdras 4:2.

La mayoría de los exegetas modernos arbitrariamente borran el v. 8b como una nota al margen, que fue insertada en el texto después del acontecimiento. No creen que Dios haya podido predecir hechos históricos tan particulares y definidos.

El profeta concluye su afirmación de consuelo con la seria advertencia: “Si vosotros no creéis, de cierto no permaneceréis”. *אֲמֵן*, hifil de “אמן”, ser firme, significa creer, esencialmente, adherirse firmemente a algo, sostenerse, depender de algo. El nifal *אָמַן* significa “permanecer”, esencialmente, perdurar, quedar firme. Si Judá, rey y pueblo, no se apega firmemente a la palabra y la promesa de Dios, perderá todo apoyo, perecerá como Efraín. El significado general: todo el que no cree, todo el que abandona la palabra y la promesa de Dios, no quedará firme, se irá a la ruina.

Lo que leemos en los v. 3-9 es la tarea que Isaías debe cumplir con el rey Acaz. No se informa específicamente que el profeta realmente haya comunicado este mensaje divino al rey y que haya hablado en el campo del Lavador con Acaz.

Resumen de 7:1-9: **Dios promete al rey Acaz ayuda y apoyo contra los reyes hostiles.**

Isaías 7:10-25

v. 10,11: *Habló también Jehová a Acaz, diciendo: Pide para ti una señal de parte de Jehová tu Dios, demandándola ya sea de abajo en lo profundo o de arriba en lo alto.*

Al recibir el mensaje del profeta, el rey Acaz no tuvo nada que decir. Se quedó en silencio, un silencio que no indicó asentimiento, sino disentimiento; indicó la incredulidad. Rechazó esta palabra de Dios y endureció su corazón contra la gracia divina. Ya había puesto su confianza en otra ayuda; había comenzado a negociar con el rey de Asiria. Y Asiria, la potencia mundial, era más poderosa que Siria y Efraín. Sin embargo, el Señor no lo dejó rechazarlo tan fácilmente. Siguió hablando a Acaz. Las palabras siguientes: “Pide una señal de parte de Jehová tu Dios”, obviamente las pronunció el profeta. Cuando el profeta siguió hablando con Acaz, Dios se dirigió a Acaz. Habló por medio de su profeta, y lo que éste dijo fue la palabra de Dios. El profeta llama a Jehová “tu Dios”, el Dios de Acaz. Todavía le dice explícitamente que debe creer y confiar en sus promesas misericordiosas. Sí, Dios se condesciende a dar a Acaz una señal, un milagro, que confirmaría la realidad de su promesa. Y permite que el rey Acaz

escoja la señal. Podría exigir una señal de debajo de las profundidades o de las alturas de lo alto.

En cuanto a la interpretación, parece mejor considerar הַעֲמִיךְ y הַגִּבֹּהַּ no como imperativos sino como infinitivos que explican el verbo finito אֶשְׁאַלְךָ , “pide para ti”. Acáz debería pedir una señal, descender con su petición al seol o subir al alto cielo. El antítesis לְמַעַן exige para אֶשְׁאַלְךָ el significado del “infierno”, “el mundo subterráneo” = הַאֲשֵׁר . La interpretación se dificulta si la tomamos como un imperativo con he paragógica (aunque tengas que ir a lo profundo”) o como un sustantivo con el significado de “petición” (“haz tu petición profunda, como el Seol”) Desde el cielo o desde el infierno Acáz debe pedir una señal. Esta invitación al mismo tiempo incluye la otra, de apartar su corazón de todo lo que no sea Dios y todo lo que no ayuda, y entregarse él al Dios viviente, que tiene el cielo, la tierra y el infierno en su poder.

Los comentaristas racionalistas comienzan aquí, donde Dios se manifiesta en su grandeza y su gracia, a burlarse y a blasfemar. A la pregunta qué clase de señal desde el cielo el profeta tuvo en mente, Knobel responde: “Probablemente algo sencillo”. Meier dice: “Difícilmente Isaías hubiera pensado en hacer un milagro”. Hitzig mantiene: “El profeta se mete aquí en un juego peligroso, y si Acáz se hubiera puesto a jugar, Jahvé seguramente lo habría defraudado”. De Lagarde ofrece las alternativas, escoger entre Isaías como un engañador o un engañado. Estos falsos profetas comparten la actitud de Acáz. Se han endurecido contra la clara palabra de Dios. Y por sus ataques continuos contra la Escritura han llegado a endurecerse totalmente. Lo que leemos aquí es un ejemplo de la gran paciencia y longanimidad de Dios, que busca de cualquier forma posible, con palabras y obras, también por medio de señales especiales de gracia y favor, ganar a los pecadores que se han apartado de Dios.

v. 12: *Y respondió Acáz: “No pediré ni tentaré a Jehová”.*

“¡Qué piadoso suena, y sin embargo su endurecimiento culmina en estas palabras aparentemente piadosas!” (Delitzsch). Acáz no quiso pedir una señal. Vergonzosamente rechazó la palabra y la señal, también esta última oferta misericordiosa de Dios. Sí, ésta fue el colmo de su incredulidad, de su endurecimiento. Lo más terrible de su actitud, sin embargo, fue la hipocresía en fingir que no quería poner a prueba a Dios. “No tentarás al Señor tu Dios”. Por supuesto, esto está escrito en la ley, Deu. 6:16. Acáz habría puesto a Dios a prueba si por su propia cuenta hubiera pedido una señal, si Dios no le hubiera dicho, habría exigido que Dios demostrara su poder milagroso. Pero aventurarse a algo por mandato de Dios y su promesa, confiar y depender de la palabra de Dios, no es tentar a Dios sino confiar en él, es tener la verdadera fe. Cuando la incredulidad se reviste de palabras piadosas, es tanto más repulsiva que cuando revela cómo es de verdad y se burla y blasfema. Las palabras que Acáz habló aquí fueron de gran significado. Delitzsch correctamente dice al respecto: “En este momento, cuando Isaías está ante Acáz, se decide el destino de la nación judía por más de dos mil años”. Podemos agregar: por la eternidad. Es un momento decisivo, fatídico, cuando el pecado pisotea la última exhortación y atracción de su Dios, finalmente lo rechaza, cuando su endurecimiento se

transforma en endurecimiento de parte de Dios. Aun en la vida de naciones y razas enteras hay tales momentos críticos y decisivos.

v. 13: *Dijo entonces Isaías: “Oíd ahora, casa de David: ¿No os basta con ser molestos a los hombres, sino que también lo seáis a mi Dios?”.*

Acáz ha dicho su última palabra. Por eso, Dios ahora por medio del profeta dice su última palabra. El juicio grave y lamentable se introduce con las palabras: “Oíd ahora, casa de David”. La sentencia divina se aplica a toda la casa del rey, sí, también al pueblo de Acáz. La casa y el pueblo de Acáz compartían su disposición. El profeta pregunta a la casa de David: “¿No os basta con ser molestos a los hombres?” הַמְעַט מִכֶּם, “menos que ustedes” = “no es suficiente para ustedes”. Los de la casa de David han agotado la paciencia de los hombres, de Isaías, y de los profetas en general. Isaías fiel y seriamente se había esforzado en llamar al arrepentimiento al rebelde Judá, tanto al rey como al pueblo. Toda su labor y su esfuerzo habían sido en vano. Así que está ahora cansado de la gente y disgustado con ella. Sin embargo, un hombre puede gustosamente agotar la paciencia de los hombres. Pero la palabra del profeta es la palabra de Dios. El que rechaza la predicación de los siervos de Dios rechaza a Dios y su palabra. Sí, hasta a eso había llegado. La casa de David ya había cansado también a Dios. Él se había esforzado seriamente con Acáz y su casa y su pueblo. Dios ha tratado y hecho todo lo posible para hacer que los rebeldes volvieran en sí. Todo el esfuerzo fue en vano. De esta manera, Dios ahora está cansado y deja de trabajar con la casa de David. Deja a los pecadores incorregibles a su disposición corrupta, endurecida, y con eso a la destrucción. El profeta no dice aquí como antes, “tu Dios”, sino “mi Dios”. Jehová sigue siendo el Dios del profeta y de los que escuchan su voz. De allí en adelante Dios ya no será el Dios de Acáz y de la casa de David. No tiene ya nada que ver con esta casa y pueblo. El vínculo que primero unió la casa de David y el Señor Jehová ha sido roto para siempre. Es terrible cuando Dios se cansa de los hombres; cuando deja de obrar en los pecadores incorregibles y ya no amonesta, no advierte, no reprende ni llama, sino abandona a los endurecidos a su propio destino; cuando Dios rehúsa decir a una persona: “Yo soy tu Dios”.

v. 14: *Por tanto, el Señor mismo os dará señal: La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emanuel.*

El rey Acáz no quiere una señal. Por tanto, Jehová, el Todopoderoso mismo, por cuenta propia “os” dará, a la casa de David, una señal. No será una señal cualquiera, sino la clase de señal que Acáz debería estar pidiendo, una señal milagrosa que ocurre $\pi\alpha\rho\acute{\alpha}$ φύσιν, en que el Todopoderoso demuestra su divino poder y omnipotencia. Esta señal significativa y milagrosa se introduce con la palabra הִנֵּה, “He aquí”.

El sujeto de la oración siguiente es הַעֲלִמָה. La primera pregunta es: ¿qué significa la palabra? La Septuaginta y Mat. 1:23 la traducen con παρθένος, la Vulgata con “Virgo”, Lutero con “Jungfrau” (la Reina Valera con “virgen”). Y éste es el único significado auténtico. La palabra viene de עָלַם, “estar lleno de vigor, ser apto para el matrimonio”, y

designa a una joven apta para casarse. Se ha sostenido que también su puede llamar a una esposa joven עֲלְמָה. El único pasaje que sirve como aparente autoridad para esto es Prov. 30:19. Queremos examinar este pasaje un poco más de cerca y determinar si apoya esa idea.

Proverbios 30:18-20 dice en una traducción literal: “Hay tres cosas demasiado maravillosas para mí, cuatro que no entiendo: el rastro del águila en el cielo, el rastro de la culebra en la roca; el rastro de una nave en alta mar; y el rastro de un hombre en la muchacha (עֲלְמָה). El rastro de una esposa adúltera es éste: come, luego limpia su boca y dice: No he hecho nada mal”. Aquí se describen cosas, incidentes, que no dejan ningún rastro visible y por tanto no pueden ser percibidos ni reconocidos.

Citando a Delitzsch, el significado de los cuatro proverbios en v. 18,19 es: “No se puede mirar al cielo y decir que un águila ha volado por allí; ni una roca y decir que una culebra se ha deslizado sobre ella, ni al mar y decir que un barco ha pasado por allí, ni a una joven y decir que un hombre ha tenido relaciones sexuales con ella”. Es lo mismo con la mujer infiel según el v. 20. Limpia su boca después de cometer el adulterio y dice: No he hecho nada malo; y nadie puede probar que he pecado. Así que, la joven del v. 19 claramente se distingue de la mujer casada, la adúltera en el v. 20. En el primer ejemplo, v. 19, se describe un pecado de adulterio, que una joven no casada ha tenido relaciones con un hombre. Luego en el v. 20, a diferencia de lo anterior, se describe el pecado de adulterio que comete una mujer casada. Así el contexto en este pasaje exige el significado de “muchacha”, “virgen” para la palabra עֲלְמָה. En una ocasión Lutero ofreció 100 monedas de oro a cualquier cristiano o judío que pudiera demostrar según el uso lingüístico en el Antiguo Testamento que עֲלְמָה significaba “mujer joven”. Desde el día de Lutero la filología hebrea ha avanzado mucho hasta la actualidad. Sin embargo, si Lutero viviera ahora, todavía podría retener sus 100 monedas de oro.

Así, desde el principio, la misma gramática elimina la explicación que ofrecen los rabinos antiguos y los racionalistas modernos, los cuales interpretan עֲלְמָה o como la esposa de Isaías o de Acaz, y entienden el hijo de la עֲלְמָה como un hijo del profeta o como el rey Ezequías. Si eso fuera el caso, se esperaría que la profetisa o la reina fuera nombrada específicamente.

Lo que se dice acerca del sujeto de la oración, de la עֲלְמָה, es esto. Que está embarazada y da a luz a un hijo. La muchacha, quien desde el punto de vista de Dios, que es quien habla aquí, es verdaderamente una virgen, como tal, sin conocer a ningún hombre, concibe y da a luz a un hijo. Esto, por supuesto, es contrario a la naturaleza. Pero, según las palabras de introducción, aquí se presenta algo extraordinario, un milagro de la omnipotencia de Dios.

Así es contrario al texto y al contexto que aquí el profeta, como piensan otros comentaristas, debería estar refiriéndose a una mujer que vivía en ese tiempo, una virgen, que después de casarse y tener relaciones con un hombre concibe y da a luz a un hijo en

forma natural. En este caso, el momento exacto en que la virgen, antes que conciba y dé a luz, tenga relaciones con un hombre sería oculto. Y según esta explicación, como también conforme a la anterior, el asunto perdería todo su carácter de ser un acontecimiento extraordinario. La introducción significativa: “El Señor mismo os dará señal”, entonces no tendría sentido y sería ininteligible.

Entre los que proponían esta interpretación había un tal Isenbiehl, un profesor católico en Maguncia, quien en el año 1778 publicó un tratado con el título: “*Una nueva investigación sobre la profecía de Emanuel*”. Por instigación de las facultades de toda Europa, el Papa condenó este escrito y el autor fue arrestado como hereje y ateo y finalmente se le ordenó retractarse. El castigo con la pena de cárcel era muy característico de los papistas, pero la sentencia que tildó de ateo a ese exegeta fue correcta.

Quien niega un testimonio tan claro acerca del Cristo, el verdadero Dios, tampoco creerá otros testimonios bíblicos similares; niega al Hijo y al Padre. Estas explicaciones racionalistas generalmente son frívolas y juegan con las palabras sencillas y sublimes de la revelación divina. Estas palabras, como en Isaías 7:14, se mencionan y se escriben para endurecer a la casa incrédula de David al igual que a los eruditos bíblicos incrédulos de los tiempos modernos.

No resulta un abuso menos horrible del texto puro cuando Hofmann, Koehler y otros pervierten la palabra “la virgen” de nuestro texto para hacerlo el concepto de “virginidad” y referir el hijo de la virgen al “surgimiento maravilloso del Israel futuro”. Cualquier niño puede entender que el profeta aquí habla de una verdadera virgen y de un hijo, un varón, que realmente se concibe y nace de una virgen.

La afirmación que tenemos ante nosotros es una profecía de un acontecimiento futuro. En todo Isaías הַנָּהּ señala el futuro. Y, como la iglesia ha reconocido desde siempre y como comentaristas más modernos, tales como Rosenmueller, Ewald, Drechsler, Delitzsch, Keil, Bredekamp, Orelli han reconocido, una profecía mesiánica. Delitzsch dice: “Es el Mesías a quien el profeta aquí ve como el que nacería, luego en el capítulo 9 como habiendo nacido, y en el capítulo 11 como gobernando su reino, una tríada que es inseparable”. הַעֲלָמָה es “una virgen, y es una virgen de la casa de David”. “Es la virgen a quien el Espíritu de Dios representa para el profeta y a quien ... ve ante él como escogida para cumplir algo extraordinario”. O también podemos decir: Es la virgen a quien Dios desde el principio escogió para cumplir su decreto salvador. Es la virgen a quien la Escritura señala en otras partes cuando, por ejemplo, en Génesis 3:15 el Mesías se llama la Simiente de la mujer o cuando Miqueas 4:10 habla de la mujer sufriendo dolores de parto. Los participios הָרָה y יֹלְדָה representan estas obras poderosas futuras de parte de Dios. El Mesías, por tanto, aquí aparece como el Hijo de la virgen. Contrario a las leyes de la naturaleza, por la operación milagrosa del Todopoderoso, será concebido por una virgen y nacerá de una virgen.

Si el Mesías será concebido y nacerá de una virgen contrario a las leyes de la naturaleza, también en otro aspecto estará exento de las leyes de la concepción y el nacimiento

humanos. Desde que el pecado entró en el mundo, todos los que nacen de mujer y la voluntad del hombre tienen que confesar: “En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre” (Sal. 51:5). Lo que es nacido de la carne, de padres pecaminosos, es carne. Si el Mesías está exento de este modo normal humano de procreación, de la simiente de hombre y mujer, también está exento de esta ley del pecado original. Así nuestra profecía, al mismo tiempo, indica la concepción pura e inmaculada, y en general la naturaleza pura e inmaculada que tiene el Mesías. Cristo realmente es concebido y nace de un ser humano que es virgen, de ella ha asumido la carne y sangre de los seres humanos, es carne y sangre como nosotros, pero sin pecado. El Dios todopoderoso, el Santo, ha formado y creado él mismo en el cuerpo de la virgen una naturaleza humana pura y santa.

Además dice: “y le pondrá por nombre Emanuel”. La madre pone nombre a su hijo. Y otros también ahora llaman al niño por este nombre. Por esta razón καλέσουσιν en Mateo 1:23. El nombre Emanuel no sólo debe ser el nombre propio acostumbrado, sino también un título del Mesías, del cual se puede determinar su oficio. Los nombres que se dan al Mesías en Is. 7:14 y 9:6 caracterizan la naturaleza, la esencia y la obra del Mesías. ¿Qué significa el nombre “Emanuel”? Significa: Dios con nosotros.

La mayoría de los comentaristas modernos explican este nombre en conformidad con pasajes tales como el Salmo 46:7,11, en donde dice: “¡Jehová de los ejércitos está con nosotros! ¡Nuestro refugio es el Dios de Jacob!”. O como dice Drechsler; la “promesa de la presencia de Dios”. Lo atribuyen al oficio y a la obra del Mesías, por medio de quien Dios está cerca y tiene misericordia de su pueblo, por medio de quien libraré, guardará y protegerá a su pueblo. Sin embargo, esta explicación viola el contexto. Tal “Dios con nosotros” bien podría ser sólo un hombre. Dios también liberó y protegió a su pueblo por medio de grandes hombres como Moisés, Josué, Gedeón, Sansón, Samuel y David. Y no se puede ver por qué tal gran hombre tendría que ser concebido por una virgen y nacer de una virgen. La declaración acerca del Hijo de la virgen con esta interpretación parece ser un enigma, en el cual la persona del Mesías no es el centro de atención, sino se mantiene en una misteriosa oscuridad. Luego surge la pregunta: ¿Realmente qué clase de ser extraño es éste, el hijo de una virgen? Es, en verdad, un hombre, pero ¿qué clase de hombre? Y no hay respuesta a tales preguntas. Miramos asombrados al enigma y movemos la cabeza.

Las dos partes de la profecía están muy relacionadas. La declaración acerca del Hijo de la virgen se complementa y se completa con la otra respecto a Emanuel. La declaración del origen único del Mesías, su concepción y nacimiento de una virgen, obviamente tiene relación con la persona y las características del Mesías. El que nace en forma ordinaria, natural, que recibe su ser y vida de un padre y una madre humanos, es un hombre, verdadero hombre, cuerpo y alma. El que se originó en una forma tan maravillosa, de una virgen, que llegó a la existencia humana por obra del poder milagroso de Dios, también es un hombre pero no sólo un hombre ordinario. Es un niño milagro, un milagro en su persona, אֱלֹהִים, Is. 9:6. El contexto exige urgentemente información más detallada, no acerca de la obra y oficio sino de la persona, la esencia y la naturaleza del Mesías. Su concepción y nacimiento son análogos a su esencia, a su naturaleza y a su origen.

¿Qué es lo maravilloso de esta persona cuyo origen fue tan extraordinario? Es Emanuel, como dice Delitzsch: “en el sentido que él mismo es אֱלֹהִים , Dios”, así como en el pasaje paralelo, 9:6, directamente se le llama “Dios fuerte”. Emanuel, como la iglesia ha entendido correctamente desde la antigüedad, significa: “Dios con nosotros”, Dios en nuestra carne y sangre, el Dios hombre, θεάνθρωπος . A Dios le agradó ya por medio de los profetas revelar a los hombres el bendito misterio de la persona de Cristo. Dios había ocultado este misterio de los sabios y prudentes de este mundo. Se ofenden por eso y por esta razón distorsionan el sentido claro de las palabras que la gente sencilla comprende tan fácilmente.

De esta manera ahora todo queda claro. Ahora entendemos correctamente lo que el profeta ha dicho acerca del embarazo y el dar a luz de la virgen. Cristo es Emanuel, el Dios-hombre. Dios mismo se hará hombre. Tomará la carne y sangre de los hombres en la unidad de su persona. Quiere ser uno de nosotros, un miembro de la raza humana. Por eso, asume carne y sangre de una hija de los hombres. Sin embargo, es imposible que Dios reciba el pecado de la humanidad en su persona. Por eso, formó este plan maravilloso. Por eso, se concebirá y nacerá de una virgen. Por eso, él prepara para sí en la persona de la virgen un cuerpo puro, santo, un recipiente en el que luego toda la plenitud de la divinidad mora. Sí, Cristo es Emanuel, el verdadero Dios con nosotros. Los humanos ahora tenemos a un Dios que tiene nuestra carne y sangre. Y puesto que Cristo es Dios en nuestra carne, y sólo por esta razón, él también es entonces el verdadero Salvador, Libertador y Protector de la humanidad.

El evangelista Mateo cita nuestra profecía en el 1:22 y sig., y estableció que se cumplió en la concepción y nacimiento de Jesús. En esta palabra del profeta, Mateo encontró la afirmación de “la procreación sobrenatural de Jesús y su naturaleza divina-humana” (Keil). Y Mateo la ha entendido correctamente. Lucas 1:35 también se refiere a Is. 7:14. Allí el ángel dice a María: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que va a nacer será llamado Hijo de Dios”. Aquí tenemos el mismo contexto de pensamiento. El Hijo de Dios se hará hombre. En María, la virgen, por el poder del Espíritu Santo, será concebido el “Santo Ser” en donde, como en su templo, mora el Hijo de Dios.

La señal de Emanuel, el hijo de la virgen, en sí es una señal de la salvación. Cuando Dios se hace hombre, esto indica que la salvación y la liberación han llegado para los hombres pecadores. Lo que esta señal significa para la casa incrédula y endurecida de David se indica cuando el discurso profético continúa.

v. 15 *Comerá mantequilla y miel, hasta que sepa desechar lo malo y escoger lo bueno.*

Aquí se profetiza lo que será la comida y la dieta de Emanuel. Y lo que se dice acerca de esto nos da un bosquejo notable de los rasgos del Mesías. Comerá requesón חֶמְצָה , que es mantequilla con crema, y también miel. Y esto lo hará en el mismo tiempo en que ha aprendido a rechazar el mal y a escoger el bien. $\text{וְ$ aquí, como muchas veces, es una

designación de tiempo. La incapacidad de distinguir entre el bien y el mal es característica de la infancia, de los niños de tierna edad. El tiempo cuando el niño aprende a entender la diferencia entre el mal y el bien, de modo que rechaza el mal y escoge el bien, es el comienzo de lo que se llama la edad de discreción. Por tanto, en el tiempo cuando el niño Emanuel haya alcanzado la madurez comerá la mantequilla y la miel.

¿Qué clase de comida es ésta? Se ha pensado que ésta era el alimento de los niños más pequeños. Pero según el uso ordinario y también según la Escritura, la leche es la comida de los niños, y no la mantequilla y la miel. Y Emanuel precisamente en el tiempo cuando llega a la madurez debe estar comiendo mantequilla y miel. En los primeros años de su vida, como todos los niños, la leche debería ser su alimento. Y cuando llega a una edad un poco más madura, cuando los niños acostumbran comer alimentos más sólidos, entonces no serán sus alimentos tal vez el pan y el pescado, sino la mantequilla y la miel. Ésta entonces sería su comida regular durante el resto de su vida.

Otros expositores recuerdan aquí que conforme a la promesa la tierra de Canaán debe ser una tierra donde fluye leche y miel, indicando una tierra bendecida. Y así Emanuel también gozará de las bendiciones de la tierra prometida. De esa manera en ese tiempo Judá, que estaba en malas condiciones en el tiempo de Isaías, se encontraría en una condición feliz. Por otro lado, se debe notar que la leche y la miel son dos cosas diferentes y tal descripción del tiempo de Emanuel contradice directamente lo que la profecía afirma en general acerca de la condición de Judá en el tiempo de Cristo, lo que el profeta inmediatamente desde el versículo 16 en adelante profetiza acerca del futuro del pueblo. Al seguir leyendo, vemos lo que significa esta comida, mantequilla y miel. Los antiguos expositores encontraron en el versículo 15 una prueba de la verdadera humanidad del Dios hombre. Y ciertamente, si Emanuel debe alimentarse y nutrirse con comida humana, es un ser humano así como otros seres humanos. Pero esto no explica por qué se alimentaría con mantequilla y miel.

v. 16 Porque antes que el niño sepa desechar lo malo y escoger lo bueno, la tierra de los dos reyes que tú temes será abandonada.

Con estas palabras el profeta, como antes en los v. 7-9, otra vez señala el destino final de los dos reinos hostiles. La tierra de los dos reyes, que ahora aterran y amenazan a Jerusalén, por tanto, Siria y Efraín, será abandonada y devastada. El cumplimiento de esta predicción comenzó cuando el rey asirio, Tiglat-pileser, invadió a Siria e Israel. Convirtió a Siria en una provincia asiria y llevó al cautiverio al otro lado del Éufrates a una proporción considerable de los habitantes de Siria y de Israel, es decir, los habitantes del norte y este de Galilea. Esto ocurrió tal vez uno o dos años después de este encuentro entre Acáz e Isaías. Después de unos décadas Efraín también dejó de ser una nación. En qué sentido y si en general esto también puede ser una razón por la que Emanuel comerá mantequilla y miel, sólo lo podremos evaluar correctamente después de haber examinado lo que se afirma, y después de que hayamos determinado qué significan la mantequilla y la miel.

Sea como fuera la manera en que se piense de esta comida de Emanuel y de la conexión entre las dos afirmaciones del v. 15 y el v. 16, no se puede negar que parece excesivo concluir por el v. 16 que cuando suceda este acontecimiento histórico predicho, Emanuel ya habrá nacido y madurado. Dice explícitamente que antes que Emanuel aprenda a distinguir entre el mal y el bien, la tierra de los dos reyes hostiles será devastada. ¿Según esto no nos vemos obligados a fijar la fecha del nacimiento de Emanuel al menos antes del año 675? Aun aquellos expositores modernos que entienden que Emanuel es el Cristo creen que el profeta fija el nacimiento y la niñez de Emanuel en el mismo tiempo cuando el rey de Asiria asoló duramente a los dos enemigos de Judá, Siria y Efraín. Consideran imposible separar Cristo Emanuel de estar involucrado con la opresión asiria. Entonces, admiten que el profeta se equivocó en cuanto al tiempo cuando vendría el Cristo. De hecho, si tomáramos el versículo 16 por sí mismo, cualquier otra suposición parece estar excluida. Pero precisamente eso es la pregunta: si nos atrevemos a detenernos después del versículo 16 o si estamos obligados a seguir leyendo.

v. 17 Jehová hará venir sobre ti, sobre tu pueblo y sobre la casa de tu padre, días cuales nunca vinieron desde el día en que Efraín se apartó de Judá (esto es, al rey de Asiria).

Esta afirmación se relaciona directamente con la anterior sin una conjunción. El verbo está a la cabeza, como en el v. 16b, y es completamente paralelo a תֵּעָבֹב. así, lo que leemos aquí es la segunda parte de la cláusula final para la cual el v. 16a sirve como prótasis. La construcción es como sigue: antes que el niño rechace el mal y escoja el bien, la tierra de los dos reyes hostiles será abandonada, pero el Señor también hará que el rey de Asiria caiga en la tierra de Judá. Así, también lo que está escrito en el versículo 17 y lo que sigue precede a la niñez de Emanuel. El versículo 17 amenaza a Acáz y a su casa y pueblo con lo siguiente: vendrán días aciagos sobre el rey de Judá, sobre la casa de David, sobre el reino y el pueblo de Judá, días como los que no se han visto desde aquel acontecimiento lamentable, la apostasía de Efraín, las diez tribus, de Judá. El rey de Asiria, a quien Acáz había apelado para que lo ayudara contra Siria e Israel, que puso fin a esos dos reinos hostiles, luego caerá también sobre Judá. Sí, el Señor lo enviará, lo traerá, para llevar a cabo su voluntad enfurecida contra Judá. ¿Se habla aquí de un solo rey de asiria? Ni lo que hizo a Judá el rey asirio Tiglat-pileser, que hizo tributario a Acáz, ni la invasión de Judá en el año 714 por Senaquerib, cuyo poderoso ejército Dios hirió en una forma tan asombrosa, fue un desastre tan severo como lo que se representa aquí. Sólo el juicio de Dios, que entregó al pueblo de Judá, a las 10 tribus restantes, en manos de los paganos y que finalmente resultó en la total destrucción de Judá, fue un desastre que correspondía a la disolución del reino bajo Roboam. "El rey de Asiria" aparece aquí, como frecuentemente, como representante del imperio mundial pagano. Asiria fue el comienzo del poder mundial, la primera potencia mundial que se apoderó de muchos otros reinos. En aquellos días, cuando Isaías profetizaba levantó la cabeza en Asiria la potencia mundial que llevó a la destrucción del pueblo de Dios.

v. 18,19 Acontecerá que aquel día silbará Jehová al tábano que está en el fin de los ríos de Egipto y a la abeja que está en la tierra de Asiria. Ellos vendrán y acamparán todos en los valles desiertos, en las cavernas de las piedras, en todos los zarzales y en todas las matas.

En aquel día el juicio de Dios caerá sobre Judá. El señor silbará al tábano de Egipto (רִאָר, nombre del Nilo) y a las abejas de Asiria. Y esos enjambres de tábanos y abejas descenderán sobre la tierra, no sólo en los valles inclinados y las peñas, sino también sobre las áreas de pasto, y consumirán todo lo verde del campo. Obviamente es lenguaje figurado. Quiere decir que son los ejércitos hostiles de los paganos, que invaden Judá y devastan el país. Además de Asiria se menciona a Egipto. En la historia posterior de Judá, Egipto no desempeñó un papel significativo. Fue la primera nación pagana que había oprimido a los descendientes de Abraham. Después de Asiria, la potencia mundial, a Egipto se le considera aquí como representante del mundo pagano (vea 5:26ss) que traería juicio contra el Israel incrédulo, endurecido. Y por supuesto, está de acuerdo con el plan y la voluntad de Dios. Porque es el Señor que silba a esos enjambres de moscas y abejas.

v. 20 Aquel día rapará el Señor con navaja alquilada, con los que habitan al otro lado del río (esto es, con el rey de Asiria), cabeza y pelo de los pies, y aun la barba afeitará también.

El crecimiento del pelo no es una imagen del crecimiento de las plantas de la tierra, sino indica el cuerpo político de Judá, de manera similar como en el 1:5,6. El Señor rapará todo el pelo con una navaja que él ha alquilado. Toda la tierra de Judá quedará despoblada y será saqueada. Y lo harán las riberas del río Éufrates, lo cual quiere decir, se hará mediante el pueblo que vive allí, mediante Asiria, la potencia mundial que Dios ha tomado a su servicio.

v. 21,22 Acontecerá en aquel tiempo que criará un hombre una vaca y dos ovejas, y a causa de la abundancia de leche que darán, comerá mantequilla; ciertamente mantequilla y miel comerá el que quede en medio del país.

El enemigo devastó toda la tierra, de modo que ya no produce pan y vino. Los campos desolados sólo se pueden usar como pasto para el ganado. Así cada hombre criará una vaca y dos ovejas. Y obtendrá tanta leche porque todo el país se ha convertido en tierra de pasto. Adicionalmente habrá miel, puesto que los innumerables enjambres de abejas se posarán sobre el país devastado. Así el Judá de los últimos tiempos, habiendo escapado los juicios anteriores, se alimentará de mantequilla y miel. Ahora sabemos lo que quiere decir la mantequilla y la miel. Son la comida de una tierra devastada.

vv. 23-25 Acontecerá también en aquel tiempo que el lugar donde había mil vides, que valían mil siclos de plata, será para espinos y cardos. Con saetas y arco irán allá, porque toda la tierra será espinos y cardos. Y a ninguno de los montes que se cavaban con azada se atreverán ya a ir, por el temor de los espinos y los cardos. Quedarán para pasto de los bueyes y para ser pisoteados por las ovejas.

Como resultado de la devastación que causaron los enemigos, en toda la tierra crecerán los espinos y cardos. Éste es el pensamiento principal. Aun las viñas, donde antes crecían vides valiosas, en ese tiempo se convertirán en un lugar de espinos y cardos. Así los que

quedan en la tierra no irán allí con la idea de volver a hacerlas productivas. Tienen temor de los espinos y los cardos. Francamente, temen que tal vez no puedan controlar la hierba y los arbustos. Y si un hombre entra allí, va con arco y flecha para cazar entre los arbustos espinosos animales silvestres. Toda el área, esto es el sujeto de וְהָיָה en el v. 25b, será para que el ganado corra alegremente y se alimente. La tierra no se puede usar para nada sino para la ganadería.

Mirando atrás una vez más, encontramos en los versículos 16-25 una colección coherente, muy unida de ideas. Aquí se describe el juicio que primero hiere a Israel pero luego procede también contra Judá. Aquí se describe lo que Asiria, Asiria y Egipto, lo cual quiere decir la potencia mundial, el mundo pagano, hará al pueblo escogido. Hemos visto que el v. 16b no contiene ningún pensamiento independiente sino sencillamente introduce lo que sigue. La imagen del juicio trata sólo en forma casual sobre el reino de Siria e Israel y luego se concentra extensamente en Judá y Jerusalén. Apunta a Judá.

En espíritu el profeta ve cómo las hordas salvajes paganas irrumpen en Judá y asolan y destruyen toda la tierra. Aquí otra vez señala aquella campaña y ofensiva militar de las naciones paganas contra Judá que ha descrito antes, 5:26 y sig., y que termina con Judá siendo llevado como botín. En los versículos 16-25 se representa el juicio que sigue su curso constante y termina en la total destrucción de Judá. El destino final de la historia de Judá es que la viña del Señor se cubra por completo de espinos y cardos, que el Señor lleve a cabo la ruina de su viña. 5:6.

Mientras tanto, esta profecía no menciona el día final mismo. La imagen del juicio se limita a lo que sucede en la tierra. Hay habitantes que todavía viven en la tierra de Judá. Por supuesto, tienen que alimentarse de leche y miel puesto que toda la tierra está cubierta de espinos y cardos y se ha convertido en tierra de pasto.

Sin embargo, tenemos que comprender correctamente lo que se dice aquí acerca de desolar la tierra, acerca de espinos y de cardos, acerca de la leche y la miel. En todo este discurso profético el profeta utiliza imágenes y parábolas. Compara los ejércitos paganos con enjambres de tábanos y abejas, la potencia mundial con una navaja. De este modo, también la afirmación sobre la devastación hecha en la tierra que después produce sólo arbustos descontrolados y produce sólo leche y miel para sus habitantes es en sentido figurado. Lo que se simboliza e ilustra es el hecho de que la potencia mundial conquistará, maltratará, sujetará completamente a Judá, que Judá en la época final languidecerá bajo el yugo de la potencia mundial y llevará una existencia miserable. Entonces tampoco hay ninguna posibilidad ni esperanza para una mejora. Los habitantes de la tierra se desesperan de no poder controlar jamás los espinos y los cardos.

Ésta es la situación exacta que existirá cuando llegue al escenario Cristo Emanuel. Ahora vemos la conexión entre esta imagen del juicio y la profecía acerca del hijo de la virgen, Emanuel. Lo dicho en el v. 16a es la prótasis, y toda la sección coherente en el v. 16b-25 forma la cláusula final. Antes que el niño aprenda a rechazar el mal y a escoger el bien, sucederá y habrá sucedido lo que se presenta en los versículos 16b-25. En el tiempo cuando nazca Cristo y crezca, la tierra ya estará en circunstancias desoladas. El juicio de

Dios ya se ha centrado en Judá. Judá gime bajo la opresión de la potencia mundial. Y puesto que en ese tiempo todos los habitantes de Judá se alimentan sólo de mantequilla y miel, por esa razón Emanuel también, cuando entre a la niñez madura, y luego generalmente durante toda su vida, comerá sólo mantequilla y miel, las comidas de un país devastado.

La fuerza del כִּי, “porque”, v. 16, cubre toda la sección, v. 16-25. O en otras palabras, cuando reducimos el lenguaje figurado a su verdadero significado y concepto: puesto que Judá en ese tiempo apenas mantendrá su existencia bajo el gobierno de los paganos, Cristo Emanuel también estará en una situación pobre y humilde en la tierra. Cristo nacerá en la pobreza y la miseria de su pueblo. Participa del destino humilde, lamentable de su pueblo. Él, el Dios-hombre, caminará en la tierra no con la gloria divina que posee, sino en humildad y pobreza. Asumirá las privaciones, cargas y aflicciones de su pueblo. El profeta Miqueas expresa el mismo pensamiento a sus contemporáneos como Isaías lo hace aquí en el capítulo 7 cuando dice: “Pero los dejará hasta el tiempo que dé a luz la que ha de dar a luz” (Miqueas 5:3). Hasta el tiempo cuando la mujer embarazada de a luz, cuando Cristo, el Dios eterno, nazca en Belén Efrata, la situación será que Judá habrá caído en manos de los paganos.

Sin embargo, toda esta calamidad que acontecerá a Judá es resultado de la incredulidad y la obstinación de la casa de David y el pueblo de Judá. Así por medio de הִלֵּךְ toda esta profecía, vv 14-25, se une a lo que precede, vv 12,13, donde se informa del determinante endurecimiento del rey Acáz y de su pueblo. Acáz ha rechazado la palabra y la señal, ha rechazado la gracia de Dios. Ha agotado la paciencia de Dios. Y Dios entonces, quien se había cansado de la casa de David y del pueblo de Judá, ha entregado y da libre curso a la ira y el juicio. Y de este modo aun la gran señal, Emanuel el hijo de la virgen, se ha convertido en una señal de juicio para el pueblo incrédulo, endurecido. Dios se ha cansado del pueblo. Los ha dejado a su predisposición inflexible. Así también la gran palabra maravillosa y misteriosa acerca del hijo de la virgen, Emanuel, sirve para endurecer al rey y al pueblo de Judá. Eso es similar a la parábola del Señor en Mateo 13, que sirve para endurecer al pueblo de Galilea. Y como resultado del endurecimiento se desarrolla plenamente el juicio.

Cuando nace Cristo, está en pleno desarrollo el juicio, y Cristo Emanuel de ningún modo frenará este juicio sobre los impenitentes. Más bien, se someterá al destino y a la suerte trágicos de su pueblo. De hecho, este Cristo Emanuel liberará a su pueblo de su miseria, como se profetiza en el capítulo 9. Jerusalén será redimido mediante juicio y justicia. Pero sólo "los convertidos", sólo los arrepentidos gozarán su redención. 1:27. Los que rehúsan y se rebelan serán consumidos a espada. 1:20. Sí, el pueblo incrédulo y endurecido finalmente perecerá, también porque desprecia la gracia final y más grande, rechaza a Cristo Emanuel, su Mesías, porque se resiste a la palabra del perdón de los pecados. 1:18-20.

No es necesario decir más acerca del cumplimiento de esta profecía. Todo lo que debemos hacer es leerla. La historia en curso de Israel y la narrativa evangélica muestran en forma muy clara que todo ha sucedido exactamente como el Espíritu de Cristo lo

predijo por medio del profeta. Desde ese tiempo el pueblo de Judá persistió en su disposición corrupta y endurecida como el rey Acáz lo manifestó. Y en los días de Acáz el juicio ya estaba comenzando.

El rey de Asiria sitió a los dos reyes de Siria e Israel y luego puso fin al reino de Israel. Luego llegó el rey de Babilonia y llevó a Judá al exilio. Puso fin al reino de Judá como un reino independiente bajo el gobierno de la casa de David. Aunque una parte de los exiliados regresó a la tierra de Judá, sin embargo, desde entonces quedó bajo el dominio de la potencia mundial pagana. El sometimiento se hizo cada vez más opresivo durante el período de las monarquías sucesivas, bajo gobernantes persas, griegos, romanos. Y luego en el tiempo indicado claramente en la profecía, apareció Cristo Emanuel.

Por supuesto, no fue durante el período de la opresión asiria. Es un grave error malentender el v. 16 y sig. si se piensa que Isaías ha identificado el nacimiento y la niñez de Emanuel el castigo de los reinos de Siria e Israel por los asirios. Ésta es “la limitación humana” de la profecía. Si el profeta hubiera errado sólo en esa circunstancia, que parecería tan externa, acerca del tiempo de la aparición de Cristo, eso sería generalmente un indicio de que el Espíritu de Dios que conoce todo no había hablado por medio de él. Así en realidad estaríamos en la posición de no poder creer y confiar en las palabras del profeta. No, lo que se profetiza con respecto al tiempo del nacimiento de Cristo en Isaías 7 es esto, que en el tiempo cuando nazca Cristo y llegue a la juventud, la mano de los paganos en una forma particularmente tangible y perceptible oprimirá fuertemente al pueblo de Judá.

Y resultó que precisamente en el tiempo cuando el impuesto del emperador romano Augusto ofendió y amargó profundamente a los judíos, de modo que aquí y allá surgió una revolución en la tierra, Cristo nació. Fue concebido y nació de una virgen de la casa de David por el poder y obra del Espíritu de Dios. Y este Hijo de David fue Emanuel, Dios en nuestra carne y sangre. Sin embargo, no vivió en forma elegante como un dios en la tierra sino se humilló y asumió la forma de un siervo. Nació en profunda pobreza y humildad y viajó por la tierra judía como un pobre rabino judío. No tenía forma ni encanto. Los que lo vieron no lo encontraron agradable. Tomó sobre sí las aflicciones, las tristezas y la enfermedad de su pueblo por amor a su pueblo y la humanidad, para finalmente mediante el sufrimiento y la muerte redimir a su pueblo. Testificó a su pueblo que él fue el prometido Emanuel, el Hijo de Dios. Pero Israel despreció esta última visitación de gracia de parte de Dios también. Rechazó al Hijo de Dios y de María. Y la ira final llegó a los menospreciadores maliciosos. Cristo Emanuel en su poder y gloria divinos cayó sobre el pueblo judío endurecido y mediante el poder mundial romano asestó el golpe final.

Esta gran profecía, Isaías 7, abarca no sólo al pueblo judío sino tiene significado para todos los tiempos, para todos los hombres. Cristo, el Hijo de la virgen, Emanuel, es la señal de señales, el milagro de los siglos. Dios se manifiesta en la carne, en carne humana. Ha tomado sobre sí todas nuestras enfermedades y debilidades, no sólo el pecado. Se humilló muy profundamente para sacar a la humanidad perdida y condenada de su profunda corrupción. Ésta es una señal de la salvación, de hecho, para todos los que

la perciben correctamente. Este Cristo Emanuel, sin embargo, también es una señal de juicio, un olor de muerte a muerte, para todos los que no creen, cuyos ojos el dios de este mundo ha cegado. El Hijo del hombre un día aparecerá en gran poder y gloria y juzgará y condenará a los orgullosos menospreciadores. Así, ¡ay de todos los que se oponen a esta señal!

El capítulo 7:10-25, por tanto, contiene la **profecía acerca de Cristo, el Hijo de la virgen, Emanuel.**

Capítulo 8 — 9:6

Isaías 8:1-4

v. 1,2 *Me dijo Jehová: —Toma una tabla grande y escribe en ella con caracteres legibles tocante a Maher-salal-hasbaz. Y junté conmigo por testigos fieles al sacerdote Urías y a Zacarías hijo de Jeberequías.*

¡Una nueva tarea del Señor para el profeta! No fue mucho tiempo después del asunto con Acáz en el capítulo siete que sucedió lo que leemos aquí. El Señor mandó que su siervo Isaías tomara una tabla grande, de madera o de piedra, y escribiera en ella con un estilo ordinario, lo cual quiere decir, en letras normales legibles, las palabras: “Apresúrate para el despojo” y “rápido al botín”. הָ introduce el contenido de lo escrito. מְהֵרָה es un adjetivo verbal, שָׁחַט un participio. Esta inscripción, que sencillamente afirma que en el futuro cercano se llevará de allí el despojo, el botín, en sí es un enigma que desconcertaba a los lectores. Lo que luego sucedió resolvió el enigma y explicó este escrito. Además el profeta debía escoger a dos testigos confiables. La forma לִי וְאֶעֱיֶדָה, “tomaré para mí testigos confiables”, tiene buen sentido: Dios, mediante el profeta, quiere que estos hombres sirvan de testigos. No hay ninguna necesidad de cambiar el texto para decir לִי וְאֶעֱיֶדָה, “y tomé para mí testigos”, o tal vez לִי וְהָאֶעֱיֶדָה, “toma para mí testigos”. Los dos hombres mencionados deben estar presentes como testigos cuando Isaías inscriba las dos palabras significativas en la tabla, y, después de esto, deben testificar al pueblo el significado de esas palabras, que Isaías ya había proclamado antes, que él ante sus ojos ha inscrito estas palabras en la tabla. Bredenkamp comenta apropiadamente: “El que manifieste no reconocer nada que sea profético haría bien en mirar muy detenidamente la imagen que se traza al comienzo del capítulo 8. La tabla todavía puede servir hoy en día como una advertencia para los que permiten que se cubra la mirada del profeta con una general previsión humana del futuro”. El hecho de que el profeta también cumplió esta tarea que el Señor le asignó no se menciona específicamente por ser evidente por sí mismo.

v. 3,4 *Me llegué a la profetisa, la cual concibió y dio a luz un hijo. Y me dijo Jehová: Ponle por nombre Maher-salal-hasbaz. Porque antes que el niño sepa decir “padre mío” y “madre mía”, será quitada la riqueza de Damasco y los despojos de Samaria delante del rey de Asiria.*

Aproximadamente un año después de esa primera señal el Señor dio al pueblo de Judá una segunda señal, la cual representó una imagen del mismo acontecimiento que ahora tenemos ante nosotros. La esposa del profeta dio a luz un hijo al profeta, y los nombres de este niño debían ser Maher-salal-hasbaz (apresúrate al despojo — rápido al botín). Y ahora Dios mismo proporciona al profeta el significado de estas dos palabras. Isaías luego comunicó ese significado al pueblo. Antes de que el niño pueda decir padre y madre, por tanto, dentro de un año, se presentará la oportunidad para llevarse la riqueza de Damasco y el botín de Samaria y presentarlo al rey de Asiria. En el tiempo designado, esto se cumplió. En el cuarto año de la guerra siro-efraínita el rey Tiglat-pileser subió de Asiria y conquistó Siria y mató a Rezín. El reino de Efraín inicialmente fue destruido por el monarca asirio Salmaneser. Y primero bajo el rey asirio Esarhadón Efraín dejó de ser una nación. Pero Tiglat-pileser arrebató el este del Jordán del rey de Israel y despobló el área alrededor del mar de Galilea. Así que ya en ese tiempo los despojos del reino de Samaria se entregaron al rey de Asiria. Sin embargo, esta doble señal no fue sólo un consuelo y una promesa para Judá. Ya antes se había profetizado que la potencia mundial desolaría y devastaría la tierra de Judá también.

8:1-4: Dos señales del futuro inmediato.

Isaías 8:5 — 9:7

v. 5-7 Otra vez volvió Jehová a hablarme, diciendo: “Por cuanto desechó este pueblo las aguas de Siloé, que corren mansamente, y se regocijó con Rezín y con el hijo de Remalías, he aquí, por tanto, que el Señor hace subir sobre ellos aguas de ríos, impetuosas y abundantes: al rey de Asiria con todo su poder. Él rebasará todos sus ríos y desbordará sobre todas sus riberas;

El Señor comienza a hablar aquí, y sigue hablando hasta fines del capítulo 12. Sin embargo, vemos que habla de varios asuntos.

En el v. 6 otra vez se describe el pecado del pueblo, y en el v. 7 y otra vez en el v. 8, el castigo del pecado. En el v. 6a se mencionan las aguas de Siloé, que fluyen suave y tranquilamente. Siloé es el nombre de un manantial que nace en un cañón profundo entre el monte Sión y el monte en el cual está el templo, y del río que fluye por el valle al sur de Jerusalén. Estas aguas de Siloé fluyen mansamente. Fue un río pequeño, que con frecuencia se secaba. Las “aguas de Siloé” obviamente es lenguaje figurado. Sin embargo, no es precisa la idea de que se debe entender como “la ayuda misericordiosa de Dios” o “la mano suave de Dios”.

Las aguas de Siloé que fluyen tranquilamente por Jerusalén hacen contraste con los inmensos torrentes del río Éufrates. Éstas son una imagen de Asiria, la potencia mundial, aquellas son una imagen del reino en que Dios es el rey, cuyo fundamento es la palabra y la promesa de Dios. Encontramos aquí el mismo contraste entre la potencia mundial y el reino de Dios como en 2:2, en donde el monte Sión está en contraste con las montañas y cerros de la tierra. Las aguas de Siloé fluyen tranquilamente. El reino de Dios en la tierra

tiene apariencia humilde. El rey de este reino, el Señor Dios, es invisible y obra y gobierna en su reino sólo por la palabra. Y ahora es el pecado del pueblo que desprecia esas aguas tranquilas, que desprecia a Dios, su reino, y su palabra. También es el pecado del pueblo de Dios del Nuevo Testamento, el pecado de la mayoría de los que se llaman cristianos, que no disfrutan el reino de Dios ni su forma poco atractiva, y desprecian la palabra sencilla. De este pecado principal proceden los otros pecados en que se deleitan los despreciadores en el mundo, entre los cuales los hombres buscan consuelo y ayuda. Este pecado también lo cometió el pueblo en el Antiguo Testamento. Se le reprendió en el v. 6b.

Según las palabras “Por cuanto desechó este pueblo” etc., el profeta realmente debería continuar con “y por cuanto se regocija en Rezín y el hijo de Remalfías”. En lugar de eso dice: “y por causa del gozo que tiene en Rezín”, etc. El יֵטֵן se debe transferir de בִּי יֵטֵן como preposición con שִׂשְׂוֹן . El pueblo se goza en Rezín, se regocija con el compañerismo de los paganos, se consuela en su alianza con los sirios. Esto último obviamente se aplica sólo al reino de las diez tribus que se habían aliado con Siria. הָאֶרֶץ הַזֶּה del v. 6a es todo Israel. El pecado de la nación entera fue menospreciar el reino y la palabra de Dios. Y acerca de Israel, se dice especialmente que se siente afortunado y seguro en su alianza con los sirios.

Judá se había hecho culpable de un delito similar. En ese tiempo confiaba en Asiria. Había apelado al rey de Asiria para que lo ayudara contra los reyes hostiles. Ésta es la doble culpa de la gente. El castigo estaba en proporción con la culpa. El que menosprecia el reino y la palabra de Dios, el que depende del mundo y de los hombres pronto experimenta que ha tirado su verdadero apoyo y en lugar de eso ha escogido un bastón de carrizo. Sin los medios para ayudarlo y liberarlo, es abandonado a la destrucción. Porque este pueblo desprecia las aguas tranquilas de Siloé y se deleita en Rezín, el Señor, el todopoderoso, a quien ha menospreciado, trae contra él las inmensas y potentes aguas del río Éufrates o el rey de Asiria con todo su poder militar, y este río rebasa sus canales y riberas e inunda todo el país.

v. 8 y, pasando por Judá, inundará y seguirá creciendo hasta llegar a la garganta. Luego, extendiendo sus alas, llenará la anchura de tu tierra, Emanuel.

Este poderoso río, Asiria, la potencia mundial, inunda primero el reino de Efraín. Y lo hizo totalmente, de modo que el reino se ahoga y perece. Y luego la poderosa corriente se extiende más allá hasta Judá, inundando también el país de Judá. Éste es el río que extiende sus alas. Las olas se desbordan del canal principal, como un ave extiende ambas alas, a cada lado, inundando el país entero, por más ancho que sea. Sin embargo, las aguas sólo llegan hasta la garganta de Judá. Judá todavía puede mantener la cabeza por encima de las aguas por un momento. Ésta es la misma secuencia de acontecimientos que se describe en el capítulo 7. El juicio comienza con Israel y sigue hacia Judá y hace que se acerque el fin de Judá. Sin embargo, la imagen del juicio no llega hasta el límite final. Aquí también se describe la situación cuando entra Emanuel. Y el profeta en espíritu, viendo ahora la desesperada situación futura de su pueblo, observando cuán cerca está

Judá a ahogarse, en este tiempo de tribulación extrema ve a Cristo Emanuel que surge en Judá, y en el nombre de su pueblo y con un clamor apasionado vuelve a este Emanuel, Dios con nosotros, Dios en carne humana, para que dé ayuda y consuelo al pueblo que apela a él. La tierra, pisoteada por los ejércitos enemigos, es la tierra de Emanuel; Judá, por supuesto, es su pueblo. Ojalá que considere con misericordia a este pueblo suyo que está en inminente peligro de ser destruido.

v. 9,10 Reuníos, pueblos, y seréis quebrantados. Oíd, todos los que sois de lejanas tierras: ceñíos, y seréis quebrantados; preparaos, y seréis quebrantados. Haced planes, y serán anulados; proferid palabra, y no será firme, porque Dios está con nosotros.

Otra vez el profeta describe un ataque hostil. Sencillamente se dirige a las naciones, hasta el último rincón del mundo, por consiguiente a todas las naciones paganas en el mundo entero. No tiene en mente a Siria e Israel, ni a los asirios. “No habla de naciones individuales sino en forma tan general como sea posible”. Bredekamp. Obviamente, sin embargo, se refiere a los mismos enemigos que antes fueron comparados con poderosas olas, con enjambres de moscas y abejas. Así en este contexto “Asiria” en realidad sencillamente es la potencia mundial, el complejo de las naciones paganas. A las naciones hostiles el profeta clama: ¡sigan con su maldad y sean destruidos! Los dos imperativos en el versículo 9 deben tomarse en un sentido futuro, como decisiones amenazadoras. Entonces, en lugar de imperativos tenemos imperfectos en el versículo 10. Hagan los planes que quieran, propongan lo que quieran, todo lo que propongan y planeen será frustrado antes de suceder.

¿Pero cuál es el blanco de este ataque y asalto hostil? Obviamente el pueblo de Dios. Los paganos quieren destruirlo. Pero no lo lograrán. Aunque ataquen y opriman al pueblo de Dios, serán frustrados y destruidos antes que el pueblo de Dios sufra ese destino.

¿Y qué es lo que da al profeta este ánimo, esta seguridad de la victoria? ¿Por qué deben ser frustradas las naciones? La razón se da en la última frase: “Porque Emanuel” está aquí. Obviamente עִמָּנוּ אֵל aquí significa lo mismo que en los versículos 8 y 7:14. Cristo Emanuel está aquí. Él es tanto la ofensiva como la defensa de su pueblo. El Dios con nosotros encarnado, este Dios en nuestra carne y sangre, ahora también es nuestro escudo y nuestra ayuda contra todas las amenazas y bravuconerías del mundo hostil. Contra esta roca firme, contra este hombre, quien es el mismo Señor Dios, se rompen las olas espumosas; todos los planes, consejos y ataques de las naciones hostiles a Dios son hechos añicos. De esta forma, se presenta ante nuestros ojos en los v. 9,10 el poderoso ataque del imperio mundial contra el reino de Dios y la derrota de estos imperios.

Sin embargo, ¿qué es este reino de Dios y quiénes conforman este pueblo de Dios que Emanuel protege y libra de la ruina? Ciertamente no es “este pueblo”, el pueblo de Judá, al que Dios ya no considera su pueblo, que ha rechazado la gracia y ayuda de Dios, que ha cansado a su Dios y menospreciado las aguas de Siloé. El profeta no intercede por este pueblo endurecido cuando apela a Emanuel en el v. 8. No es a la nación de los que lo desprecian a quien quiere consolar recordándole la protección de Emanuel. Esta promesa

de consuelo pertenece obviamente al verdadero pueblo de Dios, que se aferra a Emanuel, que ve con fe esta señal de salvación.

La continuación del discurso profético pone a los versículos 9,10 en una luz mucho más clara e identifica a las personas precisas a quienes el profeta les da alegría con la promesa de Cristo Emanuel.

v. 11,12 *Porque Jehová me habló de esta manera con mano fuerte y me advirtió que no caminara por el camino de este pueblo, diciendo: “No llaméis conspiración a todas las cosas que este pueblo llama conspiración, ni temáis lo que ellos temen, ni tengáis miedo.*

El significado de כִּי, la conexión de esta afirmación con la anterior, se hará evidente después que hayamos examinado y entendido correctamente el contenido de este versículo y los siguientes.

El profeta señala una revelación que ha recibido del Señor. A la cláusula principal: “Jehová me habló de esta manera”, se agrega una declaración doble acerca de las circunstancias. La primera dice: בְּחֻזְקַת הַיָּד, lo cual quiere decir: “por el fortalecimiento de la mano”, “por cuanto la mano será fortalecida”. הַיָּד es la mano en el sentido absoluto, la mano de Dios. El infinitivo del qal de חזק sólo puede significar “hacerse fuerte”, no “asirse de”, que es el significado en el hifil. La traducción: “como me tomó de la mano” no es gramatical. Cuando el Señor habló al profeta, su mano se fortaleció. La mano de Dios, el Espíritu de Dios poderosamente vino sobre él, lo venció, habló de manera penetrante en su corazón.

וַיִּסְרְנִי, qal imperfecto de יסר, sin sufijo יסר (Ose. 10:10) es una continuación de la cláusula adverbial. La construcción del infinitivo, como frecuentemente, equivale al verbo finito. Por tanto: “y en que me advirtió”. Cuando el Señor habló al profeta, le advirtió en forma explícita. Le advirtió en contra de seguir el camino de este pueblo, por tanto, le advirtió en contra del comportamiento del pueblo. No debe ser sorprendido haciendo lo que hace el pueblo. Cuál fue el camino, el comportamiento de este pueblo, se muestra en el versículo 12.

La advertencia sigue en el versículo 12, en donde dice: “no llames”, etc. Primero, el Señor tenía que hablar algo con el profeta. Pero lo que Dios le recalca al profeta, éste debía recalcarlo a otros. ¿A quiénes se dirige el versículo 12 y luego más adelante el versículo 13, a quiénes se da la advertencia? No es al pueblo de Judá. Después de todo, se advierte a los destinatarios que no sigan el camino de este pueblo. Generalmente son aquellos que todavía escuchaban la palabra del Señor, la palabra del profeta, quienes reciben la advertencia aquí. “Este pueblo”, la gran masa de gente, se había apartado del profeta y su predicación. Sin embargo, un pequeño remanente de oyentes fieles y alumnos se había reunido alrededor de la palabra del profeta. No deben actuar en forma similar e imitar a ese pueblo en el asunto que ahora se va a nombrar. No deben seguir el ejemplo y llamar conspiración a lo que este pueblo llama conspiración. קְשָׁר significa una

confederación, una conspiración. Las circunstancias en que se dio esa advertencia explican esta palabra.

Cuando el profeta recibió esta revelación especial del Señor y anunció a los fieles lo que el Señor le había dicho, todavía se peleaba la guerra siro-efraimita. Los dos reyes, Peka de Israel y Rezín de Siria, habían formado una confederación y habían conspirado para conquistar, para anexar a Judá y Jerusalén, para quitar la casa de David del trono e instalar como rey en Jerusalén a un vasallo. Y esta “confederación”, esta “conspiración”, ahora la conocía todo el mundo en Judá. Fue una palabra aterradora. Los habitantes de Judá decían: ¡ay de nosotros, qué confederación tan poderosa, qué conspiración tan temible! ¿Qué nos pasará? Decían estas y otras cosas similares. Sus corazones temblaban y se agitaban como las hojas de los árboles. Sin embargo, los alumnos creyentes del profeta no debían estar de acuerdo con lo que se dice. Ni siquiera debían llamar esa conspiración una conspiración. Ni siquiera debían considerarla como muy seria y peligrosa. “Ni temáis”, lo que este pueblo teme, no lo debía temer. El hifil תַּעֲרִיצוּ aquí significa ver y considerar como algo que temer. Ésa fue la actitud, el camino de este pueblo: el temor de los hombres. Unido a esto estaba la confianza idólatra en el hombre. La gente puso su confianza en Asiria, a la cual Acaz había apelado para ayuda. Las dos cosas, el temor del hombre y la confianza en el hombre, provenían de la incredulidad. Y es precisamente contra estas cosas, contra la incredulidad, la falta de fe, el temor del hombre, la idolatría, que el Señor advierte a sus hijos creyentes por medio de su profeta. Es una advertencia que los creyentes necesitan todo el tiempo, particularmente en tiempos de aflicción y tribulación.

v. 13-15 A Jehová de los ejércitos, a él santificad; sea él vuestro temor, y él sea vuestro miedo. Entonces él será por santuario; pero a las dos casas de Israel, por piedra para tropezar, por tropezadero para caer y por lazo y red al morador de Jerusalén. Muchos de entre ellos tropezarán, caerán y serán quebrantados; se enredarán y serán apresados.

Aquellos a quienes se están dirigiendo aquí, el profeta y sus fieles, los creyentes, reverencian al Señor de los ejércitos, con sus obras lo reconocen como el Santo y lo hacen temiéndolo y dejando que él sea su miedo. No deben temer a los hombres sino permitir que el Señor de los ejércitos sea su temor y su miedo. Deben temer al Señor y cuidar que no lo ofendan ni lo enojen, como indica el contexto, por la falta de confianza, por la debilidad de su corazón, la desesperación y la duda. En tiempos de severa tribulación, el temor del Señor se demuestra confiando incondicionalmente en Dios. Lutero: *In me confidite, me metuite, et servabimini*. Para aquellos que le temen y confían en él, el Señor de los ejércitos será un santuario.

מִקְדָּשׁ aquí significa un refugio. La mayoría de los exegetas han entendido así la palabra. Así lo entendieron los editores rabínicos, puesto que agregaron *athnach* a la palabra, en esta forma distinguiéndola marcadamente de lo anterior.

La segunda mitad del versículo presenta el otro lado. El templo también sirvió a los israelitas como lugar de refugio. Esto se muestra en 1 Rey. 1:20; 2:28. El Señor será tal santuario, tal refugio para su pueblo recto. Encontramos algo similar expresado en 4:5,6.

Vea también Salmo 27:5; 31:20. Delitzsch apropiadamente explica el pensamiento expresado aquí como sigue: “El templo no sólo es un lugar de refugio sino también un lugar de gracia, bendición y paz. Todo el que santifica al Señor, el Señor lo rodea como los muros del templo. Lo esconde dentro de sí mismo, mientras afuera están la tribulación y la muerte. Y lo consuela, lo nutre y lo alegra en esta comunión con él.”

La exhortación y la promesa se expresan aquí en forma muy general y pertenecen a los creyentes de toda época. Pedro en 1 Pedro 3:14 aplica esta palabra a los cristianos que son perseguidos por los gentiles. Sin embargo, el Señor de los ejércitos, a quien los creyentes deben santificar y temer, que quiere ser como un lugar de refugio para los suyos, según el contexto es el Señor, quien en el tiempo propicio aparecerá en la carne, Cristo Emanuel. Se ha dicho algo similar antes acerca de Emanuel — que él sería el guardián y protector de los suyos cuando el mundo hostil los oprimiera. De esta manera San Pedro, donde cita este pasaje, amonesta a los cristianos: “Santificad a Dios el Señor en vuestros corazones”, 1 Pedro 3:15.

Por otro lado, el Señor de los ejércitos hará que Cristo Emanuel sea una piedra de tropiezo, una roca de ofensa, para el Israel incrédulo, endurecido, en general para los incrédulos, que rechazan a Cristo y la salvación en él. Chocan contra él. Los exaspera; los ofende. Se aferran obstinadamente a su enemistad, se endurecen, y así tropiezan y caen y se rompen en esta roca. Y esto mismo fue su destino. 1 Ped. 2:8. Conforme al destino que Dios les aplicó, Cristo será y deberá ser para ellos una roca por la cual tropiezan y caen. Todos los que no aceptan de Cristo la vida recibirán de él la muerte. La segunda imagen dice lo mismo. Para los incrédulos Cristo será una trampa que los enredará y los atrapará, por tanto, una trampa para su destrucción. Simeón se refiere a esta amenaza, Lucas 2:34, y Pablo en Rom. 9:3 la aplica a los judíos endurecidos del tiempo final, y Pedro en 1 Pedro 2:7,8 en general a todos los incrédulos.

v. 16 *Ata el testimonio, sella la instrucción entre mis discípulos.*

Esta oración se ha entendido como algo que Dios le pidió al profeta o como un mandato divino al profeta. Ésta es la interpretación de muchos expositores. En consecuencia, el significado sería: Dios manda al profeta que ate y selle este testimonio acerca del futuro, su instrucción que prepara para el futuro, lo cual quiere decir, mantener en reserva para el futuro, para el tiempo del cumplimiento. Para apoyarla apelan a pasajes tales como Dan. 8:26; 12:4,9. Allí Dios manda al profeta ocultar la revelación que acaba de recibir y mantenerla en reserva para el futuro. Sin embargo בְּלִמְדֵי, “entre mis discípulos” resulta un obstáculo para esta explicación. Según el discurso profético que tenemos ante nosotros le corresponde a Emanuel, especialmente en tiempos de tribulación, proteger y preservar a los creyentes. También le corresponde proteger a los creyentes de la apostasía, la incredulidad, la duda, que sean sostenidos y apoyados en la fe. Por consiguiente, el contexto y la expresión “entre mis discípulos” indica que las palabras del v. 16 se deben entender como un mandato de Dios. En espíritu el profeta escucha una palabra de Dios hablada a Cristo Emanuel, quien debe sellar y preservar el testimonio y la ley de Dios, no esta profecía en particular, sino generalmente la palabra y la promesa de Dios, la cual el pueblo endurecido menosprecia y no entiende, en el corazón de los discípulos del Señor,

en el corazón de los creyentes. De esta manera, los creyentes son sostenidos en la fe cuando Cristo preserva la palabra de Dios en su corazón.

v. 17,18 Esperaré, pues, a Jehová, el cual escondió su rostro de la casa de Jacob. En él confiaré. He aquí que yo y los hijos que me dio Jehová somos por señales y presagios en Israel, de parte de Jehová de los ejércitos, que mora en el monte Sión.

Ésta es la respuesta de Emanuel a ese mandato de Dios. Cristo Emanuel confía en que cumplirá a entera satisfacción del Señor la tarea que se le mandó realizar entre los discípulos creyentes. Dios ha escondido su rostro de la casa de Jacob; ha rechazado al pueblo incrédulo, endurecido. Pero el Señor todavía tiene hijos en Israel. Entre la *massa perdita* todavía tiene a sus elegidos, su santa simiente. Vea 6:13.

Los discípulos creyentes del Señor se llaman hijos. Dios ha dado y adjudicado estos hijos a Cristo Emanuel. En Juan 10:29 Cristo habla de las ovejas que el Padre le ha dado. Dios le ha dado estos hijos elegidos para que los guarde y los proteja y selle en ellos su palabra durante períodos de severa tentación, apostasía, y los juicios iniciales de Dios. Por lo tanto, hay señales y maravillas en Israel sencillamente porque han sido preservados en forma maravillosa. Es un milagro de Dios que en esta generación rebelde todavía exista una iglesia que se aferra firmemente y sigue totalmente fiel a la palabra y a la promesa de Dios. Esto ocurre en su reino de gracia por acción del Señor de los ejércitos, que mora en el monte Sión y gobierna desde allí. Dios ha puesto a los hijos elegidos, que permanecen fieles a su Dios, como maravillas y señales en este mundo que olvida a Dios. Y al sostenerlos y mantenerlos por medio de Cristo, muestra que él es Jehová de los ejércitos; demuestra su poder y omnipotencia divina. Cristo lleva a cabo hasta el final su obra divina en los hijos de Dios. Después de todo, él es Emanuel, Dios en nuestra carne y sangre, y por eso cuida a sus hermanos según la carne y los guía con seguridad a través de este mundo malo, nos fortalece y sostiene en la palabra y en la fe con su brazo poderoso, con su poder divino. Y cuando haya cumplido esta obra, al final, cuando haya llegado a su fin este tiempo de prueba y tentación, se presentará junto con los hijos confiados a él y preservados y salvados por él a su Padre y dirá: “He aquí yo y los hijos que me dio Jehová”. No ha perdido de vista ni a uno solo de ellos, la misma obra que Cristo, el Dios-hombre, desempeña en la santa simiente en Israel, la lleva a cabo en todos los hijos elegidos, y en el día final presentará a toda la multitud de los elegidos en el mundo ante su Padre y devolverá a Dios lo que es suyo, la posesión que él ha preservado para él. Vea Juan 10:27-29.

Los expositores modernos, que sin excepción ponen las palabras del versículo 17 en boca del profeta, afirman que el profeta da testimonio de su confianza personal en Dios. Por hijos entienden los dos hijos del profeta, que mediante sus nombres significativos retratan el futuro. Con su explicación ilustran que entienden muy poco los asuntos divinos, espirituales, y en forma escandalosa hacen caso omiso del testimonio del Nuevo Testamento, Heb. 2:13, que confirma nuestra interpretación.

v. 19 *Si os dicen: “Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando”, responded: “¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos?”.*

Después de mirar el futuro e inclusive el futuro lejano, el profeta vuelve una vez más al presente. En su tiempo, como hemos leído en los capítulos 2:6; 3:2, la tierra de Judá estaba llena de idolatría y brujería de toda clase. Así que los afligidos habitantes de Judá acudieron, como lo hizo Saúl una vez en su rebelión, a hechiceros y pidieron información acerca del futuro desalentador. כּוּזַב es un espíritu adivinador y luego uno que posee el espíritu adivinador, especialmente los que consultan a los muertos, יִדְעֹנִי, espiritista. Entre los adivinos y los que consultaban a los muertos también había ventrílocuos, que imitaban los chillidos y el farfullero atribuidos a los espíritus en el Hades. Los no creyentes, que corrían tras los adivinos, sin embargo, pidieron que aún los alumnos fieles de los profetas los acompañaran. A tales impostores los creyentes deberían responder: ¿No debe un pueblo consultar a su Dios? ¿No debe el pueblo de Dios acudir a su Dios, al Dios viviente, y cuando está bajo fuerte presión pedirle consejo y auxilio? No es natural que un pueblo, que se llama el pueblo de Dios, acuda a impostores paganos. En la segunda pregunta הָ debe suplirse de la anterior forma הֵלֹא. ¿Deben los vivos pedir consejo a los muertos? הַמֵּתִים son los muertos, a cuyos espíritus supuestamente citan los adivinos. Que error cometen los vivos cuando consultan a los muertos. Sin embargo, la incredulidad siempre se relaciona con la crasa superstición. Y los creyentes siempre deben cuidarse de que la hechicería que los rodea por todos lados no los atrape.

v. 20 *¡A la ley y al testimonio! Si no dicen conforme a esto, es porque no les ha amanecido.*

“Ley y testimonio” tiene el mismo sentido que en el versículo 16. Es la palabra profética, la palabra de Dios, y para ser preciso, la palabra de promesa, cuyo contenido principal es Cristo Emanuel. “¡A la ley y al testimonio!”. Es un llamamiento para aplicarse a la palabra y a la promesa de Dios. “¡A la ley y al testimonio!” Aquí es como si fuera un faro. Es la confesión de los creyentes de toda época. Creen y confían en lo que Dios dice y promete en su palabra. No escuchan ninguna otra voz, no importa de dónde venga, no importa lo que diga. Sólo en la palabra, sólo en el evangelio hay salvación. Los que se apartan de la palabra no tienen esperanza. Eso es lo que afirma la segunda mitad del versículo. Si no hablan así, si no están en armonía con este clamor, si no quieren saber nada de esta palabra, realmente no les ha amanecido, no han visto la luz.

También se puede entender la primera cláusula como diciendo: así son tales que no tienen luz. Sin embargo, es más sencillo tomar la palabra אָשֶׁר como equivalente de כִּי, en un sentido afirmativo. Se encuentra en este sentido en 1 Samuel 15:20. En la cláusula final tenemos לוֹ en el singular en vez del plural. Nos son sólo unas cuantas personas que hablan así, sino el pueblo en general se ha apartado de la ley y del testimonio. Y puesto que el pueblo rechaza la palabra de Dios, seguramente no habrá amanecer para seguir

después de la noche de la tribulación. Todo aquel que desprecia la palabra se condena a sí mismo. No tiene esperanza en el tiempo ni en la eternidad.

v. 21,22 *Pasarán por la tierra fatigados y hambrientos, y acontecerá que, a causa del hambre, se enojarán y maldecirán a su rey y a su Dios, levantando el rostro con altivez. Y mirarán a la tierra, y he aquí tribulación y tinieblas, oscuridad y angustia; y quedarán sumidos en las tinieblas.*

Aquí obviamente se describe la noche de sufrimiento sin que amanezca, o la situación disciplinaria en que ha caído el pueblo idólatra, incrédulo, endurecido. Andan por allí, הָבֵּ, caminan por la tierra, oprimidos y hambrientos, expuestos a la más severa miseria. Y no serán convertidos por el juicio de Dios. Están completamente endurecidos y son incapaces de arrepentirse. En lugar de humillarse bajo la poderosa mano de Dios, se enojan. Se enfurecen, maldicen y blasfeman.

Delitzsch y otros entienden que las palabras וְבִאֲלֵהֶיּוּ וְבַמְלֶכֶוּ וְקִלְקִלְוּ significan que el pueblo maldice invocando a su ídolo, que es su dios y rey, maldice su noche de desgracia con el nombre de su ídolo. Sin embargo la expresión “su Dios” seguramente tiene el mismo significado que en el versículo 19. En lugar de volver a su Dios para rogar su gracia y ayuda, blasfema contra Dios. El contexto exige que interpretemos כִּי aquí en un sentido hostil.

El pueblo maldice a su rey y su Dios. Su Dios, en quien fue prometido gracia, bienestar, ayuda, es Cristo Emanuel. Cristo, el hijo de David, es el rey de Israel y, al mismo tiempo, el Dios de Israel. El pueblo lo maldice como la fuente de toda su desgracia. Pero toda su furia, maldición y blasfemia no les ayuda en nada. La tribulación y la oscuridad siguen siendo su destino y su herencia.

El sentido de las palabras exige que conectemos las dos últimas palabras del versículo 21, contrario a la división de los versículos y la acentuación de los masoretas. Si el pueblo, tan duramente afligido, mira hacia arriba o si el cielo se despeja o mira a la tierra, se ve por todas partes tribulación y oscuridad, temible desorden. Sí, está sumido en las tinieblas. Enseguida de las palabras que se deben tomar literalmente, “tribulación”, “angustia”, hay expresiones figuradas. Las tinieblas representan la aflicción y la angustia. Las tres expresiones הַשְׁכָּחָה מְעוֹף וְאֶפְלָה describen una oscuridad que es muy intensa y pesada. Es tan extrema que no llegará el amanecer.

Aquí recordamos una descripción similar de juicio en el 5:30, donde dice: “Entonces mirará hacia la tierra, y he aquí tinieblas de tribulación, y en sus cielos se oscurecerá la luz.” Allí se profetizaba que el juicio de Dios, cuando todavía era visible algo de luz, de bienestar o de ayuda, finalmente termina en el juicio final, que es puras tinieblas, oscuridad sin luz. Y este juicio final en 8:21,22 se describe con las mismas palabras. El pueblo endurecido no puede esperar nada sino oscuridad, noche, tinieblas donde nunca aparecerá el amanecer.

Aun aquí los expositores modernos no pueden alejar su pensamiento de la opresión asiria. Sin embargo, no se requiere mucho entendimiento para reconocer que estos versículos, 8:21,22, no presentan una invasión hostil temporal, sino el juicio final y el destino final de la nación endurecida. El que tiene ojos para ver ve representada aquí la misma imagen de los judíos que vemos hoy. Es una nación que viaja incansablemente por la tierra como transeúntes. Es un pueblo lleno de enemistad satánica contra su Dios y rey, Jesús de Nazaret, y que lo maldice y blasfema en toda oportunidad. Es una nación que hace tiempo recibió el golpe de la ira y la maldición final, que ya ha quedado sumida en esa noche horrible y temible, después de la cual no le sigue ninguna mañana. Por tanto, lo que amenazó a Judá aquí y ya se ha cumplido en Judá es tribulación y angustia, noche sin una mañana, una noche eterna, las tinieblas de afuera que son el destino y la herencia segura de todos los que, como Judá, menosprecian la ley y el testimonio y rechazan a Cristo, sí, que lo blasfeman y maldicen, tal vez inclusive lo desprecian y desdeñan su palabra mediante una exégesis impía.

9:1 [8:23] *Mas no habrá siempre oscuridad para la que está ahora en angustia, tal como la aflicción que le vino en el tiempo en que livianamente tocaron la primera vez a la tierra de Zabulón y a la tierra de Neftalí; pues al fin llenará de gloria el camino del mar, de aquel lado del Jordán, en Galilea de los gentiles.*

Después de la terrible amenaza descrita en 8:19-22, sigue una gloriosa promesa. En la primera cláusula ya existe una palabra de promesa: “no hay oscuridad para aquel que tiene aflicción”. מוֹצֵק וּמוֹטֵף son sustantivos formados del hofal de los verbos עוֹף וְצוֹק, esencialmente: aquello que es oscurecido y oprimido, luego abstractamente “oscuridad”, “aflicción”. El sufijo femenino en אֶרֶץ לְהַֿ modifica el concepto “tierra”, אֶרֶץ. Por tanto, la oscuridad no será el destino de la tierra que sufre aflicción. ¿Qué significa esto?

Algunos comentaristas distinguen entre la aflicción y la oscuridad, como Ewald, por ejemplo, que parafrasea estas palabras de la siguiente forma: “La tierra bien puede ser oprimida pero no para siempre oscurecida”. Sin embargo, “oscuridad” y “aflicción” son, como también lo demuestra el versículo 22, sinónimos. Un término es literal, el otro figurado para la misma cosa. Por lo tanto, el significado sólo puede ser que la tierra, cuyo destino primero fue la aflicción, más tarde no experimentará oscuridad, que la aflicción o la oscuridad se apartarán de la tierra. Delitzsch traduce correctamente: “No permanecerá oscuro donde ahora hay aflicción”.

Sin embargo, ¿a qué tierra se refiere cuando dice que primero es afligida y después será libertada de la opresión y la aflicción?

Muchos comentaristas tienen la opinión de que aquí debemos pensar, como en el v. 21 (בְּהַֿ), en la tierra de Israel. Entonces el profeta querría decir que la aflicción y la opresión que penden sobre la tierra de Israel, la aflicción que padece la tierra de Judá y la oscuridad en que se encuentra, finalmente terminarán. Knobel dice así: “Cuando suceda esta purificación y este alivio, después de este castigo (v. 21,22), seguirán tiempos

buenos”. Sin embargo, esto es lo opuesto de lo que el profeta está resaltando en los v. 21,22. En esos versículos el profeta ha descrito no un castigo mitigador, purificador que repentinamente resulta en un indulto y en una situación feliz. Más bien, como hemos visto, está describiendo las tinieblas de afuera, el juicio final de Dios, detrás de las cuales no se divisa nunca el amanecer. ¿Y qué más significaría el כִּי del v. 1? ¿Qué Judá está sumida en las tinieblas, para luego ser liberada de la aflicción y la oscuridad? Ésa sería una lógica extraña. El v. 1b obviamente explica el v. 1a y no permite dudar lo que quería decir el profeta.

Sigue: “tal como la aflicción que le vino en el tiempo en que livianamente tocaron la primera vez a la tierra de Zabulón y la tierra de Neftalí”. Ahora podríamos, con la mayoría de los comentaristas, pasando por alto el atnach en הַכְּבִיד, seguir traduciendo: “y en una fecha posterior traerá honor por el camino del mar, más allá del Jordán, el área habitada por los gentiles”. Sin embargo, la acentuación masorética no está tan fuera de lugar como parece. Las dos palabras הַכְּבִיד וְהָאֶרֶץ resaltan enfáticamente la antítesis: “y en un tiempo posterior trae honor — es decir, a la misma tierra que inicialmente había avergonzado, a la tierra de Zabulón y Neftalí. Y ahora en la tercera parte del versículo siguen más nombres para esa tierra que primero experimenta la vergüenza, luego el honor, es decir, “el camino del mar, más allá del Jordán, en Galilea de los gentiles”. En todo caso, sin importar cómo se interpreta, los cinco nombres sirven para definir e identificar con exactitud la tierra que primero sufrió vergüenza y después fue elegida para recibir honor.

La tierra de Zabulón es lo que más tarde se conoce como la Galilea alta, la tierra de Neftalí es la posterior Galilea baja. El camino del mar es el área habitada, por el mar de Galilea o el mar de Genesaret, por tanto, una porción de la tierra de Zabulón y Neftalí. Desde la costa occidental la tierra se extendía hacia el este, particularmente la tierra al otro lado del Jordán, por consiguiente, Jordania oriental.

“El distrito de las naciones” es la frontera norte de Palestina, una parte que después se llamaba Galilea o la tierra de Cabal (vea 1 Rey. 9:11-13), donde vivían muchos paganos, de lo cual se deriva su nombre. Por esta porción, גְּלִיל הַגּוֹיִם, toda la región más tarde recibió el nombre de “Galilea”. Ésta, que se llama Galilea para distinguirla de Judea y Samaria, es la tierra definida por estos cinco nombres que el profeta usa. Es significativo que גְּלִיל הַגּוֹיִם está al final. Aquí el profeta habla de aquella área de la tierra santa en la que desde la antigüedad muchos paganos se habían mezclado con la población judía, de modo que fue una tierra que casi se podía considerar pagana.

Por tanto, se predica un destino doble para esta tierra. Se hace una distinción entre el primer período y el final. הָאֶרֶץ no sólo es el período posterior en general, el futuro, sino tiene significado especial en contraste con הָרִאשׁוֹן. Vea Is. 44:6, en donde Jehová se llama “el primero y el último”. Es la época final a la que generalmente apunta la profecía, idéntica con אַחֲרֵית הַיָּמִים, Is. 2:2, por tanto, el tiempo mesiánico. Durante el primer

período, Dios trajo la vergüenza a esa tierra. הַקָּל = hifil de קָלַל, ser despreciado, así traer la vergüenza y la deshonra.

El sujeto no identificado obviamente es Dios. El profeta indica el severo castigo que sufrieron las áreas designadas cuando recibió esta revelación. Tiglat Pileser había invadido a Siria e Israel a petición del rey Acáz que le solicitó ayuda, había despoblado Jordania oriental y los países a los dos lados del mar de Galilea, y había llevado a muchos israelitas al cautiverio en Asiria. Este acontecimiento, que se nos informa en 2 Reyes 15:29, corresponde correctamente al año 740. Fue el comienzo del cautiverio en Asiria. Fue el inicio del juicio con el que se amenazó al Israel rebelde e impenitente, el comienzo de la dispersión entre los paganos. Pero después del primer período, después del tiempo de aflicción, ahora sigue otro período, el tiempo de la salvación, de hecho, el período final, el tiempo de la salvación mesiánica. Entonces Dios separa a esa tierra afligida, la tierra de Zabulón y Neftalí, para recibir favores especiales. הַאֲרָרֶנּוּ es una designación adverbial del tiempo. El amanecer de la salvación sucedería en el mismo lugar donde comenzó el juicio. הַכְּבִיד y los siguientes perfectos describen los acontecimientos o las obras de Dios durante el período final. Son perfectos proféticos.

En este punto lo que dice el v. 1a ya está totalmente claro. El profeta ya ve el contraste entre el período inicial y el final, y con la palabra לָּ ya tiene en mente la tierra de Zabulón y Neftalí, el camino del mar, la tierra más allá del Jordán, el distrito de los gentiles. Esta tierra ahora, durante el período inicial, está muy oprimida. La potencia mundial la ha aplastado. Pero no siempre quedará bajo la opresión o en las tinieblas. En el período final, la aflicción y la oscuridad desaparecerán.

En el versículo 1 el profeta habla a los ciudadanos de Judá y Jerusalén acerca de la tierra de Zabulón y Neftalí, etc., acerca de la tierra y el pueblo de Galilea, y pone en contraste a Galilea con Judá. Esa tierra del norte, el distrito de los paganos, los judíos la consideraban con desdén. Ya en ese tiempo Judá veía el reino de Samaria, el reino de las 10 tribus, como inferior en su totalidad, especialmente las porciones externas de ese reino, en donde se había eliminado la frontera entre Israel y los paganos. Y ahora un terrible juicio de Dios había alcanzado a esa tierra de Galilea, mientras que Judá había escapado. En consecuencia, ahora fue posible que el Judá orgulloso mirara con desdén a los galileos como rechazados por Dios y jactarse de ser el verdadero pueblo de Dios, como si no le faltara nada. Pero Judá debe estar consciente de lo que Dios haría en la época final. Judá, que en ese tiempo estaba tan segura de sí misma, porque menospreció la palabra y el testimonio profético, quedará sumida en las tinieblas de fuera. Será tragada por una oscuridad tan intensa que ninguna luz del día jamás la alcanzará. 8:19,22. Por otro lado, Galilea, tan despreciada y tan desmoralizada, en ese día otra vez alcanzará una posición de honor. Ahora es de noche allí, pero después de esa noche el amanecer de la salvación iluminará las cosas. 9:1. De este modo, en el v. 9:1 se describe el destino futuro de Galilea en contraste con el destino final de Judá descrito en 8:20-22.

¿Pero no se debe tener una partícula adversativa al comienzo del v. 1 [8:23] en vez de כִּי? Según nuestra manera de pensar occidental deberíamos seguir después de esa amenaza

contra Judá con: “No obstante, esa otra tierra, la tierra de Zabulón, etc., que ahora sufre la opresión de los gentiles, en el futuro no tendrá oscuridad”, etc., y con eso llegar al significado del profeta. El hebreo con frecuencia da un contraste con אֵל, especialmente después de una expresión negativa. Veá Gén. 45:8: “Así, pues, no me enviasteis acá vosotros, sino Dios”, etc., אֵל, realmente: sino más bien Dios lo ha hecho. De esa manera es en nuestro pasaje: No Judá, que ahora triunfa, tendrá el amanecer. Más bien, la despreciada Galilea, que ahora está postrada, entonces llegará a tener gloria.

9:2 [1] *El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; a los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos.*

Aquí se explica con más detalle cómo la Galilea menospreciada y oprimida llega a tener gloria en el tiempo final. El pueblo de esa tierra que ahora vive y anda en tinieblas, que ha sido juzgado, entonces ve una gran luz. Una luz brillante comienza a resplandecer sobre él. La oscuridad es la desgracia, la tribulación. La luz es el bienestar. Y la luz que comienza a resplandecer en la época final es la salvación mesiánica.

La profecía en 9:1,2 literalmente se ha cumplido, así como el evangelista Mateo lo establece en el 4:12,17. Cuando llegó el tiempo en que Cristo debía revelarse a Israel, llegó a Galilea y se estableció en Capernaúm, por el mar de Galilea, en el distrito de Zabulón y Neftalí. Allí, en la región alrededor de Capernaúm, en la franja costera poblada del mar Genesaret, comenzó a predicar acerca del reino del cielo y confirmó esta predicación con grandes señales y maravillas. Luego predicó el evangelio también en las otras ciudades y áreas de Galilea y con misericordia también visitó la tierra más allá del mar, más allá del Jordán. No en Judá-Jerusalén, sino en la menospreciada Galilea de los gentiles, Jesús inicialmente manifestó su gloria.

v. 3 [2] *Multiplicaste la gente y aumentaste la alegría. Se alegrarán delante de ti como se alegran en la siega, como se gozan al repartirse un botín.*

La promesa aquí se convierte en una palabra dirigida a Dios en forma de una acción de gracias. El profeta glorifica a Dios por lo que hace por el pueblo en esta época final. En forma maravillosa ha aumentado el pueblo, el mismo pueblo que primero andaba en las tinieblas y luego ve una gran luz. El profeta intencionalmente escoge la expresión אֵל, porque al usar el nombre אֵל הַגּוֹיִם, hace alusión al distrito habitado por los paganos.

En espíritu el profeta ve cómo la gran luz que resplandece sobre la Galilea pagana envía sus rayos cada vez más lejos e ilumina toda la tierra de los paganos, que está cubierta de tinieblas, Isaías 60:2, los países paganos cercanos y lejanos. Cómo Dios primero reúne para sí un pueblo en Galilea, su pueblo, y este pueblo luego aumenta con los paganos. Sobre Galilea resplandeció el día del Nuevo Testamento. La iglesia del Nuevo Testamento se inició allí. Y este comienzo del reino de Dios en el distrito de los paganos indicó que precisamente en las tierras paganas el reino de Dios debía seguir su curso. Asimismo, en el 26:15 Isaías habla del aumento maravilloso de la nación y de una expansión que gana a gente de todas partes del mundo. El cumplimiento corresponde con

precisión a la profecía. El círculo galileo de discípulos fue el inicio de la iglesia del Nuevo Testamento. Estos discípulos luego salieron al mundo entero y predicaron a todas las naciones el evangelio de Cristo, la luz y la salvación del mundo, y con esta predicación en el transcurso del tiempo se ha reunido un gran pueblo de entre los paganos.

Sigue diciendo: לֹא הִגְדִּילָתָּ הַשְּׂמֵחָהּ. El qere aquí, como en muchos otros pasajes, toma לֹא en el sentido de לִּי. Así la mayoría de los exegetas modernos traducen: “para él has aumentado el gozo”. Sin embargo, la posición inusual y énfasis en “a él” no tiene ningún propósito aquí. La conjetura del qere es supérflua. El ketib da un sentido que es totalmente apropiado cuando tomamos la oración como una cláusula relativa: “Has multiplicado la nación a la cual no magnificaste el gozo”. Y esto en un litotes que significa tanto como “que has rodeado de gran dolor”. La antítesis entre el período inicial y final está en el contexto. Primero Dios preparó gran dolor para el pueblo de Galilea. Sin embargo, en el período final, magnifica a este pueblo en una forma asombrosa y vuelve el sufrimiento en gozo.

Y ahora el gozo del Nuevo Testamento se describe con mayor detalle. “Se alegran delante de ti”, etcétera. Los sujetos de la afirmación son aquellos de quienes ya ha hablado el profeta, los habitantes de Galilea. Son aquellos de los cuales muchos han sido iluminados por la gran luz. Y luego son el pueblo que ha aumentado en número con los convertidos de entre los paganos. Hablando en forma general, son el pueblo de Dios del Nuevo Testamento, al cual pertenecen los remanentes de Judá y Jerusalén. Isaías 6:13. Se regocijan en la presencia de Dios, ante el Dios de su salvación. Se gozan en la salvación, la salvación en Cristo, porque Dios ha permitido que la luz resplandezca sobre ellos. La salvación del Nuevo Testamento se compara con una gran siega, con un gran despojo. Y los hombres se regocijan y se alegran en ese tiempo así como se gozan con la cosecha, así como se regocijan cuando reparten los despojos.

v. 4 [3] *Porque tú quebraste su pesado yugo, la vara de su hombro y el cetro de su opresor, como en el día de Madián.*

Antes hemos traducido los perfectos, que describen las obras de Dios en el período final, con tiempos presentes. Dios trae honor al pueblo de Galilea; este pueblo ve una gran luz. Es básicamente el mismo concepto. Los siguientes verbos indican lo que sigue después del comienzo de la salvación: multiplicas a la gente; gozan delante de ti, etcétera. El perfecto en el versículo cuatro: הִחַתְתָּ, lo traducimos con el perfecto: has quebrantado. Porque esta obra futura de Dios antecede el gozo descrito en el versículo 3b y estipula la base (בְּ) de ese gozo, muestra cómo llega el gozo a los que dividen los despojos. Y repartir los despojos presupone la batalla y la victoria. Y en el versículo 4 leemos sobre una batalla victoriosa que Dios mismo pelea. El verbo “quebraste” tiene un complemento triple. El primero es “su pesado yugo”. סִבְלוֹ es un genitivo de aposición, el yugo que la gente llevaba como una carga pesada. סִבְלוֹ es una forma elevada de סָבְלוּ, de סָבַל. El qamets katuf es un eco de la “u”. El segundo complemento es: “la vara de su hombro”. Es

la vara que pegaba al hombro, el cuello de la gente. El tercero, “el cetro de su opresor”. Esto realmente es el cetro de aquel que oprimía o esclavizaba a la gente.

¿Cómo se debe entender esta afirmación? ¿Se habla aquí de una batalla que se pelea con la espada y que Dios ayuda al ejército de Israel a obtener la victoria? El agregado “como en el día de Madián” ya es un argumento en contra de esto. De esta forma el profeta recuerda la gloriosa victoria de Gedeón, que libró a Israel de la opresión de los madianitas. Pero fue una batalla y una victoria sin el uso de la espada, sin la intervención del hombre. Los 300 hombres que Gedeón guiaba quebraron los cántaros vacíos que tenían en sus manos, tomaron antorchas en su mano izquierda, trompetas en la mano derecha, tocaron las trompetas, dieron un grito de guerra, y el ejército enemigo se levantó de un salto preso del pánico y se dispersó en una huida descontrolada. Veá jueces 7:15ss. Así Dios en ese tiempo, en una forma extraordinaria, sin ayuda del hombre, ayudó y libró a su pueblo. La situación en el período final será similar. Entonces Dios otra vez, sin espada y poder, sin que los seres humanos contribuyan en nada, en forma milagrosa, quebrantará el dominio opresivo del enemigo y liberará a su pueblo de la mano de su enemigo.

¿Pero cómo debemos entender lo que se dice aquí acerca del dominio opresivo y la liberación del mismo? ¿Realmente quiere decir el profeta que Dios en el período final otra vez, aunque en una forma extraordinaria, simplemente liberará a su pueblo de la opresión y del yugo de la potencia mundial que el pueblo de Galilea ya sufría, y en los cuales después toda la nación caería víctima?

Debemos distinguir entre el asunto y las expresiones que se usan. El hecho de que el discurso del profeta es figurado se demuestra en el versículo siguiente. En este contexto el profeta describe en términos generales la salvación del Nuevo Testamento. La luz en el versículo 2 es la salvación en el pleno sentido y alcance de la palabra, la salvación mesiánica que había visto Israel ya desde el mismo inicio. La expresión en el versículo 4 señala la subyugación, el cautiverio, y la liberación del cautiverio. Recuerda la servidumbre del pueblo en Egipto y la liberación de la esclavitud egipcia. Veá Éxo. 3:9,10; 6:5,6). Pero la aflicción que sufrieron de parte de los enemigos, el cautiverio en un país extraño, la dispersión entre los paganos según las Escrituras nunca se considera como un asunto de mala suerte, sino como un castigo por el pecado, como una manifestación de la ira divina.

La ley de Moisés ya había amenazado al Israel rebelde con que Dios lo esparciría entre las naciones, lo entregaría en manos de sus enemigos. Lev. 26:33ss; Deu. 32:19ss. En los discursos proféticos de Isaías hasta aquí la devastación de la tierra y el exilio se presentaron muchas veces como un castigo de Dios, como resultado y fruto del pecado. Por lo tanto, la promesa en 9:4, así como otras, básicamente tiene la intención de decir esto — que Dios liberará a su pueblo de todos los peligros que experimenta debido al pecado, el castigo, la ira y el juicio. Aquí se profetiza la redención del Nuevo Testamento, y se ilustra con expresiones e imágenes tomadas de las acciones divinas de liberación en el Antiguo Testamento.

Como ejemplo podemos recordar dos paralelos. En Isaías 40:1 y sig. el profeta describe la redención del Nuevo Testamento con palabras y expresiones similares, proclama cómo la liberación del cautiverio en Babilonia anuncia que el tiempo de la esclavitud de Jerusalén se ha cumplido, ha terminado. Sin embargo, el meollo del asunto es que “su pecado es perdonado”. En Lucas 1:71,74 el sacerdote Zacarías alaba el amanecer de la salvación que consiste en “perdón de pecados” (v. 77), diciendo que Dios nos ha “salvado”, “liberado de nuestros enemigos”, “de la mano de todos los que nos odiaron”. Sin embargo, en nuestro pasaje también se tiene que quedar con el pensamiento general de que Dios liberará a su pueblo en el período final de la ira, el juicio, el castigo por el pecado y con esto, por supuesto, del pecado mismo. La interpretación especial de las expresiones individuales, como se encuentra en los exegetas más antiguos, como que se refiere al yugo de la ley, al poder de Satanás, es arbitraria.

El pueblo al que el profeta se refiere aquí, que según el versículo 3 goza de los tesoros de la salvación, según el versículo 7 las bendiciones del reino de paz de Cristo, se llama el pueblo de Dios del Nuevo Testamento. La redención de hecho es universal, sin embargo, son los creyentes los que comparten el fruto y el efecto de ella. Así se lee en 1:27 que Jerusalén, y se refiere a los convertidos, debía ser rescatada con justicia y rectitud. Así dice en Hechos 20:28 que Dios ganó la iglesia con su propia sangre.

v. 5 [v. 4] *Porque todo calzado que lleva el guerrero en el tumulto de la batalla y todo manto revolcado en sangre, serán quemados, serán pasto del fuego.*

Los dialectos nos aseguran el significado “armadura” tanto como el significado “calzado” por רִיָּסָוּ. El significado primero y usual de la palabra es más adecuado aquí. Cada pieza de la armadura que el guerrero pone en medio del ruido y el alboroto mientras se prepara para una batalla, cada parte de la vestimenta militar que en la batalla después se contamina con sangre, generalmente cada pieza de material bélica se convertirá en una masa que se destruye quemándola. Éste obviamente es lenguaje figurado. El significado es: para siempre ha llegado a su fin el conflicto, la opresión, la tiranía, es decir, el castigo, la ira, el juicio. La redención del Nuevo Testamento es una redención final, perfecta. El כִּי al comienzo de la oración, así como el כִּי en el v. 6, se interpreta mejor como en paralelo con el primer כִּי en el v. 4. Todo lo que se afirma aquí acerca de la redención futura y acerca de la persona del Redentor es la razón y la ocasión del gozo descrito en el versículo 3.

v. 6 [v. 5] *Porque un niño nos ha nacido, hijo nos ha sido dado, y el principado sobre su hombro. Se llamará su nombre “Admirable consejero”, “Dios fuerte”, “Padre eterno”, “Príncipe de paz”.*

Ahora se destaca la persona mediante la cual Dios provee salvación para su pueblo en la época final, una persona que es él mismo luz y salvación de la humanidad. El niño que es nacido para nosotros, el hijo que se nos da obviamente es el mismo hijo que la virgen debía concebir y dar a luz, 7:14, Cristo Emanuel. Aparece aquí como un regalo de Dios a la humanidad. Este niño, este hijo, nace para todos los hombres. Quiere salvar a toda

carne. Sin embargo, es evidente que sólo los creyentes aprecian a Cristo y saben lo que poseen en él. Se regocijan en este don divino y dicen: nos es nacido, nos es dado. Ya la segunda mitad de la oración muestra cuán grande es este don. El gobierno descansa sobre su hombro, el gobierno puro y simple, no sólo el gobierno que el hijo de David debía poseer en el reino de Dios en la tierra, en Sión, sino también el gobierno en el sentido más amplio y absoluto de la palabra, el gobierno que pertenece a Dios mismo. A Cristo se le da todo poder en el cielo y en la tierra, Mt. 11:27; 28:18; Jn 5:22. Al niño que es nacido inmediatamente se le atribuye el gobierno. Este hombre que nace de la virgen, el hijo de David, desde su mismo nacimiento posee el poder y la majestad divina. La cristología luterana tiene un fundamento bueno y sólido en la Escritura. Cuando dice que el gobierno está sobre su hombro, se piensa del gobierno como una carga. Gobernar y proteger, sostener, dirigir y controlar todas las cosas en el cielo y en la tierra realmente es una tarea inmensa y difícil. Pero este niño, este hijo, es capaz de hacerlo. Su hombro es lo suficientemente fuerte para soportar esta carga. Después de todo, él es Emanuel, Dios con nosotros, el Dios hombre.

En la segunda mitad del versículo la profecía acerca de Cristo llega a su punto culminante. Estas palabras sencillas y claras han tenido que soportar mucho a manos de los expositores. Los comentaristas incrédulos no están dispuestos a someterse a este testimonio poderoso de la deidad de Cristo. Lo atacan. Pero su destreza exegética también se rompe en esta palabra profética sólida. Algunos rabinos muy notables, tales como Kimchi y Raschi, declaran conforme al Targum que les antecede: el Dios que se llama y es maravilloso, consejero, y Dios fuerte, padre eterno, lo llama el príncipe de paz. Así toman los primeros cuatro nombres como títulos por Dios, y ellos entonces designan a Dios como el sujeto de *וַיִּקְרָא שְׁמוֹ*, “y se llamará su nombre”, y sólo el quinto nombre lo toman como un nombre del hijo.

La construcción presenta problemas. Y puesto que la discusión trata del nombre del niño, es razonable que entendamos los cinco nombres como nombres del niño que nos es nacido. Luzzatto también reconoce esto. Sin embargo, él sustituye por aquella absurda interpretación rabínica un absurdo aun mayor cuando traduce: “Admirablemente resuelve el Dios poderoso, el Padre eterno, el príncipe de paz”. ¡Y esto se supone debe ser el nombre del niño! No, lo que se introduce con las palabras *וַיִּקְרָא שְׁמוֹ*, “y se llamará su nombre”, son nombres que están en armonía con el niño que nos es nacido, el hijo que nos es dado. Esto está tan claro como la luz. Y sus nombres designan la esencia y la naturaleza de este niño, significan lo que poseemos en el hijo que nos es dado.

El primer nombre es *פֶּלֶא*, maravilla. Así como el ángel del Señor en Jueces 13:18 dice en respuesta a Manoa cuando éste le pregunta su nombre, que su nombre es "maravilloso", así el Mesías aquí sencillamente se llama “maravilla”. “No es sólo esto o aquello que es maravilloso acerca de él; él mismo es totalmente una maravilla”, “*παράδοξασμός*” como lo traduce Símaco. Es totalmente imposible que la razón humana entienda su persona. Este niño que nace de la virgen es un hombre así como nosotros, de nuestra carne y sangre. Y sin embargo, así como Dios, el niño tiene todas las cosas en su mano y poder.

Con esto surge la pregunta: ¿qué clase de ser es éste? ¿Es un hombre o es Dios? Bueno, es las dos cosas en uno. ¡Cristo es verdadero hombre y verdadero Dios en la misma persona, Dios en nuestra carne y sangre, Emanuel! Éste es el admirable, el milagro de todos los milagros. Pero este mismo Dios hombre es el verdadero Auxiliador y Salvador.

Se llama y es יוֹעֵץ, consejero. El que participa de nuestra carne y sangre conoce todo lo que nos concierne, conoce todas nuestras necesidades. Sabe qué hacer en la necesidad y angustia más profunda. Y no sólo sabe qué hacer, sino también planea las maneras y los medios, es capaz de ayudar y liberar. Porque él es Dios, el Dios fuerte.

Al primer nombre se le agrega un tercero: אֱלֹהֵי גְבוּרָה, Dios fuerte. La traducción de este nombre, como comenta Gesenius, “casi marca la distinción del traductor cristiano o no cristiano”. La Septuaginta traduce: “ἰσχυρός”, “ἑξουσιαστής”; Aquila y Símaco: “ἰσχυρὸς δύνάτος”; Teodoro: “ἰσχυρὸς δυνάστης”. También Lutero, quien como ningún otro teólogo hablaba y ensalzaba al Mesías de la profecía como el Dios de Israel, el Señor Jehová, ha traducido al alemán: “Kraft”, Held”. En sus anotaciones sobre Isaías traduce las palabras con “virtus”, “gigas”. Sin embargo, en 1542 adoptó la traducción de la Vulgata: Deus fortis. Deus fortis, “starker Gott”, Dios fuerte: ésta es la única interpretación correcta de este nombre.

אֱלֹהֵי en el Antiguo Testamento es el nombre acostumbrado de Dios y sólo en Isaías se encuentra con ese significado. Generalmente אֱלֹהֵי se encuentra en conexión con adjetivos, en conexiones tales como אֱלֹהֵי חַיִּים, “el Dios viviente”, אֱלֹהֵי עֶלְיוֹן, “el Dios altísimo”, אֱלֹהֵי שָׁדַי, “el Dios todopoderoso”. Y así ahora אֱלֹהֵי גְבוּרָה, “el Dios fuerte”. Encontramos este título para Dios en otros pasajes, tales como Dt 10:17; Jer. 32:18; Neh. 9:32; Is. 10:21.

La mayoría de los exegetas modernos también han reconocido este uso lingüístico y en su mayoría traducen correctamente: “Dios fuerte”. Sin embargo, puesto que en la explicación de este nombre no le dan la gloria a Cristo como el Dios verdadero y viviente, debilitan el sentido literal y estropean el texto.

Knobel comenta: “Así” (es decir, “Dios fuerte”) “se llama porque en la batalla con las naciones se manifestará como un guerrero valiente equipado con poder casi divino”. Entonces este nombre es solamente un título de adorno, un título sin realidad. Delitzsch no es mucho mejor: “el Mesías es la presencia personificada de este Dios poderoso, porque está con nosotros, está en él, él está en él con Israel”. Esto significa poner una “x” por una “u”. Según la explicación de Delitzsch, el Dios fuerte es otra persona que no es el Mesías. El Dios fuerte sólo se incorpora, mora en y trabaja en el Mesías como su instrumento. Sin embargo, según el texto, el Mesías mismo es el Dios fuerte en su persona. Bredenkamp vuela alto al referirse al pensamiento mesiánico, pero inmediatamente se desvía del testimonio de Dios acerca de su Hijo. Escribe: “Está bastante claro que con este nombre Isaías lo eleva a un nivel mucho más allá del alcance de lo que es humano, sin que con eso lo identifique plenamente con Jehová”. Esta última descripción otra vez atenta contra la palabra clara de la Escritura. Al niño se le atribuye

aquí un título que en otras partes sólo se atribuye a Jehová, el Dios verdadero. Y con este nombre al niño se le pone en el mismo plano que a Jehová, el único Dios verdadero. Con su explicación Bredenkamp profesa dos dioses: el Señor Jehová que es Dios en el sentido pleno de la palabra y luego un Dios menos fuerte, que es Cristo.

Nosotros los cristianos confesamos el único Dios verdadero y viviente. Confesamos que el Padre es el único Dios verdadero y viviente. Asimismo, confesamos acerca de Cristo que él es el único Dios verdadero y viviente, o lo que equivale a decir lo mismo, el Dios fuerte. El Dios fuerte es el mismo que en otras partes se llama el Dios viviente, el Dios altísimo, el Dios todopoderoso o el único Dios. Sencillamente nos quedamos con la palabra misma y con el significado de la palabra. Así como se atribuye el gobierno sobre todas las cosas a este niño que nos es nacido, aquí directamente se le llama el Dios fuerte. El hijo que nos es dado es Dios en el sentido completo, verdadero y pleno de la palabra, en el único significado de la palabra: Dios sobre todo, Dios bendito en la eternidad. Rom. 9:5. Y puesto que es el Dios fuerte, todopoderoso, por eso también pelea la batalla hasta alcanzar la victoria, por esa razón libera a su pueblo de la mano de sus enemigos, por esa razón libera a su pueblo del castigo, la ira y el juicio.

Y después que ha peleado con éxito la batalla y logrado la obra de la redención, se manifiesta a los suyos como “padre eterno”. Con amor eterno y verdadero, con preocupación paterna, se dedica a los que son suyos. Ahora gobierna a su pueblo en paz.

Es el Príncipe de paz. De este modo el profeta vuelve al gobierno de Cristo del que habló en la primera mitad del versículo. El gobierno, el gobierno de paz de Cristo es lo que resalta particularmente. Lo describe con mayor detalle en el versículo siguiente, que concluye esta gran profecía.

v. 7 [6] *Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto.*

Muchos comentaristas entienden la primera mitad del versículo como sigue: “el aumentar el dominio y la paz sobre el trono de David y sobre su reino no tiene fin”. Sin embargo, si se toma אִי־וְקָא como predicado de los dos verbos anteriores, se tiene que unir también la aposición que sigue a estos dos conceptos. Pero ciertamente sería una expresión ambigua y un pensamiento ambiguo afirmar que sobre el trono de David y su reino debería haber paz y un aumento del gobierno. Por otro lado, se obtiene una secuencia sencilla y aceptable de pensamientos cuando conectamos todo el versículo 7 al último título que se da al Mesías y se hace depender de él. Cristo el gobernante obviamente es el sujeto de לְהַבִּין וּלְסַעֲדָה, v. 7b. Entonces lo que se puede hacer inmediatamente es subordinar el v. 7a al mismo sujeto. Así el significado es el siguiente: Cristo, el Príncipe de paz, se revela como tal en la dirección indicada por las dos לְ. Como Príncipe de paz es eficaz en el aumento del gobierno y en la paz sin fin sobre el trono de David en donde él gobierna. Cuando Cristo, el Príncipe de paz, se sienta sobre el trono de David y gobierna el reino de

David, cuando gobierna y reina en el reino de Dios en la tierra, entonces aumenta el gobierno.

מְרִבָּה es un sustantivo: “aumento”. Cristo extiende siempre más los límites de su dominio. Conduce cada vez más gentiles a su reino. Y a sus súbditos les da paz, paz sin fin, sin interrupción. Cristo además demuestra que es el Príncipe de paz al fortalecer y sostener a su reino. Y lo hace בְּצִדְקָה וּבְמִשְׁפָּט.

La mayoría de los expositores modernos traducen: “en juicio y en justicia”. Entienden que esta modificación significa que el rey Mesías habla juicio y hace justicia. Sin embargo, entonces se esperaría una afirmación diciendo que el Mesías reinaría y gobernaría con juicio y con justicia. Sin embargo, מִשְׁפָּט וּצְדָקָה aparecen aquí como el fundamento que sostiene, que constantemente fortalece el reino del Mesías. Entonces en este contexto más bien pensamos sobre el “juicio y justicia” en el sentido significativo, como encontramos este término en 1:27, en donde se lee que Sión será redimido con juicio y con justicia. Esta expresión se explica más plenamente en Isaías 53. El hijo de David se ha sujetado al juicio que era el destino de los pecadores. Y al sufrir el castigo por el pecado satisfizo la justicia de Dios. De este modo, Sión es redimido del pecado, del castigo, de la ira y del juicio. Y esta redención, la expiación por el pecado que Cristo logró al sufrir y morir, es el fundamento firme e inamovible del reino de Cristo. Él mismo edifica su reino sobre este fundamento y así le da un apoyo tan firme. Los ciudadanos del reino de Cristo, que han sido ganados de todas las naciones, son todos pecadores. Pero el pecado que todavía se adhiere a ellos no limita ni afecta el derecho a la ciudadanía, porque el sacrificio y la expiación de Cristo borra todo su pecado.

Las palabras: “desde ahora y hasta siempre” las unimos a lo que antecede en vez de unirlos a lo que sigue. Cristo establece y sostiene su reino de modo que nunca perecerá sino que seguirá por toda la eternidad. Su reino es un reino eterno.

Hay cuatro afirmaciones acerca del reino del Príncipe de paz. Es un reino que se extiende por todo el mundo. Es un reino de paz y bendición. Descansa sobre un fundamento inamovible. Es un reino eterno. Aquí en el versículo 7 se describe el dominio de Cristo en el reino de gracia. Pero la referencia al dominio sobre todas las cosas en el versículo 6 también cabe en el contexto de este pensamiento. Porque Cristo, que es Señor sobre todo, también hace que su reino de poder sirva para extender y aumentar su reino de gracia. Y la expresión final “desde ahora y para siempre” nos da una visión del reino eterno de gloria, en el que llega a su consumación el reino de gracia.

La última parte del versículo: “el celo de Jehová de los ejércitos hará esto” es un sello, un sí y amén a toda esta gran profecía, 9:1-7.

Una vez más volvemos al pensamiento principal de esta sección, 8:5 – 9:7. El contenido principal de esta profecía es Cristo Emanuel, esta maravilla, el niño que nace como un ser humano y al mismo tiempo es el Dios fuerte. Este Emanuel es el Redentor de su pueblo.

Quita de su pueblo el pecado, el castigo, la ira y el juicio. Y luego establece su reino de paz sobre la tierra. En Galilea, la región de los paganos, este reino tuvo su comienzo y luego se extiende a todas las tierras paganas. Es precisamente de entre los gentiles que se reunirá a la iglesia del Nuevo Testamento. Porque para las dos casas de Israel Jehová de los ejércitos, Cristo-Emanuel, es una piedra de tropiezo y roca que hace caer. El Israel del tiempo de Isaías ya se había endurecido en su incredulidad contra la palabra de promesa y había menospreciado las aguas tranquilas de Siloé. Por eso, Dios entrega a este pueblo en manos de los gentiles. La potencia mundial de Asiria inundó la tierra de Israel y luego la tierra de Judá, como un mar impetuoso. Y cuando aparezca el Cristo Emmanuel, Israel tropieza contra esta roca y se hace añicos. Finalmente Dios entrega al pueblo endurecido a las tinieblas de afuera, sobre las cuales el día nunca amanecerá.

Sin embargo, en Israel todavía se halla un remanente, una pequeña iglesia, un círculo pequeño de fieles creyentes, que se reúne alrededor de la predicación de los profetas. Escuchan la voz y la advertencia de los profetas y no se entregan al camino de este pueblo. Se separan de la masa de los condenados. Y cuando aparezca Cristo, cuando resplandezca la luz de la salvación, entonces este verdadero Israel se regocija en su Salvador y Redentor y se queda firme, mientras el Israel rebelde, endurecido, cae bajo la ira y el juicio.

A este remanente de Israel se une el mundo creyente gentil. Pero este pueblo del Nuevo Testamento no goza de buenos días. Tiene una paz sin fin. Pero ésta es una paz espiritual, mientras al mismo tiempo hay luchas y conflictos externos. Solamente los remanentes de los gentiles son los que entran en este reino de Cristo. La gran masa de los paganos conspira contra Dios y su ungió. En 8:9,10 el profeta ve las hordas paganas que buscan destruir el pueblo de Dios. Pero Cristo Emanuel, el gobernante de su pueblo, es el campeón de la causa de su pueblo. Es el protector de su iglesia oprimida. Protege a los hijos que Dios le ha dado de los ataques violentos del mundo hostil. Los sostiene cuando les sobrevienen graves tentaciones. Los sostiene con la palabra y en la fe. Y un día entrega a los hijos elegidos salvos y seguros en la mano de su Padre. Así Dios cumple en una forma gloriosa su plan.

De esta manera el resumen de esta profecía es **la consolación de Emanuel durante los días malos**. Esta profecía, que ahora se encuentra en proceso de cumplirse, es lo que tenemos delante de nosotros. Y también esto último hará el celo de Jehová.

Capítulo 9:8-13

Isaías 9:8 – 10:4

v. 8-12 [7-11] *El Señor lanzó una palabra contra Jacob, y ella ha caído en Israel. La conocerá todo el pueblo, Efraín y los moradores de Samaria, que con soberbia y con altivez de corazón dicen: “Los ladrillos cayeron, pero edificaremos de cantería; cortaron los sicómoros, pero en su lugar pondremos cedros”. Pero Jehová levantará a los enemigos de Rezn contra él. Juntará a sus enemigos: del oriente, los sirios, y los filisteos*

del poniente; y a boca llena devorarán a Israel. Ni con todo eso ha cesado su furor, sino que todavía su mano está extendida.

Las palabras del v. 8 claramente son de introducción; anuncian la profecía que ahora sigue. La palabra del Señor frecuentemente aparece como un mensajero que Dios envía a la tierra para destruir o salvar a los hombres. Vea el Sal. 107:20; 147:15,18. De modo que el Señor ahora envía una palabra, que se dirige “contra Jacob”. Es una profecía de amenazas. Al dar al profeta esta revelación, Dios envía su palabra. Y cuando el profeta proclama esta revelación al pueblo de Israel, el mensajero celestial llega a su destino.

Comenzando con el v. 9 el profeta revela el contenido de esta palabra de Dios. El sujeto del v. 9 es el pueblo en su totalidad. Cuando toda la gente de Efraín y toda la población de Samaria se ponen uno al lado del otro, junto a la totalidad se nombra una parte de la totalidad. El reino de Efraín y Samaria, por tanto, el reino de las diez tribus, primero recibe la amenaza. Pero todo el pueblo, y por tanto Judá también, debe experimentar algo similar a lo que experimenta Efraín. Así con “Jacob” e “Israel” en el v. 8 pensamos en el pueblo total. Los destinos de los dos reinos se consideran juntos aquí, como en 8:5ss.

Luego se describe el pecado de Efraín. Los efrainitas, especialmente los habitantes de la ciudad principal de Samaria, son muy arrogantes. Dicen: Los ladrillos están caídos; nosotros, por tanto, queremos construir con piedra labrada. En lugar del adobe secado al sol, querían construir hermosos palacios de bloques labrados de piedra de construcción. Los sicómoros están cortados, pero usaremos cedro en su lugar. La madera del sicómoro o moro era de calidad inferior. Los príncipes y los ricos edificaban sus casas de cedro. Por lo tanto, en lugar de chozas miserables edificarían palacios de cedro. הָלִחַ significa *reviruit, revixit*, el hifil: revivir, renovar, reemplazar. Los enemigos han destruido las moradas anteriores, de modo que querían edificar para sí hogares más sólidos e imponentes. Así en su arrogancia Efraín resistió los juicios anteriores de Dios. La extrema arrogancia es cuando los pecadores desprecian los castigos de Dios y piensan y se dicen a sí mismos que quieren reparar el daño, que están a la altura de ello y son más fuertes que la desgracia. Efraín tendrá que aprender sobre tal insolencia y tal arrogancia; tendrá que corregirla.

Lo que agrega la conjunción ו en los versículos 11,12 es una descripción del juicio que Dios ha determinado, la calamidad anunciada en el v. 8. El profeta no está señalando los acontecimientos del pasado inmediato. Si esto fuera el caso, no encontraríamos en los versículos 8-12 una profecía de amenaza dirigida contra Israel. La palabra del Señor coloca al profeta en una situación ideal en el futuro, desde el cual mira atrás a los acontecimientos que deben ocurrir en un futuro próximo, como si estuvieran en el pasado. Los perfectos en los v. 11,12 son perfectos proféticos, que traducimos con el tiempo presente. El Señor llama a los opresores de Rezín, los asirios a quienes Acáz ha acudido por ayuda. A ellos les da la victoria y el éxito de modo que someten a los sirios y los hacen volver en contra de Efraín y Samaria, וְעָלִיוּ, de modo que devastan también a Israel. Y así Dios incita a los enemigos de Israel a cumplir su voluntad que está tan furiosa contra Israel.

Los enemigos a quienes el Señor levanta contra su pueblo se mencionan por nombre en el versículo 12. Son los sirios, que vienen del este, y los filisteos, que vienen por la retaguardia o el occidente. Cuando determinaban las direcciones, los hebreos miraban hacia donde el sol se levanta. Desde la división del reino, los sirios presentaban una amenaza constante para Israel, el reino del norte. Ya habían asestado muchas derrotas serias a Israel, pero los habitantes de Samaria con burla y desafío no hacían caso. Dios en el futuro seguirá atormentando al reino de Efraín por medio de los sirios. Subyugados por Asiria, los sirios con la ayuda de Asiria ayudarán a combatir y despojar al pueblo de Samaria.

Los filisteos, que vivían al sudoeste de Judá, nunca invadieron el reino norteño. Así como los sirios fueron la vara de disciplina para Israel, así lo fueron los filisteos para Judá. La mención de los filisteos muestra que la palabra que el Señor envió también afectaba a Judá, por tanto, tenía que ver con el pueblo entero de Jacob. Judá también, como muestra Is. 1:5, había menospreciado en forma vergonzosa los intentos anteriores de corregirlo. Así Dios asestará nuevos golpes y castigará y atormentará más a Judá Jerusalén por medio de su gran enemigo, los filisteos. En 2 Cró. 28:16-19 oímos de una invasión filistea en tiempos de Acáz. Por consiguiente, los vecinos hostiles al oriente y al occidente a boca llena devorarán, despojarán completamente a Israel, a toda la nación.

De este modo se venga de la arrogancia de los pecadores impenitentes. Los que se rebelan contra la mano castigadora de Dios, él los herirá con golpes y castigos nuevos y más fuertes. Lo que se profetiza hasta ahora es sólo el comienzo de la calamidad. Con esta acción todavía no ha llegado a su fin la ira de Dios. Hasta cuando lo que se profetiza aquí se haya cumplido, la ira de Dios no se apartará ni se apaciguará. Su mano sigue extendida sobre Judá Israel, siempre preparando nuevos golpes.

v. 13-17 [12-16] Pero el pueblo no se convirtió al que lo castigaba ni buscó a Jehová de los ejércitos. Y Jehová, en un mismo día, cortará de Israel cabeza y cola, rama y caña. El anciano y venerable de rostro es la cabeza; el profeta que enseña mentira es la cola. Porque los gobernadores de este pueblo son engañadores y sus gobernados se pierden. Por tanto, el Señor no tomará contentamiento en sus jóvenes, ni de sus huérfanos y viudas tendrá misericordia; porque todos son falsos y malignos, y toda boca habla despropósitos. Ni con todo esto ha cesado su furor, sino que todavía su mano está extendida.

El pueblo no vuelve a aquel que lo azotó, הַמַּכְתֵּהוּ. Como en otros lugares, por ejemplo en 24:2, el artículo y el sufijo se unen en una palabra. No buscan al Señor de los ejércitos; no preguntan por él. Con los golpes y juicios hasta este punto Dios ha tenido la meta de producir el arrepentimiento y la conversión del pueblo. Pero Israel no se dejó llevar al arrepentimiento con el celo de Dios. Más bien, se endureció en el pecado y la apostasía. Y seguirá haciéndolo. Por tanto, algún día el Señor cortará de Israel cabeza y cola, rama y caña. Así finalmente llega un *dies irae*, que pone fin a la existencia de toda la nación. Cuando Dios castiga a los pecadores, con tal castigo se expresa la ira del Santo de Israel. La vida impía y las obras de los rebeldes lo afligen profundamente. Sin embargo, al

comienzo se mezcla la ira con el amor. Lo impulsa y conmueve el amor que busca mejorar y salvar a los pecadores. Pero cuando el pecador rehúsa volver y humillarse bajo la mano poderosa de Dios, entonces este castigo, que tenía la intención de mejorar, se convierte en el puro castigo de la ira. Entonces la ira de Dios contra los pecadores endurecidos resulta en la destrucción y condenación.

En el v. 15 el profeta mismo explica la imagen de la cabeza y la cola. Con la cabeza se refiere a los líderes del pueblo, los príncipes, los ancianos, en general, la gente honorable, muy respetada. Con la cola se refiere a los falsos profetas, que enseñan mentiras. De hecho, esos falsos maestros son como una cola que se agita. Inflan, engatusan a las personas, las engañen acerca de sus pecados y vicios. El v. 16 sigue tratando con estos seductores. Ha llegado a tal punto que los que deben guiar, אֲשֶׁר, al pueblo por el camino correcto los llevan al error clamando paz, paz, en donde no hay paz. Y entonces los que deben haber sido conducidos, מֵאֲשֶׁרֵינוּ, los que son engañados, ya han sido tragados, es como si el infierno se los tragara. Vea 5:14. Cuando un pueblo y una raza rebelde se expone a los falsos maestros y seductores, se pierde toda esperanza.

La imagen de la rama y la caña, que es comparable a la imagen de la cabeza y la cola, se explica por sí sola. Se refiere a la gente renombrada y oscura entre el pueblo. A toda la nación se le amenaza con el exterminio, la destrucción. A esto apunta también el v. 17. El עַל-יָכֵן, “por tanto”, se refiere al v. 13. Con el ו consecutivo, v. 14, y עַל-יָכֵן, v. 17, se introducen los malos resultados de la impenitencia. Al Todopoderoso, que antes daba poder, valentía, victoria a los jóvenes que salían a la batalla, ahora le desagradan los jóvenes del pueblo. No los acompaña. Los entrega a la espada del enemigo. Hasta los huérfanos y viudas entre el pueblo no escaparán la espada. Dios, que normalmente todavía siente compasión por las viudas y los huérfanos, sin misericordia los entrega a su enemigo. Porque todos son impíos, הָרָגָה, y sólo hacen el mal, מְרַע. todos hablan blasfemia, inclusive las viudas y huérfanos. Cuando las mujeres y los niños se dedican a cometer atrocidades, las cosas han ido al extremo.

El juicio representado en esta sección de la profecía recuerda el destino final de los dos reinos, la destrucción del reino de Israel por Salmaneser y del reino de Judá por Nabucodonosor. Entonces lo que sigue traza el rumbo de la ira de Dios hasta el final.

v. 18-21 [17-20] *Porque la maldad, encendida como un fuego, cardos y espinos devorará. Se encenderá en lo espeso del bosque, y serán alzados como remolinos de humo. Por la ira de Jehová de los ejércitos se oscurece la tierra, y el pueblo es como pasto del fuego. El hombre no tiene piedad de su hermano. Cada uno devora a la derecha y tiene hambre; come a la izquierda y no se sacia. Cada cual come la carne de su prójimo: Manasés devora a Efraín y Efraín a Manasés, y ambos se levantan contra Judá. Pero ni con todo esto ha cesado su furor, sino que todavía su mano está extendida.*

El “porque” conecta el v. 18 con la última oración de la sección anterior, v. 17b: “Ni con todo esto ha cesado su furor”, etc. El juicio enfurecido de Dios ahora prosigue hasta el final. La depravación que se ha arraigado firmemente en el pueblo, quema como fuego,

emana de sí el fuego del juicio. El pecado produce el castigo, por decirlo así, como fruto maduro. Y este fuego de juicio, que resulta de la depravación, consume cardos y espinos, los matorrales salvajes, y luego se extiende más lejos y enciende el bosque espeso.

וַיִּתְאַבְּכוּ גְאוֹת עֵשֶׂן realmente significa: “se tiran ellos mismos a una inmensa cortina de humo”. La espesura del bosque, una vez que se ha quemado, se disuelve y se eleva como remolinos de humo espeso.

Aquí se representa con colores vivos la imagen de un incendio del bosque. Esto concuerda con lo que dice el v. 19, que la tierra está quemada. Según el árabe esto es lo que quiere decir el *hapax legomenon*, עתם. Lo que quiere decir, cuando el texto continúa, es que el pueblo se convierte en pasto para el fuego; son consumidos, destruidos. El fuego es una imagen del juicio final. Porque el fuego consume su objeto. Y no son sólo los malhechores notorios, los cardos y espinos, los que sucumben. Al contrario, todo el matorral del bosque, “toda la masa de gente enredada en los lazos de la maldad”, cae en el juicio y la destrucción.

En el v. 19 como origen del juicio de fuego se nombra al Señor de los ejércitos. El juicio y el castigo constituyen el rebrote y el flujo de la ira de Dios, así como por otro lado, son el resultado de la maldad del hombre. La maldad de los hombres hace surgir la ira y el castigo de Dios. Estas tres acciones, la maldad humana, la ira divina, y el juicio y la condenación se unen inseparablemente. Aquí se profetiza, como en profecías anteriores, la ira de Dios que le sobrevino a Judá en el 70 d.C.

Una característica espectacular del juicio se agrega en los vv. 19b-21a. Nadie perdona ni siquiera a su prójimo. Le cortan su camino וַיִּגְזֹר a la derecha y a la izquierda, lo cual quiere decir que cada uno se alimenta de la carne de su propio brazo, de la carne de su propia familia y descendientes; pero aún así se quedan con hambre; su sed de sangre no se sacia. Las dos tribus de Efraín y Manasés, tan íntimamente unidas por lazos fraternales, se devoran entre sí, y las dos caen sobre Judá. Ésta es una severa ilustración del fratricidio inhumano, sangriento. La lucha fraternal, que tiene su origen en la división del reino, alcanzará su apogeo hacia el final.

Instintivamente pensamos aquí en las escenas horrorosas de la última guerra judío-romana, que terminó con la destrucción de Jerusalén. En ese tiempo, la nación judía estaba dividida en partidos que mataban y asesinaban los unos a los otros. Cuando ahora se habla también de esta ira final que no se apaciguará ni disminuirá, esto quiere decir lo mismo que el profeta describe en el 66:24 acerca del fin de los impíos con las palabras: “Su gusano nunca morirá ni su fuego se apagará”. La ira final es eterna. El destino final de los pecadores obstinados es la eterna condenación.

10:1-4 *¡Ay de los que dictan leyes injustas y prescriben tiranía, para apartar del juicio a los pobres y para privar de su derecho a los afligidos de mi pueblo; para despojar a las viudas y robar a los huérfanos! ¿Y qué haréis en el día del castigo? ¿A quién os acogeréis para que os ayude cuando llegue de lejos el desastre? ¿En dónde dejaréis*

vuestras riquezas? Sin mí se inclinarán entre los presos y caerán entre los muertos. Pero ni con todo esto ha cesado su furor, sino que todavía su mano está extendida.

En esta última sección los gobernadores y jueces malvados reciben una amenaza particular. חקק es promulgar decretos decisivos y כתב es la correspondencia oficial. Sus decretos son injustos, sin ningún valor moral intrínseco. חקקי es el plural de חק, equivalente de חק. Y lo que prescriben es una carga opresiva. A los humildes, a los angustiados, los privan de la justicia y les niegan sus derechos. Explotan y roban a las viudas y a los huérfanos. Tal injusticia monstruosa exige el juicio justo de Dios. Los despiadados encontrarán un juicio sin misericordia. ¡Ay de ellos cuando llegue el día de la visitación! שוֹאָה , v. 3, es un rugido, un ruido, el colapso. Viene desde lejos, por cuanto una nación lejana es el instrumento que lleva a cabo la venganza de Dios. ¿Qué piensan hacer entonces? Para ellos no habrá escape, ninguna liberación. Ya no queda nadie que los ayude. No pueden acudir a nadie. Tampoco les podrá salvar su gloria, sus despojos. בְּלִתִּי , v. 4, es el latín *nisi quod* (sino). No queda nada para ellos sino, etc. A כָּרַע se agrega “uno” como sujeto. Se refiere a los jueces y gobernadores impíos. En el día del juicio se encogen de miedo entre los cautivos y se caen entre los pisoteados. Toda la nación entonces en parte será llevada al cautiverio, en parte morirá bajo la espada. Y esto mismo entonces será la suerte de los gobernantes del país. Caerán a los pies de aquellos que son deportados a un país lejano, puesto que no pueden soportar las dificultades de este viaje, o se caen a tierra heridos por la espada.

Lo que leemos en esta sección recuerda la amenaza similar en 3:13-15, en donde se dijo que el Señor vendrá a juicio contra los ancianos y príncipes del pueblo porque han despojado su viña, han robado y oprimido a su pueblo. Aquí al igual que allí los angustiados, los humildes son el verdadero pueblo de Dios. Y hacia el final serán una *ecclesia pressa*, tendrán que soportar mucho de parte de los rebeldes y sus gobernantes.

La mano extendida del Señor o el desarrollo y el avance del juicio de Dios sobre el Israel impenitente es el contenido principal de la profecía en 9:8 – 10:4. Dios extenderá su mano para asestar constantemente nuevos golpes hasta que su pueblo haya sufrido el golpe final, que completa su ruina. Sin embargo, ni siquiera se resuelve el asunto con el golpe final. La ira final perdura hasta la eternidad. Tenemos ante nuestros ojos el cumplimiento de esta profecía. Desde los días de Isaías, los gentiles constantemente han afligido a Israel Judá. Y luego vino el fin, que otra vez siguió un modelo definido. La destrucción de los dos reinos por Asiria y Babilonia fue el comienzo del juicio final que ocurrió en el año 70 d.C. Y sigue este juicio. Los judíos viven esparcidos entre los gentiles como una maldición viviente. Y el fuego que nunca se apaga será su destino y herencia por toda la eternidad. Lo que se profetiza aquí acerca de la opresión de los angustiados se ha cumplido en la persecución de la Iglesia de Cristo de parte de los gobernantes de los judíos. Sin embargo, todos los que como Israel renuncian al Dios viviente y a la bondad y al celo de Dios llegarán a sentir la mano extendida de Dios y la furia de su ira.

Isaías 10:5-34

v. 5,6 *¡Ay de Asiria! Vara y bastón de mi furor, en su mano he puesto mi ira. La mandaré contra una nación pérfida; contra el pueblo de mi ira la enviaré, para que quite los despojos y arrebate la presa, y lo ponga para ser pisoteado como lodo de las calles;*

El discurso profético ahora se dirige contra Asiria. La conexión con lo anterior exige que interpretemos Asiria, como en 5:8 y sig., como el nombre de la potencia mundial pagana. Se han descrito antes los varios juicios de Dios que terminan con la ira final. Y ahora Asiria aparece como el que ejecuta la voluntad de Dios contra el Israel rebelde. Obviamente Asiria no quiere decir una nación particular pagana sino el mundo pagano en general, que Dios envía al campo contra el Israel apóstata. La potencia mundial es una vara con la que Dios golpea, por la cual Dios manifiesta y lleva a cabo su ira.

En el v. 5b la imagen se dirige a otra cosa. Allí la furia del Señor aparece como una vara que los asirios tienen en sus manos. La vara que maneja Asiria es la furia del Señor. El que Asiria golpee con tanta ferocidad, eso viene del Señor, lo que Dios ha determinado en su furia. El versículo 6 declara contra quiénes van dirigidos los golpes de Asiria, contra quiénes va dirigida la ira de Dios. El llamamiento de Dios envía a Asiria contra un pueblo malvado que ha caído bajo la ira, es decir, contra el pueblo que tiene el nombre de ser el pueblo de Dios pero que Dios ya no reconoce como tal, contra Israel. Dios permite a la potencia mundial pagana la tarea de despojar, saquear, inclusive de pisotear a Israel como lodo en las calles. ¿Pero ahora cómo puede Dios mediante el profeta clamar “ay” contra esta Asiria, que simplemente cumple la voluntad y el mandato de Dios? Esto se explica en el versículo 7.

v. 7 *pero él no lo pensará así, ni su corazón lo imaginará de esta manera, sino que su pensamiento será desarraigar y arrasar una nación tras otra.*

Lo que se dijo en los versículos 5,6 no es la intención de Asiria. Asiria no piensa como piensa Dios. Asiria no sabe ni quiere saber que es y debe ser un instrumento en las manos de Dios. Su corazón, su pensamiento y deseos son simplemente destruir y exterminar naciones, robar y asesinar. Dios toma para su servicio al mundo que olvida a Dios sin su conocimiento ni consentimiento. El mundo de ningún modo piensa en servir a Dios, en cumplir la voluntad de Dios. Sólo piensa en satisfacer sus propios malos deseos y sólo sigue sus propios propósitos egoístas. Y lo grande y maravilloso es que Dios toma en sus manos y usa para sus propósitos lo que el mundo piensa y hace con malas intenciones. ¡Y puesto que el mundo, aún cuando hace la voluntad de Dios, por su parte sólo peca, por esa razón, ay del mundo!

v. 8-11 *Porque él dice: “Mis príncipes, ¿no son todos reyes? ¿No es Calno como Carquemis, Hamat como Arfad, y Samaria como Damasco? Como mi mano alcanzó los reinos de los ídolos, cuyas imágenes eran más que las de Jerusalén y de Samaria; como hice a Samaria y a sus ídolos, ¿no haré también así a Jerusalén y a sus ídolos?”.*

Ahora habla Asiria. Y dice lo que hay en su mente malvada. Lo que leemos aquí está repleto de referencias históricas contemporáneas y sólo puede estar en la boca de la Asiria verdadera. Pero el imperio de los asirios fue un imperio mundial, la potencia mundial que Israel vio durante los días de Isaías. En lo que dice aquí el asirio percibimos la naturaleza y disposición del mundo y de los reinos de este mundo en general. Por tanto, el gran rey de Asiria es el que piensa y se dice a sí mismo: “Mis príncipes, ¿no son todos reyes?”. Los oficiales, los gobernadores de las provincias individuales del reino asirio manifiestan el esplendor y la pompa de reyes. El alcance e influencia de los sátrapas de Asiria fue de reinos. Y ahora el rey de Asiria nombra varios reinos que ha sojuzgado: Carquemis, que es Circesium en el Éufrates; Calno, que es Ctesifontes situado en el Tigres, Arfad, Hamat, Damasco, los tres situados en Siria. Estas grandes ciudades fueron las ciudades capitales de reinos con el mismo nombre. Uno por uno los reinos llegaron a su fin. Todos tuvieron que entregarse al poderoso gobernador de Asiria.

Lo que se dijo en el v. 9 se dirige a Samaria. El significado es: así como sucedieron las cosas para esos reinos de Mesopotamia y de Siria, así irán para Samaria, el reino de Israel. Y finalmente también para Jerusalén. Se indica en los versículos 10,11 que Samaria y Jerusalén se comparan con esos reinos paganos, y el destino que éstos han sufrido amenaza también al reino doble de Israel-Judá.

El rey de Asiria se jacta de que él personalmente ha adquirido estos reinos, que los ha conquistado con su propio poder. מִצָּא לֵ , obtener, adquirir algo. Los llama reinos llenos de ídolos. הָאֱלִילִים se debe tomar en sentido colectivo. Sus dioses tutelares han demostrado ser ídolos, naderías, porque fueron incapaces de liberarlos de la mano de Asiria. Ahora, sin embargo, los artífices de estos reinos son mayores que los de Jerusalén y Samaria. מִשְׁמָרוֹן וּמִירוּשָׁלַם son comparaciones abreviadas. Por supuesto, a los artífices de estos reinos se les compara con los artífices de Jerusalén y Samaria. Y los primeros son más grandes, son mejores, superiores a los últimos. Carquemis, Ctesifontes, Arfad, Hamat, Damasco fueron reinos más grandes y poderosos que Israel y Judá, y de los reinos de mayor o menor poder el rey de Asiria reúne a estos dioses nacionales de mayor o menor valor. Aún el Señor Jehová, a quien invocaban en Samaria y en Jerusalén, él lo consideraba un ídolo. Ésta es una terrible blasfemia.

Asiria, en particular, había experimentado que el Señor Jehová es el verdadero Dios viviente. No había transcurrido mucho tiempo desde que el profeta Jonás en el nombre del Señor Jehová había amenazado con el juicio a la ciudad de Nínive, y Nínive se había arrepentido, vistiéndose con ropas ásperas y sentándose sobre ceniza, y se había convertido al Dios de Israel. Así el reino de Asiria había aumentado su poder y prosperado. Ahora, sin embargo, en su arrogancia y megalomanía los reyes de Asiria menospreciaron las visitaciones divinas y se exaltaron por encima del Dios del cielo y de la tierra, y lo blasfemaron al compararlo con los dioses de los paganos e inclusive lo subordinaron. Y ya que el Dios de Israel es inferior a los ídolos de Mesopotamia y de Siria, el rey de Asiria tratará al pueblo de Israel, Jerusalén y Samaria, como se le antoje. Esto quiere decir que en forma similar los anexará a su reino.

La intención original de los versículos 11,12 es la siguiente: así como he adquirido esos reinos, así también adquiriré Jerusalén y Samaria, o haré lo mismo a Samaria y Jerusalén. Sin embargo, puesto que el rey de Asiria ya había comenzado a humillar al reino del Norte, así él, conforme a las palabras altisonantes que siguen saliendo de su boca, considera el destino de Samaria como ya sellado y ahora cuenta a Samaria, a la que primero había comparado con Jerusalén, entre los países ya conquistados y agrega a la prótasis: “así como hice a Samaria”. Si Samaria, en donde se invoca el nombre del Señor Jehová es como una ciudad ya caída, entonces el destino final de Jerusalén tampoco se puede dudar. El Señor Jehová es demasiado débil e incapaz de proteger a su pueblo de Asiria. Así que la profecía que tenemos ante nosotros corresponde muy bien con el tiempo del rey Acáz y luego ocurrió pronto después del tiempo en que los campos galileos mencionados en el 9:1 fueron despoblados por Tiglat Pileser.

Algunos expositores modernos, como Delitzsch, Bredenkamp, que ponen esto en el reino de Ezequías, en el período después de la destrucción de Samaria, separan esto de la sección anterior, 9:8 – 10:4, donde Samaria todavía existe y está llena de energía vital y emprende la reparación del daño que ha sostenido. Pero el discurso profético 9:8 – 12:6 es una unidad homogénea. Así que, esto es lo que piensa el asirio. Se jacta de sus grandes victorias y conquistas y se atribuye a él mismo todo lo que ha hecho, como que lo ha logrado por sus propias manos, y desprecia y se burla del Señor Jehová, en cuyas manos él es sólo un instrumento. Y generalmente es la naturaleza y la actitud del mundo el jactarse de sus grandes obras y logros, de su propio poder y habilidad y rebelarse contra el Dios viviente, el cual todavía está completamente a cargo y sin el cual nadie puede hacer nada.

v. 12 *Pero acontecerá que después que el Señor haya acabado toda su obra en el monte Sión y en Jerusalén, castigará el fruto de la soberbia del corazón del rey de Asiria y la arrogante altivez de sus ojos.*

Tal comportamiento impío de parte de Asiria, como se ilustró en los versículos 8-11, el Todopoderoso lo vengará. Antes que esto ocurra, sin embargo, por medio de Asiria cumplirá toda su obra en el monte Sión y en Jerusalén. **בצע** significa *abscindere*, *absolvere*. En el v. 6 la nación, contra la cual Dios envía a Asiria, se llamó una nación pérfida, pueblo de mi ira. Es una nación cuyo nombre ya no puede pronunciar, que ya no puede reconocer como su pueblo. El Señor en el discurso que continúa apenas llamará a esta nación con los nombres honorables de “Jerusalén”, “monte Sión”. En su significado exacto, el monte Sión es el lugar donde mora Dios y se revela, la nación cuyo Dios es Dios. Aquí se indica un objetivo de la actividad de Dios diferente del que se menciona en el versículo 6. Dios no sólo usa el poder mundial como un instrumento para castigar a un Israel rebelde, endurecido, para cumplir su ira y juicio sobre ellos, sino entrega a su pueblo verdadero, la nación de creyentes, al poder y a la violencia del mundo impío para disciplinarlo, ponerlo a prueba, depurarlo, fortalecerlo y conducirlo a la consumación. Y cuando el Señor ahora por medio de Asiria, que contra su propia voluntad tiene que servir la voluntad de Dios, haya completado su obra en Sión, entonces castigará a Asiria **אפקד על**. El que esto sea realmente lo que une a las cosas se demuestra en la continuación de la

profecía, v. 20 y sig. Sí, entonces finalmente el Todopoderoso castigará a Asiria por su altivez, particularmente por su blasfemia, por su arrogancia y vanagloria.

v. 13,14 *Porque dijo: “Lo he hecho con el poder de mi mano y con mi sabiduría, porque he sido inteligente. Quitó los territorios de los pueblos, saqué sus tesoros y derribé como un valiente a los que estaban sentados. Mi mano halló, como si fueran un nido, las riquezas de los pueblos. Como se recogen los huevos abandonados, así me apoderé yo de toda la tierra, y no hubo quien moviera un ala ni abriera el pico para graznar”.*

Una vez más el profeta habla del orgullo y la arrogancia del rey de Asiria y así da la razón por el castigo que predice en nombre de Dios. Atribuye todo lo que ha hecho, todo el éxito que Dios le ha dado, a su propio poder y sabiduría.

Los imperfectos en este versículo son controlados por los perfectos con que se alternan.

עֲזָרָתָא son gente preparada, τὰ ὑπάρχοντα. וְשִׁשְׁתִּי es el singular poel de ששה = שסה, despojar. El ketib, כְּאַבְיָרִי tiene buen sentido y no es necesario leer כְּאַבְיָרִי con el qere.

El poderoso rey cuenta sus hazañas y se jacta de sus actos de violencia y crueldad, que ha eliminado fronteras, quitado de los tronos a los gobernantes, despojado naciones, robado los tesoros de la tierra, así como un hombre recoge huevos de un nido abandonado. En cuanto a lo último Seb. Schmidt dice apropiadamente: *nulla avis alam movet ad defendendum aut os aperit ad terrendum*. Las naciones y sus gobernantes, sin ofrecer resistencia, con muda resignación se han entregado en manos de la Asiria todopoderosa. Es la marca de los grandes reinos del mundo y los poderosos de la tierra que traspasan los límites establecidos por Dios, desprecian los derechos de los débiles, con la avaricia se acogen de todo para sí mismos, actúan como dioses en la tierra. Es una característica del estado moderno, del gobierno civil, que se considera todopoderoso, el señor y amo absoluto, a quien no le importan los derechos divinos ni humanos. Es la naturaleza del mundo arrogante que olvida a Dios para deificarse a sí mismo, a su propio poder y sabiduría, y a dar la apariencia como si no existiera ningún Dios en el cielo.

v. 15 *¿Se gloriará el hacha contra el que con ella corta? ¿Se ensoberbecerá la sierra contra el que la mueve? ¿Como si el bastón levantara al que lo levanta! ¿Como si levantara la vara al que no es un leño!*

Éste es el juicio de Dios sobre el comportamiento de Asiria como acaba de esbozarse. La relación de Dios con la humanidad es similar a la relación de un ser humano con una herramienta que usa en la forma que él considere mejor. Así como un hombre corta con un hacha, serrucha con una sierra, maneja un palo para dar un golpe, así Dios, el Creador, mueve a sus criaturas, la humanidad con su aliento viviente. El hecho de que el hombre vive, se mueve y anda se debe al poder de Dios que lo sostiene. En él vivimos, nos movemos, y somos. Lo que el hombre hace y logra, Dios lo logra en y por medio de él. Es el acuerdo divino. Sí, Dios obra aun en los malos y por medio de los malos, al igual que en el mundo hostil a Dios. No obra el mal como tal, el mal que aborrece y censura, pero da al asesino la fuerza vital necesaria, sin la cual el hombre no puede lograr nada. Es cierto, cuando Dios permite a los impíos tener éxito en lo que hacen, cuando concede la

fuerza física necesaria para hacer sus obras malas, tiene sus razones y hace que el mal sirva sus designios. Y cuando los seres humanos que están en relación con Dios ahora actúan como amos libres, absolutos, se llevan el mérito de todo lo que hacen, atribuyen todo lo que han hecho a su propio poder, sabiduría y virtud, esto es tan poco natural y absurdo, necio y risible como si un palo manejara al que lo tiene en la mano, o una vara de madera controlara a uno que no es madera, o la sierra se pusiera en contra del hombre que la está usando.

v. 16-19 Por esto el Señor, Jehová de los ejércitos, enviará debilidad sobre sus robustos, y debajo de su gloria encenderá una hoguera como ardor de fuego. Y la luz de Israel será por fuego, y su Santo por llama que abrasa y consume en un día sus cardos y sus espinos. La gloria de su bosque y de su campo fértil consumirá por completo, en cuerpo y alma, y vendrá a ser como abanderado en derrota. Y los árboles que queden en su bosque serán en número tan escaso que hasta un niño los pueda contar.

Después de dar a conocer la culpa, v. 15, sigue la sentencia. El ay pronunciado sobre Asiria, v. 5, ahora se ejecuta. Los tres nombres de Dios, אֲדֹנָי יְהוָה צְבָאוֹת, de forma convincente llaman la atención a la omnipotencia y majestad de Dios. En su lucha contra Dios, Asiria fue incapaz de prevalecer contra el Señor de los ejércitos. En el debido tiempo será humillada. La caída será más dura.

La destrucción que finalmente es el destino del poder mundial se nos presenta en dos imágenes. Primero, como una enfermedad debilitante, como la tuberculosis רִיזֵן. el Señor enviará debilidad entre los gordos, entre los robustos. מִשְׁמֵן, realmente gordura, se entiende aquí en forma concreta. Quiere decir los guerreros fuertes y obesos del ejército asirio. En el poder robusto y bien nutrido del ejército de Asiria el profeta observa el mundo que es hostil a Dios en la plenitud de su poder y esplendor. Pero el mundo con sus placeres, pompa y hermosura perece.

La imagen ahora vuelve al bosque encendido que encontramos en 9:18 y sig. En medio de la gloria de Asiria, en medio de su poder bélico glorioso, pomposo, se puede ver una llama de fuego. La luz de Israel se hará como un fuego, como una llama de fuego. El fuego de la ira brotará de la pura santidad de Dios. Y es precisamente esa luz de Israel, el Santo de Israel, quien estalla en enojo. Dios está airado contra la potencia mundial y castiga al mundo sencillamente debido al daño que ha hecho a su pueblo, al verdadero Israel. El fuego de la ira consume los cardos y los espinos de Asiria, sus bosques y sus jardines placenteros en un solo día, es decir, en el día del juicio.

Las primeras palabras del versículo 18, וְכַבֹּד יַעֲרוּ וְכַרְמֵלֹו, pertenecen a lo anterior y son un segundo objeto de וְאֶכְלָהּ. El ejército magnífico y bien equipado de Asiria, el mundo orgulloso y arrogante en general, es como un bosque majestuoso, como un jardín lleno de flores. Es un bosque, un parque compuesto de seres humanos. Pero el bosque y el parque en un instante son consumidos por el fuego. No sólo el matorral espinoso, malhechores selectos, sino todo lo que es notable y de alta reputación en el mundo será pasto para el fuego. Así como en 2:12 y sig., aquí vemos el final de la historia del mundo, el juicio del

mundo, el fuego del día del juicio. En el v. 18b el profeta una vez más se refiere a la primera imagen acerca de la debilitación. Dios destruye a este coloso arrogante, este mundo hermoso, con cuerpo y alma, de modo que se debilita y desaparece como una persona con tisis.

El v. 19 agrega una segunda característica a esta imagen de un bosque encendido. Cuando todo un bosque se enciende y la tierra también ha sido quemada, algunos árboles permanecen y por aquí y por allá se levantan sobre el llano vacío. Por supuesto, los árboles son pocos y se pueden contar, מְסֻפָּר, de modo que un niño puede contarlos sin mucho esfuerzo y escribir el número. Así de la *massa perdit*a del mundo, que emprende un ataque contra Dios y su pueblo, siempre hay algunos que son ganados y convertidos. Y estos remanentes serán preservados y salvados en el día del juicio. En los capítulos 13 – 23 Isaías proclama juicio a las naciones individuales paganas pero, al mismo tiempo, profetiza que dentro de ese pueblo se hallará un remanente que será convertido al Señor.

v. 20,21 Acontecerá en aquel tiempo, que los que hayan quedado de Israel y los que hayan quedado de la casa de Jacob, nunca más se apoyarán en el que los hirió, sino que se apoyarán con verdad en Jehová, el Santo de Israel. Un resto volverá, el resto de Jacob volverá al Dios fuerte.

En ese tiempo precisamente, como antes se ha representado, Israel, el remanente de Israel será convertido. Delitzsch comenta: “Detrás del juicio de Asiria está la restauración de Israel”. Pero el período, הַיְהִי בַיּוֹם, del que nos ocupamos no es el que sigue al juicio pronunciado sobre Asiria, escrito en los versículos 16-19, ni tampoco el día del juicio, sino es el período antes del juicio final. Porque el verdadero Israel al que se menciona aquí, según el versículo 24 todavía será golpeado por Asiria. El tiempo indicado desde el versículo 12 en adelante es el tiempo durante el cual Asiria todavía está muy activa en la tierra y trata solapadamente con el monte Sión. v. 12. Es el tiempo del Nuevo Testamento del que habla el profeta. Porque según la profecía (por ejemplo, Miqueas 5:2), es una característica de la época mesiánica que los hijos de Israel se convertirán al Señor. En aquel día Israel ya no dependerá de Asiria, como lo hace ahora en los días de Isaías, que le da fuertes palizas, sino del Señor de los ejércitos, el Santo de Israel.

Sin embargo, el discurso no trata de Israel en general, sino del remanente en Israel, que está apartado de la totalidad y escapará el juicio. Éste es el ἐκλογή τοῦ Ἰσραήλ, Rom. 9. Como en 4:2,3, son aquellos de Israel que estaban registrados entre los vivientes y están ordenados para vida. Este verdadero Israel entonces en verdad y pureza dependerá del Señor de los ejércitos, y así santificará al Señor de modo que se aferra a él y confía en él con todo el corazón. Un remanente, un remanente de Jacob volverá al señor. El arrepentimiento y la conversión se le proporcionan al verdadero pueblo de Dios. Porque aun los elegidos por un tiempo han resistido y todos por naturaleza son pecaminosos y corruptos. El remanente será convertido al Dios fuerte. אֵל גְּבוּר es el mismo que se menciona en 9:6 — Cristo Emanuel.

Aquí también los expositores modernos juegan con este nombre una vez más comentando que Dios es quien se ha manifestado en Cristo o Dios en Cristo. Pero si al Mesías directamente se le llama el Dios fuerte, y por tanto es en su propia persona el Dios fuerte, o si alguien dice que Dios se ha manifestado en él o por medio de él, una afirmación con la que están de acuerdo todos los que niegan a Cristo, son dos cosas muy diferentes. El verdadero Israel se aferra al Prometido, a Dios en la carne, Emanuel. A este remanente de Israel, al Israel creyente o a la iglesia de Cristo de Israel, se unirán los gentiles convertidos, los remanentes del mundo pagano. Vea 2:2-4.

v. 22,23 Porque aunque tu pueblo, Israel, sea como las arenas del mar, el resto de él volverá; la destrucción acordada rebosará justicia. Pues el Señor, Jehová de los ejércitos, consumará el exterminio ya determinado en medio de la tierra.

Significativamente, *שְׁאֵר יְשׁוּב*, “un remanente de ellos volverá”, es en sí una promesa pero, al mismo tiempo, tiene un lado inverso aterrador. Sólo un remanente se convierte. No se debe esperar nada bueno de la gran masa. El versículo 22a resalta este lado inverso. La conexión entre el v. 21 y el v. 22a, indicada por *כִּי*, es ésta: un remanente, de hecho será convertido. Esto es todo. Porque aunque Israel fuera tan innumerable como la arena del mar, aún así sólo un remanente se convertirá. La gran masa no lo hará. Está ciega y endurecida. Tropezca con la roca de caída, contra el Dios fuerte. Y así Israel como una nación, como una totalidad, inevitablemente cae víctima de la destrucción y el exterminio.

De hecho, la destrucción final se ha decretado firmemente. *קָרַךְ* significa *τέμνειν*, luego *ἀποτομῶς*, es decir, determinar, concluir absolutamente. La destrucción determinada trae justicia como la fuerza del oleaje. La justicia divina se derrama como un oleaje fuerte en la sentencia que decreta la destrucción sobre el Israel impenitente. Esta sentencia sobre Israel se verifica en la siguiente afirmación de que el Todopoderoso, el Señor de los ejércitos, consumará el exterminio, un golpe firmemente decretado, lo cual quiere decir que traerá la destrucción final sobre toda la tierra. El mundo entero hostil a Dios y hostil a Cristo tiene un decreto irrevocable de destrucción, de exterminio. Y a su tiempo el Todopoderoso, el Señor de los ejércitos, pondrá en efecto este decreto. Según la Escritura, la sentencia sobre Israel es un preludio, una garantía y un comienzo del juicio del mundo. San Pablo se refiere a este pasaje del profeta Isaías en Rom. 10:22,23, en donde trata del destino final del Israel endurecido. El apóstol también pone en contraste la *massa perdit*a y la simiente que Dios retiene para él mismo. Rom. 9:27-29.

v. 24 Por tanto el Señor, Jehová de los ejércitos, dice así: “Pueblo mío, morador de Sión, no temas de Asiria. Con vara te herirá y contra ti alzaré su bastón, a la manera de Egipto;

Ahora el Señor de los ejércitos da ánimo a su pueblo por medio del profeta. Este mensaje: “Pueblo mío... no temas” se conecta con lo anterior con *לֹכֵן*. Inmediatamente antes, en el v. 23, se dijo que Dios algún día traerá la destrucción final sobre toda la tierra. Por tanto, porque Dios juzgará al mundo hostil, el pueblo de Dios no debe temer. Se habla aquí al

pueblo de Dios que mora en Sión. Éste es el verdadero pueblo de Dios, el remanente que vuelve al Dios fuerte, v. 21, al que se unen los remanentes de los gentiles, v. 19, por tanto, la iglesia del Nuevo Testamento.

En sus comentarios el profeta se queda totalmente dentro del período mesiánico. Es cierto, esto sirve para consolar a los remanentes, que durante el tiempo del antiguo pacto se reunían alrededor de la palabra de los profetas al escuchar la voz consoladora de Dios que decía: “Pueblo mío... no temas”. Porque creía en la promesa de la consolación y la salvación futura. Y lo que había de los elegidos en el mundo tanto en el tiempo del antiguo como del nuevo pacto, básicamente es una iglesia. Y en cuanto al pueblo de Dios ahora se dice que la vara de Asiria la golpeaba. La iglesia del Nuevo Testamento también se expone a la opresión y a la persecución de parte de la potencia mundial. Sí, Asiria golpea muy duro. Levanta la vara contra Sión de la misma forma que lo hizo Egipto. El mundo hostil tratará muy duramente al pueblo de Dios, así como Israel suspiraba y se preocupaba bajo las cargas severas y el trabajo forzado en Egipto. Pero no debe temer sino tener buen ánimo. Porque el Señor de los ejércitos, el todopoderoso, está con él. Y después de un breve tiempo el sufrimiento llegará a su fin.

v. 25,26 mas de aquí a muy poco tiempo se acabará mi furor y mi enojo, para destrucción de ellos. Y Jehová de los ejércitos levantará el látigo contra él, como en la matanza de Madián en la peña de Oreb, y alzará su vara sobre el mar como lo hizo en el camino de Egipto.

La razón del mensaje: “Pueblo mío... no temas”, al que ya se hizo alusión con la palabra לָךְ, ahora se describe en mayor detalle. De aquí a muy poco tiempo las cosas serán diferentes. El sufrimiento presente durará sólo poco tiempo. En forma similar, el apóstol Pedro quiere que los cristianos perseguidos sepan que el dolor durará por un poco de tiempo bajo pruebas de muchas clases. 1 Ped. 1:6. Será por poco tiempo, pero después la enemistad cesará. Entonces el pueblo de Dios no verá ni escuchará más sobre la enemistad del mundo, sus injurias y locuras. Entonces la ira de Dios tiene por meta hacer pedazos a los enemigos de su pueblo. תְּבַלֶּיתָ de בָּלָה significa exterminio. El Señor de los ejércitos traerá sobre Asiria un castigo, una calamidad y derrota espeluznante.

El castigo de Asiria se compara con un castigo doble del pasado de Israel. La derrota de Asiria es similar a la derrota que sufrieron los madianitas por la roca de Oreb (roca de la ejecución). En este lugar los Efrainitas mataron a Oreb, el rey de los madianitas. Jueces 7:25. Así, en el día de la ira Asiria será destruida y exterminada. En aquel día la vara se extenderá sobre el mar. Dios lo levantará y la manejará como hizo contra Egipto. יָרָךְ מִצְרַיִם significa o lo que hizo Egipto o lo que sucedió a Egipto. Aquí es el segundo significado. Finalmente le sucederá a Asiria lo que sucedió a Egipto. Cuando Moisés por mandato de Dios extendió su vara sobre el mar, acción que permitió que los hijos de Israel cruzaran en tierra seca, las aguas volvieron a fluir y cubrieron los carros de guerra y jinetes y todo el poderío de faraón, de modo que no quedó vivo ni un solo hombre. Por un milagro similar, el Señor algún día castigará al mundo hostil. Manifestará su gran poder y su fuerza, repentinamente, con un solo golpe, abatirá todo el mundo impío. Lo

cortará en pedazos y lo destruirá por completo. No quedará vivo ni un solo opresor del pueblo de Dios.

v. 27 Acontecerá en aquel tiempo que su carga será quitada de tu hombro y su yugo de tu cerviz, y el yugo se pudrirá por cuanto tú eres mi ungido.

La derrota y exterminio de la potencia mundial traen la libertad y la liberación deseada al pueblo de Dios. Éste aquí se compara con una bestia de carga que ha sido aliviada de su carga y a un animal de tiro cuyo yugo ha sido quebrantado. Así Israel, el verdadero Israel, será liberado de la opresión de Asiria.

Las últimas palabras de este versículo: *עַל מַפְגֵי-שָׁמֶן וְחֶבֶל* han causado a la mayoría de los expositores modernos mucha dificultad y han dado ocasión a revisiones arbitrarias del texto. Pero las palabras dan un significado que es totalmente apropiado. La imagen del animal de tiro y su yugo se invierte hasta cierto punto. El animal de tiro engorda y se hace obeso y debido a la gordura y a la masa gruesa de grasa el yugo se suelta del cuello y se rompe. El yugo consistía en un pedazo de madera extendido sobre los lomos y unido por debajo del cuello con una soga. Mientras que en otros respectos todo yugo, como dice en forma pertinente Kimchi, tiende a herir la carne flaca del animal debido a la presión y la fricción, aquí ocurre lo opuesto, poner yugo al animal hace daño al yugo. Esta imagen indica el hecho de que el pueblo de Dios vence al mundo también desde adentro. La liberación viene desde fuera: el yugo será quitado; pero también desde adentro: el yugo será quebrantado. Nuestra fe es la victoria que vence el mundo. Y cuando en aquel día el Señor juzgará y destruirá el mundo y con eso liberará y redimirá a su pueblo, los creyentes no sólo tranquila y pasivamente observarán lo que hace el Señor, sino ellos con Cristo juzgarán al mundo. 1 Cor. 6:2.

Lo que se está profetizando en estos versículos, v. 24-27, es la redención final del pueblo de Dios. También de acuerdo con la profecía la redención del Nuevo Testamento ocurre en dos acciones. Los profetas frecuentemente ven la redención futura como una totalidad. En otros pasajes distinguen las dos grandes obras redentoras de Dios. Así también Isaías.

La primera, por ejemplo, se describe en 9:1 y sig., con expresiones y palabras similares a las que encontramos en esta sección, quebrantar el yugo y la vara. 9:4. Esta redención procede del niño que nos es nacido, del hijo que nos es dado, de Cristo Emanuel, quien aparece humildemente sobre la tierra, sucede por medio de Cristo soportando justicia y juicio, 1:27; 9:7; 53:8, y consiste esencialmente en esto, que el pueblo de Dios será redimido del pecado, de la culpa y del castigo. 40:2; Cap. 53.

Después de esto sigue el reinado de paz de Cristo. 9:7. Sin embargo, esta paz es una bendición espiritual, la paz de conciencia, la paz con Dios. Externamente el pueblo que ha vuelto al Dios fuerte todavía enfrenta lucha y conflicto. Asiria, la potencia mundial, lo oprime y azota duramente. Pero llega un día cuando esta situación llegará a su fin. Entonces el Señor de los ejércitos aparece en el esplendor de su majestad. Entonces aterrorizará a toda la tierra, 2:12 y sig., y traerá la ruina a un mundo hostil y quitará el

yugo y la carga de su pueblo oprimido. Ésta es la redención final, la consumación de la redención. Entonces Israel será redimido de todo mal.

Así también en el Nuevo Testamento se habla de una redención doble: la redención que ha ocurrido por medio de Cristo, la redención mediante su sangre, el perdón de los pecados, Rom. 3:24; Efe. 1:7; y la redención futura cuando regrese Cristo, la redención de todo mal. Lucas 21:28; 2 Tim. 4:18.

v. 28-32 Vino hasta Ajat, pasó hasta Migrón y en Micmas contará su ejército. Pasaron el vado, se alojaron en Geba, Ramá tembló y Gabaa de Saúl huyó. ¡Grita en alta voz, hija de Galim; haz que se oiga hacia Lais, pobrecita Anatot! Madmena se alborotó y los moradores de Gebim huyen. Aún vendrá día cuando reposará en Nob y alzará su mano al monte de la hija de Sión, al collado de Jerusalén.

En esta sección el profeta con lenguaje pintoresco describe el avance de un ejército poderoso que va rumbo a Jerusalén. El enemigo, Asiria, se acerca a la ciudad desde el norte. En camino pasa por pueblos que están al norte de Jerusalén. Los pueblos mencionados aquí todavía son aldeas o tienen nombres similares. El enemigo se acerca a Ajat, pasa a Migrón, deja su equipaje en Micmas, para que no le sea una carga en su ataque contra Jerusalén. Pasan por el cañón estrecho y accidentado que es el wadi Suweinit y levanta su campamento en Geba para pasar la noche. Al día siguiente, el ejército enemigo con marcha forzada se dirige hacia su objetivo. Causa terror ante él. Ramá, el hogar de Samuel, se preocupa. Gabaa, el hogar de Saúl, siente pánico. El profeta, que en espíritu vive lo que aquí se describe y siente compasión, llama a la hija, indicando la población, de Galim, a gritar con fuerza al pueblo de Lais: “¡Escúchame Lais, viene el enemigo! ¡Pobrecita Anatot!” Anatot, el lugar de nacimiento del profeta Jeremías, recibe un tratamiento duro a manos del ejército que marcha por allí. Madmena se da a la fuga. Los habitantes de Gebim reúnen sus posesiones para huirse. Más adelante, el mismo día Asiria levanta su campamento en Nob, un terreno alto al norte de Jerusalén, con vista a la ciudad. לַעֲמֹד, para estar allí, para quedarse. Y ahora en espíritu el profeta ve al enemigo dando la señal para asestar contra el monte Sión-Jerusalén el golpe devastador.

Ahora bien, ¿a qué acontecimiento se refiere esto? La mayoría de los expositores modernos piensan que ésta es una profecía de la invasión de la tierra de Judá en el año 714 por Senaquerib, el rey de Asiria. Pero entonces la narrativa profética no coincide con la realidad histórica. Porque sabemos por Is. 36 que Senaquerib conquistó las ciudades de Judá al sudeste de Jerusalén y no se acercaron a la capital sino sólo enviaron mensajeros a Jerusalén desde Lais para exigir que el rey Ezequías se entregara, mientras según la sección que tenemos aquí el enemigo vino desde el norte y avanzó hasta los muros de Jerusalén.

Es un subterfugio cuando Bredenkamp y Delitzsch, por ejemplo, tratan de resolver esta disonancia entre la profecía y el cumplimiento, diciendo que se debe tomar lo que dice el profeta en un sentido ideal. Más bien, el monte de la hija de Sión y el collado de Jerusalén son, como Jerusalén y Sión en el v. 12 y en el v. 24, el verdadero pueblo de

Dios, la iglesia reunida alrededor de Cristo Emanuel, el Dios fuerte. Y en esta profecía Asiria en general es la potencia mundial en enemistad con el pueblo de Dios. Y aquí se profetiza un último poderoso ataque de parte del mundo hostil contra la iglesia del nuevo pacto, representado como un ataque de un ejército hostil contra Jerusalén. Los ejércitos paganos que durante el transcurso del tiempo asolaron a Jerusalén normalmente venían desde el norte. En los otros tres lados, los profundos valles hacían casi imposible atacar la ciudad.

Ésta no es una historia idealizada de una guerra, sino simplemente lenguaje figurado. Es la costumbre usual de los profetas ilustrar las cosas y acontecimientos del Nuevo Testamento con imágenes y expresiones tomadas de situaciones del Antiguo Testamento. Aquí también distinguimos entre el asunto mismo y la forma lingüística en que se reviste el asunto. En cuanto a las verdaderas circunstancias, determinadas desde muchos indicios, el contexto no deja nada en duda. El pueblo del nuevo pacto en general es golpeado por la vara de Asiria, la potencia mundial. Pero en la época final precisamente antes del fin, así como se profetiza también en otras partes, por ejemplo en Zac. 14:1 y sig., se intensificará la enemistad. El mundo hostil levantará su mano para asestar un golpe final devastador contra la iglesia de Dios.

La profecía escrita en el Nuevo Testamento es análoga a ésta. Cristo predijo a sus discípulos que antes de su regreso habrá una tribulación sin precedentes. Los apóstoles de Cristo señalan la hora final de la época del Nuevo Testamento como un período singularmente malvado. Vivimos ahora en esta hora final. Vemos el cumplimiento de la profecía. Es un milagro divino que con la proliferación de la impiedad y la enemistad contra Cristo no ha desaparecido la iglesia de Cristo de la faz de la tierra.

v. 33,34 *He aquí el Señor, Jehová de los ejércitos, desgajará el ramaje con violencia; los árboles de gran altura serán cortados, los altos serán derribados. Cortará con hierro la espesura del bosque y el Líbano caerá con estruendo.*

El juicio contra Asiria se proyecta aquí en la imagen de un magnífico bosque montañoso, así como en los v. 16 y sig. en la imagen de un incendio de bosque. En el mismo momento en que Asiria levanta su mano contra el monte Sión, el Señor de los ejércitos, el Todopoderoso, interviene. Corta, separa las ramas de este bosque militar. מְסַטֵּף es un verbo de separación: cortar, separar las ramas. פְּאֲרָה = פְּאֲרָה es el adorno de los árboles, las ramas con sus hojas. מְעַרְצָה es el poder aterrador aplastante de Dios. Aun los árboles más altos no quedan en pie. Son cortados y son derribados. La espesura del bosque el Todopoderoso la corta. Todo el magnífico bosque del Líbano es humillado por algo majestuoso, con la aparición del Señor de los ejércitos en su gloria. El poder armado de Asiria, que buscaba dar el toque de gracia contra Jerusalén, es eliminado de un solo golpe. Y todo el poderío militar, incluyendo a los generales, fue destruido por el brazo del Señor de los ejércitos. En otras palabras, la potencia mundial hostil, la *massa perdit* y los altos y gloriosos del mundo, en el mismo momento cuando busca destruir al pueblo de Dios, será ella misma destruida por un solo golpe del Todopoderoso, del poder aterrador del Dios majestuoso.

Esta descripción de juicio no se refiere a aquella obra poderosa de Dios en el año 714, cuando el Ángel del Señor en una noche mató a 185,000 hombres del ejército de Senaquerib. El contexto de la profecía hace que también aquí, como en los v. 16-19 y v. 25,26, pensemos en aquella acción todopoderosa y majestuosa de Dios que pondrá fin a todo el mundo hostil a Dios y trae la liberación completa al pueblo de Dios. Lo que leemos aquí acerca de la aparición del Glorioso y acerca del poder aterrador del Todopoderoso coincide con el v. 23, que dice que el Señor completará el exterminio que ha decretado para la tierra. Esto está de acuerdo con lo profetizado en 2:12 y sig. acerca del día de Jehová, cuando el Señor de los ejércitos aparecerá en su magnífica majestad, cuando tendrá el propósito de aterrar a la tierra, cuando todo lo que está exaltado en la tierra será abatido. Aquí en 10:33,34 encontramos las mismas expresiones distintas con que el profeta en 2:12 ha descrito la potencia mundial universal. Y se resalta especialmente en nuestro pasaje que cuando la situación de la iglesia sea más desfavorable, en ese mismo tiempo el Auxiliador y Redentor todopoderoso aparecerá. Hace que el golpe mortal dirigido contra la iglesia se vuelva contra sus enemigos. Vea Zac. 14:3ss.

Por tanto, como hemos visto, en la profecía que acabamos de discutir, 10:5-34, el profeta pone a la vista al mundo hostil a Dios y la potencia mundial, su comportamiento y su destino final. Lucha por ganancia, autoridad, gloria. Quiere reunir para sí la tierra entera, es brutal. Traspasa las fronteras. Pisotea toda ordenanza humana y divina. Se levanta contra Dios, de hecho, por encima de Dios. Blasfema contra el Altísimo. Y demuestra su disposición hostil a Dios asolando, oprimiendo y persiguiendo al pueblo de Dios en la tierra. Y entre más tiempo se ocupa con esto, tanto más urgente es finalmente exterminar la iglesia de Dios de la faz de la tierra. Pero todavía está sujeto a Dios. Y Dios usa su instrumento para cumplir sus propósitos, por ejemplo cuando por medio de él censura y juzga al Israel rebelde y prueba y purifica al verdadero Israel. Y viene un día cuando será manifiesto que el Señor de los ejércitos es Dios, sólo él, cuando el Todopoderoso con el terror de su majestad aplastará y destruirá este mundo arrogante de un golpe.

Así en pocas palabras concisas la profecía describe todo el transcurso de la historia del mundo y al final de la historia del mundo, el juicio del mundo. Al mismo tiempo, muestra cuán entretejido está el destino del pueblo de Dios con la historia y el destino del mundo. La iglesia de Dios, la iglesia de Cristo, tiene que soportar mucho del mundo. Pero el Dios fuerte mantiene las riendas del mundo. Y en el día cuando juzgue al mundo, el Señor liberará a su iglesia de todo mal. Entonces triunfará el pueblo de Dios.

Por consiguiente, el pensamiento principal de esta sección es **el ay pronunciado contra Asiria, la potencia mundial.**

Isaías 11:1-10

v. 1: Saldrá una vara del tronco de Isaí, un vástago crecerá de sus raíces.

Quedará claro cómo la profecía que comienza aquí se vincula con la sección anterior una vez que hayamos examinado el contenido del capítulo 11. El profeta ha dicho todo lo que tiene que decir de Asiria. Comienza su discurso de nuevo. Ahora habla de un futuro David que saldrá de la familia de Isaí. En espíritu ve la casa de Isaí o David, pero en circunstancias humildes, miserables. Antes esta casa y esta familia de David, especialmente en el tiempo de Salomón, era semejante a un árbol fuerte y orgulloso. Pero ahora, en el tiempo que prevé el profeta, el tronco fuerte y sus ramas y copa han sido talados. Sólo queda un tocón, *עֲזָבָה*, una raíz, *שֵׁרֶשֶׁת*. La casa de David ha vuelto a sus humildes orígenes. Sin embargo, fíjense, de este tocón y raíz sale un rebrote, una rama nueva y verde. Por supuesto, es contrario a la naturaleza que de un tocón seco que ya no tiene vida ni vitalidad salga un rebrote. Es un milagro divino.

Aun los rabinos han reconocido que esta vara de la familia de David se refiere al Cristo, el Hijo de David. El rebrote que contrario a la naturaleza sale del tocón seco obviamente no es otro sino el renuevo de Jehová, 4:2, el que contrario a las leyes de la naturaleza debe ser concebido y nacido de la virgen María en forma milagrosa, 7:14. Fue profetizado en el capítulo 7 que Cristo, el Hijo de la virgen, nacería entre la miseria de su pueblo y participaría de esa miseria y pobreza. Así se dice aquí que saldrá de la familia pobre y decaída de David. Sale de un origen humilde y en su vida terrenal es pobre y objeto de desprecio. “Subirá cual renuevo delante de él, como raíz de tierra seca. No hay hermosura en él, ni esplendor; lo veremos, mas sin atractivo alguno para que lo apreciemos” (Is. 53:2).

Esta profecía se ha cumplido al pie de la letra. Cristo nació de una virgen, de una pobre hija de David, comprometida con un hombre pobre de la casa de David, en profunda pobreza y humildad. En la tranquila soledad creció en Nazaret. Y mientras estaba en la tierra fue y seguía siendo un *Ναζοραῖος*, Mat. 2:23, un *נֶצֶר*, una rama despreciada y sin ningún atractivo, de quien los hombres apartaban la vista, a quien no querían. Pero el profeta inmediatamente añade que este rebrote producirá fruto. Crece en un tronco, adquiere ramas, crece para convertirse en un árbol fuerte y produce fruto. Después del estado de humillación de Cristo sigue el estado de exaltación y gloria real. Se menciona precisamente la producción de fruto. Estos frutos son los discípulos del Mesías, los hijos que el Señor le da (Is. 8:16,18). En 53:10 Isaías dice con respecto a esa vara que tendrá una simiente. En otras partes en la profecía los que sirven a Cristo el Rey también aparecen como sus hijos. Al sacerdote-rey Melquisedec le nacerán hijos como el rocío de la mañana. Estos hijos que nacen constituyen el pueblo que voluntariamente lo sigue (Sal. 110:3). Así Cristo dice en el Nuevo Testamento que el grano de trigo, después de que ha muerto, producirá mucho fruto (Juan 12:24). “Y yo, cuando sea levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Juan 12:32). Los creyentes, que llaman a Jesucristo su Señor, nacen de él, son miembros de su cuerpo, de su carne y sangre, (Efe. 5:30), tienen la naturaleza de Cristo, son unidos en espíritu con el Señor.

v. 2: Y el Espíritu de Jehová descansará sobre él, el Espíritu de sabiduría y entendimiento, el Espíritu de consejo y poder, el Espíritu de conocimiento y del temor de Jehová.

El Espíritu del Señor viene sobre el Hijo de David y descansa sobre él. Por el gutural en עָלָיו el acento está en la última sílaba en וְנָחָהּ. La expresión recuerda la afirmación similar de Juan el Bautista, que vio el Espíritu descendiendo y permaneciendo sobre Jesús, Juan 1:32. Cristo es Emanuel, Dios en carne humana, el Dios fuerte. Sin embargo, el Espíritu de Dios penetra y controla completamente también su naturaleza humana, su vida y actividad humana desde el principio. El Espíritu de Dios unge ilimitadamente al rebrote despreciado.

Al Espíritu que descansa sobre él se le dan siete nombres que designan los diferentes dones y poderes del Espíritu. En base a este pasaje la iglesia habla del *Spiritus sempiternus*. Así, la profecía de Zacarías, 4:6,10 y Apo. 1:3,4; 3:1; 4:5; 5:6 hablan de los siete ojos o los siete Espíritus de Dios, es decir, del Espíritu de Dios en la diversidad de sus dones, poderes y actividades.

El primer nombre y el más común, רוּחַ יְהוָה, el Espíritu de Jehová, designa el Espíritu como “el que lleva toda la plenitud del poder divino”.

Y ahora se resaltan seis dones especiales que están unidos en pares. רוּחַ חֵכְמָה es el Espíritu de sabiduría, la σοφία que investiga la esencia de las cosas, también las profundidades de la Deidad. Y רוּחַ בִּינָה es el Espíritu del entendimiento, que comprende la distinción de las cosas. Y aquel sobre quien ahora descansa el Espíritu de sabiduría y entendimiento ahora también manifiesta la sabiduría celestial, divina a los hombres y muestra qué es bueno y malo.

El segundo nombre doble del Espíritu: “El Espíritu de consejo y de poder”, se refiere al nombre doble que se le da al Mesías: “Consejero”, “Dios fuerte”. El que es ungido con el Espíritu de consejo y poder sabe qué hacer cuando su pueblo tiene extrema necesidad y da consejo y trae a su pueblo la redención por tanto tiempo esperada.

El último par se refiere a la relación directa del Hijo de David con Dios y su conducta con él. דַּעַת יְהוָה, como Delitzsch dice apropiadamente, es “conocimiento fundado en el compañerismo del amor”, y יְרֵאת יְהוָה es “el temor del Señor que se expresa en la adoración”.

Lo que leemos aquí en el v. 2 indica la obra que el Mesías cumple en el poder del Espíritu de Dios durante su presencia visible y humilde en la tierra. El gobierno real del Exaltado primero se presenta en el v. 3 en adelante. Así el Nuevo Testamento testifica que el Hijo de David, Jesucristo, que fue concebido y nacido por el poder del Espíritu Santo de la virgen María fue ungido sin límite con el Espíritu de Dios, y que el Espíritu ya estaba con el niño Jesús; y que en el bautismo, cuando estaba a punto de ser revelado a Israel, el Espíritu de Dios descendió sobre él en forma visible; y que él, ungido con el Espíritu Santo y con poder hacía el bien. Hech. 10:38. Durante toda su vida y su actividad aquí en la tierra Cristo manifestó los dones y poderes del Espíritu. Toda su vida fue una sumisión, temor, amor y obediencia a Dios. Predicó con poder y no como los escribas, reveló a los

inmaduros los misterios de Dios y les mostró el camino de Dios. Aconsejó y ayudó a su pueblo en todas sus necesidades y los libró de sus más graves aflicciones. Mediante el sufrimiento y la muerte redimió a Israel de todos sus pecados.

v. 3: Y se deleitará en el temor de Jehová, y no juzgará según lo que vean sus ojos, ni decidirá según lo que oigan sus oídos.

Las primeras palabras *וְהָרִיחוּ בְיִרְאַת יְהוָה* se interpretan de varias maneras. Bredenkamp traduce: “su aliento ocurre en el temor del Señor”, de modo que el temor del Señor aparece como el elemento que el Mesías respira. Pero *וְהָרִיחַ ב* sencillamente significa oler algo grato, así como *בְּרִיחָה ב* significa: mirar algo con deleite. Tampoco el significado es que Cristo tuvo para sí mismo deleite en temer a Dios y así anduvo en el temor de Dios. Más bien la expresión indica la ofrenda y la aceptación de la ofrenda de parte de Dios. Según las Escrituras las ofrendas de los justos son olor grato para Dios *וְרִיחַ הַגִּיחָהוּ*. Vea Gén. 8:21; Lev. 26:31; Amos 5:21. Así el temor de Jehová es un olor grato para el Mesías. Así Rosenmueller, Gesenius, Hitzig, Knobel, Delitzsch.

El temor de Jehová es una ofrenda que los hombres presentan a Cristo, y a él le agrada esta ofrenda. El Hijo de David, la Rama menospreciada (v. 1), después de completar su obra en la tierra en el poder del Espíritu de Dios (v. 2), ahora se sienta sobre el trono de Dios (v. 3). Es exaltado a Dios y con su propia exaltación ha sido manifestado con poder como el Dios fuerte. El Hijo del hombre por excelencia ahora derrama al Espíritu con que él mismo fue ungido y que es suyo, sobre toda carne y por su Espíritu implanta el temor de Jehová, en verdad, el conocimiento, el temor y el amor de Jehová en los corazones humanos. Así produce mucho fruto. De esta manera engendra muchos hijos que tienen su actitud y naturaleza. Y como Dios, ahora acepta la ofrenda que presentan los hombres y se agrada y se deleita en estas ofrendas del corazón que se dan en el temor del Señor. Sigue diciendo que no es guiado por ni decide conforme a lo que ve y escucha; no juzga según la apariencia exterior, sino mira el corazón y lo escudriña. Y los que temen a Dios con todo el corazón le agradan; son sus amados hijos.

v. 4,5: Sino con justicia juzgará a los pobres, y decidirá con equidad a favor de los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el aliento de sus labios matará a los impíos. Y la justicia será la cinta de sus caderas y la fidelidad la cinta de su cintura.

El profeta continúa su descripción del gobierno real de Cristo. El Cristo exaltado es el Dios y Rey de Israel, del Israel verdadero. Su gobierno beneficia a los humildes y mansos de la tierra.

Los *דְּלִיִּם*, los pobres, y los *עֲנָוִים*, los humildes, los mansos, como los *עֲנָוִים* en 3:15 y 10:2 son el verdadero pueblo de Dios, los mismos que según el v. 3 verdaderamente temen y adoran a Dios con todo el corazón. Los *πτωχοί* y *πραεῖς* de la tierra (Mat. 5) son los súbditos del rey Cristo. Son los pobres y humildes porque tienen que sufrir mucho a manos del mundo hostil y por eso demuestran su temor de Dios en humildad,

mansedumbre y paciencia. Sin embargo, tienen al mismo Cristo que está sentado en el trono de Dios como su Rey, Juez y Gobernante. Los juzga con equidad y justicia. Los protege. No permite que se destruyan, sino los ayuda a obtener justicia. Y esto también lo hace hiriendo y matando la tierra, es decir, “el mundo anticristiano” (Delitzsch), y el malo. $\psi\psi\eta$ aquí no es un colectivo, sino como dice correctamente Delitzsch, es singular.

Aquí tratamos de aquel en quien la enemistad contra el Señor y su Ungido culmina en toda su maldad. Se refiere a aquel enemigo único de Dios y Cristo, el enemigo principal que la profecía del Antiguo Testamento también indica en otros lugares, por ejemplo en Sal. 68:21; 110:6; Hab. 3:13, el $\alpha\lambda\lambda\omicron\mu\omicron\varsigma$, el hombre de pecado, de quien Pablo profetiza en 2 Tes. 2:3 y sig. A él Cristo lo herirá, juzgará, azotará. Pero no se profetiza el juicio final aquí, cuando Jehová de los ejércitos aparecerá en su gloriosa majestad y con su poder aterrador abatirá y aniquilará el enemigo de él y su pueblo. Antes de esto, antes del fin del mundo, Cristo con la vara de su boca y el aliento de sus labios herirá y matará al anticristo y todo su mundo hostil. Lo juzgará espiritualmente y lo aniquilará con su palabra y Espíritu. Así también San Pablo en 2 Tes. 2:8 distingue la matanza del Anticristo por la palabra de Cristo de la destrucción final que le sucederá cuando aparezca el Señor.

Esta profecía ahora se ha cumplido. Cristo, el Señor de la iglesia, con el evangelio que Lutero proclamó a las naciones de la tierra, ha juzgado espiritualmente y condenado al Anticristo, lo reveló ante el mundo entero como el gran engañador y malhechor, y con eso ha liberado y ayudado a su rebaño pobre y humilde en la tierra. Sí, Cristo ya ahora, en este tiempo, en varias formas demuestra que él es el Señor que está gobernando a su iglesia. La justicia y la fidelidad, como dice además el profeta, son la cinta de sus caderas. Así como la cinta amarra la ropa alrededor del cuerpo, así el gobierno real de Cristo es normado y ordenado por la justicia y la fidelidad. Aplica su justicia y fidelidad impidiendo y protegiendo contra los enemigos de su iglesia y fortaleciendo a su pobre iglesia con su gran protección y sostén.

v. 6-8: El lobo morará con el cordero, y el leopardo con el cabrito; y el becerro con el león joven y el becerro gordo juntos; y un niño pequeño los guiará. Y la vaca y el oso pastarán, y sus crías se acostarán juntas, y el león comerá paja como el buey. Y el niño de pecho jugará sobre el hoyo de la cobra, y el niño destetado pondrá su mano en el nido de la culebra.

Durante el reinado del Hijo de David sucederá lo que está aquí escrito. Los lobos, los leones y los osos morarán entre los corderos, los becerros, los bueyes, las cabras; sus crías se acostarán juntas. Los primeros no hacen daño a los últimos. Los animales silvestres ya no hacen daño ni son peligrosos para los seres humanos. Un niño pequeño guía un hato de bueyes y un león delante de él. Los lobos, los osos y los leones han abandonado su naturaleza salvaje; ya no tienen sed de sangre. Los osos pastan como vacas; el león come paja como el buey. Un niño pequeño juega sobre la cueva de la cobra. Se deleite viendo al animal de piel terso y colorido entrar y salir, y la víbora no le hace daño. $\psi\psi\psi\psi$, pilpel de $\psi\psi\psi$, acariciar, significa deleitarse, gozarse. Sal. 94:19; 119:70. El niño destetado extiende su mano sobre la cueva de la culebra para cogerla y

jugar con ella. Las víboras ya no pican y ya no son venenosas. Los antiguos exegetas judíos y los expositores modernos interpretan el sustantivo מְאוֹרָהּ como las pupilas del ojo, de modo que el significado sería que el niño extiende su mano hacia los ojos parpadeantes y fascinantes de la serpiente. Pero el significado de “lugar luminoso”, “apertura” donde entra la luz es lo más inmediato y el paralelismo lo exige, וְהָ, v. 8a.

¿Cómo debemos entender toda esta imagen figurada? La mayoría de los comentaristas modernos lo toman en su sentido literal, los racionalistas como un hermoso deseo y sueño piadoso del profeta; otros, como Drechsler, Delitzsch, Bredenkamp como una descripción del futuro mundo glorificado. En la nueva tierra, se cree, volverá una condición celestial a la tierra similar a la que existía en el comienzo. Los animales serán domesticados, y vivirán en armonía entre ellos y los seres humanos. Pero entender la profecía en esta forma sería muy singular. Cuando los profetas en otras partes profetizan de nuevos cielos y nueva tierra, por ejemplo, Is. 65:17ss; 66:22 y sig.; cuando San Pablo en Romanos 8:19 habla de la liberación de la criatura y la criatura comparte la gloriosa libertad de los hijos de Dios, la Escritura no conoce ni dice nada de un mundo animal, como tampoco habla de un reino mineral o vegetal en la nueva tierra. Más bien, en la tierra todo será nuevo, espiritual, divino.

En otras partes, en donde en el contexto habla de la nueva tierra, encontramos expresiones similares a las que tenemos en nuestro pasaje. Por ejemplo, Is. 65:25: “El lobo y el cordero serán apacentados juntos; el león comerá paja como el buey y el polvo será el alimento de la serpiente”. Obviamente es lenguaje figurado. En el contexto, 65:17 y sig., el gozo sereno de la vida eterna que los elegidos, no los animales, gozan (v. 22), se describe con colores e imágenes tomadas de este presente mundo y tiempo. Los seres humanos estamos limitados durante este tiempo presente, en nuestras imágenes mentales tanto como en nuestro lenguaje, a este mundo material. Así el Espíritu Santo se adapta a nuestro modo de pensar y hablar cuando quiere explicarnos cosas sobrenaturales, las bendiciones futuras y los gozos celestiales. Los que abogan por el concepto literal de hecho también reconocen que en nuestro pasaje existe una “presentación idealizada” y lo llaman “un literalismo estúpido” “si preguntáramos si en el reino mesiánico los leones realmente comerán paja” (Bredenkamp). Por otro lado, protestan cuando se cambian los animales, leones, osos, leopardos a seres humanos. Así como no quieren que se diga que en la tierra glorificada los osos realmente pastarán y los leones comerán paja.

¿Pero entonces en dónde ponemos el límite entre el espíritu y la letra, entre la realidad y la imagen? Finalmente se admite que no es fácil “ni la predilección de todo el mundo determinar el límite entre el idealismo y el realismo en la exposición”. Esta admisión realmente concede que esta explicación moderna resulte vaga y ambigua. El entendimiento correcto resulta de lo que el profeta agrega en el v. 9, como de todo el contexto del discurso profético.

v. 9: No harán daño ni destruirán en todo mi santo monte: porque la tierra estará llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar.

La primera pregunta es ¿cuál es el sujeto del v. 9a? ¿Son los animales que se nombran en los v. 6-8, como los realistas suponen, o son seres humanos? A favor de la primera interpretación se apela a Is. 65:25. Sin embargo, allí también es posible traducir: “No afligirán ni harán mal en todo mi santo monte”, por cuanto el sujeto automáticamente por sí proviene del contexto. No obstante, aunque interpretemos los sustantivos del v. 25a, lobos, leones, serpientes, como el sujeto gramatical de los verbos del v. 25b, el significado todavía no es otro sino que los habitantes de la nueva tierra, los elegidos, cuya felicidad se describe en todo el contexto, no se afligirán ni se harán mal los unos a los otros. En nuestro pasaje la situación en el v. 9a y 9b absolutamente excluye referir el v. 9a a los animales. El que los sujetos nombrados en el v. 9a no hacen ningún mal, no hacen daño respalda al v. 9b (כִּי) con el hecho de que la tierra está llena del conocimiento de Jehová, de modo que el conocimiento del Señor es como aguas que llenan el mar, realmente (לִיַם), le cubren. Aquellos en la tierra que conocen al Señor no pueden ser los animales sino sólo los seres humanos. Y los que conocen al Señor dan evidencia de su conocimiento y no afligen ni hacen ningún mal a nadie. El conocimiento del Señor es la razón, la fuente y el motivo de este comportamiento, de que no hacen daño a nadie. Los que conocen al Señor obviamente son las mismas personas que según el v. 3 traen al Cristo exaltado la ofrenda del temor de Jehová y la adoración.

El conocimiento, el amor y el temor de Jehová es la disposición del verdadero pueblo de Dios, de los ciudadanos y súbditos del reino del Mesías. Luego esta disposición suya se expresa en lo que hacen y cómo se comportan, en su conducta los unos con los otros. No infligen ni hacen daño los unos a los otros, sino viven entre sí en tranquilidad y amor. Y seguramente es la disposición actual de los creyentes que conocen, temen y aman al Señor y aman y hacen bien los unos a los otros.

En esta profecía el profeta no mira el estado futuro de perfección, sino describe el reino de Cristo en esta tierra. Los que temen a Jehová, los súbditos del Rey Cristo, son los humildes y mansos del v. 3, que tienen que soportar mucho en la tierra impía del mundo anticristiano (v. 4), por tanto todavía tienen que vivir en este mundo malvado.

El lugar en donde viven los que conocen al Señor y no afligen ni hacen mal se llama en el v. 9a “todo mi santo monte” y en v. 9b la tierra. Porque אֶרֶץ אֱלֹהִים aquí seguramente significa lo mismo que en el v. 4, la “tierra” y no “el país”. También la comparación del conocimiento del Señor con las aguas que llenan el mar sólo es apropiada si se piensa que la tierra, no un país particular de la tierra, está llena del conocimiento del Señor. Como en Is. 57:13; Sal. 78:54; Éxo. 15:17, el “santo monte de Dios” es idéntico a la tierra de Canaán, que es un país completamente montañoso. Pero es el Canaán, la Tierra Santa del Nuevo Testamento, el área del reinado y el gobierno del Hijo de David en lo que piensa el profeta aquí. Y éste se extiende sobre toda la tierra.

Sin embargo, la afirmación de que la tierra está llena del conocimiento de Jehová no se debe forzar, en el sentido de que ahora todos los habitantes de la tierra sin excepción en el tiempo del Mesías llegarán a conocer al Señor y realmente serán súbditos y ciudadanos en el reino de Cristo. Al contrario, como en v. 4, la tierra aparece como impía, como el

enemigo de Dios y de su Mesías. La gran masa de la humanidad es y sigue siendo una masa perdida. El verdadero pueblo de Dios sigue siendo el rebaño pequeño. Sin embargo, puesto que este pequeño rebaño, que conoce y teme al Señor, se extiende sobre toda la tierra, se puede decir que la tierra está llena del conocimiento de Jehová.

Cuando alguien entiende correctamente el v. 9, no puede haber ya ninguna duda de cómo debe entender la hermosa escena del reino animal en los v. 6-8. Los padres de la iglesia, los teólogos luteranos, como también los reformados, por ejemplo Calvino, Vitranga, lo entienden como figurado, como una imagen hermosa de la armonía, la tranquilidad y el amor bendito que prevalece en el reino o la iglesia de Cristo. Esta interpretación eclesiástica es la correcta. Los v. 6-8 son imágenes, y el v. 9 explica estos imágenes.

El pensamiento que se está ilustrando con la metáfora de la transformación de los animales silvestres y la coexistencia pacífica de los que eran animales silvestres y los domésticos es que los ciudadanos del reino de Cristo, que conocen y aman al Señor, ya no hacen daño, que los hombres son transformados por el conocimiento del Señor, se hacen nuevos hombres, abandonan su antigua naturaleza burda y brutal, se hacen apacibles, bondadosos, mansos y moran los unos con los otros como hermanos. La paz en el reino mesiánico se representa en alegoría en una forma similar en 2:4 y 9:3.

Subrayamos una vez más que toda esta profecía describe el estado presente del reino de Cristo, la época actual, donde los impíos y el mundo anticristiano todavía existen en la tierra. El reino de Cristo, porque tiene en su contra al mundo malo y a la gente impía, es todavía un reino de la cruz, pero al mismo tiempo, es un reino de paz y amor, un paraíso bendito. Sí, paz en la tierra.

Sin embargo, debemos permanecer con el punto de comparación. Muchos teólogos antiguos dan explicaciones prolijas a las escenas individuales de la alegoría, v. 6-8, imaginan que los leones, lobos, leopardos y osos son los gentiles, las vacas, los bueyes, los corderos y los cabritos son Israel, el niño pequeño sobre el nido de la cobra es el Hijo de la virgen, Cristo, que aplasta la cabeza de la serpiente, la paja que el león come es el evangelio que los gentiles reciben. Esto es arbitrario y frívolo. Nos quedamos dentro de los límites prescritos, como el único pensamiento que se nos presenta aquí con colores hermosos, la comunión de los santos (Calov). Finalmente, casi ni debe ser necesario decir que aquí se caracteriza la naturaleza prevaleciente de la comunión de los creyentes y que esta caracterización no excluye que los creyentes, mientras vivan en este mundo, todavía tengan mucho pecado e imperfección que se adhiere a ellos, que todavía hacen muchas cosas que van en contra de la paz y el amor. También el apóstol claramente llama a los cristianos elegidos, santos y amados.

v. 10: Y en aquel día habrá una raíz de Isaí, que estará como estandarte para el pueblo: a él buscarán los gentiles; y su descanso será glorioso.

Ahora sigue una nueva afirmación relacionada con el reino y gobierno de Cristo, y se relaciona con la difusión del evangelio. La raíz de Isaí, el Hijo exaltado de David, entonces está como una bandera y un estandarte que atrae a las naciones y las une. Cómo

se levanta este estandarte y cómo se hace visible sobre la tierra se ve en el versículo análogo 4:2,3. La Tora del Nuevo Testamento, el informe sobre Cristo-Emanuel y su redención, sale a todas las tierras. Y el efecto de esta predicación es que las naciones, los gentiles, vienen a Cristo; preguntan por él, יִדְרְשׁוּ, creen en él, esperan en él. Rom. 15:12. Es obvio que no quiere decir aquí las naciones gentiles en su totalidad y cada individuo, porque previamente la tierra se caracterizó como impía, sino los remanentes de todas las naciones, 10:19. Así Cristo aparece aquí como el rey y gobernante de las naciones, quien él mismo atrae a los gentiles y los hace sus súbditos. El reino de paz de Cristo se extiende sobre toda la tierra. San Pablo da con el significado de la profecía cuando en Rom. 15:12 cita las palabras según la Septuaginta: ὁ ἀνιστάμενος ἄρχειν ἐθνῶν.

A esta afirmación clara y positiva acerca de la conversión de los gentiles le sigue una oración que no es tan clara: וְהִיְתָה מְנַחֵם בְּבוֹד.

Los antiguos, generalmente, aquí siguen la Vulgata: “*et erit sepulcrum ejus gloriosum*”, y aplican estas palabras al descanso en el sepulcro, a la sepultura honrosa de Cristo. Sin embargo, este pensamiento no cabe en absoluto en el contexto.

Por eso con el “descanso” del Hijo de David otros comentaristas de antaño han entendido la iglesia reunida de entre los gentiles. Cristo descansa en su iglesia, y este descanso es glorioso, sencillamente porque es tan extensivo, se está reuniendo de entre los gentiles. Sin embargo, simplemente no se puede confirmar que a la iglesia de Cristo se le llame tan bruscamente el descanso de Cristo. Ésta sería una expresión rara.

Algunos comentaristas más recientes, Drechsler, Delitzsch, Bredenkamp, dan a este pensamiento un giro un poco diferente cuando traducen: “y su lugar de descanso será glorioso”. מְנַחֵם, que también en otra parte tiene este sentido, por ejemplo, el Sal. 132:8,14, entonces sería un lugar en donde el Mesías “establece su morada y se entroniza”, y esta residencia suya sería llamada gloria porque todo el mundo gentil está reunido alrededor de su trono.

Sin embargo, el significado primero y más directo de מְנַחֵם es descanso. Y tenemos que ver si esta palabra se explica en la descripción anterior del reino y gobierno de Cristo. El Hijo de David antes se presentó como el Gobernante y Regente, que juzga a su pueblo, los pobres y los angustiados, con justicia, que refrena y resiste a los enemigos de su pueblo, que lucha a favor de su pueblo. Él es quien reúne a su iglesia de entre todas las naciones de la tierra. Así el consejo del Señor sigue todavía en mano de su Siervo exaltado, Is. 53:10. Sin embargo, esta obra del Mesías exaltado, la reunión de la iglesia, el conflicto de la iglesia, finalmente llegará a su fin. Llega un momento en que Cristo termina esta obra y descansa de su labor. Vive y reina en la eternidad. Sin embargo, su gobierno algún día asumirá otra forma y carácter. Será puro descanso y paz. Y este descanso es gloria, בְּבוֹד, δόξα, en el sentido pleno de la palabra. La gloria es la meta de todos los caminos y obras de Dios, la corona final de la obra de Cristo de la redención y la gracia. Y su pueblo entonces comparte este descanso y gloria suya. En consecuencia, con esta última oración se indicaría la futura consumación del reino y gobierno de Cristo.

Isaías 11:11-16

v. 11,12: *Y sucederá en aquel día, que el Señor pondrá su mano otra vez para recuperar el remanente de su pueblo, que quedará, de Asiria, y de Egipto, y de Patos, y de Cus, y de Elam, y de Sinar, y de Hamat, y de las islas del mar. Y pondrá un pendón para las naciones, y reunirá a los desterrados de Israel, y reunirá a los dispersados de Judá de los cuatro rincones de la tierra.*

Se hace otra afirmación con respecto a la reunión de la iglesia. El sujeto del discurso es **יְהוָה**, pero no es un sujeto diferente al que antes se mencionó. Obviamente es el mismo, que el estandarte de las naciones es quien pone un estandarte para los gentiles. La raíz de Isaí, el Hijo de David, es él mismo Jehová de los ejércitos, el todopoderoso. De esta manera Cristo el Señor, en el tiempo que ve el profeta, en la época del Nuevo Testamento, hará para el remanente de su pueblo algo similar a lo que hizo con Israel en los tiempos primitivos. Así como antes con su brazo extendido sacó a Israel de Egipto y con la liberación de Egipto y el pacto hecho en Sináí hizo de Israel el pueblo de su posesión, algún día por segunda vez extenderá su brazo para reunir al remanente de su pueblo, para que sea suyo, le sirva y lo obedezca. Después de **וְיָד**, v. 11a, **לְשִׁלְתָּ** se tiene que suplir. El remanente de su pueblo vendrá de las naciones de los gentiles.

Las naciones y las tierras de los gentiles se enumeran en un orden muy apropiado. A la cabeza de este registro están Asiria y Egipto, la gran potencia del sur y la gran potencia del oriente. Luego siguen países que fueron controlados por Egipto: Patros, que es Egipto Superior y Cus, Etiopía, el sur de Egipto Superior; luego países que estaban bajo el dominio de Asiria: Elam, al este del Tigris, Sinar o Babilonia, y el reino sirio de Hamat. Las islas y las costas más allá del mar Mediterráneo, en general aquella parte del mundo que incluye islas y Europa, concluye la lista.

¿Quién es el “remanente de su pueblo” que todavía queda de estas naciones? Calov y otros teólogos luteranos piensan que son el “resto de los gentiles”, los elegidos de todas las naciones de los gentiles. La expresión en sí no lo excluiría. Porque en Is. 19:25, por ejemplo, Dios directamente llama tanto a Egipto como a Asiria “su pueblo”, “obra de mis manos”. Luego en el v. 11,12 se profetizaría lo mismo que en el v. 10. Sin embargo, cuando en el v. 12 “Israel” y “Judá” se mencionan al lado de **גוֹיִם**, las naciones gentiles, y así se distinguen de ellas, en nuestro pasaje tenemos que aplicar los nombres “Israel”, “Judá”, “el remanente de mi pueblo” al Israel real.

No obstante, de ninguna forma se enseña aquí una conversión de todo Israel en los últimos tiempos, como suponen los modernistas. Porque en el 10:22 clara y positivamente se profetiza que cuando Israel se hace tan numeroso como la arena del mar, sólo un remanente será convertido. Israel en general está y sigue endureciéndose y sucumbe a la destrucción que firmemente se ha establecido. Lo que leemos en el v. 10:21: “El remanente de Jacob volverá al Dios fuerte”, se repite aquí. El remanente de

Israel incluye a todos los de Israel que “están escritos entre los vivientes”, 4:3. Es el ἐκλογή Ἰσραήλ. Excepto que en nuestro pasaje se piensa en el remanente particular que está esparcido entre las naciones de los gentiles. La dispersión de Israel entre los gentiles, como es profetizada en el 5:13; 6:12, el profeta la ve como cumplida y proclama que esta diáspora, este remanente de Israel, algún día, en el tiempo del Mesías, volverá al Señor y será un pueblo que él posea.

Así también los antiguos padres de la iglesia han entendido nuestro pasaje. Jerónimo correctamente señala que cuando en el Pentecostés judíos de Partia, Media, Mesopotamia, Egipto, Libia, Cirene, Roma, etc, oyeron a los apóstoles predicar las maravillas de Dios y se adhirieron a esta predicación, ésta profecía de Isaías se cumplió. Sólo que tenemos que agregar a ellos todos los remanentes, los “algunos” τινές, (Rom. 11:14) que han sido ganados y todavía serán ganados de Israel en el transcurso del tiempo.

En la afirmación que sigue, v. 12, el profeta se refiere al v. 10 y pone uno al lado del otro tanto la conversión de los gentiles y la conversión de Israel. El Señor levantará un pendón para las naciones para que se reúnan alrededor de él, no sólo se reunirán los dispersados de Israel, que es lo que piensan los modernistas en contradicción al v. 10. Y de entre los gentiles, los remanentes de los gentiles, el Señor reunirá y atraerá desde los cuatro confines de la tierra a los desterrados y los dispersados de Judá y de Israel, hombres y mujeres, lo cual quiere decir, los remanentes de la diáspora. Reunir a los gentiles con los dispersados de Israel incluye, al mismo tiempo, el pensamiento que expresa San Pablo en Rom. 11:11, que la conversión de los gentiles provocará a los judíos a imitarlos y por su parte a buscar salvación en Cristo. Sin embargo, este “reunión” no se debe tomar en el sentido de que el Señor reunirá los remanentes de los gentiles en un lugar definido, tal vez en Canaán. Al contrario, él mismo es el Estandarte, el punto de reunión. Él los atraerá, los convertirá a él mismo.

v. 13,14: La envidia también de Efraín se apartará, y los adversarios de Judá serán cortados: Efraín no envidiará a Judá, y Judá no molestará a Efraín. Sino volarán sobre los hombros de los filisteos hacia el oeste: despojarán completamente a los del este: pondrán sus manos sobre Edom y Moab: y los hijos de Amón les obedecerán.

Ahora después de describir la reunión de la iglesia, el profeta habla una vez más acerca del carácter pacífico del reino de Cristo. Las cosas ya no serán como en los días del Antiguo Pacto, cuando Efraín y Judá tenían envidia uno del otro y se hacían la guerra y se oprimían uno al otro. La envidia, las discusiones y la enemistad se han atenuado, se han eliminado. Puesto que el profeta recuerda y ve las tristes circunstancias que rodeaban al pueblo del Antiguo Testamento, la disensión que existía entre Efraín y Judá, al describir la condición contrastante y el carácter del pueblo del Nuevo Pacto, todavía retiene los nombres de Efraín y Judá. Pero habla ahora del nuevo Israel, la iglesia de Cristo, que se está reuniendo de entre los gentiles y los judíos. Este Israel del Nuevo Testamento es un pueblo con la misma actitud; ya no está dividida y partida. Entre sí los ciudadanos del reino del Mesías comparten la misma actitud, pero con el mundo hostil están en guerra. Sin embargo, los opresores de Judá serán exterminados y destruidos. Éste es su destino

final. Como un águila descenderán sobre la nación de los filisteos. כְּתֹרַף פְּלִשְׁתִּים tiene una relación de aposición, que, sin embargo, significa lo mismo como si dijera: כְּתֹרַף פְּלִשְׁתִּים. Despojan a las tribus del este, a las hordas árabes ladronas. Edom y Moab son el blanco de su mano extendida. Arrebatan, toman posesión de los dos países. Los amonitas “obedecerán”, se someterán a ellos. Esto otra vez es lenguaje figurado. Delitzsch también comenta: “Éstas son imágenes tomadas de las condiciones existentes y asuntos que son propios de la guerra”. El significado es que el pueblo del Nuevo Pacto finalmente tendrá la victoria sobre sus opresores. En el día de su ira Cristo el Señor molerá, exterminará, destruirá a los enemigos de su pueblo con su poder aterrador. Y sus creyentes junto con él juzgarán y condenarán al mundo anticristiano.

Aquí se expresa el mismo pensamiento que fue ilustrado en el 10:27 con la imagen del buey que quebranta su yugo. Nuevamente se llama la atención al fin de la época actual. Los expositores más antiguos también aquí piensan de la victoria pacífica sobre los gentiles por medio del evangelio, Sin embargo va en contra de esto la oración que dice que “los adversarios de Judá serán acortados”.

v. 15,16: Y el Señor destruirá totalmente la lengua del mar de Egipto: y con su viento potente levantará su mano sobre el río, y lo azotará en los siete brazos, y hará que los hombres pasen en sandalias. Y habrá una carretera para el remanente de su pueblo, que quedará de Asiria: como fue para Israel en el día que subió de la tierra de Egipto.

Aquí se describe un milagro de Dios similar al que Israel experimentó el día que se marchó de Egipto. Otra vez el Señor dividirá la lengua del mar egipcio, el mar Rojo, para que se pueda cruzar en tierra seca. Con el fervor de su aliento o de su enojo levantará su mano sobre el río Éufrates y lo dividirá en siete canales y así hará que se pueda caminar por el fondo del río con las sandalias puestas.

Con expresiones e imágenes del Antiguo Testamento el profeta promete al remanente del pueblo de Dios, el remanente escogido, el pueblo del Nuevo Testamento, una redención que sigue el modelo de la liberación de Israel de Egipto. Hasta ese punto Asiria mantiene cautivo al pueblo de Dios. En el v. 16 sólo se menciona todavía a Asiria. Según el cap. 10 Asiria es el nombre del mundo anticristiano. Asiria hiere con vara al pueblo que ha vuelto al Dios fuerte, v. 10:24. Esta liberación será un milagro que realizará el Dios todopoderoso. Con el fervor de su aliento, con su feroz ira, el Señor estará airado en aquel día, y su ira se concentra en la destrucción de los enemigos de su pueblo, 10:25. Así éstos finalmente serán librados de su miseria y de su yugo, y tendrán libre acceso a su herencia y se regocijarán al entrar en ella. Según el contexto, en donde poco antes se habló del exterminio de los opresores de Judá, ésta es la liberación final, que también se mencionó en los versículos 10:26,27, la gran obra final del Hijo de David exaltado, a la cual seguirán la tranquilidad, el descanso absoluto, la paz y la gloria.

En el capítulo 11, por tanto, como hemos visto, se describe **el reino y el gobierno de Cristo, el Hijo de David**, desde sus comienzos humildes hasta su día final y glorioso. Brota un renuevo de la raíz de Isaí que no llama la atención. Sin embargo, es un hombre del agrado de Dios, que ofrece su vida a Dios por temor y amor. Y después que con el

poder del Espíritu de Dios haya completado su obra en la tierra, se sienta en el trono de Dios; él mismo es el Dios fuerte. Derrama su Espíritu sobre toda carne e implanta en los corazones de los hombres el temor y el amor de Dios. Sobre esta tierra pecaminosa planta un reino de paz y amor, un paraíso de Dios. Reúne a su pueblo de entre los judíos y los gentiles y con su brazo poderoso protege su iglesia de los malos y del mundo que es hostil a Dios. Y con el tiempo redimirá a su pueblo de todo mal y le concederá la victoria sobre todos sus enemigos y lo hará participar de su gloria divina y celestial.

El reino de Cristo, capítulo 11, se pone en contraste con Asiria, el imperio mundial, 10:5-23. La palabra י en 11:1 que conecta estas dos secciones realmente tiene este significado. Al final dijo en el capítulo 10 que Asiria, el bosque altivo y orgulloso del Líbano, será talado por uno que es glorioso. ¿Y quién es esta persona gloriosa? Es el Hijo de David, que brota de la casa humilde de David como una rama despreciada que pronto llega al poder y establece en la tierra un reino que, aunque el mundo lo desprecia, lo aborrece y lo persigue, finalmente vencerá a los reinos del mundo.

Isaías 12:1-6

v. 1-3: *Y en aquel día dirás, Oh Jehová, te alabaré: Aunque estuviste airado conmigo, tu ira se ha apartado, y me consuelas. He aquí, Dios es mi salvación: confiaré, y no temeré: Porque el Señor Jehová es mi fortaleza y mi cántico, y ha llegado a ser mi salvación. Por tanto con gozo sacaré agua de los manantiales de la salvación.*

Cuando el Señor haya redimido a su pueblo, comenzará un cántico de alabanza, similar al cántico que Moisés y los Hijos de Israel cantaron cuando salieron de Egipto y pasaron por el mar Rojo. La congregación redimida entonces dará gracias al Señor por apartar su ira y por consolarla.

En el v. 1 el énfasis está en la última oración. Dios primero estaba airado con su pueblo, pero ahora su ira se ha apartado. Los imperfectos en el v. 1b y el v. 2 se deben tomar en el sentido pretérito, porque el pueblo de Dios mira atrás a la redención completada. “El Señor Jehová es mi fortaleza y mi cántico”. Así se lee el v. 2. יְהוָה es la forma abreviada de יְהוָה . Dios ha mostrado su poder redimiendo a su pueblo, y así ahora es el cántico de alabanza del Israel redimido. Cuando estaba angustiado y atribulado dependió del Señor Jehová y no tuvo que temblar. Su confianza no fue defraudada. En tres ocasiones se alaba en el v. 2 la salvación que experimentó el pueblo de Dios. Con gozo ahora saca agua de los manantiales de liberación, se goza de la salvación de Dios y se regocija en ella.

v. 4-6: *Y en aquí día dirás: Alaba a Jehová, invoca su nombre, Declara sus hazañas entre el pueblo, menciona que su nombre es exaltado. Canta a Jehová; porque ha hecho maravillas: esto es conocido en toda la tierra. Clama y grita, habitante de Sión, porque grande es el Santo de Israel en medio de ti.*

El cántico de la congregación redimida comienza de nuevo. Ahora llama a sus miembros y a todas las criaturas a alabar a Dios y a glorificarlo. Le deben honor y alabanza al

Señor, al Santo de Israel, que mora en medio de su pueblo, por sus obras de poder, porque su nombre es supremo, porque ha hecho maravillas y demostrado su majestad. Con la redención de su pueblo, con sus obras poderosas contra los adversarios de su pueblo, él se ha glorificado.

Gramaticalmente se debe notar que el Ketib מִדְּעַת (pual) se debe preferir sobre el qere מוֹדְעַת (hofal).

Éste es el **cántico de la iglesia de Dios acerca de su liberación**. Los exegetas más antiguos han visto en esta canción una referencia a la redención que Cristo debía ganar con su sufrimiento y muerte, la salvación que consiste en la reconciliación, el perdón de los pecados. Se piensa que el cumplimiento de esta profecía es que Cristo con su muerte apartó la ira de Dios de los pecadores, que ahora de su plenitud recibimos gracia inagotable, que la gran obra de la redención se está proclamando en la tierra entre los gentiles. Las expresiones individuales concuerdan bien con esta interpretación. Sin embargo, el contexto nos lleva a otros pensamientos.

Al final del capítulo 11 se describió la liberación final del pueblo de Dios, la liberación de sus adversarios, que luego son exterminados. Y precisamente cuando esto ha sucedido, la iglesia comienza el cántico que contiene el capítulo 12. Por consiguiente, la salvación divina que alaba es la redención final, la perfecta salvación. La afirmación de que Dios en un tiempo estaba enojado, pero luego se desapareció su ira se refiere al v. 10:25, en donde dice que después de un poco de tiempo se acabaría su furor y su enojo, y luego la ira de Dios se dirigiría contra los enemigos para destruirlos.

Primero, el pueblo que Cristo ha redimido, que ha vuelto al Dios poderoso, todavía vive en esta tierra malvada. Allí tiene que soportar la ira, el odio y la enemistad del mundo hostil. Y aunque el Señor protege a su iglesia y juzga a los pobres con justicia, todavía su voluntad es que los que le pertenecen tengan que sufrir por un poco de tiempo aquí. Usa a Asiria, el imperio mundial hostil a Dios, como una vara y cayado para disciplinar a su Sión y hacer su obra saludable en ella, 10:12. Así también podemos decir que la iglesia durante este tiempo soporta la ira del Señor, aunque realmente no está airado con sus hijos justos. Según la apariencia externa, es la ira de Dios y su juicio cuando Asiria, por mandato de Dios, hiera al pueblo de Dios con la vara. Pero después de muy poco tiempo, la ira se acaba, se ha apartado. La ira de Dios se derrama sobre los adversarios de la iglesia. Y su pueblo es liberado de su carga y de su yugo. Luego Sión alaba a su Dios por apartar su ira, por convertirla en puro consuelo.

Entre las grandes obras salvadoras de Dios que la iglesia alaba, en las que se glorifica el gran nombre del Señor, en las que demuestra su poder y majestad suprema, sobre todo, según el contexto, está el juicio contra Asiria descrito en los versículos 10:16-19 y 10:28-34, que luego resulta en la liberación, la redención del pueblo de Dios. En el cap. 2:12 y sig. se describió el juicio del mundo con expresiones similares a las que encontramos en

12:4-6. Así es la iglesia, perfeccionada, triunfante, que en el cap. 12 canta del gran acto final divino de la redención y se regocija y se alegra en el Dios de su salvación.

Los pasajes paralelos están de acuerdo con esta interpretación. El cántico de la iglesia del Nuevo Testamento contiene un eco del cántico de Moisés, Éxo. 15:1-8. En éste, Moisés y los Hijos de Israel cantan el poder, la gloria y la grandeza de Jehová de los ejércitos, acerca de su obra gloriosa cuando hizo que los caballos, los carros y los jinetes se precipitaran en el mar y así liberó a su pueblo. En contraste, el Señor al final de los días completa la ruina de los opresores y tiranos de la iglesia del Nuevo Testamento, y así libra a su iglesia de toda la opresión y mal, y la iglesia redimida luego comenzará un cántico de alabanza tras otro por una obra tan grande de parte de su Señor y Libertador.

También en el Nuevo Testamento leemos acerca de un “cántico de Moisés el siervo de Dios”, Apo. 15:1-4. Es el “cántico del Cordero”, que imita el cántico de Moisés, v. 3. Este cántico lo cantan los bienaventurados, los perfeccionados que están por el mar de vidrio con arpas en sus manos, v. 2. Alaban las obras y juicios potentes y maravillosos del Señor, el Redentor, v. 3,4, porque ha vendimiado los racimos de la tierra y los ha echado en el lagar de la ira de Dios, y por haber recogido la cosecha de la tierra, el trigo, los justos, en los graneros celestiales, Apo. 14:14-20. Esto obviamente es paralelo a Isaías 12. La profecía de Isaías señala el mismo hecho que ve el santo vidente Juan, el triunfo final de la iglesia de Dios. Por eso el comentario: “Con gozo sacarás agua del manantial de la salvación” resuena en las promesas que el Cristo exaltado ha dado a su iglesia en la tierra por medio de su siervo Juan. Por ejemplo: “y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero, porque el gran día de su ira ha llegado y ¿quién podrá sostenerse en pie?” (Apo. 6:16-17). Asimismo: “Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tiene sed, le daré gratuitamente de la fuente del agua de vida” (Apo. 21:6). Sin embargo, estas promesas se refieren al gozo vivificante, bendito de la vida eterna.

Sin lugar a duda, finalmente es la iglesia entera la que canta este himno. La explicación milenarista acerca del gozo de Israel, perdonado otra vez al fin del tiempo, contradice el contexto del discurso profético, que en el capítulo 11 menciona a los gentiles como los coherederos de la salvación en Cristo. Es inconcebible que Bredenkamp comentara: “El refrán rugiente de la ira que todavía se dirigía contra el pueblo (5:25; 9:12; 9:17; 9:21; 10:4) se convierte en un clamor de gozo: $\text{יֵשׁבְנוּ אֶת־הַצִּיּוֹן}$ ”. La ira amenazada contra Israel, la nación como una totalidad, no desaparecerá entonces. La mano del Señor está extendida y seguirá así sobre Israel según la carne. La destrucción para Israel, comparada a la arena del mar, para la masa corrupta y endurecida, está firmemente establecida y determinada. Sólo un remanente se convertirá y se salvará.

En conclusión, trazamos una imagen del pensamiento principal que los primeros doce capítulos de Isaías contienen, que en sí forman una unidad, viendo especialmente la imagen que se traza de las cosas futuras.

El profeta profetiza y amenaza a su pueblo con un juicio futuro. Los pecados principales de Israel, que tienen como consecuencia el castigo y el juicio, son los siguientes: apostasía del Dios viviente, la desobediencia, la ingratitud, la idolatría, la hechicería, la avaricia, la codicia, las juergas, el tomar en exceso, la lascivia, la violencia, la opresión de los pobres y angustiados. El pecado ha llegado a su colmo. Israel ha echado por la borda toda vergüenza, disciplina y temor, y se jacta de lo que es su vergüenza. Los jueces y gobernantes impíos, y sobre todo los falsos profetas son quienes llevan la mayor culpa por la corrupción moral general al distorsionar las tinieblas en luz y así impedir que la gente se arrepienta. El pueblo ya no escucha a los verdaderos profetas. Por sus siervos fieles Dios llama a Israel al arrepentimiento; le ofrece la gracia. Pero Israel no sólo menosprecia la palabra de arrepentimiento y reprensión, sino también la palabra de gracia y promesa y así frustra todos los esfuerzos del amor de Dios y entristece a su Dios. Esta terca incredulidad es el pecado más grave. Por consiguiente, Dios entrega al pueblo impenitente, endurecido, a su mente corrupta. Abandona y repudia su viña y la entrega a la destrucción. Asesta un golpe tras otro. Dios llama a las naciones paganas a robar y despojar a Israel. Primero asolan a Efraín y Samaria. Luego el río impetuoso se extiende sobre Judá Jerusalén. Por todos lados la tierra es devastada. Judá cae en la esclavitud de los paganos. La casa de David vuelve a sus humildes comienzos.

Y en esta situación de miseria nace Cristo-Emanuel. De la raíz de Isaí sale un rebrote tierno. Cristo toma sobre sí la pobreza y la debilidad de su pueblo. Sin embargo, es un rebrote justo, lleno del temor y amor del Señor. Cumple la voluntad de Dios en la tierra. En el mismo lugar en que el juicio tuvo su comienzo con el pueblo pecaminoso, en Galilea de los gentiles, la luz resplandeciente de la salvación comienza a brillar. Y en el poder del Señor, Cristo lleva a cabo su obra, la obra de Dios. Como el Dios fuerte aconseja y ayuda a su pueblo. Lo libra de todos sus adversarios, de la ira y del juicio. Se somete al juicio de los pecadores. Jerusalén es librado por medio del juicio y la justicia. De esta manera, una vez más al pueblo pecaminoso se le ofrece la gracia. Dios transformará la culpa roja como sangre de Sión para que sea blanca como la nieve. Pero Israel no quiere escuchar y así cae preso de la espada. La gente persiste en su mente endurecida y por tanto será echada a las tinieblas de afuera. La ira, el juicio, la justicia arremeten contra las masas de la gente como un maremoto. Sin embargo, a la vez que el pueblo del Antiguo Pacto se hunde en las tinieblas eternas, el reino de Cristo comienza a gobernar en la tierra.

Ahora, después que ha completado su obra en la tierra, Cristo, el Hijo de David, se sienta en el trono de Dios. Esta rama humilde ha obtenido poder y honor, se ha convertido en un gran árbol que produce mucho fruto. El Cristo exaltado reúne a su iglesia en la tierra, a los dispersados de su pueblo. Un remanente de Israel se convierte al Dios fuerte. Cristo atrae para sí mismo a los gentiles. El Sión del Nuevo Testamento lleva la Tora del Nuevo Testamento al mundo gentil. Ellos viajan al monte de Jehová. La plenitud de los gentiles entra en el reino de Cristo. Así el Señor reúne a todos los que están escritos entre los vivientes en Jerusalén. Y el reino de Cristo es un reino de paz y amor. El Príncipe de paz ofrece la gracia, el bienestar, la paz a su pueblo. Cristo es el adorno de su iglesia; la adorna con su Espíritu y sus dones. Y los súbditos de este reino sirven a su Señor y Rey

con temor y amor. Le traen ofrendas agradables. También se unen los unos con los otros en paz y amor; no se hacen mal los unos a los otros.

Por otro lado, por supuesto, el reino de Cristo todavía es un reino de la cruz. En todas partes está en conflicto con el mundo. Toda la tierra es impía. El mundo es y sigue siendo el mundo, el adversario de Dios. Sólo los remanentes de Israel y de todas las naciones de la tierra se convierten a Cristo. Y la maldad del mundo culmina en el hombre de pecado. Y el mundo impío, anticristiano, siempre hiere al pueblo de Dios con la vara. Pero Cristo Emanuel guarda y protege a su pueblo. Él es la nube y la cubierta que protegen contra el sol quemante y la lluvia torrencial. Frustra los ataques malvados de los enemigos. Sostiene a los hijos verdaderos de Dios en su palabra y en la fe. Y justo cuando el mundo trata de asestar contra el pueblo de Dios el golpe mortal, Cristo aparece en el esplendor de su majestad. Luego fulmina a todo lo que es alto y poderoso. Los pecadores no escapan. Librará a su pueblo de sus opresores. Sí, los creyentes junto con Cristo Emanuel juzgarán al mundo, reinarán y triunfarán con él. Entonces Cristo Emanuel presentará a los hijos elegidos a Dios. Todos los que están escritos entre los vivientes en Jerusalén tendrán consuelo y paz y cantarán el cántico de su redención. Luego será puro descanso, paz y gloria. Y es una gloria eterna. El reino de Cristo está firme en la eternidad. Éste es el consejo de Dios en cuanto a nuestra redención y salvación. Y el celo de Jehová de los ejércitos no descansará hasta que haya cumplido en forma gloriosa todas las cosas.